

Ramos, Gerardo Daniel

Misericordia y mística en los discípulos misioneros

Lectio pastoral ignaciana a partir de los evangelios de Lucas y Juan

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ramos, Gerardo D. Misericordia y mística en los discípulos misioneros : lectio pastoral ignaciana a partir de los evangelios de Lucas y Juan [en línea]. Saarbrücken : Credo Ediciones, 2013. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/libros/misericordia-mistica-discipulos.pdf> [Fecha de consulta:.....]

Gerardo Daniel Ramos

**Misericordia y mística en los
discípulos misioneros**

**Lectio pastoral ignaciana a partir de los Evangelios
de Lucas y Juan**

CREDO EDICIONES

Impressum / Aviso legal

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek: Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Alle in diesem Buch genannten Marken und Produktnamen unterliegen warenzeichen-, marken- oder patentrechtlichem Schutz bzw. sind Warenzeichen oder eingetragene Warenzeichen der jeweiligen Inhaber. Die Wiedergabe von Marken, Produktnamen, Gebrauchsnamen, Handelsnamen, Warenbezeichnungen u.s.w. in diesem Werk berechtigt auch ohne besondere Kennzeichnung nicht zu der Annahme, dass solche Namen im Sinne der Warenzeichen- und Markenschutzgesetzgebung als frei zu betrachten wären und daher von jedermann benutzt werden dürften.

Información bibliográfica de la Deutsche Nationalbibliothek: La Deutsche Nationalbibliothek clasifica esta publicación en la Deutsche Nationalbibliografie; los datos bibliográficos detallados están disponibles en internet en <http://dnb.d-nb.de>.

Todos los nombres de marcas y nombres de productos mencionados en este libro están sujetos a la protección de marca comercial, marca registrada o patentes y son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de sus respectivos propietarios. La reproducción en esta obra de nombres de marcas, nombres de productos, nombres comunes, nombres comerciales, descripciones de productos, etc., incluso sin una indicación particular, de ninguna manera debe interpretarse como que estos nombres pueden ser considerados sin limitaciones en materia de marcas y legislación de protección de marcas y, por lo tanto, ser utilizados por cualquier persona.

Coverbild / Imagen de portada: www.ingimage.com

Verlag / Editorial:

CREDO EDICIONES

ist ein Imprint der / es una marca de

OmniScriptum GmbH & Co. KG

Heinrich-Böcking-Str. 6-8, 66121 Saarbrücken, Deutschland / Alemania

Email / Correo Electrónico: info@credo-ediciones.com

Herstellung: siehe letzte Seite /

Publicado en: consulte la última página

ISBN: 978-3-639-52126-9

Copyright / Propiedad literaria © 2013 OmniScriptum GmbH & Co. KG

Alle Rechte vorbehalten. / Todos los derechos reservados. Saarbrücken 2013

Mística y misericordia hoy

La nueva etapa en la vida de la Iglesia inaugurada por el actual Papa Francisco,¹ enmarcada en el contexto del cambio de época,² ha quedado signada desde el inicio por el desafío de vivir el discipulado misionero con talante místico y misericordioso. Frente a la tentación de la mundanidad, electo Sucesor de Pedro en el Año de la Fe, Francisco nos invita a contemplar el mundo con los ojos de Jesús. Frente a la tentación de la autorreferencialidad, el Papa insiste en salir a las periferias existenciales con actitud misericordiosa.³

Ambas actitudes convergen en los evangelios de Juan y Lucas respectivamente. Podríamos decir que el discipulado misionero hoy debe estar signado por la mística de la misericordia. Pero para que esto sea así, hay que comenzar al revés: es más fácil que la misericordia lleve a la mística, ya que la mística tiene hoy variadas y engañosas interpretaciones y sentidos, muchos de ellos ajenos al compromiso cristiano real por el prójimo. De ahí que comencaremos por una *Lectio* pastoral del tercer evangelio (Lucas), con algunas indicaciones para hacerlo siguiendo el camino de los Ejercicios ignacianos, para luego detenernos en un proceso análogo en torno al cuarto evangelio (Juan), enfocándonos principalmente en su

¹ Ver mi libro *Francisco, obispo de Roma en el Año de la Fe*, Credo Ediciones, Saarbrücken, 2013.

² Ver mi *Trilogía "Teología del cambio de época"* (3 vol.), Credo Ediciones, Saarbrücken, 2012-2013.

³ Todas estas temáticas aparecen claramente desarrolladas en su reciente exhortación apostólica *Evangelii gaudium*.

dinámica simbólica.⁴

El conjunto vendrá precedido por un breve comentario a la película “*Los miserables*” (Tom Hooper), donde estas temáticas aparecen con patencia implícita, y será coronado al final por una *Lectio* del icono bíblico de María, nutrida fundamentalmente con textos de Lucas y Juan, y presentada ella misma como “discípula misionera”.

⁴ Publiqué versiones predecesoras de ambos libros: *El evangelio de la misericordia*, Claretiana, Buenos Aires, 2004, y *El itinerario místico del creyente*, Guadalupe,

ICONO INICIAL

“Los miserables” (Tom Hooper)

La versión cinematográfica de la novela de Víctor Hugo, ganadora de tres premios Oscar 2013 y precedida por el musical homónimo de C. M. Schönberg – A. Boublil – J. M. Natel (1980) – H. Kretzmer (1985), narra las protagónicas historias entrelazadas de Jean Valjean y Fantine. Son figuras de la misma vida humana, herida por la injusticia y expuesta a la desesperación, con una libertad capaz de abrirse al sentido creativo de la existencia o de clausurarlo y asfixiarlo definitivamente. Por sus características, abre una interesante clave hermenéutica del magisterio pastoral del Papa Francisco.

¿Quién es Jean Valjean?

Valjean es liberado después de 19 años de ‘trabajo esclavo’ en un astillero, por haber robado una hogaza de pan para su sobrino hambriento en la Francia del siglo XIX, y luego intentado reiteradamente la fuga. Javert es la figura de autoridad (¿una especie de super-yo personificado?) encargada de mantener el orden de acuerdo a las reglas civiles y las órdenes superiores (¿regresivas?). Para él, Valjean será siempre el estigmatizado reo 2-4-6-0-1, porque si alguien deja de imitar a las estrellas del cielo en su apolíneo y perfecto orden circular, y en cambio tropieza, deberá

pagar. Racional y justo, pero también inflexible e inmisericorde: así es el mundo del inspector, incluso para con él mismo...

Los 'papeles' color amarillo presentarán a Valjean como un tipo peligroso, del que nadie querrá fiarse, darle empleo o cobijo. Una y otra vez será desalojado con violencia: está hambriento y tiritando de frío, pleno de resentimiento y sed de venganza. Pero un obispo lo hace entrar en su casa: le ofrece comida, fuego y descanso digno en una casa sencilla. Su 'huésped' devora lo que se le ofrece sin pronunciar palabra, y durante la noche, se hace de varios instrumentos de plata y huye.

Lo apresan y lo traen al sacerdote, que le 'recrimina' haberse ido tan pronto, sin llevarse los candelabros de plata maciza. Dice a quienes lo traen detenido que cumplieron con su deber, pero que es cierto que él le había regalado las piezas de plata. A continuación encontramos a Valjean en una capilla, debatiéndose entre el odio y la conversión: "¿Por qué, pudiendo decir una palabra y yo quedar en prisión, este hombre obró así?". "Salvo tu alma para Dios", le había dicho el pastor. "¿Quién soy yo?", se pregunta el atribulado hombre. "Jean Valjean. No, ya no más". Y rompe sus papeles amarillos que salen volando con el viento, para él comenzar una vida nueva, en un país lejano.

Fantine, el alcalde y Cosette

Lo veremos reaparecer como alcalde. Un hombre de bien, reconocido por la nación, ungido por la autoridad. Pero Javert es asignado a ese mismo pueblo, y tras una presentación de cortesía, cree reconocerlo. Las sombras del pasado reaparecen para

Valjean. Se produce un accidente, y el alcalde sale corriendo y auxilia al herido levantando una pesadísima carreta: Javert sabe que solo un hombre, por él conocido, podía tener tal fuerza... Esa misma persona que se había puesto 'la patria a cuesta' llevando una bandera francesa atada a un pesadísimo mástil, cuando Valjean era aún prisionero en el astillero.

La escena se traslada al interior de la fábrica, donde el capataz se sobrepasa con las mujeres que allí trabajan. Una de ellas, Fantine, tiene una niña (Cosette), cuyo padre la abandonó a poco de quedar ella embarazada. Sí o sí tiene que mantenerla enviando dinero, y el capataz podría ayudarla a cambio de algunos favores... Las demás mujeres ven esto con muy malos ojos, porque Fantine se llevaría el esfuerzo de todas. Presionan para que el capataz despida a Fantine, que desesperada, queda en la calle. No tiene muchas alternativas: vender algunos pequeños objetos que le quedan y luego prostituirse.

Fantine acaba en el burdel portuario, sucia como todos los anteriores personajes... salvo Javert, siempre de impecable uniforme. Allí recuerda el abandono después de un pasajero amor de verano, antes de su otoño. Se apersona su antiguo capataz, exigiendo tener relaciones con ella. Fantine se resiste y lo hiere en la cara. Se produce bullicio y se acerca Javert (¿el yo trascendido, el "mal espíritu"?). Pero también el alcalde (Valjean, ¿el yo que se trasciende, el "buen espíritu"?), que advierte que es la mujer que trabajaba en la fábrica, a quien por temor no había defendido. La toma en brazos y la lleva al hospital como buen samaritano. Entre tanto, Javert se convencerá de que efectivamente el alcalde es su antiguo prisionero y lo denunciará...

Tenemos a Fantine en el hospital, agónica pero muy bien

cuidada por unas religiosas. Javert entra a la oficina del alcalde y le dice que lo procese: según él, fue encontrado Jean Valjean en París y sentenciado, siendo que él mismo había hecho la denuncia pensando que era el alcalde. Jean Valjean le dice que no le dé importancia al tema, que siga con su trabajo. Javert queda desconcertado, pero obedece y se va. Entre tanto, Valjean no sabe qué hacer: si deja las cosas como están, se condenará a un inocente, y si se da a conocer como Valjean, volverá a prisión. Entre la amenaza del infierno y esto último, opta por aclarar la cuestión.

El alcalde irrumpe intempestivamente en la corte, cantando con mucha fuerza su “¿quién soy yo? 2-4-6-0-1”. Piensan que no se siente bien y parecen excusarlo. Valjean se dirige rápidamente al hospital, donde acompaña los últimos minutos de la vida de Fantine y promete encargarse de Cosette. Fantine puede morir tranquila, y él la besa en la cabeza. Allí mismo se adentra Javert y lo quiere detener: no acepta esperar tres días para dejar arreglado el futuro de Cosette. Valjean debe pelear y huir saltando por la ventana hacia el agua. Se apresura a ir a lo de los Thènardier, donde Cosette vive como criada, pero en cándida inocencia mariana.

Valjean encuentra a Cosette sacando agua de un pozo, de noche, en medio de la nieve. Se gana su confianza, la acompaña a la hostería y negocia con sus inescrupulosos tutores. Se alejan justo a tiempo como para no ser apresados por Javert. Acaban refugiándose en un convento con la niña, donde providencialmente trabaja el hombre accidentado con la carreta y auxiliado por Valjean. Luego se mudan a un barrio pobre de París, donde Cosette será para Valjean una hija del corazón. Cosette personifica lo más noble de la naturaleza humana, figura clave en la transformación psico-espiritual de Valjean.

Entre la revolución y el amor...

Ocho años después, aparece en escena Marius, un joven líder de la revolución y las barricadas, en el marco del creciente malestar social decimonónico. Tiene un grupo de amigos que lo secunda. Ve a Cosette y se enamora perdidamente de ella y ella de él. El pasional 'rojo' y el desencantado 'negro' tienen ahora dos acepciones diferentes: una personal y otra social. Marius parece concentrarse en la primera, y sus amigos insisten en la segunda, ya que según la ideología revolucionaria, la vida del individuo no cuenta... Junto a Marius, también el pequeño Gavroche es un símbolo emblemático: personifica la conciencia humana con sus más nobles ideales.

Durante el ahogamiento de la revuelta, Marius será rescatado por Jean Valjean. Una vez recuperado, conversará con él sobre su inminente casamiento con Cosette. Valjean le confía a Marius su secreto: él es Jean Valjean, el 2-4-6-0-1. Pero le pide que nunca se lo diga a Cosette. En la fiesta de bodas, Marius descubre providencialmente que había sido Jean Valjean quien lo había salvado de la muerte, y también se informa de su actual paradero en un convento.

Marius y Cosette van de prisa a buscarlo y lo encuentran ya muy deteriorado. Marius le agradece profundamente haberle salvado la vida. En la escena, Valjean se muestra como un padre misericordioso para ambos. Le entrega a Cosette una carta con su confesión (su historia), de modo análogo a como Eponime acabó por darle a Marius la carta de Cosette, al momento de morir ella en la barricada. En ambos casos, resignando el propio interés se consume un amor superior, entendido éste como bien real de la otra

persona.

“En el atardecer de la vida serás juzgado por el Amor”

A Valjean lo viene a buscar Fantine del más allá, besándolo del mismo modo que él lo había hecho con ella en la frente al morir. Le dice que ha cuidado muy bien a Cosette y ahora llega el momento de descansar. Camina por un pasillo, que se transforma en una especie de senda nupcial, y los recibe el obispo que le había obsequiado los candelabros: un casamiento en la tierra (Marius y Cosette), y otro tipo de desposorio insinuado en el cielo (Fantine y Valjean). La cámara amplía la escena, y va apareciendo una gigantesca barricada en medio de la ciudad, con una multitud de personas cantando y agitando banderas. Por supuesto que allí está Gavroche. París se convierte en Nueva Jerusalén (Ap 21): allí hay miles y miles de personas..., pero no está Javert.

Efectivamente, al salir Valjean de la cloaca subiendo por una escalera con Marius al hombro, Javert lo mira desde arriba como siempre y amenaza matarlo si da un paso más. Valjean no se intimida y continúa su camino con dignidad: la fuerza interior de Valjean y su mirada decidida contrastan con la confusión interna del inspector. Javert suelta su arma, recuerda que Valjean pudo haberlo matado en la barricada cuando el perspicaz Gavroche descubrió que el supuesto convertido a la revolución era un traidor, y no lo hizo. Como hacía un tiempo frente a Notre Dame en una cornisa, Javert camina sobre un puente del Sena. Lo que antes era orden y armonía es ahora desasosiego y oscuridad. Debajo se ve como una garganta torrentosa de agua, donde desaguan las cloacas. Siente que el espacio lo succiona, y cae en el agua golpeando contra una

pared: el peso muerto es arrastrado hacia el fondo.

Conclusión

En el relato se entretrejen historias. Tanto en el caso de Valjean como Fantine, las experiencias límites, mediadas por gestos y actitudes de misericordia (del sacerdote y del mismo Valjean en el segundo caso), de la mano de la fe se convierten en fecundos caminos de vida. La cruz acompañará a ambos personajes hasta el final, hasta el descanso definitivo. En ambos casos, se trata de caminos de redención, que en el contexto de la época y la conciencia de los protagonistas se inician con pecados personales: el robo del pan y el amor sin previo casamiento.

La crudeza de la existencia se refleja en cada detalle de la vida social. Toda la humanidad, en cierto modo, forma parte de esos 'miserables' –simbolizados principalmente en los clientes de la taberna de los Thènardier–, necesitada de redención para poder cantar finalmente el cántico de los bienaventurados. En este esplendor escatológico aparecen visiblemente, destacados en lugar elevado, quienes lucharon por nobles aunque distorsionados ideales. La humanidad redimida de la miseria no solo asociada a la pobreza material, sino también a la mezquindad de sus juicios, criterios y actitudes: a causa del pecado. Dios es misericordioso (=se compadece de los miserables, como buen samaritano o padre generoso), y en algún momento de la vida de las personas, lo manifiesta claramente. Esto es lo que no puede aceptar Javert, esto es lo que lo excluye de la fiesta final, del plan providencial de Dios...

PRIMERA PARTE:

El Evangelio pastoral de la misericordia

El comentario a *Los miserables* nos puso en clima. Ahora en esta Primera parte, el propósito de las meditaciones que siguen será propiciar un itinerario de oración y contemplación, que contribuya a una reestructuración creyente de la vida, a partir de la Buena Nueva tal como nos viene relatada en el Evangelio de Lucas [=Lc].

El autor, de habla griega y vinculado por su estilo kerygmático y pastoral a la predicación paulina (cf. *Fm* 23ss; *2 Tim* 4,11; *Col* 4,14), redactó su evangelio entre los años 75 y 85. Subrayó en él la novedad de la Buena Nueva de salvación, que se ofrece misericordiosamente en Jesucristo a todos los hombres, y de un modo particular a los pobres, con tal que se acerquen a él con fe y se decidan a dejarlo todo para seguirlo incondicionalmente.

Los permanentes signos liberadores de Jesús y su enseñanza a través de parábolas; la presencia permanente del Espíritu Santo y el gozo que anima a los personajes que se abren a Dios y a su palabra; como así también el estilo ameno y cultivado de su redactor, dan al tercer evangelio un talante entusiasta. Resulta, así, pastoralmente precioso como mediación para “una evangelización nueva en los métodos, en el ardor y en su expresión”⁵, en los albores del tercer milenio.

⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Discurso al CELAM en Puerto Príncipe*, en: *L'Osservatore Romano*, 9/03/1983.

Junto a un cierto rigor científico en lo bíblico, teológico y pastoral, quisiera que cada una de las reflexiones pudiera asumir cordial y sapiencialmente la pedagogía ignaciana del progresivo encuentro con Dios, plasmada en los *Ejercicios Espirituales [=EE]*. Para esto no veo mejor medio que tratar de determinar cuáles son los principales temas abordados por el evangelista en su aproximación teológico-pastoral al misterio cristiano (cf. *Lc* 1,3-4); ordenarlos de acuerdo a su lógica interna de un modo compatible con la estructura y dinamismo de los *EE*; transcribir los textos base de cada meditación, titulándolos con los versículos a mi criterio más significativos, y desarrollarlos exegéticamente; dejándonos interpelar desde ellos por los desafíos permanentes de la existencia humana, como así también por los más propios de nuestro tiempo y región: los albores del tercer milenio en la Argentina.⁶

Simultáneamente invito al lector a realizar él personalmente este camino; recreando las meditaciones desde su propia situación vital y ambiental. Para ello, al final de cada capítulo habrá algunas preguntas que pueden contribuir a esta personalización de los relatos. A su vez, concluidas las meditaciones, se añade un pequeño apéndice relativo a los *EE* que puede ayudar a utilizar las mismas en el contexto de unos días de retiro, o también en un proceso análogo de crecimiento humano, espiritual y pastoral hecho en la vida diaria.

⁶ Ver mi libro *Hacia una Argentina con futuro. Ensayo teológico-pastoral en diálogo interdisciplinar*, Dictus Publishing, Saarbrücken, 2013.

I. “Para anunciar a los pobres la Buena Nueva” (4,18)

“Vino [Jesús] a Nazará, donde se había criado, entró según su costumbre, en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías, desenrolló el volumen y halló el pasaje donde estaba escrito:

“ ‘El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor’.

“Enrolló el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: ‘Esta Escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy’. Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca.

“Y decían: ‘¿Acaso no es éste el hijo de José?’. Él les dijo: ‘Seguramente me van a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu patria’. Y añadió: ‘En verdad les digo que ningún profeta es bien recibido en su patria’.

“ ‘Les digo de verdad: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis

meses y hubo gran hambre en todo el país; y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado sino Naamán, el sirio’.

“Al oír estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad para despeñarle. Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó” (4,16-30).

De Israel a las naciones

El relato forma una unidad, demarcada por la referencia a la venida a Nazará (=Nazaret, v.16) y la posterior bajada a Cafarnaún (v.31). En él llama la atención el notorio cambio de actitud de la gente: de una actitud abierta y receptiva a la lectura e interpretación que Jesús hace del texto de *Is* 61,1-2, expresada en el hecho que “todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca” (v.22a); se pasa a otra de carácter hostil, manifestada en la observación: “¿Acaso no es éste el hijo de José?” (v.22b), y sobre todo en el hecho de que “todos en la sinagoga se llenaron de ira y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad para despeñarle” (vv.28-29).

Este cambio notorio de actitud en la gente revela en el origen del texto dos relatos diferentes. Uno referente al éxito inicial de su misión, tal como lo expresa *Mc* 1,21ss y *Mt* 4,13 (donde también se

utiliza Nazará en lugar de Nazaret): Jesús realiza signos, la gente se asombra y lo ve como un profeta. El otro es posterior, y tiene su paralelismo en *Mt* 13,53-58 y *Mc* 6,1-6, y muestra la incompreensión de los suyos. (En efecto, los cuatro evangelios coinciden en mostrar, sobre todo en el grupo de los escribas y fariseos, legistas y ancianos, y luego también en los Sumos Sacerdotes, una progresiva resistencia y oposición a su persona y misión).

Lc utiliza los dos textos fusionados en uno, como para presentar de un pantallazo lo que será el ministerio público de Jesús. Él vendrá en un primer lugar como profeta y salvador para las ovejas perdidas de Israel (cf. *Lc* 2,11; 7,11-17; 9,38-42)⁷, expresado en nuestro relato en la referencia a la sinagoga y el sábado (v.16). Pero viendo la cerrazón de su pueblo terminará manifestando el universalismo de su misión (*Lc* 8,26-38)⁸, expresado en las referencias véterotestamentarias a la “mujer viuda de Sarepta de Sidón” (1 *Re* 17,9, en v.26) y al leproso Naamán, de Siria (2 *Re* 5,14, en v.27): una pagana y un impuro legal respectivamente, que no participaban de la sinagoga ni de la alianza por ser considerados pecadores, personas de ‘segunda categoría’.

Sin embargo, en la opción preferencial que Jesús tendrá hacia ellos se manifestará justamente que la Buena Nueva es para todos los que están dispuestos a tener fe (cf. 8,48.50). Se trata de la visión universalista del *Tercer Isaías*, de donde está extraído el pasaje comentado por Jesús, y que pone como principales destinatarios del evangelio a los pobres, cautivos, ciegos y oprimidos (cf. *Lc* 7,22).

⁷ Luego la Iglesia hará lo mismo: cf. *Hch* 4,12; 5,31; 13,23.

⁸ Y también la Iglesia hará lo propio: cf. *Hch* 28,28.

Jesús es arrojado fuera de la ciudad, pero eso le permite “anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios también a otras ciudades” (4,43). En principio, él no quiere alejarse de la Ley, pero las circunstancias lo irán llevando a objetar la interpretación deshumanizante que de la misma han ido haciendo los principales de Israel -especialmente los fariseos y legistas-; como así también a testimoniar la falta de fe de la mayoría de ellos hacia su persona.

Pienso que también cada uno de nosotros, en nuestra misión y trabajo de cada día, está sujeto a experimentar ‘desplantes’ y rechazos, como por otra parte lo estuvieron los primeros evangelizadores (cf. *Hch* 7,57; 13,45; 14,22, 2 *Co* 1,8-9)⁹. Éstos pueden originarse en las exigencias radicales que tiene la Palabra de Dios cuando procuramos vivirla proféticamente; particularmente en relación a quienes hoy más sufren las consecuencias de la pobreza y exclusión que origina el mundo globalizado.

En nuestro país, y en estos últimos treinta años, la Iglesia ha ido ganando -en general- reconocimiento social por parte de los sectores medios y bajos, debido a su cada vez más incisiva presencia y palabra en favor de la vida y los derechos fundamentales de las personas. No obstante, la constatación de que la corrupción, impunidad y empobrecimiento de vastos estamentos de nuestra sociedad argentina ha ido en aumento; como así también las críticas recibidas permanentemente por parte de quienes se ven beneficiados con la implementación de estrategias políticas y económicas que favorecen tan sólo a unos pocos, pueden llevarnos muchas veces al desánimo y al desaliento, a pensar que lo que vivimos o hacemos no sirve o incluso, que nuestra misma vocación es ilusoria y no tiene sentido.

Frente a esta tentación de desánimo, vemos cómo en el proyecto del Padre que Jesús discierne y manifiesta con su vida, los reveses del trabajo pastoral o los rechazos en la misma convivencia humana, más que ser motivos de frustración, le ayudan a desarrollar su libertad interior y creatividad humana, su autenticidad evangelizadora y misionera. También en nosotros tienen que propiciar una mayor confianza en el Señor y en la eficacia de su palabra; y simultáneamente, favorecer un no encerramiento en las actividades, recursos, grupos y personas de siempre; sino por el contrario, una disposición a salir y a ir a quienes verdaderamente puedan estar necesitando de la Buena Nueva y de nuestra presencia consoladora y liberadora. Eso es lo que hace Jesús cuando “pasando por medio de ellos, se marchó” (cf. 4,30).

Llevar a todos la Buena Nueva

El universalismo de la misión de Jesús -y en parte la cerrazón de Israel- impregna todo el Evangelio de *Lc* y el libro de los *Hch*, y es uno de los elementos claves que estructuran su composición. En *Lc* 5,17 se dice que “un día que [Jesús] estaba enseñando, había sentados algunos fariseos y doctores de la Ley que habían venido de todos los pueblos de Galilea y Judea, y de Jerusalén”; y en 13,22 se afirma que “atravesaba ciudades y pueblos”. En 14,15-24, al excusarse los invitados al banquete del Reino, son convocados los impuros -pobres y lisiados, ciegos y cojos- y los paganos -los que están en los caminos y cercas. También en 10,13 se dice a Corazín y Betsaida -dos ciudades hebreas- que “si en Tiro y Sidón se

⁹ Cf. MARTINI, C., *Jesús, evangelizador fracasado*, en: *El Evangelizador en Lucas*, Paulinas, Bogotá, 1984, 21ss.

hubieran hecho los milagros que se han hecho en ustedes, tiempo ha que se habrían convertido”.

Incluso la conocida parábola del hijo perdido y el hijo fiel -el menor y el mayor, cf. 15,11-32- terminan mostrando que sólo los paganos que estaban afuera y en pecado acaban por comprender la misericordia del Padre y entran a la casa; y no así los judíos que -habiéndose quedado siempre en la casa- acaban por no querer entrar y se endurecen. En el pasaje de 17,11-19, el único leproso agradecido que regresa para dar gracias es un samaritano – miembro de un pueblo históricamente enemistado con Israel. Sólo él escucha de Jesús: “Tu fe te ha salvado”. Por último, Cristo resucitado anuncia la predicación en su nombre de la “conversión para perdón de los pecados a todas las naciones” (24,47), haciendo explícita su intención universalista.

“ ‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres’. Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios, tal es la misión para la que Jesús se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su misterio -la misma Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos- forman parte de su actividad evangelizadora” (*Evangelii nuntiandi*, 9).

Hoy nuestra Iglesia que peregrina en Argentina, en su misión evangelizadora, está llamada a tener particularmente en cuenta a quienes viven dramáticamente su condición de desempleados o subempleados; a quienes padecen condiciones de vida precarias e

infrachumanas (en ‘villas-miseria’ o en la misma calle -por ejemplo, muchos niños y menores); a quienes no logran una capacitación satisfactoria para integrarse al ‘primer mundo’ (especialmente los jóvenes); a quienes quedan relegados y marginados del mundo de la eficacia (ancianos, enfermos, personas con capacidades especiales); a quienes muchas veces son rechazados por el hecho mismo de ser extranjeros (paraguayos, bolivianos, peruanos, coreanos, etc.); o a quienes son discriminados -por igual trabajo- en su remuneración (mujeres, estudiantes, etc.).

Esta preocupación por el hombre ‘concreto, histórico y real’ (cf. *Redemptor hominis*, 13) abre a la Iglesia al diálogo y solidaridad con los diferentes sectores de la sociedad (y casi preferencialmente con las sociedades intermedias) para procurar salidas y respuestas a la crisis que afecta dramáticamente a por lo menos un tercio de la población total. Simultáneamente, e incluyendo el marco de lo estrictamente religioso, esta preocupación por todo hombre tiene que seguir generando cauces y posibilidades de encuentro y comunión en relación al diálogo ecuménico e interreligioso.

“Esta Escritura [...] se ha cumplido hoy” (v.21)

Por último, en el relato llama la atención la expresión ‘hoy’ (=semeron, v.21), que muestra la actualidad de la salvación: “*Esta Escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy*” (4,21). El ‘hoy’ queda también vinculado al nacimiento del Salvador (2,11); al reconocimiento que después del bautismo hace la voz del cielo de él como Hijo (3,22); a la verificación de los signos mesiánicos (5,26); a la conversión de los grandes pecadores (19,5.9); y al ingreso en el Paraíso (23,43). Se da, pues, una concatenación

estratégica en la utilización de *sémeron* que podemos relacionar con la expresión escatológica véterotestamentaria del 'Día de Yahveh'; no en su carácter de juicio y castigo, sino en el de una salvación y liberación vinculadas a la manifestación de Dios: es en el 'hoy' que el Señor da cumplimiento a las Escrituras (cf. *Hch* 1,7; 2,20).

“El profeta hablaba del Mesías. ‘Hoy -añadió Jesús- se ha cumplido esta Escritura que acaban de oír’ (*Lc* 4,21), dando a entender que el Mesías anunciado por el profeta era precisamente él, y que en él comenzaba el ‘tiempo’ tan deseado: había llegado el día de la salvación, la ‘plenitud de los tiempos’” (*Tertio millennio adveniente*, 11).

Muchas veces podemos estar tentados de pensar que no estamos viviendo el tiempo o lugar más conveniente para recibir y vivir en plenitud el misterio de la Salvación: ‘Si viviera en otro país o en la Argentina próspera de hace sesenta años’, ‘si me dedicase a otro trabajo o ministerio’, ‘si conviviese con otras personas o si mi familia fuese diferente’... En realidad, ‘hoy y aquí’ es el tiempo propicio, ‘hoy y aquí’ hay que escuchar la voz del Señor; con la vida como esté y en las circunstancias que me toquen vivirla. Hoy es el mejor tiempo, hoy el Señor me ofrece las mejores oportunidades... De aquí la importancia de profundizar el conocimiento histórico y teológico de este ‘hoy’: las coordenadas socio-culturales del momento presente junto con el discernimiento del proyecto de Dios en el mismo.

Para reflexionar:

- ✓ *A partir de lo meditado podemos preguntarnos: ¿cuál es mi disposición hoy frente al Señor? ¿Es de apertura y asombro? ¿o es más bien de cerrazón?*
- ✓ *¿Experimento rechazos en mi vida de todos los días (con mi familia, en mi trabajo, en la comunidad) por causa del Evangelio?*
- ✓ *¿Me identifico con la pretensión universalista que tiene Jesús en Lc? ¿Procuro abrirme a todo aquél que me necesite?*
- ✓ *¿Descubro que son los pobres y excluidos los principales destinatarios de su misión, o me opongo a esta opción del Señor como los miembros de la sinagoga de Nazaret? ¿Qué iniciativa he tenido a respecto?*
- ✓ *¿Me preocupo por conocer e involucrarme en el 'hoy' de la Argentina, o de mi país?*

II. “Feliz la que ha creído” (1,45)

“Al sexto mes envió Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: ‘Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo’. Ella se conturbó por estas palabras y se preguntaba qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: ‘No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande, se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin’. María respondió al ángel: ‘¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?’. El ángel le respondió: ‘El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez y este es ya el sexto mes de la que se decía que era estéril, porque no hay nada imposible para Dios’. Dijo María: ‘He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra’. Y el ángel, dejándola, se fue.

“En aquellos días, se puso en camino María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, Isabel quedó llena de Espíritu Santo y exclamó a gritos: ‘Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a

mí que venga a verme la madre de mi Señor? Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (1,26-45).

La obediencia de la fe

A lo largo de su Evangelio, *Lc* subraya insistentemente la necesidad de la fe para recibir la Buena Nueva. Sólo por la fe se recibe la salvación (5,5.20; 7,9.50; 8,48.50; 17,5-6.19; 18,8.42). Pero una fe que se convierte en obediencia existencial, que se hace palabra escuchada (10,42) e internalizada en las obras (6,46-49; 9,35). La falta de fe impide que esa salvación llegue (8,25; 12,28; 24,11.41), y deja al margen del gozo (18,23).

En esta lógica, *Lc* propone a María como icono por excelencia de la que ha creído, y lo dice por boca de Isabel: *“¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (v.45).*

Dice Juan Pablo II que, “en la anunciación María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando ‘la obediencia de la fe’ a aquél que le hablaba a través de su mensajero y prestando ‘el homenaje del entendimiento y la voluntad. Ha respondido, por tanto, con todo su ‘yo’ humano, femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con ‘la gracia de Dios que previene y socorre’ y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que ‘perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones [...]. Acogiendo este anuncio, María se convertiría en la ‘Madre del Señor’ y en ella se realizaría el misterio de la encarnación” (*Redemptoris Mater*, 13).

Desde hace unas dos o tres décadas asistimos a un redescubrimiento de lo religioso en el mundo entero. Después de más de un siglo de resistencia en occidente a todo lo que expresara apertura a una dimensión trascendente de la vida -llámese laicismo, científicismo, ateísmo o agnosticismo-, percibimos en estas últimas décadas una necesidad casi imperiosa de experiencias místicas e interpretaciones holísticas de lo real. Cuenta de ello dan el surgimiento de nuevos grupos religiosos e incluso sectas; el interés por todo lo que viene de oriente -meditación trascendental, zen, budismo-; muchos programas que nos llegan por cable o internet; y, entre nosotros, el auge de las peregrinaciones y la convocatoria de muchos santuarios, templos y advocaciones (los marianos de Luján, del Valle, Itatí, Caacupé, Sumampa, Huachana, de los Milagros, Medalla Milagrosa y Desatanudos; pero también San Cayetano, San Pantaleón, Santa Rita, etc.); vinculadas, por una parte, a la fe de nuestro pueblo sencillo, pero también a la difícil situación social que por momentos padece. A esto se añadió el pulular de grupos evangélicos y nuevas Iglesias cristianas que se extendieron particularmente en los sectores populares; y fenómenos como los de Gilda y Rodrigo que no dejaron de ser significativos. Por último, la masiva difusión de la *Nueva Era* (=New Age) en sectores medio-altos, los libros de autoayuda, los comportamientos y dietas 'ecológicas', etc., elementos todos de una nueva versión del gnosticismo.

En este resurgir de lo religioso, muchas veces de modo desordenado, generalmente 'carismático' y en parte reactivo a lo 'institucional', pueden discernirse muchas 'semillas de verdad' e incluso 'frutos del evangelio'; ya sea en la cultura globalizada como en nuestras tradiciones nacionales. Así, de un modo implícito o con modalidades manifiestas, la fe católica de nuestro pueblo sigue

expresándose y recreándose en la vida diaria, pese a la diversidad de influjos, cuestionamientos y cambios a que su vida está expuesta.

“He aquí la esclava del Señor” (v.38)

Lc contrapone la fe de María a la incredulidad de Zacarías. La joven (v.27) María pregunta: “¿Cómo será esto?” (v.34), con lo que no pone en duda la realización del proyecto de Dios anunciado por el ángel (v.31ss), sino que busca comprender su modalidad para dar un asentimiento más pleno al mismo. En cambio, el anciano Zacarías (1,7) pone en duda el cumplimiento de la palabra anunciada por el ángel (v.13ss): “¿En qué lo conoceré?” (v.18). Con una duda análoga a la de Abraham (cf. Gn 15,8), Zacarías refleja el envejecimiento de Israel, que sólo con mucha dificultad podrá abrirse a la Palabra.

Zacarías quedó mudo “hasta el día en que sucedan estas cosas por no haber creído a las palabras” del ángel (cf. v.20). En cambio, María, la creyente, escuchará la respuesta que Yahveh había dado otrora a Abraham en relación al hijo de Zacarías: “No hay nada imposible para Dios” (v.37); y ella misma consentirá en la fe cuando diga: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (v.38). También hay una cierta contraposición entre la mudéz de Zacarías (v.20) y la reclusión de Isabel (v.24), con el cántico de alabanza (v.46-55) y la pronta puesta en camino de María (v.39). El paralelismo se prolongará luego entre el Bautista (v.57-80; cf. 3,1-10) y Jesús (2,1-52; cf. 3,21-4,30).

Así, María es presentada “como la creyente que consiente a la palabra de Dios en la fe y se deja conducir dócilmente por ella a la inteligencia progresiva del misterio. Ella es la figura del verdadero discípulo, el modelo de asentimiento a la iniciativa de Dios, la creatura dócil que se deja plasmar por el Eterno. La Iglesia naciente la mira, no sólo relejendo en ella los acontecimientos pascuales que engendraron al nuevo pueblo de Dios, sino también encontrando en ella los caminos de la respuesta de fe que el acontecimiento exige por parte del hombre”¹⁰.

En lo que a nosotros respecta, en la práctica nuestra fe oscila entre los dos ‘paradigmas’ de *Lc*: tiene muchas veces la frescura y abandono de la joven de Nazaret, pero otras también la desconfianza del anciano Zacarías. La vida misma de la Iglesia se mueve entre estos mismos dos parámetros: por una parte conserva en su vida y tradición un rico patrimonio espiritual, doctrinal, litúrgico y pastoral que le permite renovarse y rejuvenecer en las más variadas circunstancias de tiempo y lugar, acorde a los signos de los tiempos y a las mociones del Espíritu. Por otra, también experimenta el peso de estructuras, costumbres y tradiciones difíciles de cambiar y actualizar; las cuales la envejecen y le impiden seguir dando en sus miembros un testimonio de fe viva y operante de cara a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Puede aplicarse esto en particular al pueblo de Dios que peregrina en la Argentina. Por una parte vemos signos de vitalidad en muchas comunidades que -incluso en medio de muchas incertidumbres- permiten que el Espíritu genere una misteriosa vida en sus propias entrañas y entorno -apertura e inserción en el mundo de los pobres y de los jóvenes; diálogo y praxis ecuménica e interreligiosa; iniciativas conjuntas y solidarias con los hombres de

¹⁰ FORTE, B., *María, la mujer icono del misterio*, Salamanca, Sígueme, 1993, 95.

buena voluntad; expresiones inculturadas de la fe también en lo celebrativo. Por otra, subsisten actitudes ‘demasiado racionales’ en las que parece que la inercia de lo que siempre se hizo, o incluso un neoconservadurismo asociado a nuestra ‘tradicón católica’ o al poder político y económico de turno, se sigue expresando. Muchas veces se esgrime a favor de esta segunda actitud una supuesta ‘prudencia’. A respecto habría que decir que, si de lo que se trata es de medir riesgos, en el ‘sí’ de María -humanamente hablando- hubo muchos...

Hacia una existencia transfigurada

En los relatos de la anunciación y la visitación aparecen las expresiones de gozo y alegría (1,28.41.45; cf. v.14) propias de Lc, en las que oportunamente nos detendremos. El gozo y la alegría están relacionados con la acción del Espíritu Santo (v.35.41; cf. v.15); y disipan el temor (v.30; cf. v.13). Quedan vinculados a una gran promesa: *“Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande, se le llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”* (vv.31-33; cf. vv.14-17); *“se cumplirán las cosas que te fueron dichas de parte del Señor”* (v.45). Se trataba nada menos que del cumplimiento de las promesas mesiánicas expresadas implícita o explícitamente en los antiguos textos proféticos (cf. 2 Sam 7,1ss; Is 9,6; Dn 7,14).

Cuando nos entregamos a la acción del Espíritu en nosotros, la vida se recrea; aunque no sepamos bien 'de dónde venimos ni a donde nos lleva' (cf. *Jn* 3,8): aflora el gozo y la alegría como un don de nuevo nacimiento que inexplicablemente surge desde lo profundo y nos invita a la alabanza. Pero cuando puede más la confianza en nosotros mismos y en nuestra experiencia -y esto es también válido para la Iglesia- que aquella que depositamos en el Señor, la falta de fe nos lleva a retraer nuestra vida a lo conocido: cuando adoptamos esta actitud difícilmente puede seguir irrumpiendo la novedad de lo alto (cf. *Jn* 3,3.5.1.15). Dejar que el Espíritu nos conduzca es sinónimo de acoger la Palabra y dejar que ella fecunde nuestra vida, transfigurándola. Es aceptar la propia finitud y abrirnos al misterioso designio de Dios sobre la totalidad de nuestra vida, aunque de momento no veamos claro "porque es de noche"¹¹.

Para reflexionar:

- ✓ *¿Estoy atento al movimiento religioso contemporáneo? ¿Me preocupo por captar las inquietudes de los hombres y mujeres de hoy?*
- ✓ *¿Cuáles son mis búsquedas, dudas y temores? ¿Cuál es hoy mi actitud existencial frente a Dios? ¿Hasta qué punto tengo verdaderamente fe?*
- ✓ *¿En qué sigo el paradigma de Zacarías y en qué el de María? ¿Me dejo conducir plena e incondicionalmente por el Espíritu de Dios?*

¹¹ "Que bien se yo la fonte do mana y corre, aunque es de noche" (*San Juan de la*

- ✓ *¿En qué aspectos de la vida de mi comunidad eclesial veo signos de vida y en cuáles signos de envejecimiento? ¿Qué puedo hacer yo a respecto para propiciar en ella una mayor fidelidad evangélica? ¿Qué puedo proponer a mi Iglesia diocesana y al pueblo de Dios que peregrina en Argentina?*

III. “Preparen el camino del Señor” (3,4)

“En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea; Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisaniás tetrarca de Abilene; en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

“ ‘Voz del que clama en el desierto: Preparen el camino del Señor, enderecen sus sendas; todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios’.

“Decía, pues, a la gente que acudía para que les bautizara: ‘Raza de víboras, ¿quién les ha enseñado a huir de la ira inminente? Den, pues, frutos dignos de conversión y no anden diciendo en su interior: ‘Tenemos por padre a Abraham; porque les digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham. Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego’.

“La gente le preguntaba: ‘Pues ¿qué debemos hacer?’. Y él les respondía: ‘El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer, que haga lo mismo’. Vinieron también publicanos a bautizarse, que le dijeron:

‘Maestro, ¿qué debemos hacer?’. Él les dijo: ‘No exijan más de lo que les está fijado’. Preguntáronle también unos soldados: ‘Y nosotros, ¿qué debemos hacer?’. Él les dijo: ‘No hagan extorsión a nadie, no hagan denuncias falsas y conténtense con su paga’.

“Como el pueblo estaba expectante y andaban todos pensando en sus corazones acerca de Juan, si no sería él el Cristo, declaró Juan a todos: ‘Yo los bautizo con agua; pero está a punto de llegar el que es más fuerte que yo, a quien ni siquiera soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. Él los bautizará en Espíritu Santo y fuego. En su mano tiene el bieldo para bieldar su parva: recogerá el trigo en su granero, pero quemará la paja con fuego que no se apaga’. Y, con otras muchas exhortaciones, anunciaba al pueblo la Buena Nueva” (3,1-18).

Enderezar las sendas

Vamos a aproximarnos a la figura de Juan Bautista. El relato transcrito comienza con una serie de precisiones históricas (fechas, nombres) que -como podremos ir viendo- es una de las características originales de Lc, que procura testimoniar ordenadamente la historicidad del relato evangélico (cf.1,1-4). Siguiendo con el paralelismo del que hablábamos en el capítulo anterior, notamos que la mayor cantidad de datos se concentra antes de relatar el nacimiento de Jesús (2,1-3) y el ministerio público de Juan (3,1-2): Lc quiere resaltar así la solidaridad de Jesús con la corriente profética de Israel.

El texto seleccionado lleva la impronta optimista del *Segundo Isaías*, explícitamente citado en los vv.4-6: “*Preparen el camino del Señor*” (v.4). A su vez, se presenta el anuncio inminente de la Buena Nueva en la línea de un nuevo éxodo universal (v.6); que por su novedad, está referido al acto creacional (cf. *Is 65,17ss*), y que como el primero, se realiza a través del desierto (cf. *40,1; Ex 16ss*).

Estas características dan urgencia a la conversión: como en otra época el antiguo pueblo de Israel debía comer de prisa la pascua y con la cintura ceñida (cf. *Ex 12,11*), también ahora la inminencia de la venida del Señor invita a ‘enderezar las sendas’. Para Juan, de hecho, esta venida debía tener las características del ‘Día de Yahveh’ de los profetas véterotestamentarios (cf. *Ez 7,7; Jl 1,15; 3,29; 4; Am 5,18; Abd 8.16.17; Sof 1,7; Mal 3,24*). El ‘enderezar las sendas’ debía entenderse en la línea de una sincera conversión con connotaciones incluso sociales (la clásica preocupación profética por los huérfanos y las viudas, y la no explotación del débil e indefenso), de cara a un juicio inminente de Dios (cf. *Lc 4,9*). Esa impronta social se manifiesta en la respuesta que el Bautista da a la gente (vv.10-11), a los publicanos (vv.12-13), y a los soldados (v.14). Son respectivas invitaciones a la solidaridad y a la justicia para todos, pero particularmente para quienes podían estar más tentados de abusar de su poder (vv.12-14).

Así, las referencias históricas concretas, la figura austera del Bautista en el desierto, su invitación a la conversión y la dimensión social que ésta necesariamente supone nos invitan a echar una mirada profunda a nuestro mundo y región para descubrir también hoy las situaciones de injusticia (estructural) que claman al cielo y exigen urgentemente enderezar caminos para que se pueda producir un nuevo éxodo. Sabemos, no obstante, que el pecado

social se genera por acumulación de pecados individuales; y que por tanto no hay cambio de estructuras sin cambio de corazón:

“Hablar de pecado social quiere decir, ante todo, reconocer que, en virtud de una solidaridad humana tan misteriosa e imperceptible como real y concreta, el pecado de cada uno repercute en cierta manera en los demás [...]. Algunos pecados, sin embargo, constituyen, por su mismo objeto, una agresión directa contra el prójimo y -más exactamente según el lenguaje evangélico- contra el hermano [...]. Ahora bien, la Iglesia cuando habla de situaciones de pecado o denuncia como pecados sociales determinadas situaciones o comportamientos colectivos de grupos sociales más o menos amplios, o hasta de enteras naciones y bloques de naciones, sabe y proclama que estos casos de pecado social son el fruto, la acumulación y la concentración de muchos pecados personales” (*Reconciliatio et poenitentiae* [=RP], 16).

Hecha esta aclaración, creo poder enumerar los principales pecados sociales que hoy asfixian nuestra vida social: la corrupción (coima y soborno, falsificaciones de diferentes cuños, nombramientos ‘truchos’ y nepotismos); la impunidad y la burocracia jurídica en casos que requieren urgencia; el individualismo y la desconfianza; la especulación financiera (incluso la de los acreedores internos y externos) y la evasión impositiva (particularmente la de los poderosos); el clientelismo y obsecuencia política; la desviación de fondos; la falta de proyectos a largo plazo que tiendan realmente al bien común y hagan creíbles las instituciones (por ejemplo, con la politización del sistema educativo); el desmantelamiento de la seguridad social (expresado en la flexibilización de los contratos laborales, la liberalización de las asociaciones de salud prepagas, y la incertidumbre en la que ha caído el sistema jubilatorio); la violencia y toda otra forma de

inseguridad pública (generadas muchas veces por las dramáticas situaciones de desempleo y exclusión social que viven muchos hermanos y hermanas). Evidentemente, todas estas situaciones ‘sociales’ tienen origen en actitudes ‘personales’.

“Den frutos dignos de conversión” (v.8)

En la línea de esta exhortación a la conversión, directa y sin ‘pelos en la lengua’, llama la atención la libertad interior de Juan; profeta por excelencia (cf. 7,26) -la más cercana prefiguración del mismo Jesús-, el último del Antiguo Testamento (cf. 16,16), el más grande de los nacidos de mujer y sin embargo menor que el más pequeño en el Reino de Dios (cf. 7,28). Por su fidelidad a la Palabra, va a terminar decapitado por Herodes (cf. 9,9), que lo había hecho poner preso por causa de Herodías (cf. 3,19-20 y paralelos).

No obstante su grandeza de espíritu -o mejor dicho, gracias a ella- Juan nunca ‘se la creyó’. Si bien era popular y tenía muchos discípulos -incluso Herodes lo escuchaba con gusto (cf. *Mt* 6,20)-, fue consciente de que *“está a punto de llegar el que es más fuerte que yo, a quien ni siquiera soy digno de desatarle la correa de sus sandalias”* (*Lc* 3,16). Tenía conciencia de que su misión era convertir al Señor a muchos de los hijos de Israel, e “ir delante de él con el espíritu y poder de Elías [...] para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (cf. 1,16-17; cf. *Mt* 17,10-13); y que por supuesto, él no era el Cristo (cf. *Jn* 1,20).

Por último, el Bautista que *“anunciaba al pueblo la Buena Nueva”* (v.18) no tenía claro de cara a Jesús si él era el que debía

venir o tenía que esperar a otro (cf. Lc 7,19). Jesús le responderá haciéndole constatar el cumplimiento de los signos mesiánicos: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (7,22; cf. /s 26,19; 29,18; 35,5-6; 61,1).

Hoy son muchos los profetas anónimos que en el día a día luchan por construir un país mejor y una sociedad más humana y evangélica. Prestando atención, cada uno de nosotros los puede descubrir en su propio barrio, en la oficina, en la comunidad, en la calle, e incluso en los medios y en la política -aunque tal vez más difícilmente... Puede que a veces cueste encontrarlos, pero cuando se los halla, nos entusiasman. Son hombres y mujeres de Dios que hablan con la palabra, pero sobre todo con la vida. Los hay entre los laicos, entre los religiosos y consagrados, entre los presbíteros y obispos. Los hay en las escuelas y en los hospitales, en los barrios marginales y en los ambientes profesionales, tal vez en la propia familia y parroquia. Gente generalmente anónima, no demasiado conocida, que desempeña su misión ocultamente. Entre ellos hay muchos padres y madres de familia, vecinos solidarios, personas que dedican su tiempo desinteresadamente a quienes lo necesitan, voluntarios de ONG's, etc. A la par que cuestionan nuestro estilo de vida muchas veces cómodo o indolente, nos ofrecen 'claves para un mundo mejor'. Incluso se podría decir que no son pocos los que habiendo emigrado de la Argentina se han insertado de un modo testimonial en las sociedades de otros países del planeta -y evidentemente no me estoy refiriendo (por lo menos no principalmente) a futbolistas y modelos...

Sin embargo, el éxito de Juan -como el de cualquier otro profeta- fue dentro de todo relativo: *“Todo el pueblo que le escuchó,*

incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, y se hicieron bautizar [...]. Pero los fariseos y los legistas, al no aceptar su bautismo, frustraron el plan de Dios sobre ellos” (vv.29-30). También el testimonio de los profetas de nuestros días -por más esmero que pongan en la realización de su misión- tendrá siempre resultados limitados y generará incluso oposiciones por parte de quienes prefieren mantener el *statu quo*. En vez de desanimarlos, todo esto les recordará que los frutos dependen ante todo de la acción de Dios en el corazón de las personas.

Si nos animamos a incluirnos en el ‘grupo de los profetas’ - todos estamos llamados a serlo desde nuestro bautismo-, lo importante es que lleguemos a la convicción de que “hemos hecho lo que teníamos que hacer” (cf. 16,10) en conformidad a nuestra ‘vocación y misión en la Iglesia y en el mundo’; y que siendo “unos pobres siervos” (ib.), ‘es preciso que crezca el Señor y que nosotros disminuyamos’. En esto Juan también nos da ejemplo de humildad: pese a su perplejidad, nunca se desalentó. Y perseveró hasta el fin.

Para reflexionar:

- ✓ *El Señor permanentemente nos invita a realizar en la vida un nuevo éxodo, a celebrar una nueva Pascua, para lo que es preciso normalmente pasar por experiencias de desierto en las cuales tenemos que poner lo mejor de nuestra parte para allanar su llegada. De cara a esta convicción, ¿cuáles son hoy mis desiertos, obstáculos y resistencias? ¿Y cómo definiría esta experiencia en el común de los argentinos?*

- ✓ *Frente a la acentuación social de la conversión: ¿en qué cosas puedo ser más solidario y menos injusto; abriéndome a las necesidades de los otros, y dejando de lado la fuerza o el poder como medios para el beneficio personal?*
- ✓ *¿Busco 'aportar' a las iniciativas que en los entornos míos se van desarrollando en favor de quienes más sufren? ¿Estoy abierto, como Juan, a descubrir los signos del paso del Señor entre los pobres (ciegos, cojos, leprosos, sordos, muertos, pobres, etc.)?*
- ✓ *¿Cuál es la calidad de mi testimonio profético? ¿Mi vida 'dice' algo? ¿Soy fiel a la Palabra o me acomodo demasiado? ¿Tengo claro quién soy y quién no soy?*

IV. “Tus pecados quedan perdonados” (7,48)

El Evangelio de *Lc* se caracteriza, entre otras cosas, por los grandes perdones: “No he venido a llamar a la conversión a los justos, sino a los pecadores”, dirá Jesús en 5,32. En su expresión más plena, el perdón lo manifiesta Jesús desde la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (23,34), y lo personaliza en el malhechor arrepentido que había sido crucificado junto a él: “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso” (v.43). De ahí que todo el Evangelio se abra a la misericordia, como veremos en el próximo capítulo.

Vamos a detenernos ahora en dos relatos que expresan muy bien el dinamismo del perdón en *Lc*: el de la pecadora perdonada y el de Zaqueo convertido.

La pecadora perdonada

“Un fariseo le rogó que comiera con él, y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública. Al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume y, poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.

“Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: ‘Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la

que le está tocando, pues es una pecadora'. Jesús le respondió: 'Simón, tengo algo que decirte'. El le dijo: 'Di, maestro'. 'Un acreedor tenía dos deudores; uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?'. Respondió Simón: 'Supongo que aquel a quien perdonó más'.

"Él le dijo: 'Has juzgado bien'. Y, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: '¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró no ha dejado de besarme los pies. No ungió mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra'. Y le dijo a ella: 'Tus pecados quedan perdonados'. Los comensales empezaron a decirse para sí: '¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?'. Pero él dijo a la mujer: 'Tu fe te ha salvado. Vete en paz'" (7,36-50).

"Un fariseo le rogó que comiera con él" (v.36). Tenemos a Jesús comiendo en la casa de un fariseo. No será la única vez que Jesús acepte estas invitaciones (cf. 11,37 y 14,1), ni tampoco la única en que tenga en ellas entredichos con los fariseos (cf.5,29-39; 7,36-50; 14,1-24): como veremos, ellos serán -con los escribas- los que más objetarán y se opondrán a las palabras y acciones de Jesús (cf. 5,21.30; 6,11; 7,30; 10,25; 11,53-54; etc.).

En eso entra una prostituta. El relato dice: "*Había en la ciudad una mujer pecadora pública*" (v.37). Por tanto, si no era la única, al

menos sí era muy conocida. Según la Ley había que poner distancia respecto a este tipo de personas, en orden a no contaminarse. Y si llegaba a ser sorprendida en adulterio, apedrearla (cf. Lev 20,10) -cosa que en tiempos de Jesús no tenían autorización para hacer los judíos. Por eso, Simón, el fariseo, no veía para nada bien que 'esa' mujer 'toque' a Jesús (v.39): el hecho mismo de que el Señor no se oponga a ello le hará dudar de su condición de profeta; o mejor dicho, le dará un argumento más para hacerlo y afirmar su prejuiciosa desconfianza ante este hombre demasiado popular a su gusto. La cuestión que, mientras tanto, ella 'lavaba', 'secaba' y 'perfumaba' los pies de Jesús, expresiones todas de hospitalidad que Jesús reprochará a Simón no haber tenido él hacia su persona en su propia casa.

Jesús parece centrar su atención en esos signos de amor que la mujer le prodigaba. Por como continúa el relato, parece no prestar tanta atención a la 'deuda' -que según la parábola de Jesús era notoriamente superior en la mujer respecto a la del fariseo- sino más bien los 'gestos de amor'. Para él, estos parecían ser directamente proporcionales al perdón que ella experimentará: *"Quedan perdonados (=aféontai) sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor (=egápesen polû). A quien poco se le perdona (=afietai), poco amor muestra" (=olígon agapá)"* (v.47).

La vinculación entre perdón y amor sugiere el ingreso en un nuevo orden de relaciones, más gratuito y menos 'contractual' o legal, en la relación de Jesús con la mujer -a diferencia de la de él con Simón, por otra parte muy 'correcta'. Y esto lo capta el mismo fariseo en referencia al contenido de la parábola. Cuando Jesús le pregunte: *"¿Quién le amará más (=pleion egápesai)?"*, Simón le responderá: *"Supongo que aquél a quien perdonó más (=pleion*

ejarísato)”: en griego queda claro que esta experiencia de perdón gratuito, inmerecido e incondicional es la que genera capacidad de donación oblativa, plena y generosa en el amor.

El relato continúa con la lógica conclusión. Los amigos de Simón -seguramente fariseos- objetarán el perdón de Jesús (“¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?” [v.49]), y Jesús - en una significativa consonancia afectiva con la mujer- le terminará diciendo: “*Tu fe te ha salvado, vete en paz*” (v.50); expresión que Lc utiliza para mostrar que la persona -en muchos casos reprobada por los demás- ha captado el sentido de la Buena Noticia y ha logrado entrar en la lógica de Dios (cf. 8,48; 17,19; 18,42).

Zaqueo

“[Jesús] entró en Jericó y cruzaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: ‘Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa’. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: ‘Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador’. Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: ‘Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más’. Jesús le dijo: ‘Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido’” (19,1-10).

En el caso de Zaqueo, tenemos a *“un jefe de publicanos y rico”* (v.2). Éste era otro trabajo muy mal mirado por la sociedad judía del tiempo de Jesús, porque de hecho expresaba complicidad con la dominación romana -dado que los publicanos cobraban los impuestos para ellos- y simultáneamente se beneficiaban notablemente de ello -y por eso, mucho más los jefes, tendían a ser ricos. La misma gente manifiesta su desconcierto en el relato cuando Jesús le dice: *“Conviene que hoy me quede yo en tu casa”* (v.5); por eso murmura: *“Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador”*. Hospedarse y comer con alguien eran -y son- signos de comunión evidente: el pueblo no entiende que Jesús pueda sintonizar tanto con este hombre que tanto mal les ha hecho.

Lo cierto es que Zaqueo *“trataba de ver quién era Jesús”* (v.3), y para ello *“se subió a un sicómoro”* (v.4). Por su parte, dice el relato que Jesús *“alzando la vista”* lo llamó por su nombre (cf. v.5). Esta convergencia de miradas generará un cambio en Zaqueo, que seguramente ya se estaría gestando en su corazón desde hacía algún tiempo; dado que como en el caso de su colega Leví (cf. 5,27-28), respondió de un modo pronto y contundente: *“Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más”* (19,8). Así, Zaqueo va incluso más allá de lo que exigía la Ley judía en caso de robo (cf. *Ex* 22,3.6; *Lev* 5,21-24; *Num* 5,6-7) y hace lo que la ley romana exigía en tales circunstancias.

Esta transformación profunda de Zaqueo, expresada en un compromiso concreto que él asume frente a sus amigos, se convierte para *Lc* en paradigmática de lo que podemos llamar ‘experiencia salvífica’. Por eso *Lc* utiliza por dos veces el ya comentado “hoy” (*sémeron*) referido al cumplimiento de las

promesas (cf. 4,21; 23,43): *“Hoy ha llegado la salvación a esta casa”* (v.9), ‘casa’ en la que *“conviene que hoy me quede”* (v.5). Con *Jn*, ese quedarse o permanecer (*menein*) está referido al lugar donde Jesús mora, que es la casa del Padre y donde hay muchas habitaciones (cf. *Jn* 1,38,15,9-10): si Jesús permanece en la casa de Zaqueo es porque allí mora Dios; o también, porque Jesús permanece y se queda en esa casa, el Padre y Él mismo hacen morada en ella.

Por último, la salvación se expresa -como se dice en el caso de Leví- como consecuencia de la misión del Hijo del hombre, que ha venido *“a buscar y salvar lo que estaba perdido”* (*Lc* 19,10; cf. 5,31-32). *“También éste es hijo de Abraham”* (v.9): porque Dios hasta de las ‘piedras’ puede dar hijos a Abraham (cf., 3,8).

Nuestra vida

Mirando juntos los dos relatos, vemos a Jesús ‘hospedado’ por una prostituta -Simón en realidad hizo poco que merezca llamarse ‘hospitalidad’- y por un publicano. Jesús valora esa hospitalidad y valorándola posibilita la conversión de ambos; la cual se expresa en sendos gestos de amor, solidaridad y justicia. La fe los ha salvado; por ella hoy la salvación ha entrado en sus casas y ellos han entrado nuevamente en la casa del Padre (como el hijo menor de la parábola de 15,11-32); no así a Simón ni a la gente que murmuraba, y que quedaron ‘afuera’ incluso en la propia casa (como el hijo mayor de la parábola en cuestión, v.28).

Jesús mismo dirá a los escribas y fariseos que los publicanos y las prostitutas los precederán en el Reino de los Cielos. De hecho,

con ellos Jesús sintonizó en el afecto y en la mirada; y por su conversión hubo más alegría en el cielo que por otros muchos justos juntos (cf. 15,7.10): porque “estaban perdidos y han vuelto a la vida, se habían perdido y han sido hallados” (cf. 15,32). Y por su humildad, como otrora el publicano que en la parábola oraba (cf. 18,9ss), salieron justificados.

Hoy la prostituta puede ser la mujer que trabaja en la calle o en un *cabaret* -por necesidad, presión o espíritu de aventura; o también aquélla que se vincula con ambientes del ‘hampa’ o la droga. Pero siguiendo los relatos de *Lc*, también hoy la gente puede murmurar de la mala vida de tal o cual ‘gitana’ o ‘chinita’, o incluso de una madre soltera o de ‘alguna’ que no termina de encontrar vinculaciones afectivas estables.

Por su parte, el jefe de los publicanos no sería solamente el ministro de Economía o el director general de Rentas, sino también alguno de los grandes empresarios y financistas, y sobre todo, los políticos de peso -especialmente los del ejecutivo y las legislaturas-, que muchas veces viven a costa de los intereses del pueblo; en fin, aquellos para quienes sus dioses son el poder y el dinero, pero de los que el Señor no desespera...

La prostituta y Zaqueo cambiaron de vida porque se experimentaron amados incondicionalmente por Jesús, y descubrieron la nueva lógica de una relación gratuita. Sólo la experiencia personal de la amabilidad intrínseca del propio ser más allá de lo que hacemos y tenemos nos permite abrirnos incondicionalmente al Señor. Mientras no superamos la lógica de lo ‘contractual’ nuestra vida no cambia. Por eso, la verdadera transformación del hombre y mujer concretos parte de convicciones personales y no tanto de presiones sociales: éstas, a lo sumo,

pueden despertar el ansia de otro estilo de vida; pero por sí mismas, no motivan el cambio mismo. Esto sólo lo consigue el Amor que se expresa en la modalidad redentora de la misericordia.

Para reflexionar:

- ✓ *Si buscamos referir estos relatos a nuestra propia vida, constatamos que también en nosotros existe -en mayor o menor grado- la necesidad de reconciliación y perdón de Dios. Esta necesidad de perdón es simultáneamente posibilidad de experimentar su misericordia. Por eso en los Ejercicios Espirituales, Ignacio quiere que después de objetivar las escenas evangélicas las personalicemos.*
- ✓ *Podemos preguntarnos: ¿Cuál es ese Simón rígido, seguro de sí mismo y autosuficiente que hay en cada uno de nosotros? ¿Cuál es, además, ese pueblo murmurador que quiere excluir de la misericordia a los demás por tal o cual motivo?*
- ✓ *¿Cuál es en mí esa pecadora o ese publicano que quiere acercarse a Jesús -pese a haber vivido muy lejos de él- para cambiar; esa pecadora o ese publicano que se siente 'insatisfecho' (=no suficientemente 'hecho' como hija/o de Dios), y que por tanto quisiera que Jesús lo haga su propia morada -la de Él y la del Padre?*
- ✓ *¿En que se va manifestando y se tendría que manifestar más este deseo y este acercamiento en concreto?*
- ✓ *¿Cuáles son las experiencias de 'misericordia recibida' que más han transformado mi vida? ¿Quién o quienes está/n*

esperando de mí una actitud análoga a la por mí mismo/a experimentada?

V. “Este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida” (15,32)

Los ‘grandes perdones’ son la manifestación de un Dios rico en misericordia: Lc lo expresa permanentemente en su Evangelio y de diversos modos, pero donde tal vez mejor lo plasma es en la parábola del *hijo pródigo*, o mejor dicho, del *padre misericordioso*¹². El relato se inscribe en el contexto de tres parábolas de misericordia, narradas en el capítulo 15. Es una respuesta explícita a las murmuraciones de los escribas y fariseos que, viendo cómo los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús, decían: “Éste acoge a los pecadores y come con ellos” (vv.1-2).

Hay, pues, una analogía clara y una estructura semejante en las tres parábolas. En todas ellas -tomadas de la vida diaria- hay alguien que parece quedarse con lo mejor (el dueño de las ovejas con las noventa y nueve; la mujer con las nueve dracmas; el padre con el hijo obediente y trabajador) y no obstante alegrarse más por el hallazgo (recuperación) de lo que parecía menos significativo: la oveja (v.6) o la moneda perdidas (v.9) o, en fin, el ingrato hijo menor (vv.23-24).

En las tres parábolas se expresa un anhelo (y esfuerzo) evidente de reencuentro: en el caso de la oveja perdida incluso nos viene a la memoria la promesa que Yahveh hace de pastorear él mismo a su pueblo (cf. *Ez 34,11-16*). En los tres relatos se dice (de una u otra manera) que lo perdido era un ‘pecador’: “Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por

¹² Cf. NOUWEN, H., *El regreso del hijo pródigo*, PPC, Madrid, 1998.

noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión” (v.7); “hay más alegría entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta” (v.10); “convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado” (v.32). Por último, es evidente que en las tres parábolas el que se alegra es Dios (en la figura del pastor, la mujer o el padre), que a su vez invita a otros (cielo, ángeles, jornaleros y hermano mayor) a participar de su alegría: el mismo lector es invitado a hacerlo dado que por sentido común éste compartirá fácilmente la alegría del pastor, de la mujer y -aun que tal vez con un poco más de esfuerzo- la del padre.

Vamos a detenernos ahora más específicamente en la tercer parábola:

“[Jesús] dijo: ‘Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo al padre: ‘Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde’. Y él les repartió la hacienda. Pocos días después, el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano, donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

“ ‘Cuando se lo había gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país y comenzó a pasar necesidad. Entonces fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pues nadie le daba nada. Y entrando en sí mismo, dijo: ‘¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser

llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros'. Y, levantándose, partió hacia su padre.

“ ‘Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: ‘Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuvo’. Pero el padre dijo a sus siervos: ‘Dense prisa; traigan el mejor vestido y vístanle, pónganle un anillo en la mano y unas sandalias en los pies. Traigan el novillo cebado, mátenlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado’. Y comenzaron la fiesta.

“ ‘Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y, llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: ‘Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano’. Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre y le rogaba. Pero él replicó a su padre: ‘Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!’.

“ ‘Pero él le dijo: ‘Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado’” (15, 11-32).

Leyendo el relato, podemos descubrir tres momentos en el desarrollo del mismo: 1) el alejamiento del hijo menor (vv.11-16); 2)

el regreso y reencuentro (vv.17-24); 3) y la reacción del hijo mayor y su diálogo con el padre (vv.25-32).

El alejamiento del hijo menor

Después de pedir su parte -según Dt 21,15-17, un tercio de la herencia- y reunirlo todo, “*el hijo menor se marchó a un país lejano*” (v.13), donde viviendo disipadamente malgasta todo y termina pasando penuria. El relato muestra el proceso de degradación progresiva que vive el joven: vida disipada y libertina; hambre extrema hasta el deseo de comer las algarrobas de los puercos (lo que supone también indiferencia de la gente que no le daba nada y simultáneamente contaminación e impureza legal), y relaciones impersonales y contractuales con la gente de aquel lugar.

“El hombre -todo hombre- es este hijo pródigo: hechizado por la tentación de separarse del Padre para vivir independientemente la propia existencia; caído en la tentación; desilusionado por el vacío que, como espejismo, lo había fascinado; solo, deshonrado, explotado mientras buscaba construirse un mundo todo para sí; atormentado incluso desde el fondo de la propia miseria por el deseo de volver a la comunión con el Padre” (RP 5).

“Me levantaré, iré a mi padre” (v.18)

El segundo momento comienza cuando entra en sí mismo (*eis eautón*). Es como si hasta ese instante no fuese realmente él. De hecho no había vivido como hijo. Ve como en su casa los jornaleros

tienen pan en abundancia, mientras él pasa hambre. Y decide retornar y pedirle perdón a su padre. El texto dice *anastás* (=levantarse), que también significa 'resucitar'.

Y aquí aparece en escena el padre, de un modo más claro que en la referencia inicial (cf. v.11): *“Estando él [el hijo menor] todavía lejos, lo vio (=eiden) su padre”* (v.20). Podemos profundizar en esa mirada: en 5,27 es la que tiene Jesús hacia Leví antes de llamarlo; en 10,33 es la del buen samaritano que se detiene con compasión; en 21,1-2 es la que percibe la generosidad de la viuda sin dejarse confundir por los donativos de los ricos. Por fin, en 22,61 es la mirada que hace recapacitar a Pedro y lo mueve a llorar arrepentido. Se trata, pues, de una mirada compasiva y misericordiosa, que ve en lo profundo y lo intuye todo.

El relato continúa diciendo que el padre 'se conmovió', 'se compadeció', 'tuvo misericordia' (=esplagjmisze): es la misma palabra que en la recientemente referida parábola del buen samaritano genera una serie de actitudes en favor del hombre apaliado al borde del camino. Luego dice que *“corrió, se echó a su cuello y lo besó efusivamente”* (v.20); expresiones todas de acercamiento, reconocimiento y afecto sincero.

A continuación viene la confesión del hijo, su petición de perdón: *“Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo”* (v.21). Pero el padre no lo deja terminar. Si bien es cierto que no merecía llamarse hijo, el padre no acepta tratarlo como a un jornalero. Todo lo contrario, busca renovar en él su deformada condición de hijo: manda traer el mejor vestido -signo de su dignidad-, le pone un anillo -con el cual lo reconoce como hijo y heredero, con autoridad sobre sus posesiones (cf. *Gen 41,42; Est 3,10; 8,2*)-, y sandalias en los pies -para que de ahora en más no se

lastime al andar por la vida, pero sobre todo, porque ya no es esclavo para tener que andar descalzo (cf. v.22). Por último, hace matar el novillo cebado y dispone una fiesta, *“porque este hijo mío había muerto (=necrós én) y ha vuelto a la vida (=anésesen); se había perdido y ha sido hallado”* (v.24). Esta misma frase -como veremos- se repetirá con alguna variante en 15,32.

El tema de la misericordia como un rasgo de Dios aparece en 1,50.54 en boca de María: es la misericordia que alcanza de generación en generación a los que temen a Dios, y en particular a Israel, su siervo. Es la que visita a Isabel en 1,72 y al pueblo de Zacarías (Israel) en 1,78; se refleja en los perdones de Jesús (5,20; 7,47) y se hace exigencia para los discípulos (6,36), especialmente respecto al perdón recíproco (17,3). Por último, se expresa también en la paciencia de Dios con aquellos que no terminan de descubrir su presencia en la historia y no acaban de dar fruto (cf. 13,8).

Cada uno de nosotros está llamado a interiorizar la figura del Padre misericordioso; a tomar su lugar y hacerlo presente. Cada uno es invitado a pasar de la ‘misericordia experimentada y recibida’ a la ‘misericordia donada y ofrecida’. En Jesús se reveló el rostro misericordioso del padre Dios, y a través de cada uno de los que hemos sido sumergidos en Cristo por el bautismo esa misericordia está llamada a llegar al hombre (mujer) concreto/a, muchas veces vejados/as por la vida. El abrazo del padre es el abrazo de Dios; es el abrazo con que él quiso recapitularlo todo en Cristo; es el abrazo que detrás de la persona ‘desfigurada y sin aspecto atrayente’, y sobre todo de la persona envilecida por el pecado, sabe y quiere recomponer al hijo/a de Dios que resplandece incluso por debajo de la aparente iniquidad.

“Su hijo mayor estaba en el campo” (v.25)

El tercer momento de la parábola se centra en el hijo mayor. Al regresar del trabajo escucha la música y las danzas, pregunta qué pasa e -irritado- no quiere entrar. El padre sale y pese a que le ruega que pase a la fiesta, el hijo parece no comprende la actitud de su padre. Es más, con lo que dice -“*Hace tantos años que te sirvo (=duleúo)*” (v.29)- refleja no haber entendido que era hijo y no esclavo: el verbo *duleúo* corresponde al sustantivo *dulós*, que significa ‘esclavo’.

Tampoco pareció entender que “*ese hijo tuyo*” (v.30) era también “*hermano tuyo*” (v.32); y menos aún que, siendo hijo y estando con el padre en casa, “*todo lo mío es tuyo*” (v.31). El hijo mayor nunca acabó de animarse a pedir un animal para hacer fiesta, porque en el fondo no terminaba de confiar en su padre. Por eso no puede comprender el gozo del padre por la vuelta del hijo, porque nunca captó en profundidad el sentido de su filiación y fraternidad; nunca entendió verdaderamente -a fondo- lo que significa ‘estar en casa’ y establecer relaciones familiares.

“El hombre -todo hombre- es también este hermano mayor. El egoísmo lo hace ser celoso, le endurece el corazón, lo ciega y lo hace cerrarse a los demás y a Dios. La benignidad y la misericordia del padre lo irritan y lo enojan; la felicidad por el hermano hallado tiene para él un sabor amargo. También bajo este aspecto él tiene necesidad de convertirse para reconciliarse” (RP 6).

Con esta parábola -como decíamos al principio- Jesús les está hablando a los fariseos y escribas que se muestran inmisericordes

como ese hijo mayor, y que como él tampoco captan lo que significa estar con el Padre y sentir todo lo suyo como propio. Les habla también a los cristianos provenientes del judaísmo, que rechazan a los que vienen del paganismo y no aceptan ponerse a la mesa con ellos. Nos habla a cada uno de nosotros: “Sean misericordiosos como su Padre es compasivo; no juzguen y no serán juzgados, no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados” (6,37). La misericordia es el rasgo más característico del amor cristiano; es la única actitud que sana radicalmente el corazón lastimado por el pecado y restablece la dignidad por éste herida. Sólo la misericordia -como lo veíamos en parte con Zaqueo y la pecadora perdonada- testimonia un acto incondicional y gratuito de confianza en el otro/a que -pese a todo- sigue siendo hijo/a de Dios, obra inefable e irreplicable de su amor.

En este contexto de misericordia, es también propio de *Lc* buscar contemporizar las situaciones conflictivas que se suscitan entre los discípulos de Jesús, o incluso excusar sus debilidades. En 9,45, por ejemplo, ellos no entendían lo referente a la pasión porque “estaba velado su sentido”, igual que en 18,34. En 22,3 es Satanás el que entra en Judas, con lo que se atenúa la responsabilidad de su traición; en 22,45, estando de oración en Getsemaní, los encuentra dormidos, pero es “a causa de la tristeza”. Por último, en esta misma línea, *Lc* omite los textos fuertes o aquellos que pudieran resultar un tanto ‘escandalosos’ para el lector (cf. *Mt* 5,21ss; 5,33ss; *Mc* 4,13; 8,32ss; 9,28ss; 14,50 y 15,34). Creo que también nosotros -para manifestar generosamente la misericordia- tendríamos que aprender a ‘hacer la vista gorda’ de cara a las limitaciones y flaquezas de nuestros hermanos.

Para reflexionar:

- ✓ *Podemos preguntarnos: ¿En qué circunstancias he experimentado con mayor profundidad la misericordia de Dios? ¿Qué significó ese ‘abrazo paterno’ en mi vida posterior?*
- ✓ *¿He internalizado la actitud misericordiosa del padre? ¿Soy misericordioso con los demás como el Señor lo es conmigo? ¿Sé disculpar los errores y pecados ajenos?*
- ✓ *¿En qué sigo notando la dureza de corazón del hijo mayor – análoga a la del fariseo Simón (cf. 7,36ss)? En estos momentos, ¿conservo actitudes de resentimiento o prejuicio con alguna persona?*

VI. “Hoy les ha nacido un salvador” (2,11)

“Por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Mientras estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el albergue.

“Había en la misma comarca unos pastores, que dormían a la intemperie y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el ángel del Señor, la gloria del Señor los envolvió en su luz y se llenaron de temor. El ángel les dijo: ‘No teman, pues les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto les servirá de señal: encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre’. Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo:

“ ‘Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace’.

“Cuando los ángeles, dejándolos, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: ‘Vamos a Belén a ver lo que

ha sucedido y el Señor nos ha manifestado'. Fueron a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas y meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oídos y visto, tal como se les había dicho" (2,1-20).

“Subió también José para empadronarse con María” (vv.4-5)

El relato comienza con una serie de precisiones históricas: un edicto de empadronamiento durante el tiempo del emperador César Augusto, siendo gobernador de Siria Cirino; y que debía realizarse en la ciudad de origen (vv.1-2). Como hemos visto, no es la única vez que *Lc* nos brinda datos históricos. En 3,1-2 nos dará otra serie de informaciones referentes -junto con 3,21- al comienzo del ministerio público de Jesús (Juan).

A estos elementos históricos, *Lc* añade una reseña referente a la familia de Jesús: “*Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta*” (2,4-5). En esta línea, *Lc* también nos da algunas referencias sobre los parientes de María -Isabel y Zacarías (cf. 1,5-7.36). Por último, el tercer evangelista nos deja algunos datos sobre el mismo Jesús: “Tenía unos treinta años al comenzar” su ministerio público y “se creía que era hijo de José” (3,23). Y a continuación se describe una genealogía ascendente

que lo entronca no sólo con el pueblo de Israel -como lo hace *Mt*- sino con toda la familia humana (cf. *Lc* 3,23-38).

Si bien los datos de *Lc* no coinciden siempre con los de *Mt* - quien sitúa el nacimiento de Jesús en tiempo de Herodes el Grande (cf. 2,1), que gobernó hasta el 5 ó 4 a.C.; dato que haría que Jesús hubiese comenzado su vida pública con al menos treinta y tres años¹³- en nuestro evangelista hay una intención teológica que es evidente: Jesús queda entrocado en la historia de la humanidad y en la historia del pueblo de Dios; es ciudadano de su tiempo y además tiene una familia de carne y hueso. Y se entiende el por qué: si en su nombre se predicará la salvación hasta los confines de la tierra (cf. *Hch* 1,8), hay que asegurarse de que su persona y mensaje en ningún momento puedan parecer tener origen 'mítico'. Jesús de Nazaret existió realmente en precisas coordenadas históricas de tiempo y lugar; y es miembro de la universal familia humana a través de su pequeña familia concreta cuyos miembros viven entre nosotros.

Las referencias históricas de *Lc* nos ponen ante el desafío de conocer también nosotros -con la mayor precisión posible- el contexto socio-económico, político y cultural en que vivimos; como así también nuestra propia historia y origen (personal y colectiva). No siempre se tuvieron suficientemente presentes estas variables propias de una espiritualidad encarnada y personalizada. El aporte de las ciencias humanas vinculadas a la Enseñanza Social de la Iglesia -en el primer caso-, como el de la psicología y la historia -en el segundo- son hoy indispensables para construir una sólida espiritualidad interdisciplinar que responda consistentemente a los desafíos de nuestro tiempo, lugar, vicisitudes e idiosincrasia. De

¹³ Cf. *Biblia de Jerusalén*, notas a *Lc* 3,1 y *Mt* 2,1.

otro modo, caeremos en un cierto 'espiritualismo' que, por desencarnado, será ineficaz en orden a una transformación personal o comunitaria.

“María dio a luz a su hijo primogénito” (v.7)

Jesús nace de María, en Belén, la ciudad de David (cf. 1 *Sam* 16,1-13), a quien el Señor en las Escrituras había prometido afirmar en su descendencia (cf. *Jn* 7,42; *Mi* 5,1-13). Dice el relato que cuando se le cumplieron los días del alumbramiento (cf. *Gal* 4,4), *“María dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la sala (=katályma)”* (*Lc* 2,7).

Que diga primogénito no necesariamente significa que María haya tenido otros hijos: simplemente se afirma los derechos del primero -puede ser el único- de cara a la Ley. Al decir que fue envuelto en pañales -y esto se repetirá en 2,12- parece querer afirmarse que Jesús al nacer fue acogido y cuidado con esmero: no fue dejado 'a la buena de Dios'. De ahí que tenemos que tratar de profundizar qué significa que no haya habido lugar "para ellos" en la sala: José no pudo haber ido a Belén para una fecha con tanta gente, llevando a su esposa encinta, sin haber previsto un lugar más o menos digno para el alumbramiento¹⁴.

Podríamos pensar que probablemente José trajo a su esposa embarazada para que pudiera dar a luz en su propia casa, ya que él era de Belén -y no en cambio para que se empadronara, pues las

¹⁴ Cf. ÁLVAREZ VALDÉS, A., *¿Qué sabemos de la Biblia?*, San Pablo, Buenos Aires, 2000, 44.

mujeres no lo hacían. De este modo no la tendría que dejar sola durante el tiempo del alumbramiento.

Su casa consistiría principalmente en una sala (*katályma*¹⁵). Seguramente se hospedaron en ella muchos parientes de José que también tendrían que empadronarse -y no podría esperarse de él menos que ese gesto de solidaridad para con los suyos-; y fue por esto que no hubo lugar para él y su esposa en la sala: al menos un lugar cómodo -sin mucho amontonamiento- como para que pudiera nacer un niño. Así que lo más conveniente pudo haber sido recurrir al pesebre donde se alimentaban los animales, que seguramente estaría en un lugar contiguo y el cual se podría disponer adecuadamente para la ocasión: así José y María podrían estar tranquilos y ella dar a luz sin sobresaltos.

Jesús nace en un ambiente familiar simultáneamente acogedor (=María lo 'envuelve en pañales') y solidario (=José cede la sala principal a sus parientes). También hoy, en medio de una sociedad anónima e individualista en sus planteos decisivos, la acogida cordial y la solidaridad son condiciones para que las personas sigan reconociendo el nacimiento del Dios-con-nosotros, y para que éste siga actualizándose y operando salvíficamente en la vida de los hombres y mujeres de nuestro tiempo¹⁶. Por tanto, la cordialidad que brota del amor y la solidaridad que se vincula a la justicia deben ser características esenciales de cada una de nuestras comunidades eclesiales, y particularmente los rasgos distintivos de cada familia cristiana, 'pequeña Iglesia doméstica'¹⁷.

¹⁵ La misma palabra se utiliza para el lugar donde Jesús compartió con sus discípulos la última cena (cf. Lc 22,11). En cambio se utiliza *pandójeion* para hacer referencia a un albergue (cf. 10,34).

¹⁶ Cf. *Líneas pastorales para la Nueva Evangelización*, los números 48-50 (en referencia al bautismo) y 55-59 (en referencia a la opción preferencial por los pobres, débiles y enfermos).

¹⁷ Cf. *Documento de Puebla*, 94, 580, 589, 590, 601 y 639.

**“Un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre”
(v.12)**

El pesebre se convierte, de este modo, en ámbito de encuentro y contemplación. En primer lugar para los pastores, para quienes en medio de la noche brilló una gran luz (cf. *Lc* 2,9; *Is* 9,1-2); para quienes la alegría por la cercanía del Dios-con-nosotros pudo más que el temor que su grandeza inspira (cf. 1,12.14.30).

En efecto, para ellos -pobres y sencillos, pero que según la Ley vivían en tinieblas por tener un trabajo no muy bien visto, dado que se prestaba para hacer trampa con el cambio de animales-, en el ‘hoy’ de sus vidas nació un Salvador (v.11; cf.4,18). Pero su señal no serán los rasgos de poder amenazante -propios de los dioses volcánicos- que habían rodeado la primera manifestación de Yahveh a su pueblo en la montaña sagrada (cf. *Ex* 19,12-13.21), sino la de “*un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre*” (*Lc* 2,12), como ya lo había referido el citado pasaje de *Is* 9 (vv.5ss) en otra coyuntura histórica.

Los pastores fueron “*apresurados*”, “*a toda prisa*” (=speúsantes) -probablemente dejando su rebaños, ya que en *Lc*, para encontrarse con Jesús y seguirlo, hay que estar dispuesto a desprenderse de todas las cosas (cf. 12,13-34; 18,18,30). En 1,39 se utiliza una expresión adverbial (=metá spudes), y esto en relación a la prontitud con que María se dirigió a lo de su parienta Isabel. En ambos casos, lo que motiva tal ‘prontitud’ es la palabra de Dios a través de sendos ángeles; y por tanto, tal actitud estaría expresando una generosa y dócil respuesta de fe.

Cuando llegaron, y al ver la escena, los pastores “*contaron lo que les habían dicho acerca de aquel niño*” (v.17), y luego “se

volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían visto y oído” -como antes María en el *magnificat* (cf. 1,46ss) y las criaturas celestiales en la noche (cf. 2,14); y como luego lo harán Semeón (cf. 2,29) y Ana (cf. 2,38) a manera de nueva liturgia en el Templo.

La novedad del Dios-con-nosotros la descubrieron en primer lugar los pastores, que eran por aquél entonces pobres y relativamente excluidos de una activa participación en la vida social. Ellos se acercaron al pesebre ‘apurados’ y con ‘asombro’, de un modo análogo a como muchos pobres y excluidos de hoy se acercan y participan de la vida de nuestras comunidades (enfermos y ancianos, desocupados y hacinados, mujeres y jóvenes, etc.).

Es un hecho que quien poco tiene está más abierto al mensaje de Jesús y su Reino que aquel otro que está bien posicionado en la vida y en el entramado social. Este último tiene muchas seguridades de las que aquél en cambio carece: “Bienaventurados los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios” (Lc 6,20); pero “ay de ustedes los ricos, porque han recibido el consuelo” (v.24).

“María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón” (v.19)

El pesebre se convierte en ámbito de encuentro y contemplación también para *“todos los que lo oyeron”* -seguramente para los mismos parientes de José albergados en su casa-, y que *“se maravillaban (=ezaúmasan) de lo que los pastores decían”* (v.18). Lc utiliza el mismo verbo para expresar la admiración de la gente en la sinagoga de Nazaret ante la lectura y comentario que

Jesús hace del texto de Isaías (cf. 4,22); la actitud de asombro de la multitud frente a dos exorcismos (cf. 9,43; 11,14); y también para mostrar la experiencia de Pedro cuando “vio los lienzos” en el sepulcro (cf. 24,12). Así, *zaumaso* podría estar expresando el asombro inicial de una fe incipiente.

Por último y sobre todo, el pesebre se convierte en ámbito de encuentro y contemplación para José y María, que en el Hijo se sienten más unidos que nunca. Esta experiencia cala seguramente de un modo más intenso en María, ya que el texto dice que “*guardaba todas estas cosas (=rémata) meditándolas (=symbállusa) en su corazón*” (2,19); de un modo análogo a como conservará cuidadosamente todas las palabras, hechos, eventos y acontecimientos (también *rémata*) referentes al crecimiento en sabiduría, fortaleza, estatura y gracia de ese Hijo suyo (2,51-52; cf. v.40). *Sym-bállusa* nos sugiere una mirada ‘simbólica’ del misterio trascendente presente en la historia profana, al que ésta remite como señalándolo casi inseparablemente de las vicisitudes concretas que en ella devienen.

Pienso que la figura de María contemplando el misterio del Dios-con-nosotros en la vida de cada día, la presencia de los pobres en coordenadas históricas concretas de tiempo y lugar, y la manifestación de actitudes de acogida, solidaridad y alegría en torno a Jesús, nos hacen pensar en rasgos distintivos de la Iglesia que peregrina en nuestro subcontinente latinoamericano.

Para reflexionar:

- ✓ *Lc subraya la historicidad de Jesús de Nazaret valiéndose de la referencia a un interesante cúmulo de información sobre su época: ¿buscamos conocer la historia de nuestro propio pueblo, su vida y su fe, sus costumbres y cultura? ¿Profundizamos en nuestra propia historia personal? ¿procuramos descubrir en esto los signos del Emmanuel?*
- ✓ *Jesús nació en un marco familiar de hospitalidad y solidaridad, ¿propiciamos estas actitudes en nuestra familia, en nuestra comunidad, en nuestro barrio, para que se actualice su nacimiento hoy entre nosotros?*
- ✓ *Pese a la oscuridad que se cernía sobre la vida de los pastores, ellos se dejaron fascinar por la luz de la fe y “a toda prisa” se dirigieron a Jesús: ¿me acerco al Señor con libertad de corazón, disponibilidad y prontitud?*
- ✓ *“María conservaba todas esas cosas en el corazón”: ¿Medito, busco captar el significado profundo (=symbollo) de los eventos cotidianos? ¿Me ‘asombra’ eso y me lleva a la alabanza como a María, a las criaturas celestiales, a los pastores, a Simeón o a Ana?*

VII. “Desde ahora serás pescador de hombres” (5,11)

En este capítulo intentaré realizar una aproximación general al tema del discipulado en Lc. Como éste es muy amplio, en capítulos posteriores retomaré y profundizaré algunos aspectos que aquí sólo se presentan o esbozan. La intención es que podamos tener desde el comienzo una idea de conjunto sobre la relación de los discípulos con Jesús y de las condiciones para su seguimiento. Procuraré hacer esta aproximación a partir del relato de la vocación de los primeros discípulos.

“Estaba [Jesús] a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba a su alrededor para oír la palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre.

“Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: ‘Navega mar adentro, y echen sus redes para pescar’. Simón le respondió: ‘Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, apoyado en tu palabra, echaré las redes’. Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda.

Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían.

“Al verlo, Simón Pedro cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: ‘Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador’. Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: ‘No temas. Desde ahora serás pescador de hombres’. Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, lo siguieron” (5,1-11).

“Apoyado en tu palabra echaré las redes” (v.5)

El relato comienza diciendo que la *“gente se agolpaba alrededor de Jesús”* (v.1). Más adelante dirá que había una *“muchedumbre”* (v.3). Jesús rodeado por mucha gente -un Jesús ‘popular’- suele ser el modo típico que *Lc* tiene de presentar al Señor, expresando de este modo la universalidad de su Buena Noticia (cf. 6,17-19; 8,4.19.40; 9,37). En este contexto multitudinario, en el cual la gente busca a Jesús, es que Él se sube a la barca de Simón (Pedro) para enseñarles. Y cuando hubo finalizado, lo invita a ir lago adentro y a echar las redes.

Y se produce una situación curiosa. Simón y sus compañeros habían estado tratando de pescar durante toda la noche y no habían sacado nada. La pesca era su profesión, y de ella conocían mucho. Y sabían entre otras cosas que si por la noche se pesca, menos puede esperarse por la mañana. Y sin embargo, -y esto es lo interesante-, Pedro -que *sabía que Jesús no sabía* de pesca- le

dice: “*Apojado en tu palabra (=epí to rémati su) echaré las redes*” (v.5). En la expresión de Lc parece clara su intención de mostrarnos aquí una incipiente actitud de fe en Simón. Porque, de hecho, aceptó ir más allá de su experiencia; como Moisés, por ejemplo, cuando vio la zarza que ardía sin consumirse (cf. Ex 3,1ss).

Con el transcurso de los años, es muy humano irse enquistando en la propia experiencia. Sólo se termina dando crédito a lo que se conoce y pudo comprobarse personalmente; nos vamos encerrando en un mundo hecho a nuestra medida; cómodo pero ‘pobre’, que nos circunscribe a la inercia de la rutina. Así la vida pierde su frescura y novedad -la primavera se hace otoño-; la confianza en los demás se hace cada vez más difícil -en parte por las desilusiones vividas-; y nos aferramos a los logros y reconocimientos obtenidos en el pasado: perdemos el sentido y coraje para el ‘riesgo’. Esta postura ‘envejecida’ es la que Jesús desafía a Pedro -y a nosotros- a revertir: “*Apojado en tu palabra echaré las redes*”.

También con la misma Iglesia puede suceder otro tanto. Por eso Juan Pablo II nos invitaba -como Jesús a Pedro- a ‘navegar mar adentro’:

“Al comienzo del nuevo milenio, mientras se cierra el gran jubileo en el que hemos celebrado los dos mil años del nacimiento de Jesús y se abre para la Iglesia una nueva etapa de su camino, resuenan en nuestro corazón las palabras con las que un día Jesús, después de haber hablado a la muchedumbre desde la barca de Simón, invitó al Apóstol a ‘navegar mar adentro’ y echar las redes: *‘Duc in altum’* (Lc 5,4). Pedro y los primeros compañeros confiaron en la palabra de Cristo y echaron las redes. ‘Así lo hicieron, y sacaron una cantidad enorme de peces’ (Lc 5,6).

“*¡Duc in altum!* Estas palabras resuenan también hoy para nosotros y nos invitan a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: ‘Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será para siempre’ (Heb 13,8)” (*Tertio Millennio Ineunte*, 1).

“Aléjate de mí que soy un hombre pecador” (v.8)

Cuál no habrá sido la sorpresa de Pedro cuando vio que las redes estaban llenas de peces, y que era preciso llamar a los compañeros de la otra barca para no hundirse. La reacción inmediata de Simón será la correspondiente a una teofanía: “*Aléjate de mí, que soy un hombre pecador*”. Porque, en efecto, “no se puede ver a Dios y seguir viviendo” (*Ex 33,20*; cf. *19,12*; *Is 6,5*), y lo que veía era una manifestación del poder divino que contrastaba con su finitud de hombre. La respuesta de Jesús será: “*No temas; desde ahora serás pescador de hombres*” (v.10).

El “no temas” (*me fóbu*) que aquí dice Jesús había aparecido anteriormente –como lo vimos- en boca de los ángeles de Dios de cara a Zacarías (1,13) y María (1,30). Es la expresión propia de Yahveh cuando quiere tranquilizar a quien percibe lo ‘tremendo’ de la experiencia religiosa, y cuando busca encomendarle una misión (cf. *Is 6,8*). Así queda confirmada la primera manifestación de Jesús a sus discípulos como ‘Ungido de Dios’ (cf. 4,18ss).

“*¡No tengan miedo!*”. *Cristo dirigió muchas veces esta invitación a los hombres con que se encontraba*. Esto dijo el ángel a María: ‘No tengas miedo’ (cf. *Lc 1,30*). Y esto mismo a José: ‘No tengas miedo’ (cf. *Mt 1,20*). Cristo lo dijo a los Apóstoles, y a Pedro, en varias ocasiones, y especialmente después de su Resurrección, e insistía: ‘*¡No tengan*

miedo!'; se daba cuenta de que tenían miedo porque no estaban seguros de si Aquel que veían era el mismo Cristo que ellos habían conocido. Tuvieron miedo cuando fue apresado, y tuvieron aún más miedo cuando, Resucitado, se les apareció.

“Esas palabras pronunciadas por Cristo las repite la Iglesia. Y con la Iglesia *las repite también el Papa*. Lo ha hecho desde la primera homilía en la plaza de San Pedro: ‘¡No tengan miedo!’. No son palabras dichas porque sí, están profundamente enraizadas en el Evangelio; son, sencillamente, las palabras del mismo Cristo.

“*¿De qué no debemos tener miedo? No debemos temer a la verdad de nosotros mismos*” (*Cruzando el Umbral de la Esperanza*, 1).

Creo que todos en algún momento de la vida hacemos de alguna manera esta experiencia de fe ante la irrupción repentina e inesperada de ese Dios que nos sorprende. Es una experiencia que se concreta, resume y condensa en circunstancias y personas precisas, a través de las cuales el Señor se nos manifiesta y nos cambia la vida -es interesante notar que *Jn 1,42* vincula el primer encuentro de Jesús con Simón al cambio de nombre.

Entonces se produce en nosotros un salto cualitativo en el modo de concebir y vivir lo de todos los días: más teologal y creyente, más transfigurado y luminoso. La santidad de Dios, a la vez que nos hace tomar conciencia de nuestra oscuridad y ‘temer’, simultáneamente nos invita a cambiar, convertirnos en discípulos, y trascendernos más plenamente en él:

Una experiencia análoga a la de Simón harán también en la escena Santiago y Juan (cf. v.10). Pedro aparece junto a ellos -en *Lc*- en otras dos ocasiones: cuando Jesús devuelve la vida a una niña de doce años (cf. 8,51) y en la transfiguración (9,28). A diferencia de *Mc* y *Mt* no se nombra a esta tríada durante la oración

de Jesús en Getsemaní (*Lc* 22,39-46 y paralelos), seguramente debido a esa 'delicadeza' propia de *Lc* que evita 'mandar al frente' a los discípulos en sus limitaciones y flaquezas. (En esta línea, tampoco se nombra a los hijos de Zebedeo aspirando a sentarse a la derecha e izquierda del Señor en su Reino, como en *Mc* 10,37 y *Mt* 20,21). Así, Pedro, Santiago y Juan aparecen asociados (= *koinonoi*, en comunión) en tres experiencias de discipulado en las cuales Jesús manifiesta más o menos abiertamente rasgos de su divinidad como Hijo de Dios.

Mirando el conjunto del relato, percibimos con claridad que en él sobresale el encuentro y diálogo de Jesús con Pedro. Esto acontece en muchos pasajes de los cuatro evangelios, y en concreto en el de *Lc*. En 6,12ss, "Simón, a quien [Jesús] puso el nombre de Pedro", aparece primero en la lista de los doce elegidos por el Señor de entre los discípulos. Esta preeminencia sobre los doce se refleja también en la profesión de fe que realiza en 9,20: "[Tú eres] el Cristo de Dios", -donde *Lc* evita hacer referencia al reproche de Pedro respecto a la pasión de Jesús (cf. *Mt* 8,32ss)-; cuando Pedro le hace notar al Señor que ellos han dejado sus cosas y lo han seguido (18,28; cf.8,45; 12,41); cuando con Juan son enviados por Jesús a preparar la cena pascual (22,8); o cuando la Iglesia naciente anuncia la Buena Nueva (*Hch* 3,1ss; 4,1ss; 10,34ss).

No obstante su deseo de disculpar a los discípulos, *Lc* no deja de hacer referencia a la promesa de Pedro de estar con el Señor "hasta la cárcel y la muerte" (cf. 22,33; *Hch* 12,1ss) -aunque si bien es cierto, sin enfatizar su pretensión de valentía y fidelidad por encima de la de sus compañeros, como en *Mc* 14,29-; como así tampoco a las palabras que preanunciaban la negación (v.34). Esto

sucedará, efectivamente, en 22,54-62; aunque *Lc* añade un interesante detalle redaccional: tras el canto del gallo, “el Señor se volvió y miró a Pedro” (v.61), y éste “saliendo afuera, rompió a llorar amargamente” (v.62).

Por último, Pedro es testigo de la resurrección. En 24,12 se dice que “se levantó y corrió al sepulcro”, quedándose “asombrado (*zaumásón*¹⁸) por lo sucedido”; y en el v.34 se afirma que “el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Pedro”. Así Pedro, ya “vuelto”, tendrá la misión de ‘confirmar a los hermanos’ (cf. 22,34).

“Desde ahora serás pescador de hombres” (v.10)

El relato continúa diciendo: “*Desde ahora serás pescador de hombres*”. El Señor, que elegirá a sus discípulos (cf. 6,12ss) y que los formará en su ministerio itinerante (cf. 8,1ss), también les encomendará una misión y los enviará a la misma (cf. 9,1ss; 10,1ss). Para ello les enseñará -entre otras cosas- que para seguirlo a él hay que renunciar a todo (cf. 9,23ss); que el que quiera ser el mayor debe servir a los demás (cf. 9,46ss); que tienen que ser compasivos y misericordiosos (cf. 10,29ss; 15,1ss); que deben orar insistentemente (11,9ss; 21,36) y cuidarse de la levadura de los fariseos (cf. 12,1ss); que confíen en la providencia (cf. 12,22ss) y que estén preparados (cf. 12,35).

El pasaje concluye diciendo que “*dejándolo todo lo siguieron*” (v.11). Para *Lc* el desprendimiento radical es condición indispensable para el seguimiento de los discípulos, y esto quedará

¹⁸ Ya vimos que *zaumásón* es utilizado por *Lc* para expresar el asombro propio de una fe incipiente (cf. 2,18; 4,22; 9,43; 11,14).

reflejado a lo largo de todo el tercer evangelio (por ejemplo, cf. 9,23-26.57-62; 14,25-33).

No resulta fácil la formación para ser ‘pescador de hombres’: las vicisitudes de la vida de Pedro dan cuenta de ello. No es sencillo captar e internalizar el modo que Jesús tiene de ver las cosas; cuesta mirar el mundo y ubicarse en él desde la perspectiva de Dios y su Reino. Nuestra maduración como discípulos-apóstoles va siendo lenta; el modo de obrar del Señor muchas veces nos desconcierta y nos ‘hace temer’; lo que él nos va pidiendo parece por momentos poco claro o, -por el contrario-, demasiado exigente.

En concreto, algunas situaciones por las atravesamos en nuestro país pueden amedrentarnos de cara al futuro y ‘hacernos temer’. Temer a causa de la inseguridad laboral y social; jurídica, pública (educativa, sanitaria, jubilatoria) o política en que vivimos. Temer de cara a la inestabilidad familiar, la violencia diaria, o la falta de perspectivas claras en lo socio-económico. Temer por el individualismo y anonimato que genera el mundo globalizado; o por la exclusión de vastos sectores sociales provocada por el neoliberalismo actual. Frente a todos estos ‘temores’, el llamado del Papa Juan Pablo a ‘no temer’ y a ‘navegar mar adentro’ parecen desafíos casi provocadores...

Para nosotros, cristianos, es en este contexto -aquí y ahora- en donde tenemos que aprender a ser discípulos; en lo cotidiano de esta vida y de este pueblo, del que muchos ‘se van’ en busca de mejores oportunidades. En este contexto y región hay que crecer día a día en capacidad de veracidad y honestidad, justicia y solidaridad, diálogo y comunión, laboriosidad y desprendimiento, esperanza y abnegación; especialmente *con* y *en favor de* quienes más padecen y sufren las ‘oscuridades’ de nuestra realidad actual.

Para reflexionar:

- ✓ *Pedro aceptó ir más allá de su experiencia como pescador y “echó las redes”: ¿estoy dispuesto a confiar en el Señor como Simón?*
- ✓ *¿Cuál es mi experiencia de la ‘gloria del Señor’? ¿En qué anima esto mi crecimiento como discípulo?*
- ✓ *¿En qué circunstancias de mi vida me sentí llamado por él a una misión (vocación) concreta?*
- ✓ *¿Qué notas del seguimiento de Jesús son hoy más significativas para mí? ¿Cómo se relaciona esto con el contexto socio-cultural en que vivo y me muevo?*
- ✓ *Por último, ¿de qué me está pidiendo desprenderme el Señor para ser más fiel a este seguimiento? ¿Quién/es se beneficia/n o podría/n beneficiarse de este desprendimiento mío?*

VIII. “Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres” (8,1-2)

“[Jesús] recorrió a continuación ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; lo acompañaban los Doce, y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que les servían con sus bienes” (8,1-3).

“Recorrió ciudades y pueblos” (v.1)

Lc presenta en su Evangelio a un Jesús itinerante: *“Recorrió ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios”*. Ya desde el comienzo el tercer evangelista busca transmitirnos esta imagen de Jesús: *“Iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos” (4,15); “también a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque a esto he sido enviado” (4,43)*. Esta itinerancia se vincula en primer lugar a la misión.

“En los tiempos modernos la actividad misionera se ha desarrollado sobre todo en regiones aisladas, distantes de los centros civilizados e inaccesibles por las dificultades de comunicación, de lengua y de clima. Hoy la imagen de la misión *ad gentes* quizá está cambiando: lugares privilegiados deberían ser las grandes ciudades, donde surgen nuevas

costumbres y modelos de vida, nuevas formas de cultura, que luego influyen sobre la población. Es verdad que la 'opción por los últimos' debe llevar a no olvidar los grupos humanos más marginados y aislados, pero también es verdad que no se pueden evangelizar las personas o los pequeños grupos descuidando, por así decir, los centros donde nace una humanidad nueva, con nuevos modelos de desarrollo. El futuro de las jóvenes naciones se está formando en las ciudades" (*Redemptoris missio*, 37).

La actitud itinerante del Señor se relaciona también con un deseo suyo de libertad interior, que radica en no apegarse a las multitudes ni a la fama (cf. 4,14.42), y que exigirá simultáneamente a los discípulos que "lo acompañaban" (8,1): a los que "envió a proclamar el Reino de Dios y a curar", y que "recorrieron los pueblos, anunciando la Buena Nueva y curando por todas partes" (9,2.6); y también a los otros setenta y dos que "envió por delante, de dos en dos, a todas las ciudades y sitios adonde él había de ir" (10,1). Así, la itinerancia de la vida de Jesús tendrá como meta Jerusalén (cf. 9,51), donde a la par que celebrará la Pascua nueva - como veremos más adelante-, llevará a plenitud su misión redentora.

También en nuestra vida la actitud itinerante está llamada a expresar la búsqueda de Dios y a incluir en ella el 'fervor' de la misión: supondrá un no anclarnos a lo ya conseguido, sino caminar siempre como Elías -después del encuentro con el ángel- hacia la montaña santa (cf.1 Re 19), al encuentro con el Señor. Este es el sentido de las peregrinaciones, tan expresivas sobre todo en el norte de nuestro país. La itinerancia manifiesta que la plenitud de vida que aguardamos no está aún del todo presente entre nosotros; que no tenemos aquí morada definitiva; que estamos llamados a

seguir autotrascendiéndonos en Dios: siempre ‘más allá’ de las fronteras impuestas por el propio egoísmo; siempre ‘más arriba’ de lo conocido y experimentado; siempre más cercanos a aquél que no conoce al Señor, o al hermano que pasa necesidad.

Estas ideas sobre itinerancia fueron fuertemente subrayadas por el Concilio Vaticano II. Con palabras de la *Lumen Gentium* podemos recapitular y sintetizar lo dicho:

“El nuevo Israel que va avanzando en este mundo hacia la ciudad futura y permanente (cf. *Heb* 13,14) se llama Iglesia de Cristo [...]; convocada y constituida por Dios para que sea sacramento visible de esta unidad salutífera para todos y cada uno [...]. Caminando a través de peligros y tribulaciones, de tal forma se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios que el Señor le prometió que [...] no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso” (nº9).

“Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres” (v.2)

Con Jesús son nombrados de un modo particular “los Doce” (cf. 8,2). *Lc* dice que los eligió de entre sus discípulos, y los identifica con los apóstoles (6,3) -a diferencia de Pablo (cf. 1 *Co* 15,3ss). A ellos “les dio autoridad y poder sobre todos los demonios, y para curar enfermedades; y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar” (9,1ss). Salvo en 18,31, donde Jesús hará solemnemente y por tercera vez el anuncio de su muerte y resurrección, el evangelista ya no nombrará a los Doce, sino que hablará de los discípulos como de aquellos que siguen a Jesús, incluso en momentos íntimos como la cena pascual (22,11) o Getsemaní

(22,39). Sólo en 24,9 se vuelve a hablar de los Once -a Judas habrá que reemplazarlo (cf. *Hch* 1,15ss)- como destinatarios del anuncio de resurrección por parte de las mujeres; y en 24,33 se los vuelve a mencionar como referentes de la comunidad de discípulos.

Así, si bien *Lc* reconoce la institución de los Doce dentro de la comunidad de discípulos en la naciente Iglesia y le atribuye una importancia referencial en cuanto elegidos y enviados con autoridad por el Señor -testigos de su muerte y resurrección-, no obstante los ve inmersos dentro de un contexto más amplio y habitual de discípulos que siguen de cerca de Jesús; y con los que comparte los momentos más importantes de su vida y ministerio. En esta comunidad de discípulos -que se diferencia de la multitud por estarle vedado a ésta participar de sus momentos de intimidad- se incluían también “*algunas mujeres*” (8,2). De este modo comenzamos a descubrir cómo en *Lc* aparece de un modo claro la doble vertiente *petrina* y *mariana* del pueblo de Dios; afirmación que profundizaremos en la próxima meditación.

“Algo universalmente admitido -incluso por parte de quienes se ponen en actitud crítica ante el mensaje cristiano- que Cristo fue ante sus contemporáneos el promotor de la verdadera dignidad de la mujer y de la vocación correspondiente a esta dignidad. A veces esto provocaba estupor, sorpresa, incluso llegaba hasta el límite del escándalo. ‘Se sorprendían de que hablara con una mujer’ (*Jn* 4,27) porque este comportamiento era diverso del de los israelitas de su tiempo. Es más, ‘se sorprendían’ los mismos discípulos” (*Mulieris dignitatem* [=MD], 11).

“María [...], Juana [...], Susana y otras muchas” (v.3)

“Recorriendo las páginas del Evangelio pasan ante nuestros ojos un gran número de mujeres, de diversa edad y condición. Nos encontramos con mujeres aquejadas de enfermedades o de sufrimientos físicos, como aquella mujer poseída por ‘un espíritu que la tenía enferma; estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse’ (*Lc* 13,11), o como la suegra de Simón que estaba ‘en cama con la fiebre’ (*Mc* 1,30), o como la mujer ‘que padecía flujo de sangre’ (cf. *Mc* 5,25-34) y que no podía tocar a nadie porque pensaba que su contacto hacía al hombre ‘impuro’” (*MD* 13).

Vamos a detenernos un poco más en las mujeres que acompañaban a Jesús. El evangelio de *Lc* está lleno de mujeres: María, la llena de gracia, creyente y madre del Altísimo (1,26ss); su parienta Isabel (1,41ss); la profetisa Ana (2,36ss); la viuda de Naín (7,11ss); la pecadora perdonada (7,36ss); la hemorroísa que tuvo fe y la hija de Jairo (8,40ss); Marta la activa y María la contemplativa (10,38ss); la mujer que alabó a la madre de Jesús (11,27ss) y la encorvada sanada (13,10ss); la viuda inoportuna de la parábola (18,1ss) y la que puso dos moneditas en el Templo (21,1ss); las mujeres que se dolían y lamentaban por Jesús en el camino del Calvario (23,26ss); las que fueron detrás, vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo (23,55ss); y las que escucharon el anuncio de la resurrección y lo refirieron a los Once (24,1ss).

En esta cuota de femineidad que atraviesa el tercer evangelio, las mujeres son las primeras en enterarse del misterio de la Encarnación -que de hecho se realiza en una de ellas-; glorifican a Dios y se admiran por manifestarse en Jesús, el Dios-con-nosotros; expresan actitudes ejemplares de fe; reciben la sanación y el perdón del Señor; lo sirven con sus bienes y lo escuchan; son

modelo de oración insistente y de generosidad auténtica; acompañan de cerca de Jesús en la pasión y lo siguen hasta el sepulcro; y son las primeras en creer y testimoniar su resurrección. En este elenco, *Lc* destaca la predisposición de las mujeres al discipulado y la cercanía cordial que mantienen con Jesús y él con ellas.

En el relato que meditamos se hace referencia a mujeres concretas que “acompañaban” al Señor y que habían sido “*curadas de espíritus malignos y enfermedades*” -es decir, que habían experimentado la salvación y cumplían con los requisitos del discipulado-: se menciona a “*María Magdalena, de la que habían salido siete demonios, [a] Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas*” (vv.2-3). A María Magdalena, y posiblemente a esta Juana, se las vuelve a nombrar en 24,10, junto a María de Santiago “y las demás”: todas ellas portavoces de la resurrección.

Con Juan Pablo II, “la Iglesia desea dar gracias a la Santísima Trinidad por el ‘misterio de la mujer’ y por cada mujer, por lo que constituye la medida eterna de su dignidad femenina, por las ‘maravillas de Dios’, que en la historia de la humanidad se han cumplido en ella y por medio de ella [...]. La Iglesia [...] da gracias por todas las mujeres y por cada una [...]. Por todas ellas, tal como salieron del corazón de Dios en toda su belleza y riqueza de su femineidad, tal como han sido abrazadas por su amor eterno; tal como, junto con los hombres, peregrinan en esta tierra que es ‘la patria’ de la familia humana, que a veces se transforma en un valle de lágrimas” (*MD* 31).

“Pero dar gracias no basta, lo sé”, dice el mismo Papa. “Por desgracia somos herederos de una historia de enormes condicionamientos que, en todos los tiempos y en cada lugar, han hecho difícil el camino de la mujer, despreciada en su dignidad, olvidada en sus

prerrogativas, marginada frecuentemente e incluso reducida a esclavitud. Esto le ha impedido ser profundamente ella misma y ha empobrecido la humanidad entera de auténticas riquezas espirituales. No sería, ciertamente, fácil señalar responsabilidades precisas considerando la fuerza de las sedimentaciones culturales que a lo largo de los siglos, han plasmado mentalidades e instituciones. Pero si en esto no han faltado especialmente en determinados contextos históricos responsabilidades objetivas, incluso en no pocos hijos de la Iglesia, lo siento sinceramente. Que este sentimiento se convierta para toda la Iglesia en un compromiso de renovada fidelidad a la inspiración evangélica que precisamente sobre el tema de la liberación de la mujer de toda forma de abuso y de dominio tiene un mensaje de perenne actualidad, el cual brota de la actitud misma de Cristo. Él, superando las normas vigentes en la cultura de su tiempo tuvo en relación con las mujeres una actitud de apertura, de respeto, de acogida y de ternura. De este modo honraba en la mujer la dignidad que tiene desde siempre, en el proyecto y en el amor de Dios" (MD 33).

“Los servían con sus bienes” (v.3)

Una última característica que el relato señala vinculada a la itinerancia es la exigencia de desprendimiento. Si a Jesús, a los Doce y a las mujeres que los acompañaban algunas “los servían con sus bienes” (8,3) es porque no tenían -al menos en principio- ingresos propios.

Ya veremos en detalle de qué se trata esta exigencia. Lo cierto es que Jesús la repite insistentemente de cara a la misión: “No tomen nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni plata; ni tengan dos túnicas cada uno” (9,3); “no lleven bolsa, ni alforja, ni sandalias [...]; coman y beban lo que tengan, porque el obrero merece su salario” (10,4.7). Y esto incluso por una razón pedagógica; ya que hay que aprender a confiar en la providencia:

“No anden preocupados por su vida, qué comerán, ni por su cuerpo, con qué se vestirán [...]. Fíjense en los cuervos: ni siembran ni cosechan; no tienen bodega ni granero, pero Dios los alimenta, ¡cuánto más valen ustedes que las aves!” (12,22-24).

Una de las características más significativas de la Iglesia que peregrina en América Latina es su pobreza material. Esto lo constatamos también en muchas diócesis de Argentina. Sin embargo, pobreza material no es sinónimo de pobreza de recursos: en nuestro subcontinente, el pueblo de Dios cuenta con una gran riqueza humana y creatividad pastoral. En la lógica del ‘intercambio de dones’ (LG 13) esta forma de ‘riqueza’ en nuestras Iglesias particulares puede ser solidariamente ‘donada’ a otras Iglesias del así dicho primer mundo que, a su vez, pueden contribuir con bienes materiales siempre indispensables para la vida y misión de nuestras ‘Iglesias pobres’¹⁹.

A la vez se percibe en nuestro mismo contexto latinoamericano una feminización de la pobreza y la solidaridad. No deja de ser significativo que quienes ‘ayudaban al Señor con sus bienes’ fuesen las mujeres. Son generalmente ellas -especialmente las económicamente pobres- las que en nuestras comunidades eclesiales y barriales apoyan y mantienen las iniciativas más significativas en pro de los más necesitados (por ejemplo, comedores infantiles, ‘roperitos’, cooperadoras escolares, visitas a los enfermos, etc.); si bien en otras instancias trabajan a la par del hombre: en cooperativas, juntas vecinales, organizaciones no gubernamentales en general, etc.; como así también en relación a reclamos sociales y defensa de derechos humanos.

¹⁹ La idea es recurrente en C. Galli.

Para reflexionar:

- ✓ *Podemos preguntarnos: ¿Cómo entiendo la itinerancia en mi propia vida?*
- ✓ *Los Doce y las mujeres reflejan -respectivamente- el rostro petrino y mariano de la Iglesia: ¿cómo agradezco, integro y me relaciono en ella con estas dos vertientes constitutivas del pueblo de Dios?*
- ✓ *¿Cómo vivo el desprendimiento aparejado al seguimiento de Jesús, particularmente en cuanto vinculado éste a una verdadera eficacia apostólica?*
- ✓ *¿Cómo vivo la participación y la solidaridad en referencia a instancias eclesiales y asociaciones intermedias de servicio a la comunidad civil?*

IX. “Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz” (8,48)

Los evangelios consignan numerosas curaciones y signos por parte de Jesús. Antes de detenernos en uno de esos relatos referido por *Lc*, quisiera hacer un recorrido rápido por el tema en todo el tercer evangelio; tratando de encontrar algunos comunes denominadores a todos ellos.

Los signos de la Buena Nueva

Después del episodio inicial en la sinagoga de Nazaret, Jesús cura a un endemoniado en la de Cafarnaún (cf. 4,33-37). El demonio lo reconoce (“tú eres el Santo de Dios”), pero Jesús lo conmina diciendo: “Cállate y sal de él”. Así, la gente se asombra y su fama se extiende. A continuación sana a la suegra de Simón Pedro (4,38ss) y realiza numerosas curaciones de modo que “todos cuantos tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba” (v.40). También en este caso se dice que los demonios sabían que Jesús era el Hijo de Dios, el Cristo; pero “él los conminaba y no les permitía hablar” (v.41).

En 5,12ss se narra la curación de un leproso, y se dice que una “numerosa multitud acudía para oírle y ser curados” (v.15). En 5,17ss, viendo la fe de los que traían a un paralítico en camilla, Jesús lo cura perdonándole los pecados: esto llena de asombro y temor a la gente, pero simultáneamente genera murmuraciones en

los escribas y fariseos. En 6,6ss cura en sábado -y en la sinagoga a un hombre que tenía la mano seca; después de discutir con los escribas y fariseos acerca de si era lícito hacer el bien o el mal en sábado. En 7,1ss hace lo propio con el siervo de un centurión, que manifiesta una fe no encontrada ni siquiera en Israel. Y a continuación (7,11ss), devuelve la vida al hijo único de la viuda de Naín; habiendo mucha gente de la ciudad en el lugar, y después de tener compasión con ella (= *splagjnísze*) y consolarle.

A través de todos estos signos Jesús se acredita ante los mensajeros de Juan Bautista como aquél que debía venir: “Vayan y cuenten a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Noticia” (7,22).

En *Lc* -a diferencia de en *Mc* y *Mt*-, Jesús realiza un solo signo vinculado con la naturaleza: calma la tempestad que se había abatido en el lago (8,22ss), reprochándoles a los discípulos su falta de fe. En 8,26ss cura al endemoniado Geraseno que lo reconocía como “Hijo de Dios Altísimo” (v.28); pero permite que los demonios entren en una piara de cerdos. A continuación -desde 8,40ss- sigue el relato de la curación de la hemorroísa y la hija de Jairo que analizaremos en detalle a continuación; mientras que en 9,10ss multiplica cinco panes y dos peces para unas cinco mil personas, recogiendo lo sobrante en doce canastos.

En 9,37ss Jesús sana a un endemoniado epiléptico, hijo único del hombre que vino a suplicarle esa sanación que sus discípulos no habían podido realizar a causa de su falta de fe. Y cuando en 11,14ss expulsa un demonio mudo y la gente se asombra, algunos le dirán que lo hace por obra de Beelzebul, el príncipe de los demonios. En 13,10 curará en sábado -y nuevamente en la

sinagoga- a otra mujer, que estaba encorvada y sufría de esa enfermedad desde hacía dieciocho años. Con ello, “sus adversarios quedaban abochornados, mientras que toda la gente se alegraba con las maravillas que hacía” (13,17).

En 17,11ss sanará a diez leprosos, y sólo el samaritano vendrá para darle las gracias. Y por eso escuchará de Jesús: “Levántate y vete; tu fe te ha salvado” (v.19). En 18,35ss sanará al ciego de Jericó, que sentado junto al camino y al enterarse de que pasaba Jesús, gritaba con insistencia: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”. La última curación que nos refiere *Lc* es la curación de la oreja del siervo del Sumo Sacerdote, en el contexto del prendimiento de Jesús (22,47ss).

A través de todas estas curaciones, Jesús manifiesta su misericordia y compasión; se acerca al hombre concreto en su sufrimiento, que en muchos casos está vinculado a la presencia del (o de los) demonio/s y el pecado. Busca así la salvación integral del hombre, para lo cual le pide tener fe. En algún caso, la curación está vinculada al perdón; y en otros muchos, puede tener carácter de signo también para los que lo ven y se admiran. No obstante, estarán quienes se obstinan en no aceptar estas evidencias, se queden en el legalismo del sábado y permanezcan -pese a todo- como ciegos en la fe. Tal vez eso quiera recordarles Jesús a los escribas y fariseos con la curación del ciego de Jericó (18,35ss), que podría leerse de un modo análogo al relato de *Jn* 9. Y serán estos escribas y fariseos -como veremos- los que viendo que Jesús promoviendo la vida muchas veces transgredía la Ley, los que busquen detenerlo y los que quieran acabar con él.

Pero además, a través de estos signos, Jesús se revela como Ungido de Yahveh, Santo de Israel e Hijo de Dios, si bien esto no se

lo permite decir a los demonios; para que no se manipule su persona ni se desvirtúe su intención pastoral. Sí en cambio habla de ello abiertamente a los discípulos de Juan Bautista, que esperaban con sinceridad la manifestación de la Buena Nueva y estaban dispuestos a descubrirla presente en los signos que él les mostraba.

'Escucha, Señor, la fe de tu Iglesia'

“Cuando regresó Jesús, la muchedumbre lo recibió con agrado, pues todos lo estaban esperando. Llegó entonces un hombre, llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga, y, cayendo a los pies de Jesús, le suplicaba entrara en su casa, porque su hija única, de unos doce años, se estaba muriendo. Mientras iba, la gente lo ahogaba.

“Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que no había podido ser curada por nadie, se acercó por detrás y tocó la orla de su manto; y, al punto, se le paró el flujo de sangre. Jesús dijo: ‘¿Quién me ha tocado?’. Como todos lo negaban, dijo Pedro: ‘Maestro, las gentes te aprietan y te oprimen’. Pero Jesús dijo: ‘Alguien me ha tocado, porque he sentido que una fuerza ha salido de mí’. Viéndose descubierta, la mujer se acercó temblorosa y, postrándose ante él, contó delante de todo el pueblo por qué razón le había tocado, y cómo al punto había sido curada. Él le dijo: ‘Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz’.

“Estaba todavía hablando, cuando uno de casa del jefe de la sinagoga llega diciendo: ‘Tu hija está muerta. No molestes ya al Maestro’. Jesús, que lo oyó, le dijo: ‘No temas; solamente ten

fe y se salvará'. Al llegar a la casa no permitió entrar con él más que a Pedro, Juan y Santiago, y al padre y a la madre de la niña. Todos la lloraban y se lamentaban, pero él dijo: 'No lloren, no ha muerto; está dormida'. Y se burlaban de él, pues sabían que estaba muerta. Él, tomándola de la mano, dijo en voz alta: 'Niña, levántate'. Retornó el espíritu a ella y, al punto, se levantó, y él mandó que le dieran de comer. Sus padres quedaron estupefactos, y él les ordenó que a nadie dijeran lo que había pasado" (8,40-56).

Opto por este relato porque me parece suficientemente representativo del conjunto reseñado anteriormente. En él aparecen los temas propios de *Lc*: la muchedumbre que recibe con agrado a Jesús por estarlo esperando (v.40), y que como dirá Pedro 'aprieta y oprime' a Jesús (v.45). Además aparecen dos mujeres como destinatarias del signo de sanación (v.42 y 43) -lo que nos pone en continuidad con la meditación anterior, en la que también se hablaba de las mujeres-; y en los dos casos se constata o exige fe (v.48 y 50). En ambos casos se trata de situaciones límites frente a las cuales Jesús muestra compasión: la hija única de Jairo que se estaba muriendo (v.42) y la mujer que nadie había podido curar (v.43), y que según una variante del texto, "*había gastado todo en médicos*". En ambos casos se produce un contacto físico con Jesús, lo que expresa relación personal entre ellos: la mujer lo toca -pese a que la Ley impedía hacer eso a una persona con hemorragias (cf. *Lev 15,19-30*)- y Jesús se da cuenta (v.44); y él mismo toma de la mano a la niña -pese a que el contacto con un cadáver también dejaba impuro según la Ley (cf. *Lev 11,24*)- y esta revive (v.54). Por último, la resurrección de la hija de Jairo termina con el habitual

asombro y admiración de la gente, aunque en este caso queda circunscripto a los padres de la niña.

En el relato llama la atención la doble referencia al número doce: la niña de doce años (v.42) y la mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. El doce aparece también a continuación del relato con connotaciones eclesiales (9,1: “Convocando a los Doce”); hecho que se confirma con los doce canastos en que se recogen los trozos sobrantes de la multiplicación de los panes. Por último, cuando comentábamos 8,1-3, veíamos que los que acompañaban a Jesús eran también los Doce y algunas mujeres; y afirmábamos que así quedaba reflejada en la intención de Lc la doble vertiente -petrina y mariana- de la Iglesia.

De este modo y en este contexto, en el relato que estamos meditando las dos mujeres hacen referencia al pueblo de Dios, tanto en su fragilidad y necesidad del Señor como en su actitud creyente -como lo era María, en este último sentido, en la segunda meditación (1,38.45; cf.10,41). Podemos suponer que los doce años de hemorragias de la mujer corresponden a la necesidad de salvación que venía experimentando el antiguo Israel (=sus doce tribus), y que los doce años de la niña reflejan a la Iglesia naciente (=edificada sobre el ‘fundamento de los apóstoles’). Esto último se ve confirmado por el hecho de que la niña “*era hija del jefe de la sinagoga*” (v.41); ya que la Iglesia es hija -en cierto modo- de Israel.

Tanto la mujer como la niña necesitan de Jesús, porque sin él desfallecen y mueren: “De él salía una fuerza que sanaba a todos” (6,19; versículo del que se hace eco 8,46). Tanto Jairo -vinculado a la niña- como la mujer, caen a los pies de Jesús o se postran ante él (vv.41 y 47); y porque lo hacen con fe, pueden ser salvados. En

los relatos de las curaciones que veíamos al comienzo, Jesús no hace acepción de personas: cura a gente proveniente del judaísmo como del paganismo, a hombres como a mujeres, a niños como a adultos. La única condición es la de acercarse a él y hacerlo con fe; en una relación de encuentro personal que 'desmasifique' de la multitud que 'apretuja'. El nuevo pueblo de Dios se compone tanto de judíos como de paganos -y en ello expresa *Lc* su vertiente universalista- que han experimentado el poder misericordioso y compasivo del Señor y se han convertido a la fe en Jesucristo. A este nuevo pueblo de Dios todos estamos llamados a partir de un encuentro personal, creyente y salvífico con Jesús, el Cristo.

No llegamos a ser verdaderamente discípulos sin este encuentro personal con él a partir del fondo de nuestra fragilidad; no alcanzamos a sentirnos realmente 'convocados' por él si no hacemos experiencia de nuestra profunda pobreza. Sólo la constatación de absoluta indigencia y de haber 'tocado fondo' nos permite descubrir en profundidad la gratuidad del amor misericordioso y consolador del Señor que se ofrece a quien lo descubre como única posibilidad de salvación (cf. 1 Co 1,26ss). A su vez, esta experiencia creyente en la que somos destinatarios de la misericordia que en la gran mayoría de las veces pasa por el 'sacramento del hermano', nos convoca en la Iglesia para ser agentes activos en la comunicación de esa misma experiencia de salvación; la cual otros podrán vivenciar en Cristo muy probable y únicamente a través de nuestras actitudes de misericordia -como veremos en la próxima meditación.

Para reflexionar:

- ✓ *¿De qué necesito ser sanado -en profundidad- por el Señor?
¿Cuáles son las heridas que me ‘desangran’ y me ‘matan’?*
- ✓ *¿En qué ámbitos y modos me acerco personalmente a Él?
¿Con qué actitud lo hago?*
- ✓ *¿Imito a Jesús en su compasión y misericordia? ¿Estoy atento
a quienes verdaderamente más necesitan mi presencia,
comprensión y servicio? ¿O más bien tiendo a evitarlos por
temor de ‘contaminarme’?*
- ✓ *¿Tiene mi acercamiento a los demás el cariz ‘personalizante’,
liberador y ‘sanante’ que tuvo el de Jesús, y que propuso a
quienes quisieran seguirlo?*

X. “¿Quién es mi prójimo?” (10,29)

Junto a las curaciones, otro tema que atraviesa el evangelio de *Lc* es el de las parábolas. A diferencia, por ejemplo de *Mt* -en donde Jesús hace muchos discursos-, o de *Mc* -en donde la narración es más escueta-, en el tercer evangelio casi toda la enseñanza de Jesús pasa por ellas. En *Lc* se nos refieren parábolas referentes a todos los temas abordados en el ministerio pastoral de Jesús. Estas comienzan poco después de los signos; en un orden que intencionalmente propone el evangelista y que nos confirma por boca de los discípulos de Emaús, cuando afirman de Jesús que “fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo” (24,19).

Como en el caso de las curaciones (signos), también aquí haremos una descripción sumaria del conjunto de parábolas, antes de detenernos en la del ‘buen samaritano’.

Las parábolas de Lucas

La parábola inicial es muy breve: “¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?” (6,39). Por eso, la primera más o menos significativa es la misma que en *Mc* (4,1-9) y *Mt* (13,1-9): la del sembrador. En ella (8,4-15) Jesús muestra cómo la palabra sembrada por Dios puede caer en diferentes terrenos, que son las actitudes del corazón humano, y como de eso va a depender su fructificación.

La segunda es la del buen samaritano (cf. 10,29ss), en la cual nos vamos a detener más adelante -como acabo de indicarlo. A ésta pueden unirse las tres parábolas del capítulo 15 -a las que ya nos hemos referido-, por estar vinculadas al tema de la compasión y la misericordia. En 12,16 se narra la del hombre rico cuyos campos dieron mucho fruto, y que por eso hizo construir nuevos graneros y planificó un futuro de bienestar sin tener en cuenta que esa misma noche moriría. Las riquezas como obstáculo -especialmente cuando se acumulan y no se comparten- quedan también delatadas en la parábola de otro hombre rico, que banqueteara sin importarle la suerte del pobre Lázaro (16,19ss). Y respecto a la sagacidad necesaria para utilizar bien los bienes presentes y entrar en el reino, Jesús relata la del administrador infiel que -previendo quedar sin trabajo- hace amigos beneficiando a los deudores de su dueño (16,1ss).

A partir de 12,35 se refieren dos parábolas de vigilancia: “Si el dueño de casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa” (v.39); y “dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre al frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente” (cf. vv.42-43). Este mismo tema aparece en 19,11ss, con las ‘dos parábolas en una’ del rey que se ausenta para recibir la investidura real -a la cual algunos se oponen-, y que encomienda a sus servidores las minas para que negociaran con ellas; con resultados diferentes entre ellos; y vengándose de sus opositores al regreso.

La paciencia de Dios queda también reflejada en parábolas: en 13,6ss se cuenta la de la higuera que hacía tres años no daba fruto; y que no obstante, el viñador pidió quedara aún otro más para ver si -abonándola- empezaba a hacerlo. En 13,18ss se proponen dos

parábolas del Reino: la del grano de mostaza que se hace árbol y la de la levadura que fermenta la harina. La universalidad del Reino queda ilustrada en la gran cena que prepara cierto hombre (14,15ss), a la cual los primeros invitados (es decir, los judíos) se excusan de ir; por lo que llama a los pobres, lisiados, ciegos y cojos (es decir, los legalmente impuros) y a los que están en los caminos y cercas (es decir, los paganos).

La exhortación a la humildad -“porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado”- queda expresada en la parábola de invitación a la boda, donde es mejor sentarse en el último puesto a querer presumir tener el primero (14,7ss). En 18,1ss se cuentan dos parábolas sobre la necesidad y modo de oración: la del juez que no quería hacer justicia pero termina haciéndola a causa de la insistencia de la viuda inoportuna; y la del fariseo que despreciaba al publicano, mientras éste orando humildemente salió justificado.

Sobre la actitud que los escribas y sumos sacerdotes tuvieron con la persona de Jesús, se presenta en 20,9ss la parábola de los viñadores homicidas; en la cual el hijo enviado y matado es el mismo Hijo de Dios. Finaliza el elenco con otra parábola sobre la higuera; pero en este caso para mostrar que así como cuando ésta brota es porque se acerca el verano, también cuando aparezcan las señales precursoras, catástrofes cósmicas y se manifieste gloriosamente el Hijo del hombre, el Reino de Dios estará cerca (21,29ss; cf. 21,8ss).

El buen samaritano

“Se levantó un legista y dijo, para ponerle a prueba [a Jesús]: ‘Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?’. Él le dijo: ‘¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?’. Respondió: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo’. Le dijo entonces: ‘Bien has respondido. Haz eso y vivirás’.

“Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ‘Y ¿quién es mi prójimo?’. Jesús respondió: ‘Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores que, después de despojarle y darle una paliza, se fueron, dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, viéndolo, se alejó. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio viéndolo se alejó. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y viéndolo se compadeció y se acercó. Vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y le montó luego sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al posadero, diciendo: ‘Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva’. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?’. Él dijo: ‘El que practicó la misericordia con él’. Díjole Jesús: ‘Vete y haz tu lo mismo’” (10,29-37).

“¿Qué he de hacer para tener vida eterna?” (v.25)

La parábola responde a la pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” (v.29), que le formulara el legista de *Lc* a Jesús “queriendo justificarse” -porque para los judíos de hecho estaba claro que ‘prójimo’ eran solamente los miembros de Israel (cf. *Ex* 20,16-17; 21,14.18.35; *Lev* 19,11-18). Es una pregunta que en la disposición del tercer evangelio queda incluida en aquella otra y primera que este legista hacía unos versículos antes al Señor: “¿Qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?”. Allí utiliza el vocativo: “Maestro”; con lo que la parábola se convierte en un modo privilegiado para que Jesús enseñe ‘quién es mi prójimo’. Pero además, la parábola queda en continuidad con la práctica esencial de la antigua alianza: “Amarás al Señor tu Dios...” (cf. *Dt* 6,5) y “a tu prójimo como a ti mismo” (cf. *Lv* 19,18).

Estos elementos nos permiten asociar el contexto de la parábola al relato de aquel hombre rico -uno de los principales- que se acercó a Jesús preguntando en idéntica forma: “Maestro [bueno], ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” (18,18). En ese pasaje se hace referencia a los mandamientos de la antigua alianza: “No cometas adulterio, no mates, no robes, no levantes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre” (v.20; cf. *Dt* 5,16-20).

En ambos casos queda ‘algo más’: esto queda claro en la pregunta que precede a la parábola del buen samaritano y que hace el legista; pero también está implícito en la ‘afirmación abierta’ que hace el hombre rico: “Todo eso lo he guardado desde mi juventud” (18,22), y que en la versión de *Mt* es más explícita: “¿Qué más me falta?” (19,20). Aquí la respuesta va a ser: “Aún te falta una cosa:

vende todo lo que tienes y repártelo entre los pobres [...]; luego ven y sígueme” (v.22). El sentimiento final del hombre fue el de tristeza, “porque era muy rico” (v.23) y, probablemente, no estaba todavía dispuesto a desprenderse de sus bienes.

Al concluir la parábola a que hacemos referencia, Jesús le dice al legista -respecto a lo hecho por el buen samaritano-: “*Vete y has tú lo mismo*” (10,37); profundizando lo ya afirmado previamente: “*Haz eso y vivirás*” (v.28). Esta vida que surge del “practicar la misericordia” (v.37) parecería ser aquella de la que se privó el hombre rico. Así, vender todo y repartirlo entre los pobres para seguir al Señor parecería ser lo mismo -en Lc- que practicar la misericordia. Esta es la solemne enseñanza del ‘Maestro’ que tendríamos que profundizar en la parábola; ya que de internalizarla depende la ‘vida’.

“Viéndolo se compadeció y se acercó” (v.33)

“*Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó*” (10,30). En Lc Jesús, por el contrario, sube a Jerusalén, no baja²⁰; su ministerio pastoral está fundamentalmente marcado por esta subida (cf. 9,53.57; 10,1; 13,22.33; 17,11). Podemos hacer la hipótesis de que bajar de Jerusalén es signo de ir ‘a contramano’ de Jesús, de no ser de los suyos, de desistir de su enseñanza o no confiar en ella; como los discípulos de Emaús que, en su tristeza, se alejaban de Jerusalén (24,11), pero que cuando descubren al Señor, vuelven con alegría a

²⁰ Ver esto especialmente de 9,51 a 18,14.

ella y encuentran allí mismo a los demás (v.33). Así, pues, ese hombre tal vez ‘no iba por buen camino’²¹.

“Cayó en manos de salteadores, que después de despojarle y darle una paliza, se fueron, dejándole medio muerto” (v.30). Se me ocurre relacionar la situación menesterosa en que acabó este hombre con la del ‘hijo pródigo’ después de haberse quedado sin nada, cuando hubo “hambre extrema” y “comenzó a pasar necesidad” (15,14). En esa situación pasan primero un sacerdote y luego un levita: cada uno de ellos, “*viéndolo se alejó (=idón autón antiparélzen)*”. En el mejor de los casos, se alejaron para no quedar impuros tocando un ya casi inminente cadáver (cf. *Lv 11,31ss; 21,1ss*).

Llama la atención que un samaritano, perteneciente a un pueblo enemistado con Israel y con históricas disparidades culturales -por tanto, extranjero y hereje- sea puesto por Jesús como modelo de misericordia. Lo que normalmente se hubiera esperado es indiferencia o incluso rechazo -como en 9,52-53, donde los samaritanos no quieren recibir a Jesús porque se dirige a Jerusalén. Cuando hablamos de los signos de Jesús, habíamos hecho referencia también al pasaje de los diez leprosos curados (17,11ss); de los cuales sólo el samaritano regresa a dar gracias.

En el presente caso, el samaritano “*viéndolo se compadeció y se acercó (=idón esplagjnische kai proselzon)*” (v.33): toma la actitud radicalmente opuesta a la del sacerdote y a la del levita. *Esplagjnische* es el verbo y forma verbal utilizada en 15,20 por el padre misericordioso. Este, después de ‘haber visto’ a su hijo menor de regreso, experimentó esa ‘conmoción cordial interna, llena de

²¹ Entre paréntesis, es curioso notar que respecto al sacerdote también se dirá que ‘bajaba’ por ese mismo camino de Jerusalén a Jericó...

compasión y misericordia' que dio lugar a que corriera a su encuentro; como así también a todas las demás expresiones de afecto y asistencia. En el presente caso, esa compasión y acercamiento -vinculada a la mirada (cf. 5,27; 19,5; 21,1-2; 22,61)- es la que genera las demás acciones de servicio; sorprendentemente desproporcionadas para un samaritano enemigo.

Después de acercarse, vendar las heridas echando aceite y vino, montarlo en su propia cabalgadura, llevarlo a la posada y cuidar de él, agrega dos denarios y la promesa de regresar y pagar los gastos extras. Todo eso supone no sólo la superación de la histórica enemistad de que hablábamos, sino también la de la natural repulsión que un hombre ensangrentado y medio muerto puede provocar. Además, la atención le insume trabajo, tiempo, costo económico y preocupación. Hasta podría estarse arriesgando a que el moribundo fallezca por el camino y que alguno testifique en su contra responsabilizándolo a él ante los judíos de la agresión física sufrida por aquel hombre.

“Buen samaritano es *todo hombre, que se para junto al sufrimiento* de otro hombre de cualquier género que ése sea. Esta parada no significa curiosidad, sino más bien disponibilidad. Es como el abrirse de una determinada disposición interior del corazón, que tiene también su expresión emotiva. Buen samaritano es *todo hombre sensible al sufrimiento ajeno*, el hombre que ‘se conmueve’ ante la desgracia del prójimo [...]. Buen samaritano es *el que ofrece ayuda en el sufrimiento*, de cualquier clase que sea. Ayuda, dentro de lo posible, eficaz. En ella pone todo su corazón y no se ahorra ni siquiera medios materiales. Se puede afirmar que se da a sí mismo, su propio ‘yo’, abriendo este ‘yo’ al otro” (*Salvifici doloris*, 28).

Los 'apaleados' de nuestro tiempo

El buen samaritano fue prójimo porque se olvidó de sí y se acercó al otro incondicionalmente; hizo por él todo lo que estuvo a su alcance. Por medio de esta parábola Jesús universaliza el llamado a la compasión y misericordia: nadie puede después de esto desentenderse del hermano -como lo hicieron el sacerdote, el levita y también Caín (cf. *Gen* 4,9).

Hoy son muchas las situaciones que nos invitan a vivir la misericordia y la compasión. El *Documento de Puebla* señalaba ya hace más de treinta y cinco años muchos de esos rostros concretos de nuestro subcontinente latinoamericano: niños y jóvenes, indígenas y afroamericanos, campesinos y obreros, subempleados y desempleados, marginados y hacinados urbanos, ancianos olvidados (cf. *DP* 32-39); todos ellos relacionados con la situación dramática de extrema pobreza (cf. *DP* 31). A ellos habría que añadir los rostros del enfermo de SIDA y el encarcelado, del drogadicto y el alcohólico, del 'sin techo' y el emigrante, de la prostituta y la mujer golpeada, etc.; cuya atención y servicio puede hacernos 'impuros' para una sociedad que busca el *status* y la 'excelencia', y que rechaza y excluye todo lo que le recuerde su indolencia e insensibilidad.

El buen samaritano que practica la misericordia y se hace prójimo del hombre apaleado, lo hace desde su misma exclusión de Israel: por haber experimentado en su propia carne el dolor de ser rechazado y dejado de lado, golpeado e insultado, es que está capacitado para compadecerse de quien pasa por un 'trago' semejante. El buen samaritano que se compadece y se hace solidario de aquel hombre caído, que al principio no conocía pero

del cual llegó a hacerse prójimo por detenerse y acercarse a él, es el mismo Jesús. Él, Siervo de Yahveh (cf. *Is* 53,12; *Lc* 22,52; 23,25; *1 Pe* 2,22) rechazado por los principales de Israel, practicó y sigue practicando la misericordia, compadeciéndose ante toda miseria humana y de cada uno de nosotros en particular: especialmente cuando 'estamos por el suelo' debido a las injusticias que generamos los hombres.

Para reflexionar:

- ✓ *¿En qué circunstancia experimenté que alguien fue prójimo conmigo?*
- ✓ *¿En cuál/es fui yo prójimo de otro/s?*
- ✓ *¿De quién, últimamente, 'viéndolo me alejé'?*
- ✓ *¿Qué me está pidiendo Dios sentir y hacer para identificarme más con los sentimientos y actitudes de Jesús?*

XI. “Había una gran muchedumbre del pueblo” (6,17)

Otra de las características originales de *Lc* es la permanente referencia a las multitudes: Jesús está siempre rodeado de gente y su fama se extiende. Tal vez no se insista tanto en esto a partir del comienzo de la subida a Jerusalén (9,51ss), o no se haga tanta referencia a la gente para hablar de las exigencias del seguimiento. Podrá incluso suceder que la popularidad se torne negación en la pasión (cf. 23,18.21.23). Pero en todo esto, el estilo general del evangelio es mostrar a Jesús siempre -incluso en Jerusalén- en medio de la muchedumbre del pueblo.

En busca de palabras y signos

“Bajó con ellos y se detuvo en un paraje llano; había un gran número de discípulos suyos y gran muchedumbre del pueblo, de toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón, que habían venido para oírle y ser curados de sus enfermedades. Y los que eran molestados por espíritus inmundos quedaban curados. Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos” (6,17-19).

El relato integra de un modo completo lo que se dice en diversos pasajes acerca del modo inicial de relación entre Jesús y la gente.

“Un gran número de discípulos suyos y gran muchedumbre del pueblo, de toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón” (v.17). La referencia a las diferentes procedencias de los discípulos quedará consignada también en 5,17; como así también la universalidad de los destinatarios, en *Hch* 1,8. El versículo subraya la popularidad de Jesús y la vigencia de la Buena Nueva para todos los hombres y pueblos. En el evangelio, la primera referencia a esta fama de Jesús se consigna en 4,14, cuando en realidad todavía *Lc* no hubo narrado ningún signo ni enseñanza particular de Jesús: “Volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu y su fama se extendió por toda la región. Iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos”. Esta fama estará vinculada, como veremos a continuación, a las curaciones y enseñanza de Jesús.

“Habían venido para oírle y ser curados de sus enfermedades, y los que eran molestados por espíritus inmundos quedaban curados” (v.18). En 4,40 se dice que “todos cuantos tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban”, y que pese a que “se fue a un lugar solitario -como se dirá en 5,16- la gente lo andaba buscando y, llegando hasta él, trataban de retenerlo para que no los dejara” (v.42). En 5,1 se afirma que “la gente se agolpaba a su alrededor”, y en el v.15 ya se indica explícitamente que “su fama se extendía cada vez más y una numerosa multitud afluía para oírle y ser curados de sus enfermedades”. En 7,17 la gente ve en Jesús un gran profeta -en concreto, debido a la resurrección del hijo de la viuda de Naín-, y eso “se propagó por toda Judea y por toda la región circunvecina”. En 8,4, antes de que Jesús contara su primera parábola significativa -la del sembrador- “se iba reuniendo mucha gente”; y en el v.19, su madre y sus hermanos no podrán acercársele “a causa de la gente”. También la muchedumbre rodeaba y apretujaba a Jesús cuando Jairo le rogó que sanara a su

hija única, y cuando se sanó la hemorroísa (8,40.45); o cuando bajó del monte de la transfiguración con sus discípulos y “le salió al encuentro mucha gente” (9,37).

“Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos” (v.19). Esta expresión se repetirá en 8,46, en el relato de la hemorroísa curada. Es la razón última por la que la gente buscaba acercarse a Jesús: por eso él tendrá que pasar a una ‘segunda etapa’ en la pedagogía del seguimiento. A Jesús lo seguía una muchedumbre ansiosa de recibir algo de Él. Las necesidades y expectativas de la gente eran seguramente variadas: desde las más elementales de salud y comida, pasando por aquellas referidas al honor de estar entre sus discípulos o de esperar una liberación política, hasta las más elevadas relacionadas con el sentido trascendente de la vida (‘Tú tienes palabras de vida eterna’). Lo significativo, es que en relación a todos estos aspectos que hacen a una promoción humana integral de la persona Jesús se hacía creíble en su ministerio y respondía a ellos de algún modo. Su preocupación por el hombre ‘concreto, real e histórico’ (cf. *Redemptor hominis*, 13) lo llevaba a compadecerse de todo sufrimiento, necesidad y expectativa humana. Y esto ‘convocaba’ multitudes.

También hoy como Iglesia estamos llamados a compadecernos y sentirnos prójimos de tantas y tan variadas miserias humanas y búsquedas: materiales y psicológicas, individuales y colectivas, morales y espirituales. Todas ellas dificultan en cierto modo que se manifieste plenamente el hijo/a de Dios presente en lo más profundo de cada hombre o mujer que viene a este mundo. Y como ‘sólo el amor es creíble’ -decía el teólogo contemporáneo Hans Urs von Balthasar; y elocuente cuenta de ello ha dado la Madre Teresa

de Calcuta con el profundo significado que su vida y misión tuvo para la humanidad a lo largo de la segunda mitad del siglo XX- el pueblo de Dios que peregrina en Argentina -llamado a una evangelización 'nueva en sus métodos, ardor y expresión'- tiene también que hacerse creíble y 'popular' por su capacidad de compasión, cordialidad y servicio al hombre concreto en su indigencia y anhelos concretos.

Las exigencias del seguimiento

No obstante, a partir del comienzo de la *subida a Jerusalén* (9,51ss), Jesús comenzará a hablar abiertamente a la multitud -y particularmente a sus discípulos- sobre las exigencias del seguimiento, y ya no hará tantas curaciones -únicamente las estrictamente necesarias, y con carácter netamente simbólico. En 12,1ss se hace referencia a "miles y miles de personas", a las cuales Jesús enseñará a "guardarse de la levadura de los fariseos" y a no temer "a los que matan el cuerpo". En 14,25, "caminaba con él mucha gente", y Jesús aprovechó para puntualizar: "Si alguno viene junto a mí y no se desprende de su padre, de su madre, de su mujer, de sus hijos, de sus hermanos, de sus hermanas, y hasta de su propia vida, no puede ser discípulo mío".

Estas enseñanzas hechas a la multitud sobre la radicalidad evangélica y la cruz cotidiana, tendrá que testimoniarlas él mismo con su vida, particularmente al llegar a Jerusalén. Allí experimentará la presión de los escribas, fariseos, legistas y sumos sacerdotes que buscarán la ocasión propicia para prenderlo: "Enseñaba todos los días en el Templo", y pese a que "los notables del pueblo buscaban matarle" no encontraban el modo de hacerlo, "porque

todo el pueblo le oía pendiente de sus labios” (19,47-48). Un pueblo que “madrugaba para ir hacia él y escucharlo en el Templo” (21,38). De este modo parecería que, progresivamente, Jesús fue conduciendo a la multitud (del pueblo y de los pueblos incipientemente representados) hacia Jerusalén, y particularmente hacia el Templo, para invitarla a celebrar la nueva Pascua (cf. 22,1.7.11.13.15).

En nuestras comunidades, la apertura a las ‘multitudes’ -por ejemplo, a través de los Medios de Comunicación y las TIC’s, el diálogo ecuménico e interreligioso y las variadas formas de servicio y cooperación social- no debe oponerse a la propuesta de un esmerado discipulado. Incluso el aspecto ‘kerygmático’ de la fe no debe ser contrapuesto al ‘catequístico’ o de profundización en la fe. La Iglesia debe ofrecer la ayuda necesaria para que todo hombre y mujer de fe pueda convertirse en verdadero discípulo de Jesús; encontrando en aquella que es ‘Madre y Maestra’ los medios necesarios para ir madurando cada vez más una fe firme, profunda, testimonial y comprometida; arraigada en los más exigentes valores evangélicos y transformadora del entramado social.

La nueva Pascua

En el contexto de la celebración de una nueva Pascua, *Lc* narra tres pedidos de ejecución de Jesús por parte del pueblo, análogas a las negaciones de Pedro: “Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: ‘¡Fuera ése, suéltanos a Barrabás!’” (23,19); “¡Crucifícale, crucifícale!” (v.21); “Ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado y arreciaban en sus gritos” (v.23). Pero también en ese mismo contexto, de camino al Calvario, *Lc* dice que

“le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y lamentaban por él” (v.27). Y particularmente después de su muerte, afirma que *“la muchedumbre que había acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvía dándose golpes de pecho”* (v.48).

Esta misma multitud tendrá la posibilidad de quedarse “estupefacta y perpleja” el día de Pentecostés, cuando “hombres piadosos que residían en Jerusalén, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo” oigan proclamar en sus lenguas “las maravillas de Dios” (cf. *Hch 2,5ss*), y pueda saber “con certeza todo Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a ese Jesús a quien ustedes han crucificado” (v.36)²².

Estar con la multitud

El itinerario pascual que hacen las multitudes en *Lc* es el recorrido que realiza la Iglesia en el tiempo. Es también el camino de los pueblos y culturas que procuran acercarse al evangelio. Es, por último, nuestro propio derrotero creyente. En síntesis, es el itinerario que recorre la humanidad entera en búsqueda de una palabra absoluta de vida y una experiencia auténtica de salvación.

Como cristianos, seguidores de Jesús, sabemos que esa palabra y esa experiencia nos es dada en plenitud en la persona del Hijo de Dios. Pero como en las multitudes que seguían al Señor en

²² Jesús muere a causa de los pecados de todo el pueblo y resucita por el poder de Dios. A su vez, invita a todos los que quieran seguirlo a participar de su propia Pascua, y muchos aceptan esta propuesta. Nosotros, cristianos, seguimos actualizando, celebrando y participando de esa Pascua de Jesús especialmente en la liturgia, que es ejercicio del sacerdocio de Jesucristo; santificación de los hombres y glorificación de Dios; obra de Cristo y la Iglesia en torno a los sacramentos (cf. *Sacrosanctum Concilium [=SC], 7*); “fuente y culmen de la vida de la Iglesia” (SC 10).

el evangelio, y especialmente como en los discípulos más cercanos -incluyendo a los Doce-, también en nosotros esa búsqueda personal pasa por etapas.

En un primer momento nos seduce el mensaje y la vida nueva que recibimos del Señor; su promesa de plenitud y la riqueza de su persona. Luego -y a través de las mismas experiencias de la vida- comenzamos a experimentar una cierta 'aridez' y 'monotonía', que en muchos casos nos hace experimentar el 'peso' de estar con Jesús, 'el cansancio de la jornada' (cf. *Mt* 20,12). Aquí es donde se pone a prueba nuestra fidelidad; el momento en el cual hay que poner al menos 'el agua hasta el tope' (cf. *Jn* 2,7). Puede que también haya alguna caída -como lo veíamos en otra oportunidad en Pedro. No obstante, la palabra definitiva será siempre de vida y resurrección en el Espíritu.

Este mismo proceso puede también darse, análogamente, en países de larga tradición cristiana, como los de Europa; que después de una acogida entusiasta de la persona de Jesucristo en los primeros siglos de nuestra era fue experimentando un cierto cansancio y como agotamiento de su vida y cultura cristiana: hoy tiene que abrirse a un 'nuevo Pentecostés'. Algo semejante puede pasarnos también a nosotros, en América Latina y en Argentina. También nuestras 'multitudes' pueden estar tentadas de abandonar al Señor al momento de la prueba y ante este tiempo de transición cultural y crisis socio-económico-política; pero en la fidelidad (=fidelitas, que tiene la misma raíz etimológica que *fides*=fe) de un 'pequeño resto' y en la apertura a los nuevos signos del Espíritu puede avizorarse un nuevo resurgir creyente y eclesial, a partir de la 'vida de lo alto' que surge en las entrañas mismas de nuestro pueblo.

Para reflexionar:

- ✓ *¿Qué es lo que más entusiasma a la gente que conozco de la persona de Jesucristo? Y a mí, ¿qué es lo que más me ha seducido?*
- ✓ *¿Qué significa hoy para mí tener que desprenderme de afectos y bienes, y tener que cargar la cruz de cada día?*
- ✓ *¿En qué cosas pienso que las multitudes del mundo de hoy y -en concreto- de mi pueblo siguen pidiendo la muerte del inocente? ¿En qué me he sentido o me siento identificado con esa multitud que pide la muerte del Señor?*
- ✓ *¿En qué circunstancias me he visto -en cambio- como esa multitud que seguía al Señor, o que 'se volvía golpeándose el pecho' (cf. 23,48)?*

XII. “Había un hombre rico [...] y uno pobre” (16,19-20)

“ Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas. Y uno pobre, llamado Lázaro, que, echado junto a su portal, cubierto de llagas, deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico, pero hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió, pues, que murió el pobre y los ángeles le llevaron al seno de Abraham. Murió también el rico y fue sepultado.

“ Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham, ya Lázaro en su seno. Y, gritando, dijo: ‘Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama’. Pero Abraham le dijo: ‘Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tu atormentado. Y además, entre nosotros y ustedes se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a ustedes, no puedan hacerlo; ni de ahí puedan pasar hacia nosotros’.

“Replicó: ‘Pues entonces, te ruego, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta y no vengan también ellos a este lugar de tormento’. Abraham le dijo: ‘Tienen a Moisés y a los profetas; que les oigan’. Él dijo: ‘No, padre Abraham, que si alguno de entre los muertos va a ellos, se convertirán’. Le contestó: ‘Si no

oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque un muerto resucite” (16,19-31).

El rico y el pobre

“Había un hombre rico (=plúsios) [...] y uno pobre (=ptojós) , llamado Lázaro” (vv.19-20). Esta parábola -original de Lc- comienza contraponiendo dos figuras: la del rico y la del pobre -el cual tiene ‘nombre concreto’. El primero “vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas”; el segundo, “echado junto a su portal [el del rico], cubierto de llagas, deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico” (vv.20-21). La contraposición se establece no sólo en la suerte de ambos durante la vida terrena, sino también en su destino posterior: “Murió el pobre y los ángeles le llevaron al seno de Abraham; murió también el rico y fue sepultado [en el Hades]” (v.22). Murió primero el pobre que el rico, como suele suceder...

En lo dicho y en lo que seguirá, Lc quiere mostrar cómo los papeles se invierten. Y así pone en boca de Abrahán: *“Hijo, recuerda que recibiste bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado” (v.25). El relato subraya, además, la brecha insalvable que se establece entre la nueva modalidad de existencia de uno y otro después de la muerte; y al hacerlo en plural parecería dársenos a entender que ‘este rico’ y ‘este pobre’ concretos son paradigmáticos respecto al destino que otras personas pueden asumir: “Entre nosotros y ustedes se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a ustedes, no pueden hacerlo; ni de ahí pueden pasar hacia nosotros” (v.26).*

La contraposición entre ricos y pobres, como así también la opción de Dios por los segundos, es un tema clave en la construcción del tercer evangelio. Ya en el cántico de María se decía que el Señor “dispersó a los de corazón altanero, derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos con las manos vacías” (1,51.53). Los paralelismos que surgen de este texto nos muestran en el mismo plano a los ricos con los de corazón altanero y a los potentados; y por otro a los hambrientos -como Lázaro- y a los humildes. También pone de manifiesto la lógica evangélica que invita a presentarse con humildad ante Dios y a buscar el último lugar, “porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado” (18,14; 14,11).

Este tema reaparece y se profundiza en el discurso inicial de las bienaventuranzas: “Bienaventurados los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios” (6,20); pero “¡ay de ustedes los ricos, porque han recibido su consuelo” (v.24). A los pobres se asocian los que tienen hambre, los que lloran, los que son odiados, expulsados, injuriados y proscritos a causa del Hijo del hombre (vv.21-22); y a los ricos, los que están hartos, los que ríen, y aquellos de quienes todos los hombres hablan bien (vv.25-26). Los primeros tendrán una recompensa grande en el cielo (v.23), mientras que de los segundos no se dice más nada...

En fin, la mirada de predilección de Dios por el pobre (cf. *Dt* 10,17-18; *Eclo* 35,12-18) queda atestiguada en el relato de la viuda que pone dos moneditas para el Templo: éstas fueron más significativas a los ojos de Jesús que los donativos de los ricos, porque “éstos han echado [...] de lo que les sobra, ésta en cambio

ha echado de lo que necesita, de todo lo que tiene para vivir” (Lc 21,1-4; cf. Ex 22,21-24; Is 1,17.23; Jer 7,6).

Dios se complace en lo pequeño y aparentemente insignificante. Israel es pequeño frente a Egipto y sin embargo lo elige y libera; a Gedeón le sobraba gente para vencer al enemigo y Yahveh le pide que reduzca la cantidad de guerreros; el más grande de los jueces de Israel -Samuel- nace de una mujer estéril; David es el más pequeño de una modesta familia de la más insignificante tribu; Jesús nace en un pesebre ‘porque no hay lugar para ellos en la sala’; los primeros cristianos son elegidos de entre lo que no cuenta -gran parte eran esclavos-; etc.

Por el contrario, Dios confunde la soberbia de Saúl y Salomón, de Asiria y Babilonia, de Egipto y Roma; deja de lado a los principales de Israel y elige a paganos e impuros. En la misma alabanza de Jesús, el Señor no se revela a los sabios y prudentes sino a los pequeños e ingenuos.

También en nuestra vida, el Señor se nos termina manifestando con mayor preferencia en la crisis y en la cruz que en el esplendor y la autosuficiencia: él ‘mira la humildad de su servidor/a’ y simultáneamente nos ‘derriba del trono’.

La suerte final de cada uno

“Recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males” (v.25). Por lo dicho, el tercer evangelio nos invita recurrentemente, por una parte, a no acumular y confiar en la providencia; y por otra, a desprendernos de los bienes en favor de los pobres. En 12,15, Jesús dice: “Guárdense de toda codicia,

porque, aunque alguien posea abundantes riquezas, éstas no le garantizan la vida”. Y cuenta la parábola del hombre rico cuyos campos produjeron mucho fruto, y para acumularlo decidió edificar nuevos graneros, con la intención de luego descansar por muchos años; sin advertir que esa misma noche Dios le reclamaría el alma (vv.16ss). A continuación se invitará a no inquietarse y a confiar en Dios: “No anden preocupados por su vida, qué comerán, ni por su cuerpo, con qué se vestirán [...]. Fíjense en los lirios, cómo no hilan ni tejen. Pero yo les digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¡cuánto más a ustedes, hombres de poca fe! (vv.22.27-28).

Por su parte, en 12,33 se dice: “Vendan sus bienes y den limosna. Háganse bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos”. Y en 16,9: “Háganse amigos con el dinero injusto, para que cuando llegue a faltar, los reciban en las moradas eternas”; porque “no pueden servir a Dios y al dinero” (v.13).

Al hombre rico que se acercó a Jesús para preguntarle qué debía hacer para tener en herencia la vida eterna, él le responderá: “Vende todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme” (18,22). Y viendo que “se puso muy triste, porque era muy rico” (v.23), añadirá: “Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el Reino de Dios” (v.25). Pero como ‘para Dios nada es imposible’, la salvación también llegará a la casa del rico en la persona de Zaqueo: porque prometerá dar la mitad de sus bienes a los pobres y si en algo defraudó a alguien, devolver el cuádruple (cf. 19,1ss).

En referencia a esto, decía Juan Pablo II que “se ha de crear una cultura de solidaridad y cooperación internacionales, en la que todos – especialmente los países ricos y el sector privado-, asuman su responsabilidad en un modelo de economía al servicio de cada persona. No se ha de retardar el tiempo en el que el pobre Lázaro pueda sentarse junto al rico para compartir el mismo banquete, sin verse obligado a alimentarse de lo que cae de la mesa. La extrema pobreza es fuente de violencias, rencores y escándalos. Poner remedio a la misma es una obra de justicia y, por tanto, de paz” (*Incarnationis mysterium*, 12²³).

Animarse a vivir el desprendimiento

“*Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque un muerto resucite*” (v.31). El tema del abandono en la providencia y el del desprendimiento en favor del pobre para experimentar la salvación (=entrar en la vida) nos ponen de cara a otro tema caro a *Lc*: la exigencia de renuncia a sí mismo con que Jesús exhortó permanentemente a los discípulos que quisieran seguirlo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará” (9,23-24).

Esta exigencia de renuncia a sí mismo incluye el desprendimiento afectivo respecto incluso de los lazos más íntimos de la persona: “Si alguno viene junto a mí y no ama menos a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío” (14,25-26). A quien le dijo: “Te seguiré adondequiera que vayas”, le

²³ Juan Pablo II ha tocado el tema de la solidaridad a partir de esta imagen evangélica en diversas oportunidades. Ver, por ejemplo, *Sollicitudo rei socialis*, 42 y *Ecclesia in*

respondió Jesús que “las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (9,58). Y a quienes pedían ir primero a enterrar a su padre o despedirse de su familia les responderá: “Dejen que los muertos entierren a sus muertos”; o también: “Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios” (v.59ss).

Estas renunciaciones permitirán tener “ceñida la cintura y las lámparas encendidas” (cf. 12,35ss) para “entrar por la puerta estrecha” (13,24). Estando en vela, “orando en todo tiempo”, se podrá estar preparado para la venida del Hijo del hombre; tener fuerza para “mantenerse en pie delante” de él (cf. 21,36); y recibir así el Reino preparado por el Padre para aquellos que perseveren con él en sus pruebas (cf. 22,28ss).

Muchas veces constatamos en nuestra vida que lo que en principio parecía ser un desprendimiento forzado (=despojo) acaba por revelarse como una gracia: en lenguaje carmelitano, una purificación ‘pasiva’ de nuestra existencia. La poda es una condición necesaria para que la primavera manifieste toda su fuerza. Sólo cuando lo perdemos todo podemos encontrar a Dios; y en Él podemos recuperarnos a nosotros mismos y recuperarlo todo de un modo redimensionado, sacramental, ‘teofánico’.

Para reflexionar:

- ✓ *¿Me siento codicioso de bienes, reconocimientos y ‘status’?*
- ¿En qué noto en mí alguna/s de estas ‘apetencias’?*

- ✓ *¿Estoy convencido de que las riquezas materiales, humanas y espirituales recibidas de Dios tienen una dimensión social? ¿Pongo como destinatario privilegiado de todo ello al pobre concreto?*
- ✓ *¿Capto y vivo el sentido teológico de la renuncia a mí mismo y la relativización de los vínculos más cercanos como condición imprescindiblemente aparejada al seguimiento de Jesús? ¿Me siento interiormente libre para perseverar en las pruebas y recibir el Reino?*

XIII. “El Hijo del hombre es señor del sábado” (6,5)

“Sucedió que, cruzando un sábado por unos sembrados, sus discípulos arrancaban espigas, las desgranaban con las manos y se las comían. Algunos de los fariseos dijeron: ‘¿Por qué hacen lo que no es lícito en sábado?’. Y Jesús les respondió: ‘¿Ni siquiera han leído lo que hizo David, cuando sintió hambre él y los que le acompañaban, cómo entró en la Casa de Dios y tomando los panes de la presencia, que no es lícito comer sino sólo a los sacerdotes, comió él y dio a los que le acompañaban?’. Y les dijo: ‘El Hijo del hombre es señor del sábado’.

“Otro sábado entró Jesús en la sinagoga y se puso a enseñar. Había allí un hombre que tenía la mano derecha seca. Estaban al acecho los escribas y fariseos por si curaba en sábado, para encontrar de qué acusarle. Pero él, conociendo sus pensamientos, dijo al hombre que tenía la mano seca: ‘Levántate y ponte ahí en medio’. Él se levantó y se puso allí. Entonces Jesús les dijo: ‘Yo les pregunto si en sábado es lícito hacer el bien en vez de hacer el mal, salvar una vida en vez de destruirla’. Y, mirando a todos ellos, le dijo: ‘Extiende tu mano’. Él lo hizo, y quedó restablecida su mano. Ellos se ofuscaron y deliberaban entre sí qué harían a Jesús” (6,1-11).

El relato transcrito hace referencia al sábado, a la sinagoga y a lo que es lícito o no hacer de cara a la Ley. En él parece haber

una notoria disparidad entre Jesús y los escribas y fariseos. En esta meditación vamos a procurar detenernos en la actitud que tenía Jesús de cara a la tradición religiosa de Israel.

Jesús respeta la Ley...

En principio, Jesús parece observar la Ley véterotestamentaria y las prácticas de su pueblo. En 4,16 se dice que “entró, según su costumbre, en la sinagoga el día sábado”. Esta alusión inicial se ve confirmada por relatos sucesivos (cf. 4,31; 5,17ss; 6,6ss), que muestran que la sinagoga y el sábado debían ser el ámbito habitual en dónde él enseñaba -partiendo, por supuesto, de la lectura de la Toráh (cf. 4,18ss)-; e incluso, el lugar donde él realizaba muchas de las curaciones de su ministerio (cf. 4,33ss; 6,6ss; 13,10ss; 14,1ss).

Pero constatamos también que a raíz especialmente de estas últimas Jesús empieza a adistanciarse de los escribas y fariseos (cf. 6,7): ellos “se ofuscaron y deliberaban entre sí qué harían con Jesús” (v.11). El problema surgía de que hacía estas cosas justamente en día sábado, que era el día previsto por la Ley para el descanso²⁴. Además, en algunas ocasiones vinculaba las curaciones al perdón de los pecados, lo que sólo Dios tiene autoridad para hacer: “¿Quién es este, que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” (5,21). En efecto, en la mentalidad de aquel tiempo, las limitaciones físicas y las enfermedades se debían al pecado o a la acción del demonio que hacía impura a la persona: si Jesús curaba era porque ‘realmente’ podía atacar la causa, que era el pecado -no obstante algunos

²⁴ La casuística judía permitía curar en sábado, pero sólo las enfermedades urgentes.

podieran decir que lo hacía por obra del príncipe de los demonios (cf. 11,15).

Además de esto, los escribas y fariseos podían objetarle otras cosas. Por ejemplo, come con los pecadores (cf. 5,30); no siempre guarda el ayuno -él y sus discípulos (cf. 5,33)-; y hace otras cosas - como tomar alimento de las espigas (cf. 6,2)- que no están permitidas en el día de descanso.

...pero promueve la vida

Jesús no tiene intención directa de transgredir la Ley ni de dejar de hacer lo que ésta pide. Al leproso curado le dirá: “Vete, preséntate al sacerdote y haz la ofrenda por tu purificación como prescribió Moisés” (5,14). Pero evidentemente hace una opción de sentido común en favor de la vida y salvación de la persona concreta: “¿Es lícito curar en sábado o no?” (14,3); “¿No desatan del pesebre todos ustedes en sábado a su buey o su asno para llevarlos a abrevar. Y a ésta, que es hija de Abrahán, a la que ató Satanás hace ya dieciocho años, ¿no estaba bien desatarla de estas ligaduras en día de sábado?” (13,16; cf. 7,36ss).

Esta opción de Jesús deja evidentemente perplejos a quienes se aferran minuciosa y literalmente a la Ley, olvidándose de lo fundamental a lo que ésta remite: “Ustedes, los fariseos, purifican por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapiña y maldad” (11,39); “pagan el diezmo de la menta, de la ruda y de toda hortaliza, y dejan a un lado la justicia y el amor a Dios” (v.42). Jesús también ataca a quienes utilizan la Ley como un medio de dominio y control; a los legistas, que imponen a los hombres

cargas intolerables y no las tocan ni con uno de sus dedos (cf. v.47); que monopolizan la ciencia y no entran ellos ni dejan entrar a los demás (cf. v.52).

Jesús no sólo no rechaza lo esencial de la tradición religiosa de Israel, sino que hace de todo su ministerio un camino hacia Jerusalén, la ciudad santa: “Se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén” (9,51; cf. 13,22; 17,1); con la convicción de que allí “se cumplirá todo lo que los profetas escribieron sobre el Hijo del hombre” (18,31). Incluso, estando en Jerusalén, Jesús “enseñaba todos los días en el Templo” (19,47), y “todo el pueblo madrugaba para ir hacia él y escucharle” allí (21,38). Su mismo celo por el Templo lo llevará “a echar fuera a los que vendían” en él (19,45).

Y estando en la ciudad santa, cuando “llegó el día de los Ázimos, en el que se había de sacrificar el cordero de Pascua”, Jesús mandó a Pedro y a Juan a preparar la Pascua (cf. 22,7ss): pero en este caso, ‘el antiguo rito cederá lugar al nuevo’. Jesús no rechazará la celebración pascual, pero la resignificará: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer, porque les digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios” (v.16). Y así, Él mismo se convierte en Cordero de la nueva Alianza, cuya sangre se derramará por quienes celebren esta nueva Pascua en memoria suya: “Este es mi cuerpo que se entrega por ustedes [...]; esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que se derrama por ustedes” (vv.19-20). Y si el antiguo cordero pascual era comido en familia, también quienes participen del nuevo Cordero formarán una sola y nueva familia: la Iglesia.

Jesús humaniza y redimensiona la Ley

Podemos concluir diciendo que Jesús no solo respeta sino que valora y practica la Ley y las tradiciones judías; pero que se opone radicalmente a todo y a todos los que hacen de ella -hipócritamente (cf. 13,15)- un instrumento de deshumanización y dominio²⁵. Es más, centrándola en lo esencial -que es el amor (10,27)- acabará por redimensionarla y referirla absolutamente a su persona, en quien la palabra se cumple en plenitud (cf. 4,21), en quien la plena liberación se realiza (cf. 7,22), en quien el nuevo culto se celebra (cf. 22,20ss).

“Cristo vino a realizar un nuevo ‘éxodo’, a dar libertad a los oprimidos. El obró muchas curación el día sábado (cf. *Mt* 12,9-14 y paralelos), ciertamente no para violar el día del Señor, sino para realizar su pleno significado: ‘El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado’ (*Mc* 2,27). Oponiéndose a la interpretación demasiado legalista de algunos contemporáneos suyos, y desarrollando el auténtico sentido del sábado bíblico, Jesús, ‘Señor del sábado’ (*Mc* 2,28), orienta la observancia de este día hacia su carácter liberador, junto con la salvaguarda de los derechos de Dios y de los derechos del hombre” (*Dies Domini*, 63).

Los mandamientos de Dios tienen que generar vida y no oprimirla: por eso deben orientar la propia existencia hacia la ‘Buena Nueva’ (cf. 7,22). De cara a ciertos dogmatismos cerrados, moralismos rígidos, formalismos rituales o pastoralismos alienantes, Jesús nos recuerda que el Evangelio nunca puede identificarse con

²⁵ De hecho, el sábado era también el tiempo propicio para recordar la misericordia de Dios (cf. *Dt* 5,12-15).

interpretaciones literales o integristas de la Escritura (cf. 6,3,9)²⁶, o con la celosa imposición de cargas intolerables (cf. 11,46)²⁷; que la verdadera santidad tiene que provenir de dentro (11,39)²⁸ y que la praxis pastoral debe contribuir a exorcizar el agobio de las personas (13,16)²⁹.

A partir del Concilio Vaticano II hemos vivido tiempos de profundas transformaciones en la Iglesia: algunas más logradas y otras no tanto. Por ejemplo, en el inmediato posconcilio se tomó una actitud de rechazo frente a lo institucional y tradicional, contraponiendo la promoción de la vida del hombre y su liberación a las leyes eclesiásticas y a las prácticas litúrgicas. Esto ciertamente tenía fundamentos en parte válidos, como por ejemplo la acumulación de normas y prescripciones anticuadas para el mundo actual, tanto en lo disciplinario como en lo teológico (dogmática, moral), en lo litúrgico como en lo pastoral.

Sin embargo, la actitud contestataria y vertiginosa con que se quisieron implementar algunos cambios del necesario *aggiornamento*³⁰ (renovación litúrgica, diálogo con las preocupaciones del mundo contemporáneo y con las religiones, referencia más cercana y fluida a la Palabra de Dios, opción por los pobres, humanización de las relaciones comunitarias, actualización de la teología, etc.) condujo a situaciones que generaron reacciones encontradas.

²⁶ Pensemos en las posturas 'más papistas que el Papa' que por tiempos surgen en nuestra Iglesia.

²⁷ Pensemos, por ejemplo, en muchas y delicadas cuestiones pastorales de moral matrimonial.

²⁸ Pensemos, por ejemplo, en algunos formalismos litúrgicos 'rubricistas'.

²⁹ Pensemos en esas imprudentes exhortaciones pastorales que crean más problemas de conciencia y escrúpulos que otra cosa.

³⁰ Término técnico en el postconcilio que en italiano significa 'actualización'.

Por una parte se produjeron con el tiempo resultados positivos como son: una liturgia más participativa, inculturada y cercana a la mentalidad de los pueblos; avances en el diálogo tanto ecuménico como también en relación a los diferentes campos de la existencia humana; profundización en el interés, conocimiento e incidencia de la Palabra de Dios; mayor acercamiento al mundo de los pobres (por ejemplo, la inserción en medios pobres de muchas comunidades religiosas); estructuras fraternas de participación en lo comunitario; renovación teológica en diálogo con las ciencias humanas, las culturas y las religiones; etc.

Pero por otra se suscitaron actitudes ‘iconoclastas’³¹, racionalistas o que banalizan la liturgia, las cuales acababan por suprimir en muchos casos el sentido del ‘misterio’ celebrado; instrumentalización ideológica de la Palabra de Dios o vinculaciones estrechamente identificadas con posturas marxistas o psicologistas; una degradación de la teología a una especie de discurso filantrópico únicamente humano (por ejemplo, teología de la secularización). Esto generó deserciones en masa entre los sacerdotes y religiosos/as, confusión y estupor en el pueblo de Dios, y destrucción de medios, prácticas e instituciones evangelizadoras que -necesitadas efectivamente de renovación- podrían haber seguido dando lo suyo.

Hoy la actitud es tal vez más cauta. Incluso puede suceder que en algunos ambientes eclesiásticos ‘se llore sobre la leche derramada’ y se busque dar marcha atrás. No obstante, y pese a ser cierto que las cosas se podrían haber hecho en muchos sentidos de un modo más prolijo, hay algo que la Iglesia aprendió y parece generalizarse como convicción de fondo: la Palabra de Dios,

³¹ Es decir, de rechazo y supresión de imágenes.

la celebración litúrgica, la vida comunitaria y la práctica pastoral deben promover integralmente la vida del hombre desde las coordenadas históricas concretas que vive (para que no sean alienantes) y simultáneamente orientarla a Dios como a su destino último y trascendente (para que sean verdaderamente liberadoras y salvíficas). Sólo una apreciación equilibrada y serena de estos dos polos del misterio de la Encarnación -carne concreta y Palabra eterna- puede convertirse en parámetro adecuado para toda verdadera renovación creyente y para toda auténtica promoción de la Vida.

Para reflexionar:

- ✓ *¿Tengo libertad interior para asumir la tradición y costumbres de mi Iglesia universal y particular sin tomar actitudes contestatarias por un lado, o estérilmente conservadoras y rígidas por el otro?*
- ✓ *Desde lo esencial de la Ley Nueva, ¿discierno bien lo que tengo que hacer en lo concreto de mi vida familiar y profesional, comunitaria y pastoral? ¿Vinculo este discernimiento a los valores y contravalores de la cultura de mi pueblo?*
- ✓ *¿Cómo vivo el día del Señor? ¿Celebro la liturgia en 'Espíritu y verdad'? ¿O lo hago de un modo formal y farisaico?*
- ✓ *¿Cómo puedo crecer en estas áreas de mi vida creyente?*
- ✓ *¿Qué dificultades encontré en estos últimos años para integrar satisfactoriamente fe y vida?*

XIV. “Si eres Hijo de Dios...” (4,3)

“Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán y era conducido por el Espíritu en el desierto, durante cuarenta días, tentado por el diablo. No comió nada en aquellos días y, al cabo de ellos, sintió hambre. Entonces el diablo le dijo: ‘Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan’. Jesús le respondió: ‘Está escrito: No sólo de pan vive el hombre’.

“Llevándole luego a una altura le mostró en un instante todos los reinos de la tierra y le dijo el diablo: ‘Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos, porque me la han entregado a mí y yo se la doy a quien quiero. Si, pues, me adoras, toda será tuya’. Jesús le respondió: ‘Está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto’.

“Le llevó después a Jerusalén, le puso sobre el alero del Templo y le dijo: ‘Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo; porque está escrito: A sus ángeles te encomendará para que te guarden. Y: En sus manos te llevarán para que no tropiece tu pie en piedra alguna’. Jesús le respondió: ‘Está dicho: No tentarás al Señor tu Dios’.

“Acabada toda tentación, el diablo se alejó de él hasta el tiempo propicio” (4,1-13).

“Conducido por el Espíritu” (v.1)

“*Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán y era conducido por el Espíritu*”. El relato comienza por una doble mención al Espíritu Santo (*Mt*, en cambio, lo menciona una sola vez). En *Lc* (y *Hch*) el Espíritu Santo aparece nombrado con mucha frecuencia. En primer lugar, en referencia a Jesús mismo: él es concebido en el seno de María por el Espíritu Santo que la cubre con su sombra para que nazca el Hijo Santo del Dios Altísimo (1,35); sobre él desciende en forma corporal de paloma, después de haber sido bautizado (3,22), para que él a su vez bautice en Espíritu Santo y fuego (3,16). El Espíritu Santo estará sobre Jesús como Ungido del Señor para llevar la Buena Nueva a los pobres, la liberación a los que sufren y un año de gracia para todos (4,18ss); lo llenará de gozo y le hará bendecir al Padre por haber ocultado las cosas del Reino a los sabios e inteligentes, y haberlas revelado a los ingenuos (10,21).

El Espíritu Santo rodea también a los personajes vinculados a la infancia de Jesús: Juan Bautista estará lleno de él (1,15); y también Isabel lo estará al oír el saludo de María (1,41). Ese mismo Espíritu abrirá la boca de Zacarías para que proféticamente bendiga al Dios de Israel por haber visitado y redimido a su pueblo (1,67); y le revelará al justo Simeón que no morirá sin antes haber visto al Cristo del Señor (2,26). Por último, el Espíritu Santo es el que -de acuerdo a la Promesa del padre- Jesús enviará al grupo de los apóstoles el día de Pentecostés, revistiéndolos de lo alto (24,49; *Hch* 2,4); y el que todos los hombres podrán recibir con tal de que se conviertan y se hagan bautizar en el nombre de Jesucristo (*Hch* 2,38; 10,47). Como lo había predicho Jesús, él estará en aquellos

que lo pidan insistentemente al Padre (Lc 11,13); y les indicará lo que deberán decir cuando sean llevados ante magistrados y autoridades (12,11-12; cf. Hch 7,55).

“Tentado por el diablo” (v.2)

“En el desierto, durante cuarenta días, tentado por el diablo”. Antes que Jesús, el profeta Elías caminó por el desierto cuarenta días y cuarenta noches hacia el Horeb (cf. 1 Re 14,8); y el mismo Juan Bautista había estado allí “hasta el día de su manifestación a Israel” (1,80), para dar a la venida de Jesús una tónica semejante a la de la vuelta del antiguo pueblo de Dios del destierro (cf. 3,4). El *segundo Isaías* veía este regreso como un nuevo Éxodo, que tenía que realizarse -como el primero- por el desierto: “En el desierto abran camino a Yahveh, tracen en la estepa un camino recto a nuestro Dios” (Is 40,3). Por todo esto, tendremos que remitirnos al primer éxodo para entender el simbolismo de las tentaciones de Jesús. En efecto, después de su salida de Egipto, Israel estuvo en el desierto por el simbólico lapso de cuarenta años (cf. Ex 15,22ss; Dt 1,1ss), y también allí había experimentado la prueba, sucumbiendo muchas veces a ella (cf. Hch 7,29-43): esto queda paradigmáticamente expuesto en el relato del ‘Becerro de oro’ (Ex 32,1ss).

También Jesús a lo largo de su ministerio experimentará la tentación en diferentes circunstancias. Lc nos refiere esto de manera explícita de cara a la cruz: “Que se salve a sí mismo si es el Cristo de Dios, el Elegido” -dirán los magistrados en 23,35-; “si tú eres el rey de los judíos, ¡sálvate!” -le dirán también los soldados en v.37. Por último, uno mismo de los malhechores: “¿No eres tú el

Cristo? Pues, ¡sálvate a ti y a nosotros!” (v.40). Estas tentaciones parecen formar una inclusión con las de la secuencia que estamos analizando de todo el ministerio pastoral de Jesús: en ambos casos giran -como seguiremos viendo en el punto siguiente- en torno a la identidad más profunda de Jesús y a la eficacia de su ministerio mesiánico.

Lc no nos refiere, en cambio, el fuerte pasaje -y clave- de *Mc* 8,31ss; en el cual Pedro, tomando aparte a Jesús, procura disuadirlo de sufrir mucho, ser reprobado por los principales de Israel y morir antes de ser glorificado. (Curiosamente, la respuesta de Jesús será: “¡Quítate de mi vista, Satanás!, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres” (8,33). Jesús discierne un camino mesiánico totalmente diferente a aquél que de él esperan incluso los discípulos más allegados). En cambio, *Lc* sí nos presenta -como los demás sinópticos- a Jesús acusado de hacer signos por obra de Beelzebul, príncipe de los demonios (11,15); y por tanto, tentado de un modo contrario al anterior: aquí sería el de no hacer los signos necesarios para la credibilidad de su misión por temor a ser mal interpretado.

Hijo de Dios

“*Si eres Hijo de Dios di a esta piedra que se convierta en pan*” (v.3; cf.v.9). La primera tentación -igual que la tercera, a partir de v.9- comienza por un título que expresa la identidad más profunda de Jesús, y que -curiosamente, por ser revelada por los ‘demonios’- él evitó utilizar³². En efecto, en 4,41 se dice que los demonios que

³² Se trata del secreto mesiánico, tema clave en la construcción del evangelio de *Mc*. Jesús hablará ‘abiertamente’ tan solo después de la profesión de fe de Pedro y el

salían de los enfermos curados confesaban: “Tú eres el Hijo de Dios”; pero el relato afirma que “él los conminaba y no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo”. Algo parecido se dice en 4,34: “Sé quién eres tú: el Santo de Dios”; o en 8,28: “¿Qué tengo yo contigo, Jesús, hijo de Dios Altísimo?”: aquí también Jesús obliga al espíritu del demonio a callarse o a salir del enfermo (4,35; 8,32ss). Incluso cuando Pedro le diga a Jesús que es “el Cristo de Dios”, él les mandará a sus discípulos “que no dijeren esto a nadie” (9,21). Si tenemos presente los versículos siguientes de *Mc* y *Mt* que *Lc* omite vemos que la intención es siempre clara: ser considerado como Hijo de Dios, Ungido o hijo de Dios Altísimo podría distorsionar la misión mesiánica que el Padre le proponía por el ‘camino estrecho’, mediante la propia *kénosis*; vaciando así de contenido el sentido de la propia cruz. Por tal motivo, la confesión de esos títulos antes de tiempo podía llegar a constituir una acción más demoníaca que piadosa.

Esto no anula, ni mucho menos, la propia conciencia que Jesús tenía de ser verdaderamente Hijo de Dios, y que quedará testimoniada con claridad en la cruz: “Padre, *en tus manos encomiendo mi espíritu*” (23,46). También argumenta a favor de esto la oración espontánea de alabanza que nos refiere *Lc* (y *Mt*): “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra [...]. Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (10,21-22).

anuncio de la pasión: y lo hará en referencia al sufrimiento que debía padecer el Hijo del hombre (cf. 8,32ss).

Hijo del hombre

Según *Lc*, Jesús se autodenomina -de preferencia- *Hijo del hombre*, incluso cuando afirma que tiene capacidad de perdonar los pecados (5,24). Utilizará esta expresión para referirse a su persona como a la de aquél que ha venido para buscar y salvar lo que estaba perdido (19,10; cf. 7,34); como aquél que va a ser signo para su generación por su predicación como Jonás (11,29ss); que va a ser entregado (22,21), que va a experimentar el sufrimiento, reprobación y muerte, pero que también va a resucitar (9,22.44; 18,31) y venir glorioso en el Día de la liberación (17,22ss; 21,27ss).

Más interesante es el testimonio que *Lc* le hace dar a Jesús de sí mismo ante el Sanedrín, y luego ante Pilato. En efecto, ante la pregunta: “¿Tú eres el Hijo de Dios?”, Jesús que siempre había rehuido la manifestación de ese título -porque lo consideraba ‘tentación’-, afirma: “Yo soy” (22,70); firmando así su condena como blasfemo. Y ante Pilato que le pregunta: “¿Eres tú el rey de los judíos?”, Jesús, que había escapado de la popularidad (cf. 4,42-44), afirmará: “Sí, tu lo dices”; con lo que da pie para que se diga que “solivianta al pueblo con sus enseñanzas” (23,5), y se lo condene a la crucifixión por sedición.

En estos dos títulos -Hijo de Dios y Rey- se apoyarán las tentaciones de 23,35ss a las que ya hicimos referencia: “Si eres el Cristo de Dios”; “si eres el rey de los judíos”. Pero porque Jesús es Hijo de Dios -y Rey- tiene que testimoniarlo hasta el fin, sin ceder a proyectos más limitados y ajenos a su condición filial y real. Esto acaba por entenderlo el malhechor arrepentido que le dice: “Acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino” (v.43) -reconociéndolo Rey-; y lo confirma el misericordioso Jesús de *Lc*:

“Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (ib), prometiendo esta recompensa al creyente de la última hora con la autoridad propia de Hijo de Dios.

El Hijo de Dios hecho Hijo de hombre y Señor

Convertir la piedra en pan (4,3), adorar al demonio (v.7) o tirarse del alero del Templo de Jerusalén (v.9) son un símbolo de todo aquello que no condice con la dignidad de Hijo de Dios: justamente porque Jesús es hijo de Dios no lo va a hacer. Y eso porque *“no sólo de pan vive el hombre”* (v.41; cf. Dt 8,3), como parecía no creerlo Israel (Ex 16,3); porque *“adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto”* (Lc 4,8; cf. Dt 6,13); y porque *“no tentarás al Señor tu Dios”* (Lc 4,12; cf. Dt 6,16). Jesús respondió a la tentación desde las palabras de la ley, mostrando en cuanto Hijo del hombre cómo andar el camino que Israel no había sabido recorrer; y como ‘nuevo Moisés’, trazará el itinerario de un ‘nuevo Éxodo’.

Así, todo el ministerio de Jesús va a estar a la altura de su profunda autoconciencia de ser ‘Hijo de Dios hecho Hijo del hombre’. Él vivirá animado por el Espíritu que le recordará el gesto (signo) y la palabra oportuna (cf. *Plegaria Eucarística Vb*); testimoniará y exigirá un absoluto desprendimiento (cf. 18,28ss), frente a la tentación de recibir el poder y la gloria de otras manos que no sean las del Padre (4,6); y se dirigirá decididamente a Jerusalén (9,51), pero no para hacer allí un espectáculo (4,9), sino para que allí se realice su partida (9,31) y se cumplan las Escrituras (24,26-27).

De este modo, “*siendo de condición divina no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó a sí mismo tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre; para que [...] toda lengua confiese que Cristo Jesús es el SEÑOR*” (Fp 2,6-11; cf. Lc 1,43; 2,11; 7,13.19; 10,1.39.41; 11,39; 12,42).

En el capítulo anterior analizábamos los pros y contras del recorrido de la Iglesia desde el Concilio. Al hacerlo, hacíamos un ejercicio de discernimiento de luces y sombras, presencias y ausencias del Espíritu, mociones y tentaciones. También hoy tenemos que discernir el camino a seguir, que será siempre *el camino del hombre y el camino hacia Cristo*³³. Hablar de ‘camino del hombre’ supondrá asumir sus “gozos y esperanzas, tristezas y angustias” (cf. *Gaudium et spes* [=GS], 1), es decir, su vida, inquietudes y búsquedas. Ya me he detenido en otras oportunidades en estos aspectos tales como se manifiestan en nuestro país. Hablar de ‘camino hacia Cristo’ es no olvidar la dimensión trascendente de la vida humana; que ‘no solo de pan vive el hombre’; y sobre todo, que “Cristo le revela el hombre al hombre” (GS 22). Todo discernimiento eclesial y personal del designio de Dios va -en la ya referida lógica de la encarnación- ‘a caballo’ entre estos dos polos que señala el Espíritu.

³³ Este tema es uno de los más recurrentes en Juan Pablo II desde su primera Encíclica *Redemptor hominis* (cf. nn°13; 14; 18).

Para reflexionar:

- ✓ *¿Vivo animado por el Espíritu Santo? ¿Son sus mociones las que inspiran mi vida y mi actividad?*
- ✓ *¿En qué cosas he sido tentado últimamente? ¿capté en profundidad la sutileza de estas tentaciones? ¿Cuál fue y es mi actitud frente a ellas?*
- ✓ *¿Valoro realmente mi dignidad de hijo de Dios?*
- ✓ *¿Vivo como hijo de hombre, solidario con los hombres 'concretos', 'históricos' y 'reales' (RH 13)?*

XV. “Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya” (22,42)

“Salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos; los discípulos le siguieron. Llegado al lugar les dijo: ‘Pidan que no caigan en tentación’.

“Se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba diciendo: ‘Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya’. Entonces se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra.

“Levantándose de la oración, vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza; y les dijo: ‘¿Cómo es que están dormidos? Levántense y oren para que no caigan en tentación’” (22,39-47).

“Fue al monte de los Olivos” (v.39)

El relato nos presenta a Jesús en oración en el contexto ya inminente de la pasión: *“salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos”*. Ya en 21,37 Lc había dicho que “Jesús enseñaba en el Templo durante el día [donde buscaban matarle (cf. 19,47)], y por la noche se retiraba al monte llamado de los Olivos”.

“Los discípulos le siguieron” (v.39). *Lc* no menciona explícitamente a Pedro, Santiago y Juan, como lo hace *Mc* 14,33 - para evitar culpabilizarlos de lo que se dirá-; y evita asimismo la íntima y ‘escandalosa’ confesión de Jesús hacia ellos: “Mi alma está triste hasta la muerte” (v.34). Por otra parte, si bien es cierto que después de que Jesús hubo orado, *Lc* dirá que “vino donde los discípulos y los encontró dormidos” (22,45); aclarará -de un modo original respecto a los otros sinópticos- que “por la tristeza”. Y además, esto se dice una sola vez y no tres como en *Mc*.

“Pidan que no caigan en tentación (=peirasmón)” (v.40). Esto se volverá a decir en v.45: *“¿Cómo es que están dormidos? Levántense y oren para que no caigan en tentación”*. Jesús había enseñado a sus discípulos a orar un día en que él lo estaba haciendo y ellos se lo habían pedido (11,1ss): “Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe” (vv.2-4). Y explícitamente les invitaba a decir: “No nos dejes caer en tentación”; ya que muchas veces ella se lleva las mejores intenciones (cf. 8,13). Les había también indicado el modo en que debían dirigirse a Dios: no de pie y con autosuficiencia altanera como el fariseo que daba gracias por no ser como los demás hombres (18,11), sino con la humildad del publicano que, manteniéndose a distancia y no atreviéndose a alzar los ojos, se golpeaba el pecho diciendo: “Ten compasión de mí, que soy pecador” (v.13).

Junto al resurgimiento por la inquietud religiosa que observamos en el mundo contemporáneo, se da también un creciente interés por aprender a orar. A veces esta búsqueda de oración puede reducirse a un ejercicio de meditación personal al

estilo oriental (como en el budismo zen) y dejar de lado la irrupción del misterio trascendente propia de las experiencias religiosas vinculadas a los monoteísmos históricos. Pero también hay un deseo de aprender a orar en ámbitos cristianos. Ejemplo de ello lo ofrecen el surgimiento de movimientos ecuménicos como el de Taizé; las nuevas Iglesias evangélicas en América; o también los grupos de oración vinculados a la renovación carismática, en los ámbitos católicos. A la par que en estas nuevas corrientes se busca indagar en los métodos tradicionales (lectura orante de la Palabra, celebraciones litúrgicas, acercamiento a los escritos de los místicos, silencio contemplativo, etc.), también se incursiona por el campo de lo espontáneo, comunitario y afectivo. Evidentemente todo método de oración tiene sus ventajas y límites. Lo que verdaderamente importa es que conduzca a un encuentro personal con el Señor, en Cristo y por el Espíritu; y que este encuentro motive una progresiva transformación del propio ser y de la propia vida en vistas del Reino.

“Puesto de rodillas oraba” (v.41)

En varios pasajes del tercer evangelio se dice que Jesús oraba. En 3,21, ya bautizado, “se hallaba en oración”. Cuando la gente lo buscaba y su fama se extendía, “él se retiraba a lugares solitarios, donde oraba” (5,16; cf. 4,42). Antes de la elección de los Doce, “se fue él al monte a orar, y pasó la noche en la oración de Dios” (6,12). También antes de la profesión de fe de Pedro, se dice que “estaba orando a solas, en compañía de los discípulos” (9,18); o en el episodio de la transfiguración: “Tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó y sus vestidos eran de una blancura fulgurante”

(9,28-29) -en cambio, en *Mc* y *Mt* no se dice que haya ido al monte a orar. Por último, Jesús ora en la cruz, antes de expirar: “Padre, *en tus manos encomiendo mi espíritu*” (23,37); haciendo propias las palabras de *Sal* 31,6. Vemos, pues, que *Lc* está interesado en mostrar a Jesús en oración en los momentos claves de su vida y ministerio; de modo que ambos queden permanentemente referidos al querer del Padre.

“Sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra” (v.44). Jesús testimonia en este momento culminante de su misión aquello mismo que él había enseñado a sus discípulos: la insistencia en la oración para pedir el Espíritu Santo que permita discernir el querer del Padre sin caer en tentación: “Pidan y se les dará; busquen y hallarán; llamen y se les abrirá” (11.9); “estén en vela orando en todo tiempo” para no ser sorprendidos (21,36). Les dejó al respecto dos parábolas: la del padre que sabe dar cosas buenas a sus hijos (“¡Cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!” [11,13]); y la de la viuda que le insistía al juez inicuo que le hiciera justicia, hasta que lo logra (18,1ss) (“¿No hará Dios justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche? ¿Les hará esperar? [v.7]). Por su parte, las *“gotas espesas de sangre que caían en tierra”*, nos recuerdan la institución de la eucaristía: “Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que se derrama por ustedes” (22,20; cf. *Ex* 24,4-8; *Jer* 31,31-34). Y así vinculamos el tema de la sangre con el de la copa...

El nuevo gusto por la oración tal vez tenga mucho que ver con las diferentes modalidades de crisis e inseguridades que vive el hombre contemporáneo. Desde las que se relacionan con las cuestiones más existenciales y trascendentes hasta las que se ligan

a la convivencia y subsistencia diaria. El secularismo en Europa y el pragmatismo norteamericano -por una parte- y la situación de pobreza y exclusión vividas por nuestros pueblos latinoamericanos y en general por el tercer mundo -por otra- han ido estimulando a los hombres y mujeres concretos a una oración más cordial y hecha desde la vida. Por esto mismo hoy tal vez se desconfíe de las oraciones ya 'armadas' y de todo lo que en general venga resuelto de antemano en la vida espiritual.

“Padre [...], no mi voluntad sino la tuya” (v.42)

“Padre, si quieres, aparta de mi esta copa; pero no se haga mi voluntad (=zèlema) sino la tuya”. Podríamos pensar que se trata de la copa de la ira de Yahveh prevista para su Día por los profetas véterotestamentarios: “Pueden beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado” (*Mc* 10,38); “si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como tú” (*Mt* 26,39).

Pero en este caso, el contexto es diferente al del Antiguo Testamento. Por una parte, la oración de Jesús se ve introducida por una expresión de confianza filial: “Padre” (“*Abbá*”, *Mc* 14,36); y por otra, se dice que “se le apareció un ángel venido del cielo que lo confortaba” (*Lc* 22,43). Con esto se establece una analogía con las tentaciones del desierto de *Mt*, en las cuales también al final “se acercaron unos ángeles y le servían [a Jesús]” (4,11)³⁴: no es, por tanto, el Día de la ira de Yahveh, sino el de la prueba a través de la

³⁴ Podríamos ver también aquí una semejanza con Elías, que fue servido por un ángel en su agonía del desierto (cf. 1 *Re* 19,4-8).

cual podrá manifestarse el Hijo de Dios como tal si hace las cosas 'como Dios manda' (cf. *Lc* 4,3-4).

Esto queda claro si vinculamos lo que acabamos de decir con los discursos de *Lc* referentes al Día de la manifestación del Hijo de hombre (17,22ss; 21,25ss) y a las parábolas de vigilancia (12,35ss). Notamos que se habla de prueba, persecución y angustia (17,25ss), conmoción cósmica y transformación (21,25-26); pero estos acontecimientos no preludian el castigo, sino la liberación (21,28). Jesús quiere que sus discípulos participen de esta manifestación gloriosa del Hijo del hombre (17,24; 21,27ss) -que es la del 'Hijo de Dios' juntamente con la del 'hijo de Dios' que hay en cada uno de nosotros-; pero para eso es preciso estar vigilante y orar, para no desfallecer ni caer en tentación (22,40). La oración vigilante, sin dormirse, se convierte así en el motor último para discernir en las encrucijadas y situaciones límites de la vida lo que es del Padre, mediante el Espíritu; perseverar en las pruebas (22,28) y ver el Día del Hijo del hombre (cf. 10,23).

Así como en la vida de Jesús se condensa en un determinado momento el llamado a dar una respuesta clave de fidelidad al Padre, así también en la nuestra experimentamos momentos de encrucijada que sólo podemos resolver y superar satisfactoriamente mediante una oración intensa. Esa oración nos permite vivir la configuración con el Señor y actuar de cara a situaciones difíciles como él lo hubiese hecho en nuestro lugar. La oración nos permite ir más allá de la tentación de un reduccionismo del propio ser como consecuencia de la tibieza para con Dios; nos posibilita mantenernos de pie, 'a la altura de las circunstancias', cuando nuestra dignidad y vivencia como hijos/as de Dios puede entrar en 'jaque'. El fruto de la oración es la asunción de lo que el Señor

quiere 'aquí y ahora' de nuestra vida. Lo cual redonda en crecimiento propio y de todo el Cuerpo místico.

Para reflexionar:

- ✓ *¿Oro insistentemente?*
- ✓ *¿Vinculo la oración a la vida de un modo existencial?*
- ✓ *¿Me confío en el 'Padre' en las situaciones de prueba?*
- ✓ *¿Procuro perseverar en la oración, para ser fiel en la prueba y ver el Día del Hijo del hombre?*

XVI. “Se cumplirá todo lo que los profetas escribieron” (18,31)

“Tomando [Jesús] consigo a los Doce, les dijo: ‘Miren que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron sobre el Hijo del hombre: le entregarán a los gentiles y será objeto de burlas, insultado y escupido; y después de azotarle le matarán; pero al tercer día resucitará’. Ellos no comprendieron nada de esto; no captaban el sentido de estas palabras y no entendían lo que decía” (18,31-34).

“Miren que subimos a Jerusalén” (v.31a)

A lo largo de todo el evangelio de *Lc* la referencia a Jerusalén - y en la ciudad santa al Templo- ocupa un lugar de privilegio. Es en el Templo donde le es anunciado a Zacarías que su mujer dará a luz un hijo (1,5ss); y Jesús es llevado a él, según la Ley, para ser rescatado (2,22). Jerusalén es la ciudad que personifica al pueblo elegido (2,39; cf. 13,34); y en ella éste celebra anualmente la fiesta de Pascua, de la que evidentemente la familia de Jesús participaba (cf. 2,41ss).

Pero Jerusalén es sobre todo importante porque allí debía cumplirse la partida de Jesús, en conformidad con las Escrituras (cf. 9,28ss; 18,31ss). Y de esto el Jesús de *Lc* es bien consciente: “Como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén” (9,51.53). Por eso el ministerio de

Jesús cobrará la modalidad de una subida a esa ciudad: “Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén” (13,22; 19,28). Es de camino a Jerusalén que Jesús hará algunas curaciones más (17,11ss), y que contará más parábolas (19,11ss). Será en Jerusalén donde más se va a concentrar la oposición hacia su persona -como veremos-; y esto, porque “no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén” (13,22). Él llegará incluso a llorar por la dureza de esta ciudad: “¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos” (19,41-42).

En Jerusalén, Jesús echará del Templo a los vendedores (vv.45-46), y allí enseñará diariamente (vv.47-48) desde temprano (21,37-38). Por último, anunciará su ruina: “De esto que ven, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra” (21,6); de manera que “cuando vean a Jerusalén cercada por ejércitos, sepan entonces que se acerca su desolación” (v.20)³⁵. En esta ciudad, el día de los Ázimos -y siendo ya inminente su padecimiento-, Jesús celebrará la Pascua (22,7) con sus discípulos: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer; porque les digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios” (vv.15-16). Y en efecto, en esa cena el antiguo cordero inmolado cederá lugar a “mi cuerpo que se entrega por ustedes” (v.19). Y lo mismo la copa del fruto de la vid (vv.17-18): será reemplazada a partir de entonces por “la nueva Alianza en mi sangre derramada por ustedes” (v.20). En Jerusalén, Jesús morirá (v.46), “y toda la muchedumbre que había acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se [volverá] dándose golpes de pecho” (v.48).

³⁵ La destrucción de Jerusalén motivada por su infidelidad era ya un antiguo tema profético (cf. 1 Re 9,6-7; Jer 12,7; Ez 9,1; Os 9,5; Miq 3,12).

En *Lc*, Jerusalén es el horizonte último de la misión de Jesús, coincidente con la plena realización del proyecto del Padre en él: en Jerusalén Jesús celebrará la nueva Pascua en un nuevo Templo con un nuevo Cordero. Lo hará con sus discípulos -constituidos en su nueva familia por participar del rito pascual con ellos-; invitándolos a tomar parte de su 'partida' o 'asunción', aunque de momento ellos no entiendan mucho y permanezcan 'a distancia'. También en nuestra vida hay un 'Jerusalén' que nos aguarda: el horizonte pascual de nuestra propia existencia, que nos invita a una permanente muerte-resurrección en favor de nuestros hermanos hasta la consignación definitiva de nuestro propio ser en las manos de Dios.

“Se cumplirá todo lo que los profetas escribieron” (v.31b)

Jesús fue -como vimos- plenamente consciente de la 'partida' (9,31) o 'asunción' (9,51) que debía cumplirse en Jerusalén según las Escrituras. En el caso del relato de la transfiguración de *Lc*, por ejemplo, el tema del diálogo con Moisés y Elías era justamente ese (cf. 9,30ss). Como en *Mc* y *Mt*, Jesús anuncia por tres veces que “el Hijo del hombre debe sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar al tercer día” (9,22.45). Y donde más claramente expresará el dramatismo de su vivencia interior de cara a esta 'hora' será en 12,50: “Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!”.

Mientras tanto se dice que los Doce “*no comprendieron nada de esto; no captaban el sentido de estas palabras y no entendían lo que decía*” (18,34; cf. 9,45). Como lo dijimos al hablar del

discipulado, incluso el primero de ellos (Pedro), en vísperas de la pasión “lo iba siguiendo de lejos” (22,54) y luego negará conocerlo (v.57). Y si bien en el camino al Calvario “lo seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él” (23,27), cuando hubo muerto, “todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo estas cosas” (23,49); como si permanecieran en un total desconcierto. Incluso después de la resurrección, *Lc* nos dice respecto de los mismos discípulos de Emaús que “tenían sus ojos incapacitados para reconocerle” (cf. 24,16).

También en la vida de cada uno de nosotros hay un misterioso y oculto plan de Dios llamado a cumplirse ‘de acuerdo a las Escrituras’. Ese plan -de orden escatológico, pero que se va anticipando y percibiendo en el tiempo- da pleno sentido a cada una de nuestras experiencias de vida; y particularmente a las más dolorosas. No obstante, puede que de momento no lo entendamos del todo, que ‘no captemos el sentido de estas palabras o eventos’, o que incluso nuestro acercamiento y compromiso con este designio de Dios sobre nuestras vidas en Cristo sea ‘de lejos’.

“Será objeto de burlas, insultado y escupido” (v.32)

Vamos a tratar de seguir el proceso que llevó a Jesús a la muerte. Evidentemente, *Lc* muestra una responsabilidad absolutamente significativa en los escribas, fariseos, legistas y sumos sacerdotes (cf. 23,25; *Hch* 3,13; 13,28). En 5,21 “los escribas y fariseos empezaron a pensar: ‘¿Quién es éste, que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?’”. En el v.30 ellos mismos “refunfuñaban diciendo a los discípulos [de

Jesús]: ‘¿Cómo es que comen y beben con los publicanos y pecadores?’ ”. En 6,11, cuando Jesús cura en sábado a un hombre que tenía la mano seca, “se ofuscaron y deliberaban entre sí qué harían a Jesús”. Como vemos, la oposición de los escribas y fariseos a Jesús tiene origen en la defensa que él hace de la vida – justamente en sábado (cf. 13,14ss)- y en la compasión que tiene hacia los pecadores -transgrediendo aparentemente la Ley.

Por eso, a partir de 11,37, Jesús comenzará a criticar a los fariseos: porque purifican por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapiña y maldad (v.39); porque pagan el diezmo de la menta, de la ruda y de toda hortaliza, y dejan a un lado la justicia y el amor a Dios (v.42); porque ocupan el primer lugar en las sinagogas y les gusta ser saludados en las plazas (v.43); y porque son como los sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hombres sin saberlo y quedan impuros (v.44). También a los legistas, porque imponen a los hombres cargas intolerables, y ellos no las tocan ni con uno de sus dedos (v.46); porque al edificar sepulcros a los profetas que sus padres mataron testimonian avalar lo hecho (v.48); y porque se han llevado la llave de la ciencia y a quienes están entrando en el Reino se lo impiden (v.52). Dice el relato bíblico que “cuando Jesús salió de allí, comenzaron los escribas y fariseos a acosarle implacablemente, y hacerle hablar de muchas cosas, buscando, con insidias, cazar alguna palabra de su boca” (vv.53-54). Es en este contexto de oposición creciente que Jesús enseñará a sus discípulos a guardarse de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía (12,2); y a no temer a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más (v.4).

Ya en Jerusalén, cuando Jesús enseñe en el Templo, “los sumos sacerdotes [-que se unen a los anteriores enemigos del

Señor-], los escribas y también los notables del pueblo [*idem*] buscaban matarle, pero no encontraban el modo de hacerlo, porque todo el pueblo le oía pendiente de sus labios” (19,48). Como en 10,25 un legista, buscarán también ahora ponerlo a prueba, preguntándole -junto a los ancianos- con qué autoridad obra en su ministerio (cf. 20,2).

Poco después, cuando Jesús cuente la parábola de los viñadores homicidas, los escribas y los sumos sacerdotes comprenderán que ésta iba dirigida a ellos, y tratarán de echarle mano en aquel mismo momento, pero -una vez más- tendrán miedo al pueblo (cf. 20,19). Luego enviarán unos espías “que fingieran ser justos, para sorprenderle en alguna palabra y poderle entregar al poder y autoridad del procurador” (20,20); pero éstos, maravillados por sus respuestas, deberán callar. Y en 22,2 se dirá por tercera vez que “los sumos sacerdotes y los escribas buscaban cómo hacerle desaparecer, pues temían al pueblo”. Judas les dará la oportunidad, concertando con los primeros y los jefes de la guardia el modo de entregárselo: “Ellos se alegraron y quedaron con él en darle dinero. Él aceptó y andaba buscando una oportunidad para entregarle sin que la gente lo advirtiera” (vv.5-6)³⁶.

Por fin, después de la cena y de la oración en el monte de los Olivos, llegará el momento del prendimiento de Jesús, que dirá: “¿Cómo contra un salteador han salido con espadas y palos? Estaba yo todos los días en el Templo con ustedes y no me pusieron las manos encima; pero ésta es su hora y el poder de las tinieblas” (vv.52-53). “En cuanto se hizo de día, se reunió el Consejo de Ancianos del pueblo, sumos sacerdotes y escribas, le hicieron venir a su Sanedrín y le dijeron [a Jesús]: ‘Si eres el Cristo, dínoslo’

[...]. ¿Eres el Hijo de Dios?. Él les dijo: ‘Ustedes lo dicen: Yo soy’” (vv.66ss).

Luego lo llevarán a Pilato y lo acusarán de alborotar al pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es Cristo rey; y que solivianta al pueblo con sus enseñanzas por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta allí (23,1ss). También ante Herodes “estaban los sumos sacerdotes y los escribas acusándole con insistencia” (v.10). No obstante, ni Pilato ni Herodes encontraron delito en Jesús: “No he hallado en él ninguno de los delitos de que le acusan [...]. Nada ha hecho que merezca la muerte” (vv.13ss), dirá el primero de ellos. Sin embargo, en vista del triple pedido de ejecución que hará la gente (vv.18.21.23), Jesús acabará muriendo crucificado.

La muerte del Señor nos recuerda nuestra propia muerte. No sólo la muerte al final de nuestros días en este mundo, sino la muerte cotidiana que surge de la fidelidad a nuestra ‘subida a Jerusalén’; es decir, a nuestra búsqueda de Dios para celebrar con él -eclesialmente- el banquete (cf. *Lc* 14; 15,23; 16,19; 22,16-18.29; *Ap* 19,9) de la nueva Pascua. Una muerte que se vincula al desprendimiento y a la praxis de la compasión y misericordia; una muerte que es consecuencia de dar la vida por el otro/a concreto/a - por ejemplo, en la vida matrimonial y de familia, en la comunidad, en el ministerio.

Sólo da la vida -y ésta no le es quitada- aquél que tiene claridad de hacia dónde quiere ir; aquel que se compromete con el Señor y con los demás. Así, el morir entendido como ‘dar la vida’ es el acto humano más importante y excelso al que estamos llamados:

³⁶ En realidad, *Lc* culpabiliza más bien a Satanás que entra en Judas (cf. 22,3), y es más breve en referencia a este hecho que *Jn* (cf. *Jn* 13,2.10ss.18ss.21-30).

en él nuestra vida se configura plenamente con la de Jesús; y como la de él, se pone incondicionalmente 'en las manos del Padre, con una confianza infinita' (*Carlos de Foucauld*) a la espera de la resurrección.

Para reflexionar:

- ✓ *Jesús subía a Jerusalén consciente de su misión: ¿tengo claro el horizonte de la mía? ¿Estoy convencido de que, en algún momento, ésta pasará necesariamente por el misterio de la cruz?*
- ✓ *Jesús se ganó enemigos y fue entregado por defender la vida y practicar la misericordia: ¿en qué situación concreta tendría que 'jugarme' evangélicamente más, aunque con ello ponga en riesgo mi 'pellejo'?*

XVII. “¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?” (24,26)

“Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que dista doce kilómetros de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó a ellos y caminó a su lado; pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle. Él les dijo: ‘¿De qué discuten por el camino?’. Ellos se pararon con aire entristecido.

“Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: ‘¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que han pasado allí estos días?’. Él les dijo: ‘¿Qué cosa?’. Ellos le dijeron: ‘Lo de Jesús el Nazoreo, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron’.

“Él les dijo: ‘¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo

padeciera eso para entrar así en su gloria?'. Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.

“Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo además de seguir adelante. Pero ellos le rogaron insistentemente: ‘Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado’. Entró, pues, y se quedó con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno a otro: ‘¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?’.

“Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: ‘¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!’. Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido al partir el pan” (24,13-35).

Con este espléndido relato con que prácticamente finaliza el tercer evangelio, Lc no sólo nos ofrece un mensaje claro de resurrección, sino que en él también recapitula muchos de los temas que hemos ido meditando y contemplando en anteriores capítulos. La construcción del relato tiene una analogía innegable con Hch 8,26-40. En esa oportunidad es Felipe el que de camino es invitado por el Espíritu Santo a ponerse junto al carro del eunuco; y a entrar en conversación con él interesándose por el relato de Is 53,7-8 -el cuarto cántico del Siervo de Yahveh- que el etíope estaba

leyendo sin entender. Allí se dice que partiendo de ese texto de la Escritura se puso a anunciarle la Buena Nueva de Jesús; y que luego de bautizarlo -a petición del mismo interesado-, el Espíritu Santo lo arrebató; siguiendo el eunuco gozoso su camino, y Felipe evangelizando todas las ciudades de la región.

**“Sus ojos estaban como incapacitados para reconocerlo”
(v.16)**

En el relato de *Lc 24,13ss* se dice que dos discípulos bajaban de Jerusalén a Emaús. Van de a dos, como Jesús los había enviado en otra ocasión a anunciar la Buena Nueva (cf. *10,1*) -y para que su testimonio sea creíble (cf. *Dt 17,6; 19,15*). Pero en este caso lo hacen “con aire entristecido” (v.17); en parte conversando y en parte discutiendo (v.14), como acontece cuando las cosas de la vida ‘no cierran’.

En eso se les acerca Jesús y camina a su lado (v.15); pero “*sus ojos estaban como incapacitados para reconocerlo*”. Aquí entra en acción el tema del ‘ver’: reaparecerá en el mismo relato en el v.31, cuando se invierta la experiencia: “*Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron*”. Es un ‘ver’ vinculado a la fe -como en el caso de la curación del ciego: “Recobra la vista. Tu fe te ha salvado” (*9,42*)-; tema típicamente joánico (cf. *Jn 9,39-41; 8,12*) que también en *Lc* aparece vinculado a la ‘luz’. En efecto, el mesías es llamado por Zacarías “Luz de lo alto” (*1,78*; cf. *Mal 3,20ss; Zac 3,8*); y tiene por misión “iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte” (*1,79*; cf. *Is 9,1; 42,7*). También el anuncio del nacimiento a los pastores estará rodeado de luz (*2,10*); y el mismo Simeón proclamará en el Templo: “Mis ojos han visto tu salvación, la que

has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel” (2,30-32).

En 3,6 se transcribe el texto del *segundo Isaías* que termina diciendo: “Todos verán la salvación de Dios” (cf. *Is* 40,5); y en 4,18ss, el del *tercero*: “El Espíritu del Señor [...] me ha ungido para [...] dar la vista a los ciegos” (cf. *Is* 61,2); de modo que éste ‘ver de los ciegos’ será un signo mesiánico incluido dentro de los dados por Jesús a los enviados de Juan como constatación de que era él el que debía venir (cf.7,22). Por último, la transfiguración de Jesús - anticipo teológico de su resurrección- también estará rodeada de “una blancura fulgurante” (9,29).

Como en el caso de los discípulos de Emaús, también nuestra vida pasa por momentos oscuros en los que estamos incapacitados para ‘ver’ luminosamente los signos de la presencia de Dios. Y esto es válido para situaciones personales como sociales. De hecho, el ejemplo evangélico recientemente referido hace alusión a una expectativa prevalentemente comunitaria con repercusión individual en cada uno de los dos decepcionados protagonistas. También nosotros, cuando miramos muchas de las situaciones por las que atraviesa nuestro país, podemos estar tentados de desaliento, por no ver siempre con suficiente claridad por dónde pasan los signos del Reino y su cultura de la vida.

“¿No era necesario que el Cristo padeciera?” (v.26)

Jesús les pregunta de qué discutían por el camino (v.17). Esto da pie para que *Lc* recoja teológicamente lo que ha ido desarrollando a lo largo de los capítulos anteriores y que pondrá en

boca de los apóstoles de la Iglesia naciente con modalidad *kerygmática* (cf. Hch 2,14ss; 3,11ss; 7,1ss; 10,34ss; 13,16): “*Lo de Jesús el Nazoreo*” (v.19). De él dicen, todavía sin hacer referencia al acontecimiento de su resurrección: a) que fue profeta poderoso en obras y palabras (cf. 4,31-41; 5,12-26; 6,6-11; 8,20-56; y 8,4-15; 10,29-37; 15,1-32); b) que los sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron (v.20; cf.23,2.5.10.14); c) que esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel (v.21; cf. 4,18ss; 7,18ss); d) que algunas mujeres nos han sobresaltado, pero a él no lo vieron (vv.22-24; cf. 24,9ss).

Por esa desilusión final es que Jesús dirá en el relato: “*Oh insensatos y tardos de corazón para creer*” (v.25). En varias oportunidades de su ministerio pastoral, Jesús constató o alabó la presencia de fe en aquellos que debían beneficiarse de “la fuerza que salía de él y sanaba a todos” (6,19; cf. 7,9.50; 8,48.50); pero también reprendió en otras la falta de ella (cf. 9,41).

“*¿No era necesario (=édei) que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?*”. Esta vinculación de necesidad entre pasión y gloria, muerte y resurrección había sido anticipada por Jesús (cf. 9,22.28; 12,49-50; 18,31-34) y expresada otras dos veces en el mismo capítulo 24. A las mujeres que fueron al sepulcro, los dos hombres con vestidos resplandecientes les dijeron de Jesús: “No está aquí, ha resucitado. Recuerden cómo les habló cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: ‘Es necesario (=dei) que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, pero al tercer día resucitará’” (v.7). Y a los discípulos, el mismo Jesús resucitado les dirá: “Así está escrito: que el Cristo debía (=édei) padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día y que se predicaría en su nombre la conversión para perdón de los

pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Ustedes son testigos de estas cosas” (vv.46-48; cf. *Hch* 3,8.18; 13,27; 17,3; 26,23).

Ya en varias oportunidades he tratado de hacer notar la estrecha vinculación de necesidad existente entre prueba y crecimiento, cruz y gloria, muerte y resurrección. Descubrir esto y vivirlo es tal vez la clave para llevar una existencia feliz y transfigurada. Convencerse de que todo en la vida encierra un misterioso sentido, un ‘para qué’ oculto que un día comprenderemos acabadamente, es fuente de plenitud. Esto nos abre a una esperanza activa que nos permite vivir en el gozo del Señor, pese a todas las oscuridades y dificultades que podamos experimentar en nuestro caminar hacia Dios.

“Se les abrieron los ojos y lo reconocieron” (v.31)

“Empezando por Moisés y continuando por los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras” (v.27). Este parecería ser el espíritu del diálogo de Jesús con Moisés y Elías en el relato de la transfiguración (cf. 9,30-31), y será el talante propio de los relatos *kerygmáticos* ya citados de *Hch. Lc* nos muestra así que en Jesucristo encuentra plena inteligencia el Antiguo Testamento.

“Tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando” (v.30). Así como el encuentro de Felipe con el eunuco etíope llegaba a su plenitud con la celebración del bautismo, el de Jesús con los discípulos de Emaús hace lo propio en esta referencia a la cena que, por los verbos utilizados en relación al

'pan', nos recuerda simultáneamente la multiplicación de los panes (9,16) y la institución de la eucaristía (22,19). Fue allí que "se les abrieron los ojos y lo reconocieron" (v.31)³⁷. Y como en el caso del eunuco que "siguió gozoso su camino" (*Hch* 8,39), también aquí los discípulos constataron que dentro suyo 'ardía el corazón' "cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras" (v.32). "Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén" (v.33); es decir, hacen el camino que hizo Jesús hacia la ciudad santa donde debían cumplirse las escrituras; y allí encuentran a los Once y constatan con alegría que: "¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!".

El tema de la alegría -vinculado al Espíritu Santo y a la fe; fundamentos de cordialidad, esperanza y optimismo en la evangelización- atraviesa todo el evangelio de *Lc* y el libro de *Hch*. Podríamos hablar aquí de un 'evangelio de la alegría'³⁸. En 1,14 se le dice a Zacarías que su niño será para él "gozo y alegría y muchos se gozarán en su nacimiento". También a María, en la anunciación, el ángel le dirá: "¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" (1,28): ella será feliz por haber creído (v.45); y se alegrará en Dios su salvador (v.47). Con su visita a Isabel también Juan saltará de gozo en su seno, y ella misma quedará llena de Espíritu Santo (v.41). E incluso los pastores que vigilaban sus rebaños escucharán en medio de la noche: "No teman, les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor" (2,10-11).

Los signos que Jesús hacía a lo largo de su ministerio pastoral solían quedar también enmarcados en un clima de asombro y

³⁷ También la primera comunidad cristiana lo reconocerá al partir el pan (cf. *Hch* 2,42.46; 20,7.11).

alegría, que hacía que la mayoría de los presentes glorificaran a Dios: “Toda la gente se alegraba con las maravillas que hacía” (13,17; cf. 5,26; 18,43). También los discípulos se alegrarán de que los demonios se les sometían en nombre de Jesús; pero él les recordará cual debe ser el verdadero fundamento de su alegría: “Alégrense de que sus nombres estén escritos en los cielos” (10,20). Y a continuación él mismo “se llenó de gozo en el Espíritu Santo” y alabó a Dios por haber revelado los secretos del reino a los ingenuos (10,21ss).

En el evangelio pastoral de la misericordia, uno de los mayores motivos de alegría es la conversión del pecador: “Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión” (15,7; cf. v.10); o también en palabras del padre misericordioso al hijo mayor: “Convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado” (v.32). Esta alegría de la conversión supondrá la presencia de Jesús (“Se apresuró [Zaqueo] a bajar y recibió [a Jesús] con alegría” [19,6]); y se vinculará también a la acción de gracias -con la entrada de Jesús en Jerusalén, “toda la multitud de los discípulos, llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto” (19,37). Por último, la alegría será concomitante con la fe en la presencia de Jesucristo resucitado, vencedor de la muerte; y con la vida fraterna en comunidad: “[Los discípulos], después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo. Y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios” (24,52-53; cf. v.41; *Hch* 2,46; 8,8.39; 13,52).

³⁸ Cf. PABLO VI, *Exhortación apostólica 'Gaudete in Domino'*, Paulinas, Buenos Aires, 1978, III.

Uno de los testimonios de fe más elocuentes y al que los hombres y mujeres de hoy son más sensibles es el de la alegría. Tal vez porque es difícil en nuestro tiempo encontrar gente verdaderamente 'contenta'. La alegría es signo de que la vida triunfó; de que puede más la esperanza que la tristeza, el optimismo que el peso de la vida. Manifiesta un sentido pascual de la existencia; una sensibilidad contemplativa para descubrir el paso del Señor a través de las aparentes situaciones de muerte.

La alegría es un anticipo cierto del Reino definitivo; un don del Espíritu en Pentecostés vinculado a la experiencia de Cristo resucitado y a la gratuidad de la vida; es fruto de la comunión y a su vez una de las actitudes que más la promueve en las relaciones fraternas. A su vez, es el ingrediente de 'distensión' necesario para que una vida radicalmente profética no degenera en amargura: la alegría recoge y unifica el espíritu humano para que no se quede 'atascado', 'gastado' ni 'desparramado' ('¿di-vertido?') por el camino...

En momentos en que el derrotismo y la desesperanza pueden parecer el común denominador en la vida de gran número de argentinos, estamos llamados a dar -como Iglesia- testimonio de 'alegría y optimismo': no de los que surgen de una ingenua o ilusoria expectativa de plenitud rápida ofrecida por algún 'mesías' de turno, sino de la que surge como promesa y se anticipa como realidad cuando, entre todos, nos animamos a vivir con cierta radicalidad y en todas sus dimensiones la riqueza salvífica y liberadora que brota de una esperanzada y comprometida asunción -personal y colectiva- del inefable don de la fe en Jesucristo.

Para reflexionar:

- ✓ *¿Cuál ha sido en mi vida el mayor motivo de gozo?*
- ✓ *¿Cómo veo hoy aquello de que ‘era necesario padecer para entrar así en la gloria (=gozo)’?*
- ✓ *¿Vivo habitualmente en la ‘alegría de los hijos de Dios’?
¿Tengo una mirada esperanzada y optimista de la vida? ¿En
qué ámbitos concretos ofrezco este ‘testimonio’ de fe en favor
de los hombres y mujeres que habitan el suelo de nuestra
patria?*

Apéndice: *Lucas en un itinerario ignaciano*

La intención de este apéndice es que las meditaciones propuestas hasta aquí puedan ser utilizadas en el contexto de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola; bien sea en la clásica forma de un retiro cerrado o bien en el de un itinerario en la misma vida diaria. Privilegiaré la primera posibilidad sin excluir la segunda, y le daré un tono casi ‘presencial’. De este modo, este ‘apéndice’ ayudará tanto al que da los *Ejercicios [=EE]* como al que los hace.

***I. Disponiéndonos a escuchar la voz del Señor [I]*³⁹**

Dios nos ha regalado unos días de recogimiento y oración para profundizar nuestra amistad con Él. Es una experiencia que cada uno aprovechará -en parte, y sin restarle nada a la libre iniciativa del Señor- de acuerdo al grado de disponibilidad y generosidad que tenga para ‘entrar’ en este retiro.

“Estar a solas el ánimo con su Creador y Señor” (EE 15)

San Ignacio dice que es preciso “*grande ánimo y liberalidad*” (EE 5) para aprovechar en las cosas de Dios. Esta actitud ‘magnánima’ se traducirá en esfuerzos concretos de acuerdo a lo

que este itinerario de progresivo encuentro con Jesucristo exija, pero no olvidará que la vida de fe (=la vida cristiana) es ante todo don de Dios en el Espíritu de Cristo resucitado; y que por tanto, nuestro “grande ánimo y liberalidad” supondrá siempre una relación de apertura y confianza hacia quien nos amó “desde antes que estuviéramos en el seno materno” (*Jer* 1,5), y que nos precede con su gracia en todo momento. De hecho, en estos días vamos a salir al encuentro de quien ya nos encontró.

El camino que nos propone Ignacio en sus *Ejercicios Espirituales* es un camino ante todo de oración. Para él, la oración es un “estar a solas el ánimo con su Creador y Señor” (cf. *EE* 15). Para profundizar esta relación de amor hace falta dedicar tiempo; hay que cultivar la presencia de Dios en la propia vida, “entrar en su presencia dando gracias” (*Sal* 95,2). Y entrar en la presencia de Dios es entrar en su paz (cf. *Heb* 3,7ss); es irlo descubriendo como “lo único necesario” (cf. *Lc* 10,42); ir experimentando que “sólo Dios basta” (*Santa Teresa de Jesús*). Cuando vamos haciendo este proceso interior, todo nuestro ser se va pacificando en Aquél que sabemos nos ama. Así, la oración se hace reposo contemplativo.

Característico de los *EE* ignacianos es también el llevar al ejercitante a *profundizar* el *discernimiento de la voluntad de Dios* sobre él, a partir de las vicisitudes de la vida. Todos estamos llamados a convertirnos en discípulos “en Espíritu y verdad” (*Jn* 4,24); es decir, hombres y mujeres capaces de ponerse a la escucha del Señor e internalizar su Buena Nueva en lo cotidiano de la vida, para vivir en el ‘hoy’ de nuestra existencia lo que él quiera de nosotros. Así, este tiempo de *EE* será seguramente una

³⁹ Pondré entre corchetes [] los números de las meditaciones a las cuales cada apartado hace referencia.

profundización -aún no definitiva- en el adentramiento al proyecto que Dios -Padre rico en misericordia- tiene para con cada uno.

Algunas sugerencias prácticas

En primer lugar recomiendo hacer *silencio*, que es la actitud fundamental para poder escuchar a Dios. El silencio implicará -por una parte- no hablar ni hacer ruido. Pero esto no basta. El verdadero silencio tiene una dimensión más interior: es el recogimiento de todo el propio ser para concentrarnos en lo que es importante; para decir existencialmente: “Habla, Señor, que tu siervo escucha” (cf. 1 *Sam* 3,10). Este silencio es el ámbito propicio donde la Palabra de Dios es fecundada: es por eso la actitud fundamental de María-discípula.

La actitud de silencio va aparejada a la *no dispersión*. Por eso en un retiro lo importante no es hacer muchas lecturas o muchos actos de piedad, sino -a decir de Ignacio- “*gustar de las cosas internamente*” (cf. *EE* 3). Para lograr ese objetivo hay que estar atentos a ir captando los tiempos, lugares, espacios, palabras, pensamientos, etc., que ‘más me dicen’; sin pasar rápido de una cosa a otra, salvo en lo que se refiere a los ritmos comunitarios. Cuando oro, o cuando medito un texto, es conveniente que ‘repose’ en él el tiempo que haga falta para escuchar todo lo que el Señor tenga para decirme en aquel momento.

En tercer lugar, pienso que es importante una actitud de *oración continua*. No quiere decir que estemos permanentemente delante del Santísimo, sino más bien que nos metamos en una reflexión orante que nos vaya haciendo entrar en el gozo de la

contemplación. Por reflexión orante entiendo -en el espíritu ignaciano- el “reflexionar para sacar provecho” (cf. *EE* 114). A veces puede ayudar a esto pasearse un poco, rezar el Rosario, hacer algún trabajo o actividad que en sí misma no requiera concentración. Es un hecho que las intuiciones más luminosas las solemos tener en momentos inesperados, y es preciso estar atentos para recogerlas, elaborarlas y asumirlas.

Por último, me parece importante alguna forma de *confrontación* de lo que se va viviendo en el retiro con el acompañante espiritual. Al menos algunas veces, y especialmente con motivo de la confesión general. Esto ayudará a objetivar las cosas: en un retiro surgen muchos cuestionamientos; los ‘espíritus’ se agitan en nosotros: tenemos momentos de consolación y desolación que normalmente están vinculados a situaciones personales que vamos o no resolviendo y superando. Cuando evitamos lo que normalmente se llama la ‘cuenta de conciencia’ nos terminamos ‘dando manija’ solos, en un círculo interminable. Y eso no nos hace bien...

II. “Principio y fundamento” [II]

La reflexión sobre nuestra actitud existencial ante Dios y la fe paradigmática de María nos introduce en el *Principio y fundamento* de los *EE*. Éste pasa a ser el eje permanente en torno al cual se articularán todos los demás contenidos. Es como el *leit motiv* (= *motivo principal*) que nos recordará para qué estamos haciendo los *EE*, y en fin, cuál es el sentido último de nuestra vida humana.

“El hombre es creado para alabar, reverenciar y servir a Dios Nuestro Señor, y mediante esto, salvar su alma, y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, para ayudarlo a conseguir el fin para el cual es creado. De donde se sigue que el hombre debe usarlas en cuanto le ayuden para su fin; y debe abstenerse en tanto le son un obstáculo para este fin. Por tanto, es necesario hacerse indiferente a todas las cosas creadas, aunque sean concedidas a la libertad de nuestro libre arbitrio y no estén prohibidas; de modo que no queramos, de nuestra parte, más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que vida corta, y así en todo lo demás; deseando y eligiendo únicamente aquello que más me conduce al fin para el que fui creado” (EE 23).

La estructura del texto es muy clara. Se señala el fin del hombre, el de las creaturas, y se indica el uso que aquél debe hacer de éstas.

“El hombre es creado...”

Cada uno de nosotros fue y es creado por Dios, único e irrepetible; como una manifestación asombrosa a la vez que misteriosa de su propio Ser Divino. Cada uno de nosotros fue pensado y amado por Dios desde siempre: “Antes que te formaras en el seno de tu madre, ya te conocía; antes de que tú nacieras, yo te consagré” (Jer 1,5). Cada uno de nosotros fue pensado y amado por Dios desde siempre: “En Cristo Dios nos eligió antes de que creara el mundo, para estar en su presencia santos y sin mancha” (Col 1,4). Por eso somos fundamentalmente buenos en nuestra constitución ontológica, o mejor dicho, “muy buenos” (cf. Gén 1,31): todo lo que Dios hace es bueno, pero el hombre como plenitud de lo

creado -cada varón y cada mujer que vienen a este mundo- es “muy bueno”. En cada uno de nosotros se inscribe -en lo más profundo- la preciosa imagen y semejanza de Dios, la de un hijo único en el Hijo Unigénito⁴⁰. Cada uno de nosotros es valioso y digno por este amor gratuito e incondicional del Señor. Nadie es arrojado en la existencia por acaso.

Normalmente los padres tienen la misión de ser reflejo de ese amor creador de Dios. Por eso todos, en general, tenemos mucho que agradecer a nuestros progenitores: la vida comunicada -en la que fueron copartícipes del misterio de la creación-, el cariño de los primeros años, la educación recibida, los consejos dados. Por otra parte, es cierto que por un motivo u otro, no siempre sucede así. Muchos podemos sentirnos herederos de limitaciones familiares, experiencias negativas, y sinsabores profundos. Y sin embargo, pese a todas las falencias que podríamos enumerar seguimos siendo fruto del Amor con mayúsculas. Y estamos llamados a descubrirlo y asumirlo así. Las diversas carencias vividas no pueden opacar esta verdad fundamental.

“...para alabar, servir y reverenciar a Dios”

Ignacio nos coloca de cara a nuestro fin último; nos enfrenta con la pregunta acerca del sentido de nuestra vida. Este sentido está referido -según él- a una orientación del propio ser a Dios: el hombre es creado para alabarlo, reverenciarlo y servirlo, y así salvar su alma; es decir, realizarse en plenitud. Esta afirmación nos recuerda aquella de *San Agustín de Hipona* en sus *Confesiones*:

⁴⁰ Cf. TERESA DE JESÚS, *Moradas del castillo interior*, I, 1,1.

“Nos has hecho para ti, Señor, y nuestra alma está intranquila hasta que no repose en ti” (I,1). Como lo subraya el personalismo cristiano y los fenomenólogos de la religión, el hombre está orientado hacia el ‘totalmente Otro’, que se manifiesta a la vez como tremendo y fascinante.

Podríamos decir que esta primera frase del *Principio y fundamento* es la profesión de fe de Ignacio. Cuando él habla de alabar, servir y reverenciar a Dios está expresando tres modos de trascenderse a sí mismo en Él. Se *alaba* a quien se descubre como fascinante en su amor; se *sirve* a quien se reconoce como Señor de la propia vida; se *reverencia* a quien se experimenta trascendente en su grandeza. En conjunto suponen una polarización teocéntrica de la existencia: Dios es mi todo. Adquirir este modo de concebirnos a nosotros mismos frente a Dios es el objetivo principal de los *EE* -y no tanto la elección, como a veces se dice- es el objetivo último de la vida cristiana; y el fruto último de la ‘escucha’: religarnos al Padre como hijos en el Hijo por el Espíritu para toda la eternidad; “amar a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas” (*Mc* 12,29).

Para Ignacio, sólo esta disposición de la propia vida logra “*salvar el alma*”, es decir, integrar satisfactoriamente en un mismo dinamismo psico-espiritual las diferentes capacidades y potencialidades de nuestro ser; las experiencias pasadas y las expectativas de futuro. No logra este fin la búsqueda de realización o felicidad que no llega a trascenderse en Dios; por el contrario, este intento puede conducir progresivamente a una sensación de frustración vital. En este sentido, cabe recordar la exhortación de Jesús: “Entren por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y

espacioso el camino que conduce a la ruina, y son muchos los que pasan por él” (Mt 7,13).

“Las otras cosas sobre la faz de la tierra...”

Para Ignacio son todo lo que no sea Dios y nuestro yo personal. Podemos incluir a personas y cosas; situaciones y experiencias, circunstancias y lugares; pensamientos y sentimientos, recuerdos y proyectos; nuestro cuerpo y nuestra vida. En fin, toda la variada gama de realidades que median nuestra relación con Dios; a través de las cuales Dios se comunica con nosotros y nosotros con Él.

Para Ignacio estas “otras cosas sobre la faz de la tierra” son ámbitos de discernimiento. Él es consciente de que tendemos a apegarnos a ellas ‘desordenadamente’ (cf. *EE* 1); de modo que a veces más que favorecer el encuentro con Dios, lo impiden⁴¹. En los *Ejercicios* hay que crecer en libertad interior respecto de todas las creaturas⁴².

“...Para ayudarlo a conseguir el fin para el que fue creado”

Muy al contrario de una visión maniquea o gnóstica del mundo - en el que lo material es intrínsecamente malo-, *Ignacio valora “las cosas sobre la faz de la tierra”*. En la línea de la Encarnación nos irá haciendo descubrir cómo todas las cosas “descienden de lo alto”, y

⁴¹ Cf. GARCÍA DOMÍNGUEZ, L., *Las afecciones desordenadas*, Mensajero-Sal Térrea, Bilbao-Santander, 1992, 79ss.

cómo en ellas se hace presente de alguna manera Dios (cf. *Contemplación para alcanzar amor*). Para experimentar eso, tenemos que educarnos -o mejor dicho, dejar que el Señor nos eduque- en una *mirada sacramental del cosmos*; aprender a tratar cada realidad en lo que es y a valorarla de acuerdo a lo que de Dios 'balbucea'⁴³. A esto podemos llamar una 'visión contemplativa de la vida'.

El pecado, en cambio, radica en la absolutización de las creaturas. Por eso *Santo Tomás de Aquino* lo define como '*avertio ad Deum et convertio ad creaturam*' (=olvido de Dios y apego a la criatura). Esto quita la libertad interior, esclaviza y no hace crecer, no conduce "*al fin para el que fuimos creados*". Tampoco los apegos desordenados hacen crecer, "aunque sea concedido a la libertad de nuestro arbitrio y no estén prohibidos". De esto hablaremos más adelante.

"Es necesario hacerse indiferente a todas las cosas creadas"

Esto equivale a pedir y buscar insistentemente la libertad interior. Ignacio dice "*hacerse*", no "*ser*" indiferente. El matiz indica que no es algo que nos salga sólo y naturalmente -pues sería incluso 'enfermizo' ser indiferente a "las cosas sobre la faz de la tierra-, sino que implica una firme determinación personal -que por supuesto corresponda a la gracia. Nuestro Maestro pedirá especialmente la indiferencia respecto a aquellas realidades de la vida a las cuales solemos apegarnos más:

⁴² Cf. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo*, Noche activa del sentido, I, 13,11-13.

⁴³ Cf. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, Canciones entre el alma y el esposo, 7.

a) *La salud*, que implica querer sentirnos bien en todos los aspectos de nuestra vida y de nuestra personalidad;

b) *La riqueza*, que involucra todo lo que sea afán de tener (no sólo dinero y bienes materiales, sino también juventud, belleza, capacitación, títulos);

c) *El honor*, que va relacionado con el reconocimiento de los demás, un espacio social, buenos ‘contactos’, y con evitar las humillaciones;

d) *La vida larga*, que se relaciona con una buena calidad de vida, evitar peligros y riesgos, no ‘desgastarse’, sentirse querido y gozar.

Son todas necesidades en principio lícitas, pero que *buscadas en sí mismas bloquean* la apertura a los valores evangélicos y la consecución del fin para el que somos creados. Por eso es preciso “hacernos indiferentes”, es decir, ser capaces de tomar cierta distancia de perspectiva frente a todas ellas.

III. El pecado y la propia revisión de vida [III-V]

El pecado

Ignacio dedica la primera parte (=semana) de los *Ejercicios* a tratar el tema del pecado⁴⁴. Comienza por objetivar esta realidad con la meditación del pecado de los ángeles, de los primeros padres, y de una persona concreta (*EE* 45ss). Luego la subjetiviza en el ejercitante, haciéndole revisar toda su vida -sus actitudes

⁴⁴ El tema que acabamos de ver en *Lc* y los que siguen nos dan pie para hablar de él.

pasadas y presentes en relación a personas, lugares, etc. (cf. *EE* 55ss). Por último, al proponer la *contemplación sobre el Infierno* (*EE* 65ss), intenta concientizarnos de hacia dónde lleva el proceso de pecado.

Más allá de las imágenes y figuras propias del siglo XVI, Ignacio nos quiere hacer caer en la cuenta de que cada uno de nosotros está involucrado en el ‘misterio de iniquidad’ que envuelve al mundo, que lo impregna y lo conduce a su destrucción y muerte. Una rebeldía de base parece haberse instalado en el corazón de la humanidad (=pecado *original* y su ‘expresión residual’ en la ‘concupiscencia’) haciéndola caminar hacia el infierno. De esta escena del mundo cada uno de nosotros participa y es en parte responsable.

El dramatismo de estas meditaciones y contemplación busca hacernos recapacitar. Ignacio quiere que nos demos cuenta a tiempo hacia dónde caminamos cuando nos hacemos cómplices del pecado. Quiere que sintamos “vergüenza y confusión” (*EE* 48), “dolor y lágrimas” (*EE* 55) por nuestro pecado personal; quiere que tengamos también “el más profundo sentimiento de la pena que sufren los condenados para que si por mis culpas alguna vez me olvidase del amor del eterno Señor, al menos el temor de mis penas me ayude a no caer en pecado” (*EE* 65). En síntesis, *Ignacio quiere que veamos con realismo las consecuencias de no vivir de acuerdo al fin para el que fuimos creados*; que experimentemos el desorden y la malicia intrínseca del pecado aunque éste no fuese prohibido (cf. *EE* 52).

No obstante, los ejercicios sobre el pecado no terminan allí: todos ellos acaban siempre con el asombro y el agradecimiento por no haber sido yo condenado (cf. *EE* 60; 71), y motivan el propósito

de “enmendarme en el futuro” (cf. *EE* 61; 63). Ignacio subraya estos aspectos de perdón en los ‘coloquios de misericordia’ (cf. *EE* 61; 71). Por eso, más que ejercicios ‘masoquistas’ que procuran rondar morbosamente en torno a la conciencia del propio pecado, todos estos primeros espacios de oración constituyen -en su conjunto- un cántico a la misericordia y a la bondad de Dios.

Sugerencias para la meditación y contemplación

Es conveniente que comencemos a hacer de un modo más claro -al comenzar cada meditación o contemplación- el esfuerzo de ‘ponernos en la presencia de Dios’ (cf. *EE* 46). Esto ayudará a dar un espíritu orante y teologal a cada ejercicio.

También -de ahora en más- tendremos que tener claro lo que buscamos en cada momento de oración. Ignacio tiene un objetivo o petición para cada uno de ellos. Aquí podríamos resumirlo pidiendo ‘conocimiento interno del desorden de mis pecados (y el del mundo) y del simultáneo amor misericordioso del Señor que me perdona y me invita a cambiar’.

Desde la escena, “reflectir” (cf. *EE* 114) sobre mí para “sentir internamente” lo que el Señor me dice. Terminamos este ejercicio con el ‘coloquio de misericordia’, agradeciendo la bondad que el Señor ha tenido para conmigo.

La propia revisión de vida

En este momento del retiro es importante que hagamos un alto para revisar nuestra vida y reorientarla⁴⁵. Podemos comenzar por agradecer a Dios las manifestaciones de su cariño para con nosotros: los dones de su gracia, los pasos de crecimiento que hemos ido dando. En todo eso el Señor nos muestra que nos quiere. A este primer momento lo podemos llamar *Confessio laudis*.

Luego revisaremos también las situaciones de pecado en las que hemos caído; tratando de conectarlas entre sí, viendo como en cierto sentido son como un ‘tumor’ dentro de nosotros. Y podremos hacer -en estos momentos o después de la próxima meditación- nuestra confesión sacramental general o *Confessio vitae*.

Por último, nos propondremos -con la gracia de Dios- pasos y actitudes concretas para reestructurar nuestra existencia a partir del fin para el que hemos sido creados (*Confessio fidei*).

IV. La Encarnación y el Nacimiento [VI]

Comenzamos ahora con el ciclo de contemplaciones de la vida del Señor, en lo que Ignacio llama la *Segunda Semana*. Para nuestro Maestro la contemplación supone la progresiva apropiación de una escena evangélica; o mejor dicho, el progresivo ‘entrar en juego’ con un determinado misterio de la vida del Señor “como si presente me hallara” (EE 114); tratando de “reflexionar para sacar fruto”. Este proceso culmina con la “aplicación de sentidos” (EE 121), que motiva la más alta comunión afectiva con el Señor, y se

sitúa en línea con aquello de “sentir y gustar las cosas internamente” (cf. *EE 2*).

Respecto a las contemplaciones de la Encarnación y el Nacimiento, Ignacio las propone como dos ejercicios diferentes. (Nosotros trataremos de hacerlas juntas). Comienza por sugerir a la mirada interior del ejercitante “la superficie o esfericidad de todo el mundo lleno de hombres, y cómo viendo que todos descendían al infierno, es decretado por la Santísima Trinidad, en su eternidad, que la segunda Persona se haga hombre, para salvar al género humano” (*EE 102*). También nosotros podemos volver a detenernos por un momento en ese mundo de hoy, que en su cantidad y diversidad de gentes (cf. *EE 103*) se encuentra necesitado de redención -como veíamos al hablar del pecado.

Por eso “*la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*” (*Jn 1, 14*); y este misterio se actualiza y se hace contemporáneo a nuestro tiempo. Ignacio invita a adentrarse en la escena del nacimiento con imágenes que revelan la cotidianeidad de la vida (cf. *EE 110ss*), e invita al ejercitante a involucrarse en ella “haciéndose servidor pobrecito e indigno” de los personajes sagrados. Algo semejante a como podemos involucrarnos y vivir el misterio de la encarnación y el nacimiento en la vida concreta atendiendo y sirviendo a Cristo en nuestros hermanos. (De hecho, la eficacia del esfuerzo contemplativo radica en la asociación afectiva que hacemos casi inconscientemente entre lo que percibimos en el relato y lo que nos toca vivir en la vida).

⁴⁵ Cf. MARTINI, C., o.c., 64-70.

Para la contemplación 'reflectiva'⁴⁶ recordemos comenzar este momento de oración poniéndonos en la presencia de Dios. Pediremos "conocimiento interno del Señor, que se hizo hombre por mí, a fin de que mejor lo ame y lo siga" (EE 104). Luego leer lentamente Lc 2,1-20: una, dos, tres veces. Progresivamente podemos ir observando las circunstancias históricas del nacimiento; podremos ir mirando los personajes que intervienen: ¿quiénes son? ¿qué dicen? ¿qué hacen? ¿cómo se sienten? Trataremos de captar al protagonista principal de la escena: el Dios-con-nosotros: ¿cómo se presenta? Tenemos que representárnoslo con nuestra 'mirada interior'. Por último, ¿cómo me sitúo yo en la escena? ¿Qué les digo a los personajes? ¿Qué hago? ¿Qué evocación afectiva me trae esta contemplación respecto de mi vida diaria -tanto en lo personal como en lo social? ¿En qué la transfigura? Finalizar con el coloquio⁴⁷.

V. El "llamado del Reino" y las "Dos Banderas" [VII-XIV]

Son dos contemplaciones que van juntas, y que podemos vincular perfectamente al itinerario creyente de Pedro y los demás discípulos. En el contexto de los misterios de la vida de Cristo, Ignacio nos quiere enseñar a percibir el llamado a seguir al Señor en la modalidad específica de sus actitudes, discerniéndolas de aquellas otras propias del "enemigo de la naturaleza humana" (cf. EE 329), a saber, Lucifer (cf. EE 137ss). Como puede intuirse, estas

⁴⁶ Podemos utilizar indistintamente las palabras 'reflectir' (expresión prevalentemente espiritual) o 'internalizar' (expresión prevalentemente psicológica).

⁴⁷ Nota: de ahora en más, todas las contemplaciones de los misterios de la vida del Señor tendrán la misma estructura que la presente.

dos contemplaciones se entroncan directamente en el espíritu del *Principio y fundamento*, pero podría decirse que de alguna manera lo *personalizan* y lo *profundizan*.

Lo *personalizan* porque Ignacio nos hace ver que es en referencia a Cristo (“en Cristo”, cf. *Ef* 1,11) que estamos llamados a trascendernos en Dios, “alabándolo, reverenciándolo y sirviéndolo”; como así también de que es ‘algo’ o ‘alguien’ (desde una perspectiva psicológica el ‘ello’ inconsciente; desde una perspectiva espiritual el ‘demonio’) lo que está detrás de nuestras tendencias y afectos desordenados; condicionando nuestros criterios de vida y nuestra libertad efectiva. Lo *profundizan* porque se nos propone ver con más sutileza la estructura subyacente al uso “en tanto cuanto” de las “otras cosas sobre la faz de la tierra” a que el Señor nos invita; como así también la de los “afectos desordenados” (cf. *EE* 1) -aprovechados por el “mal espíritu” (cf. *EE* 331)- que tienden a inclinar la orientación de nuestras vidas o de nuestras opciones concretas a bienes particulares y no al Bien en quien está la fuente de nuestra plenitud.

Así tenemos por un lado la tríada pobreza - humillación - humildad (cf. *EE* 146), y por otro la de riqueza - honor - soberbia (cf. *EE* 142); una animada por el ejemplo y vida de Nuestro Señor, y la otra por el demonio. La primera se centra en los valores autotranscendentes del Reino (en ‘lo importante en sí’); la segunda, en las necesidades personales o valores meramente naturales (‘lo importante para mí’). Entre sí, son actitudes diametralmente antagónicas, y es preciso habituarse al discernimiento de las mismas para no ser un iluso de la vida espiritual. Podríamos decir que, mientras las primeras son actitudes de ‘éxtasis icónico’ que favorecen el crecimiento personal como hijos de Dios y nos hacen

aptos para trabajar eficazmente en la extensión cualitativa del Reino de Dios; las segundas manifiestan ‘vértigo idolátrico’⁴⁸, son inconsistentes respecto a nuestra dignidad de hijos de Dios (incluso en lo humano bloquean nuestra maduración personal), y nos hacen frágiles instrumentos para la misión.

Estas tendencias, entre sí tan opuestas en su evolución, no lo son tanto en sus comienzos. Ignacio procura dar, pues, algunas reglas de discernimiento “más sutiles” (cf. *EE* 328ss) para discernir entre el “bien real” y el “bien aparente”. El bien real trae verdadero gozo y paz, ‘antes - durante y después’ de realizarlo. Podemos decir que va de consolación a consolación. El gozo aparejado al vivir en la libertad de los hijos de Dios puede no tener -incluso- una causa precedente inmediata.

En cambio, el bien aparente va progresivamente quitando ese gozo espiritual. Dice Ignacio que las mociones de tentación *sub angelo lucis* (=bajo apariencia de bien, utilizando una expresión paulina) comienzan por ser como una gota que cae en medio de un mar calmo; que, aunque de modo casi imperceptible, altera el orden y armonía previa. Si conquistar la libertad interior -propia del Señor- no es fácil, mucho más difícil es conservarla sin ceder a las tentaciones y/o inconsistencias que se manifiestan posteriormente a aquella adquisición. Para ello habrá que estar ‘vigilantes’, y hacer lo mejor posible nuestros actos conscientes; prefiriendo más bien las situaciones de “vituperios y toda pobreza” (cf. *EE* 98) y de “oprobios e injurias” (*EE* 147) para mejor imitar a Cristo, que las contrarias, las cuales pueden ponernos ‘en situación de riesgo’.

⁴⁸ Las expresiones “vértigo” y “éxtasis” son utilizadas por A. LÓPEZ QUINTÁS (cf. *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Claretianas, Madrid, 1990, 80ss.), mientras que el juego entre “ídolo” e “icono” pertenece a J. L. MARION. Aquí las combino libremente.

Para la meditación y contemplación, ponerse en la presencia de Dios. Pedir “conocimiento de los engaños del enemigo y ayuda para guardarme de ellos; y conocimiento de la verdadera vida que muestra el sumo y verdadero Capitán [=Jesucristo], y gracia para imitarlo”. Luego, hacer la *Lectio* [= *lectura internalizante*] y el coloquio.

VI. Pasión y muerte [XV-XVI]

La pasión y muerte del Señor es la consecuencia de una opción radical por los valores del Reino. Nuestra vida de discípulos implicará también -necesariamente- alguna forma de martirio y muerte: de otro modo no sería auténtica. La cruz surge de la no adecuación entre los valores y necesidades del mundo, y los valores del Reino propios de una opción radical hacia el amor teocéntrico (=centrado en Dios). Surge en la vida del Señor como consecuencia de intereses personales de los poderosos de este mundo -a los que muchas veces nos unimos también nosotros-; y surge asimismo en nosotros cuando tratamos de enfrentarnos a ese ‘mundo’ -que de hecho se hace presente también en nuestra vida.

Así, la cruz es para el Señor consecuencia de su solidaridad con nosotros en la fidelidad a Dios; y en nosotros es el precio de una cada vez más definitiva *liberación de nuestros instintos egoístas*, y una *más eficaz participación en la misión*. De este modo, en Cristo vamos siendo progresivamente liberados de todo afecto desordenado, y en Él vamos contribuyendo -por el amor- a la transformación de nuestro mundo y de sus estructuras; haciéndolo anticipo cierto del reino. Por eso podemos decir que la teodramática de la cruz es también la antropodramática de cada uno de nosotros.

En la *kénosis* del Hijo de Dios cada uno de nosotros puede sentirse identificado.

Para contemplar e internalizar, *idem* ejercicios anteriores. La petición será aquí tener “dolor, sentimiento o confusión, porque por mis pecados el Señor va a la Pasión” (EE 193). El texto será Mt 26,36 - 27,66. Se pueden tener presente las siguientes preguntas: ¿qué personajes intervienen? ¿Qué hacen, qué dicen, que sienten? ¿Cómo va obrando Jesús? ¿Qué me va diciendo todo eso a mí? ¿En qué situaciones concretas me siento partícipe de la Pasión del Señor?

VII. Resurrección y contemplación para alcanzar amor [XVII]

Ignacio presenta la *resurrección* como antítesis de la pasión. En EE 223 pide “considerar cómo la divinidad, que parecía esconderse en la Pasión, ahora aparece y se muestra tan milagrosamente en su Santísima Resurrección, con los verdaderos y santísimos efectos de ella”. La petición será la de “alegrarme y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor” (EE 221)⁴⁹.

Por su parte, en la *contemplación para alcanzar amor* Ignacio quiere que el ejercitante recoja el esfuerzo hecho en sus *Ejercicios*; a la vez que haga su ofrecimiento definitivo a Dios. Este ofrecimiento es la constatación de haber entrado dentro del dinamismo del *Principio y fundamento*; a la par que posibilita -desde el Corazón de Cristo muerto y resucitado- ver a Dios en todas las cosas. Descubrir cómo el verdadero amor del discípulo, purificado

⁴⁹ Lo demás será semejante a la contemplación anterior.

en Cristo por su misterio pascual, puede llegar a percibir en la entera creación y en las más variadas situaciones de la vida cómo Dios se hace presente en todo; cómo Él anima el curso de la historia; y sobre todo, cómo Él está presente en mí como en un templo.

Esta contemplación, -que intenta ser una pequeña muestra de los “cielos nuevos y la tierra nueva” (Ap 21,1) que nos incentive a vivir en Cristo una vida nueva-, termina con la clásica oración que sugiere el propósito de vivir -de ahora en más- una existencia transfigurada:

“Toma, Señor, y recibe toda mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y toda mi voluntad; todo lo que tengo y poseo. Señor, estas cosas tú me las has dado; a ti te las entrego: todo es tuyo; dispone según tu total voluntad. Dame tu amor y tu gracia, que éstas me bastan” (EE 234).

SEGUNDA PARTE:

El itinerario místico del creyente

La intención de esta Segunda Parte es adentrar al lector en el significado humano-espiritual de la simbología del evangelio de Juan, y permitirle ir recorriendo su sugerente riqueza de un modo autoimplicativo, de modo análogo a como lo hemos hecho en la Primera Parte con el texto de Lucas. Para ello partiremos principalmente de escenas del llamado “libro de los signos” (capítulos 1-12), procurando hacer una *lectio* más o menos dinámica de cada cuadro; profundizando algunas perspectivas y afirmaciones teológicas (rastreándolas en los discursos puestos en boca de Jesús), y enmarcando el comentario exegético-pastoral en una reflexión más amplia, en torno a los símbolos humano-religiosos específicos que en cada cuadro iré destacando.

Trataré siempre de seguir el actual orden del evangelio y de cada uno de sus textos, introduciendo a los personajes intervinientes con una cierta libertad contemplativa: con la misma ‘soltura’ con que Ignacio de Loyola propone hacer, en sus *Ejercicios Espirituales*, la “composición de lugar”; “viendo”, “oyendo” y “mirando” a las personas “como si me hallara allí presente” (cf. *EE* 106-108). Para ello me valdré de una lectura intertextual de los relatos, ya que ésta es muy apta para poner más de relieve el simbolismo bíblico presente en cada pasaje.

Pero además, mi propósito será trazar un cierto itinerario místico para el creyente. Con este fin, y como lo hicimos con el

Evangelio de Lucas, iré incluyendo algunas preguntas y comentarios oportunos a lo largo de las meditaciones, según convenga, de modo que esto logre una actitud más autoimplicativa por parte del lector.

I. La identidad del Bautista: *el testimonio*

Al comenzar un itinerario de crecimiento humano-espiritual una de las cosas más difíciles es lograr autolimitarse descubriendo aquello que “no se es”⁵⁰. Principalmente, para poder concentrarse en el propio centro teologal, y para evitar dispersarse o fragmentarse en búsquedas ajenas a las que deben involucrar todas nuestras energías. Esto parece hoy un desafío casi contracultural, ya que en general el típico narcisismo postmoderno parecería querer conducir a las personas a una cierta conciencia de omnipotencia y protagonismo permanente.

Juan el Bautista parecía tener muy claro que debía autolimitarse y desaparecer⁵¹. Pudiera ser que no conociese con todo el detalle del caso las connotaciones de su misión, y sobre todo muchas cuestiones concernientes al Mesías que debía venir; pero lo que sí tenía claro era que él no era ese Mesías, y que en cambio estaba llamado a encontrarlo y señalarlo para que quienes vinieran después de él pudiesen seguirlo. Todos los evangelios se esmeran en poner esto de relieve, debido a que en los albores del cristianismo, muchos creyentes habían confundido a Juan con el verdadero Mesías.

⁵⁰ Tomo esta idea, aplicada a Juan Bautista, de MENAPACE, M., “Apuntes del Retiro predicado al clero de la diócesis de Santiago del Estero, sobre el evangelio de San Juan” (Santiago del Estero, Jun. 2000).

⁵¹ Para profundizar el presente comentario, cf. RIVAS, L., *El evangelio de Juan. Introducción, teología, comentario*, San Benito, Buenos Aires, 2005, 137-144. Más brevemente: FERNÁNDEZ RAMOS, F., “Evangelio según San Juan”, en VVAA, *Comentario al Nuevo Testamento*, La Casa de la Biblia, Sígueme, Madrid, 1995, 272. Más profundamente: SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según san Juan. Versión y comentario*, Herder, Barcelona, 1980-7, (I) 309-342.

“Y este fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: ‘¿Quién eres tú?’ Él confesó, y no negó; confesó: ‘Yo no soy el Cristo’. Y le preguntaron: ‘¿Qué entonces?’; ¿Eres tú Elías?’ El dijo: ‘No lo soy’ – ‘¿Eres tú el profeta?’ Respondió: ‘No’. Entonces le dijeron: ‘¿Quién eres, pues, para que demos respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?’ Dijo él: ‘Yo soy la voz del que clama en el desierto: Rectifiquen el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías’. Habían sido enviados por los fariseos. Y le preguntaron: ‘¿Por qué, entonces, bautizas, si no eres tú el Cristo ni Elías ni el profeta?’ Juan les respondió: ‘Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes está uno a quien no conocen que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia’ Esto ocurrió en Bethabara, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

“Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él y dice: ‘He ahí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es por quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo’ ” (1,19-30)⁵².

Tener claro quién no se es

Juan tiene claro quién no es. A quienes lo interrogan a respecto, él les dice: *“Yo no soy el Cristo”* (1,20). En cambio, se autodefine como *“la voz del que clama en el desierto”* (1,23), recordándonos así la voz profética de Isaías preparando el regreso

⁵² Del mismo modo que lo hice con Lucas en la Primera parte, los textos joánicos que ahora transcribo los tomo, con leves modificaciones, de la Biblia de Jerusalén (1998).

del destierro, a modo de “segundo éxodo”. Así también Juan tiene que preparar el camino a una especie de Nuevo Moisés; que no es él mismo, sino que “*viene detrás de mí*” (1,27).

Por otro lado, él sabe que, a su vez, ése que “*se ha puesto delante de mí [...], existía antes que yo*” (1,15.30), y que él no es digno “*de desatar la correa de su sandalia*” (1,27). Esto es decir mucho, dado que desatar la correa de las sandalias era una tarea sumamente humillante, que sólo podía exigírsele a un esclavo extranjero. En esta misma línea discurre el Prólogo al evangelio, el cual nos ponía en alerta aclarando que Juan “*no era la luz*” (1,8), sino que era “*un hombre*” (1,6); y que más bien, “*la Palabra era la luz verdadera*” (1,9), ya que esa “*Palabra era Dios*” (1,1).

Estas distinciones marcarán también una diferencia en el modo de concebir su misión y, particularmente, el bautismo que confería a los que se acercaban para ser purificados. Dirá Juan: “*Yo bautizo con agua*” (1,26), como signo de conversión; pero el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, “*es el que bautiza con Espíritu Santo*” (1,33).

Hemos escuchado muchas veces que la verdad es el fundamento de la auténtica humildad. Juan sabía que debía presentar al Mesías, y no sustituirlo. En ningún momento pretendió reemplazar al Señor. Por eso fue considerado por Jesús como “*el mayor de los nacidos de mujer*” (cf. Mt 11,11). En nuestro caso, no nos resulta siempre tan fácil hacernos a un lado; sobre todo cuando nos adviene la tentación de convertirnos en el ‘pequeño mesías’ de turno, en relación a alguna situación o campo concreto de nuestra actividad humana o pastoral. Muchas veces pretendemos convertirnos en pilotos de la historia salvífica, y queremos que el Señor sea nuestro copiloto...

El testimonio de la luz

Pero además, pese a que Juan no conocía todos los avatares posteriores que tendría la vida terrena de Jesús, sabía que oportunamente debía dar testimonio de Él. Suponía que de algún modo Dios le comunicaría quién era su Elegido, como lo había hecho con anteriores profetas en relación a otros líderes carismáticos y reyes en la tradición veterotestamentaria.

El cuarto evangelio afirma, casi consecutivamente por tres veces, que Juan “*vino para un testimonio [=martiria]*”; es decir, “*para dar testimonio de la luz*” (1,8). En efecto, “*Juan da testimonio*” (1,15) de que Jesús “*es el Elegido de Dios*” (1,34). Los evangelios sinópticos nos refieren el “martirio” efectivo del Bautista, e incluso nos hacen ver que éste es una prefiguración del de Jesús (cf. *Mc* 6,17-29; *Mt* 14,3-12). O también nos muestran que sólo después del martirio de Juan, el ministerio del nazareno puede manifestarse plenamente (*Mc* 1,14; *Lc* 3,19-20).

Lo cierto es que tampoco a nosotros el Señor nos pide siempre ocuparnos de las cosas en primera persona, sino que muchas veces lo que espera de cada uno/a es que vayamos percibiendo e indicando quién o quiénes podrían hacer esas cosas o desempeñar esos roles necesarios para la vida de la Iglesia o de la sociedad con mayor eficacia. Muchas veces nuestra misión pasa por descubrirlos y señalarlos. Y esto porque, si bien cada uno tiene su carisma y talento que no debe enterrar, ninguno de nosotros los tiene todos. Por eso, dar testimonio de la luz significa muchas veces poner de relieve al ‘elegido de Dios’ para una misión concreta.

Aprender a desaparecer

Comparando lo dicho sobre el Bautista con los textos sinópticos, se ve cómo la intención de los evangelistas es mostrar que Juan va ‘desapareciendo’⁵³. Por eso se lo ve pasar de un protagonismo indiscutido a una posición casi marginal e irrelevante. A medida que señala y da lugar al Mesías, el “*amigo del novio*” (3,29) se va poniendo en segundo plano. Juan Bautista es consciente de que “*es preciso que [Jesús] crezca y yo disminuya*” (3,30).

Dar testimonio de Jesús es señalar la presencia de Dios en la historia, ocultándose muchas veces a sí mismo. Sólo entonces puede brillar más elocuente y sacramentalmente la antorcha que cada uno de nosotros lleva, y que prefigura la Luz verdadera (cf. *Jn* 8,12). La más luminosa antorcha de Juan se “encendió” en la cárcel del palacio de Herodes, en pleno festín orgiástico de la corte, cuando Herodías “encandiló” al rey (cf. *Mc* 6,22-23). Sin embargo, para ser antorcha, Juan tuvo que dar su vida, en gran parte, a oscuras.

También nosotros estamos llamados a ser testigos de algo mayor que nosotros mismos, y señalarlo desapareciendo. Cualquier cosa que hayamos emprendido en la vida, grande o pequeña, sólo llegará a ser plena si la dejamos ser sí misma, si vamos empequeñeciéndonos a su lado, sobre todo cuando vamos percibiendo que su misterio nos empieza a desbordar. Pensemos en una familia, en un emprendimiento pastoral, en una iniciativa de servicio social, o en alguna otra realidad que haya llegado a ser

verdaderamente de Dios: si a medida que evoluciona no le vamos dando espacio y nos vamos haciendo progresivamente a un lado para que otros crezcan, nuestro comprensible afán de control y protagonismo impedirá que la planta dé sus frutos. Y entonces la obra de Dios, casi indefectiblemente, morirá con nosotros...

⁵³ Por ejemplo, en torno al bautismo de Jesús, comparar: *Mc* 1,9-11; *Mt* 3,13-17 y *Lc* 3,21-22. En el mismo evangelio de Juan, sus apariciones en los cuatro sucesivos días inaugurales (cf. *Jn* 1,6ss; 1,19ss; 1,29ss y 1.35ss) intentan mostrar esta realidad.

II. Los primeros discípulos: *el encuentro*

Una de las experiencias humano-espirituales más significativas que podemos hacer las personas es la del encuentro⁵⁴. No toda vinculación supone un “encuentro”, sino aquellas que acaban comportando un altísimo nivel de significancia, posibilitando “experiencias cumbre”, y que por lo tanto, terminan cambiando nuestra vida. En la terminología de A. López Quintás, el verdadero encuentro conlleva una profunda experiencia de “éxtasis”, que eleva a sus protagonistas a lo mejor de sí mismos.

Por el contrario, podría decirse que la multiplicación de pseudo encuentros con carácter posesivo (por ejemplo, tener para dominar y gozar) tienden a inhibir nuestra capacidad humano-espiritual de encontrarnos verdaderamente y en profundidad, ya que provoca en quienes se involucran una suerte de “devastación espiritual”, conduciendo a sus incautos adeptos por la pendiente resbaladiza de lo que el citado filósofo español llama experiencias de “vértigo”. El fin de éstas es, inexorablemente, la tristeza, la angustia y la desesperación.

Pero además, mientras que el vértigo va siempre acompañado de actitudes más o menos calculadas en función del rédito personal inmediato, las experiencias de éxtasis, que se asocian al encuentro, tienen mucho más de gratuitas: entran en interacción lúdica con la realidad que fascina, y se inscriben, con distancia de perspectiva, en el orden de lo sacramental. De este

⁵⁴ Ver, por ejemplo, LÓPEZ QUINTÁS, A., *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Claretianas, Madrid, 1990, cuyas ideas más significativas sintetizo a continuación.

modo, conllevan connotaciones simbólicas progresivas y remiten a experiencias de plenitud.

Por todos estos elementos humanos que entran en juego y que finalmente quedan redimensionados, es que las actitudes de éxtasis asociadas al encuentro no se improvisan, sino que se adquieren progresivamente. Así, por ejemplo, todo encuentro profundo supone, sin anular el don del hallazgo, una búsqueda sincera y una preparación previa. Para decirlo en el lenguaje de los clásicos tratados de Gracia, el verdadero encuentro supone una “materia dispuesta”. Y pienso que de eso se trata en el caso del encuentro de los primeros discípulos con el Señor...⁵⁵

“Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: ‘He ahí el Cordero de Dios’. Los dos discípulos lo oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les dice: ‘¿Qué buscan?’ Ellos le respondieron: ‘Rabbí -que quiere decir ‘Maestro’- ¿dónde vives? Les respondió: ‘Vengan y lo verán’ Fueron, pues, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima.

“Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Éste encuentra primeramente a su propio hermano, Simón, y le dice: ‘Hemos encontrado al Mesías’ -que quiere decir, Cristo. Y le llevó a Jesús. Fijando Jesús su mirada en él, le dijo: ‘Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas’ -que quiere decir ‘Piedra’.

⁵⁵ Para profundizar la exégesis, cf. RIVAS, L., o.c., 145-148; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 272-274; SCHNACKENBURG, R., o.c., (I) 343-364.

“Al día siguiente, Jesús quiso partir para Galilea y encuentra a Felipe. Y Jesús le dice: ‘Sígueme’. Felipe era de Betsaida, de la ciudad de Andrés y Pedro.

“Felipe encuentra a Natanael y le dice: ‘Aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret’. Le respondió Natanael: ‘¿De Nazaret puede haber cosa buena?’ Le dice Felipe: ‘Ven y lo verás’ Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: ‘Ahí tienen a un israelita de verdad, en quien no hay engaño’. Le dice Natanael: ‘¿De qué me conoces?’ Le respondió Jesús: ‘Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi’. Le respondió Natanael: ‘Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel’. Jesús le contestó: ‘¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores’. Y le añadió: ‘En verdad, en verdad les digo: verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre’ ” (1,35-51).

A la búsqueda del Mesías

Toda la tradición véterotestamentaria podría ser leída en clave de búsqueda y espera. Éxodo y adviento (B. Forte) son categorías muy significativas para comprender el dinamismo de la historia salvífica. En particular, la búsqueda y espera de ese Mesías escatológico (=último, pleno y definitivo), que tornaría a Israel nuevamente a su Edad de Oro, es decir, a los tiempos davídicos; que restauraría la gloria del antiguo Templo con su recordado culto magnífico; y que tendría la capacidad profética de interpretar sabiamente el mensaje de Yahveh para con su pueblo.

A este Mesías pacientemente buscado y esperado lo señalará el Bautista: *“He ahí el Cordero de Dios”* (1,36). Según el cuarto evangelio, es a partir del testimonio del Bautista que *“los dos discípulos siguieron a Jesús”* (1,37). Porque todos precisamos iniciarnos en el camino de la fe a partir del testimonio de los otros. En cuanto a la imagen del cordero, ésta tiene muchas reminiscencias véterotestamentarias para un pueblo pastoril, que entiende mucho de pastores y rebaños. De un modo particular, el cordero tiene connotaciones específicamente religiosas: Yahveh es el pastor de Israel (cf. *Sal* 80,2) que lo conduce por verdes praderas (cf. *Sal* 23,1); el cordero pascual es el símbolo de la liberación y se come en familia (cf. *Ex* 12,3-5); los animales se sacrifican en el templo, desangrándolos (cf. *Ex* 29,38; *Ez* 46-13-15), etc. Pero también la reminiscencia más dramática de los Cánticos del Siervo de Yahveh: allí se dirá de ese misterioso personaje mesiánico que *“como un cordero llevado al degüello era conducido al matadero y no abría la boca”* (cf. *Is* 53,7). Todas estas imágenes convergen en la expresión “Cordero de Dios”.

A continuación Jesús, dándose vuelta, preguntó a los discípulos que lo seguían: *“¿Qué buscan?”* (v.38). Una pregunta así no es casual, y menos en el evangelio de Juan. No es que Jesús pensara que los discípulos andaban detrás de una búsqueda anecdótica, como podía ser, por ejemplo, algo que se les hubiese perdido o alguna cuestión doméstica que pretendieran solucionar. Jesús “sabía” que ellos andaban en una búsqueda de fondo, sumamente importante (porque conocía el corazón de los hombres sin que le dijeran nada, cf. *Jn* 2,25). Por eso ÉL mismo busca hacer consciente el anhelo de los discípulos, como para además concentrar sus intereses en una sola cosa, en lo único importante (cf. *Mt* 19,17).

La respuesta de los discípulos es otra pregunta, impregnada de un profundo sentido teológico: “*Rabbí, ¿dónde vives [=poú menéis]?*” (*ib.*). Hablo de sentido teológico, porque no se trata tanto de responder a esta pregunta con la indicación de un lugar preciso (un “*ubi*” [=dónde] latino), dado que la cuestión tiene un sentido mucho más rico y amplio. La traducción exacta de la pregunta podría ser también: “¿Dónde habitas, dónde moras, dónde permaneces?”. El sentido de búsqueda queda además expresado en su fe incipiente, atestiguada por el vocativo: *Rabbí*, que en el cuarto evangelio utilizan para dirigirse a Jesús quienes todavía no lo conocen verdaderamente (cf. *Jn* 3,2; 4,31; 6,25; 9,2; 11,8).

El evangelio irá respondiendo a esta pregunta en diferentes ocasiones: afirmará que Jesús permanece “*en el seno del Padre*” (1,18), así como también dirá que el discípulo amado permanece reclinado en el seno de Jesús (13,25). Expresará también que los discípulos deben permanecer en Jesús, la vida verdadera, para poder dar fruto (cf. 15,4). Por todas estas connotaciones profundas y difíciles de captar en modo inmediato, es que de momento Jesús solamente dirá: “*Vengan y lo verán*” (1,39). Jesús responde más bien con una invitación...

En realidad se trata de la misma propuesta que le hará Felipe a Natanael, ante la duda de si “*de Nazaret puede haber cosa buena*” (v.46): “*Ven y lo verás*”. En este caso, a la vez que Felipe hace con el escéptico Natanael lo que el mismo Señor había hecho con él al llamarlo, el discípulo manifiesta haberse dado cuenta de que las respuestas de fondo en la vida no pueden darse “al toque”, de manera inmediata; sino que más bien cada persona debe encontrarlas, y que esto toma su tiempo. Porque de ellas hay que hacer experiencia...

Quedarse con Él a lo largo de la jornada

“Vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día” (1,39). Es decir, le dieron tiempo. Además, podemos tomar la referencia al día o a la jornada como una imagen de la vida: toda la vida del hombre en la tierra es como una jornada, como parece sugerirlo, por ejemplo, la parábola de los obreros de la viña llamados a diferentes horas del día (cf. *Mt* 20,1-16). Se insinúa que descubrir dónde habita o permanece Jesús nos puede llevar toda la vida, y que por eso no puede descubrirse de la mañana a la noche. Por este motivo, tampoco aquí se trata de un tiempo cronológico (un *“quando”* [=cuando] en el sentido que se le daba en el latín), sino más bien, de una profunda experiencia de vida.

En efecto, las experiencias y encuentros significativos, por estar asociados a las actitudes de éxtasis, suponen una larga maduración, que en los evangelios se compara al ritmo paciente del crecimiento vegetal (cf. *Mt* 13,30.32). Sólo el tiempo posibilita el espacio necesario para una mirada con hondura. Sólo con el tiempo ofrecido y compartido las experiencias se tornan irrepetibles y nos cambian la vida.

“Lo hemos encontrado”

Esta es la experiencia de los primeros discípulos. Así, Andrés le dirá a Simón (¡utilizando el conocidísimo verbo de Arquímedes!): *“Hemos encontrado [=eurákamen] al Mesías”* (1,41). Es decir, aquél que tanto andábamos buscando, aquél que prácticamente nos dejaba en vela, aquél que sólo puede pacificar los anhelos más

nuestros. Por eso, este “hallazgo” les acabará cambiando la vida a todos. Por ejemplo a Simón, cuya transformación quedará reflejada en la adquisición de un nuevo nombre: *“Tu eres Simón [...], tú te llamarás Cefas”* (v.42). El cambio de nombre expresa el cambio de vida (cf. *Mc 3,16; Mt 16,17; Lc 6,14*). Esto es común en muchas religiones y tradiciones antiguas, sobre todo en cuanto se asocian a los rituales de iniciación. Se significa así que se comienza un nuevo modo de existencia.

Decía antes que la experiencia de hallazgo será, entre otros, también la de Felipe: *“Aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado”* (v.45). El texto hace referencia a Jesús como *“el hijo de José”*, expresión que en los sinópticos es utilizada más bien en contexto de sospecha con respecto a la autoridad y procedencia de Jesús (cf. *Mc 6,3; Mt 13,55; Lc 4,22*). También aquí la expresión fundamenta la inicial desconfianza de Natanael, que en realidad ‘no sabe’ de dónde viene Jesús (cf. *Jn 7,40ss*).

El escepticismo inicial de Natanael contrasta con el entusiasmo desbordante de Felipe, que percibe en su hallazgo algo más que una experiencia personal. De acuerdo a su testimonio, se trataría de aquel que fue prefigurado desde antiguo, y que estaría respondiendo a la búsqueda colectiva de todo el pueblo. Según él, su hallazgo pasaría a ser de interés común. Esto llevará a que el mismo Natanael vaya cambiando de actitud. Sobre todo cuando se sienta “conocido” por Jesús: *“Antes de que Felipe te llamara [...] te vi”* (v.48, cf. v.47). Porque con mucha habilidad, el evangelista nos hace notar que Natanael, que tenía una preocupación muy humana por el lugar en donde Jesús lo habría conocido (el *“unde”* [=de donde] latino), pasa a ser visto [=eidón ze] por Él en un más

profundo plano teologal. Esto lo sitúa en un nuevo orden de cosas; inédito para él hasta el momento.

De ahí su aparentemente sorpresivo y desproporcionado acto de fe: *“Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel”* (v.49). Si bien la afirmación en boca de Natanael no podía contener todo el alcance que puede tener hoy para los cristianos, y fácilmente podríamos ver proyectada en ella la fe de la comunidad joánica, en la misma convergen significativas expectativas véterotestamentarias, como así también una experiencia personal de elocuente hallazgo, y un incipiente acceso al orden teologal de la fe. De hecho, en el relato de la pasión, los dos motivos por los cuales Pilato va a volver a entrar al pretorio para interrogar a Jesús serán los de cerciorarse si verdaderamente Él era Rey de Israel (18,33) e Hijo de Dios (19,8-9). ¡Y en este segundo caso la pregunta explícita que le dirigirá el Procurador será: *“¿De dónde eres tú?”* (v.9)!

Para reflexionar:

- ✓ Con el trasfondo de lo dicho, podríamos preguntarnos:
¿Cuáles fueron los encuentros que verdaderamente me cambiaron la vida?
- ✓ *¿En qué sentido he descubierto que en ellos estaba el Señor presente?*
- ✓ *¿Alimentaron en mí una mirada de fe más profunda y comprometida?*

III. Las bodas de Caná: *la hora*

En las diferentes culturas, la boda tiende a expresar y simbolizar una de las experiencias de encuentro y plenitud más significativas que pueden hacer las personas a lo largo de sus vidas. Y cuando se trata de la boda de un rey, ésta se convierte también en un evento de extraordinaria relevancia para el conjunto de la nación. Por esta misma conjunción de acontecimientos, es que la entronización de un monarca va normalmente acompañada por su propia boda⁵⁶.

Pero además, a causa de lo dicho y por sus ricas connotaciones, la boda se transforma también en un elocuente símbolo religioso, también presente en la Sagrada Escritura. Expresa la cercanía e intimidad de Dios con su pueblo, equiparado alegóricamente al Esposo (cf. Os 2,21-22; 14,2 ss; Is 54,5ss; 62,4-5; Ez 16,8), y se convierte en una imagen anticipatoria de esa plenitud definitiva (cf. Ap 19,7; 21,2) que sólo tendrá lugar -en concreto para el cuarto evangelio- cuando llegue “la hora”.

“Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y no tenían vino, porque se había acabado el vino de la boda. Le dice a Jesús su madre: ‘No tienen vino’. Jesús le responde: ‘¿Qué tengo yo contigo,

⁵⁶ Cf. WIDENGREN, G., *Fenomenología de la religión*, Cristiandad, Madrid, 1976, 331-362.

mujer? Todavía no ha llegado mi hora'. Dice su madre a los sirvientes: 'Hagan lo que él les diga'.

"Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: 'Llenen las tinajas de agua'. Y las llenaron hasta arriba. 'Sáquenlo ahora, les dice, y llévenlo al maestresala'. Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: 'Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora'. Tal comienzo de los signos hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. Después bajó a Cafarnaún con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días" (2,1-12).

Una boda

El pasaje⁵⁷ comienza con una afirmación temporal: "tres días después" (v.1). Estamos en el marco de la semana inaugural propuesta por el evangelista para enmarcar el ministerio público de Jesús en el contexto de una nueva creación (cf. *Jn* 1,29.35.43). Sin embargo, la referencia al tercer día tiene connotaciones pascales

⁵⁷ Cf. RIVAS, L., o.c., 149-152; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 274-275; SCHNACKENBURG, R., o.c., (I) 365-393.

(cf. *Ex* 19,11.15.16; 24,16), y en los evangelios tiende a unir los relatos de la muerte y resurrección de Jesús⁵⁸.

Además, el relato transcurre en el contexto de una boda, en medio de la fiesta. Se dice que “*estaba allí la madre de Jesús*”, y casi de un modo secundario, que “*fue invitado [=eclēze] también a la boda Jesús con sus discípulos*” (2,1-2). Es decir, que en torno a la madre de Jesús, símbolo de la comunidad joánica y también de la Iglesia [=ekklesia], es convocado [=de kalēo] también Jesús y los demás. Jesús se hace presente en medio de la alegría de los esposos, como preludeo de la alegría que coronará la historia humana. En cierto modo, y más allá de las vicisitudes por las que se atraviese, Jesús garantiza el “éxito” de la boda, que sólo llegará a plenitud cuando llegue la “hora” de su propia glorificación (cf. *Jn* 13,1.31; 17,1).

“No tienen vino”

Pero en medio de la boda surge una dificultad. Por tres veces se constata de diferente manera que “*no tenían vino*”, que “*se había acabado el vino de la boda*”, o que “*no tienen vino*” (v.3). Es decir, que la boda amenaza con concluir, la fiesta con terminarse. Si Jesús no hace algo, la fragilidad de la alegría humana llegará a su fin: se quedarán sin vino. Todos los proyectos quedarán truncados, lo que se esperaba ansiosamente fracasará: todos se irán disconformes. Además, en la misma Sagrada Escritura la escasez de vino es evocada como signo de angustia y desolación (cf. *Dt* 28,39; *Is* 16,10; *Mq* 6,15).

⁵⁸ En general, el tres es en las religiones símbolo de lo absoluto, y por lo tanto, del Misterio divino.

La falta de vino resulta así una clara imagen de lo que nos acontece también a nosotros cuando aquello en lo que habíamos depositado fundadas esperanzas parece desvanecerse. Lo curioso, es que en principio Jesús parece no tener ningún interés en evitar que esto acontezca (¡casi como cuando la barca se hundía [cf. *Mc* 4,38]!). También a nosotros nos puede parecer que, por momentos, el Señor no se termina de hacer cargo de lo que nos angustia o agobia...

En efecto, Jesús parece dar a su madre una respuesta cortante: “¿*Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora*” (v.4). Parecería que Jesús estuviese “habilitado” para hacer “algo” sólo cuando llegase su hora. Pero por lo que Él afirma, ésta todavía parece no haber llegado (en efecto, llegará más tarde: 7,30; 8,20; 12,27.32.33; 13,1). Sin embargo, la petición de su madre parecía muy confiada: casi como si el destino de los acontecimientos pudiera ser modificado a causa de ella. Y por lo que acabó sucediendo, esta confianza tenía su fundamento: como si hubiera sido cuestión de insistir, nomás...

Esto muestra que la “hora” de Jesús se inscribe en lo que podríamos llamar el ‘tiempo de Dios’. Este no es el *cronos* que mide el antes y el después en unidades matemáticas, sino más bien el *kairós*, es decir, el tiempo salvífico como ‘calidad del tiempo’. Sólo irrumpe este tiempo nuevo cuando emerge (llegada la hora) el acto de fe en las personas, y el creyente accede a un modo de existencia absolutamente novedoso: entra en el tiempo definitivo y pleno, lleno de sentido; y así participa de la glorificación del Hijo de Dios.

La hora, el primer signo y la fe

La madre dice a los sirvientes: *“Hagan lo que él les diga”* (v.5). De este modo parece recordarles el compromiso asumido por Israel en el desierto, en torno a la Alianza: *“Haremos todo lo que Yahveh ha dicho”* (Ex 19,8). A continuación, el evangelista hace notar que había allí seis tinajas, signo de la imperfección e insuficiencia humanas (ya que el siete expresa la plenitud propia de Dios), y en particular, de los rituales de purificación de los judíos (los del Bautista incluidos). Sin embargo, poniendo lo mejor de sí, y sin ahorrarse esfuerzos, los sirvientes *“las llenaron hasta arriba”* y las llevaron al maestresala.

Cuando éste se encontró con *“el agua convertida en vino”* (v.9), sin saber de lo ocurrido, fue a decir al novio: *“Tú has guardado el vino bueno hasta ahora”* (v.10). El texto parecería expresar un cierto asombro por parte del responsable del banquete. Sin embargo, no se trata evidentemente de una afirmación sólo de tipo enológica, sino más bien de una apreciación de tipo implícitamente teológica. El vino del final mejor que el del principio expresa la inauguración de una nueva era, vinculada a la llegada de la hora de Jesús. En la Sagrada Escritura, la abundancia del buen vino indica el advenimiento de la era escatológica (cf. Is 25,6-8; Jl 4,18; Am 9,13-14).

El contraste entre el agua insípida y el vino final mejor que el del principio, pone de manifiesto el modo paradójico con que Dios interviene en la vida de las personas y pueblos. Justamente cuando lo humano parece fracasar y tocar fondo, cuando el tiempo profano se ha desvirtuado y deteriorado, cuando la historia humana se ha llenado de iniquidad, sólo entonces puede irrumpir y manifestarse el

Hijo de Dios, irrumpir el tiempo de Dios, y servirse el vino del final. Esta es una constatación que la misma fenomenología religiosa ha podido hacer en la vida de numerosos pueblos: una nueva cosmogonía sólo es posible a partir de un final absoluto⁵⁹.

Bíblicamente hablando, el símbolo del vino remite, por un lado (y a causa de su color 'sangre'), al día de Yavheh y a su dramatismo ("la copa que me ha dado mi Padre" [18,11]); y por otro, también al banquete escatológico (por ejemplo, el vino preparado por la Sabiduría para sus invitados [*Prov* 9,5]). Simultáneamente, expresa la plenitud de un camino mistagógico del creyente, que se inicia en el agua bautismal y deviene pleno en la pascua eucarística. En efecto, ambos elementos ("agua y sangre") convergen en la escena del costado traspasado del Señor (cf. *Jn* 19,34). Curiosamente, también allí se hallaba "la madre de Jesús" y uno de sus discípulos (el "amado") (cf. 19,25-27). También allí había una aparente privación (=la muerte de Jesús), de la que sin embargo acabó brotando la vida (=es decir, los signos sacramentales por excelencia).

De aquí entendemos que la "hora" de Jesús exprese su propia glorificación, de la que surge el Espíritu que el Padre ha de dar para su comunidad (=la Iglesia), y el consiguiente ofrecimiento de vida para los que creen (cf. 20,22-23). Por eso el relato de las bodas de Caná concluye diciendo que este fue el "*comienzo de los signos de Jesús*", que así "*manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos*" (v.11). En Caná de Galilea dio comienzo la nueva creación...

A veces también a nosotros nos comienza a escasear el vino del comienzo: las ilusiones, los proyectos, las expectativas demasiado humanas que habíamos venido forjando; y así todo

⁵⁹ ELIADE, M., *Mito y realidad*, Labor, Barcelona, 1991, 61-60.

parece amenazar ruinas. Se va acabando el vino de la alegría y la vida se puede ir tornando insípida como el agua. Sin embargo, si como los sirvientes hacemos de nuestra parte todo lo que podemos; es decir, llenamos las tinajas con agua “hasta el tope”, finalmente el Señor acabará transformando el agua sosa de la fidelidad, y tal vez (¿por qué no?) la rutina de lo cotidiano (= *quot dies*, ¡cuántos días!), en un vino y gozo mejor y más profundo que el del principio. Y entonces la boda (=la vida festiva y esperanzada) continuará como una especie de anticipo del cielo. Porque, por totalizante del conjunto de nuestra vida, habremos hecho la mejor de las experiencias de éxtasis posibles: la que nos permite comenzar a captar el conjunto de nuestra vida como un don inédito e inaudito.

IV. La purificación del santuario: *el nuevo templo*

Todo pueblo y persona tiene algo que considera como 'lo más sagrado'. Es lo que normalmente tiende a expresar más acabadamente su identidad y razón de ser, el fundamento último de su existencia, y desde donde forja su propia cosmovisión del mundo, que a su vez tiene en eso su centro referencial y paradigmático. Normalmente, este lugar sagrado se asocia con un ámbito cultural, y concretamente, un templo⁶⁰. Para Israel era el Templo de Jerusalén. Mucho es el espacio dedicado en las páginas del Antiguo Testamento para describir su construcción y liturgia (por ejemplo, 1 Re 5,15-9,25); e incluso su impronta escatológica (cf. Ez 40-48). La vida de Israel giraba en torno a sus fiestas. Era el paraíso de donde brotaba la vida; y la gloria de Yahveh habitaba en él (1 Re 8,10).

Es cierto que el segundo templo, el de la época de Jesús, ya no tenía la magnificencia del primero, destruido en vísperas del destierro. Sin embargo, junto con el culto sinagoga de los fariseos, seguía siendo el 'centro' de la vida del antiguo pueblo de Dios (cf. Jn 7,2.14; 10,22). Construido en la ciudad santa, era como el 'ombligo del mundo' para los connacionales de Jesús. Sin embargo, ese Templo tan apreciado era el que Jesús relativizaba y decía, además, ser capaz de reconstruir...

⁶⁰ Cf. WIDENGREN, G., o.c., 301-330; voz "Templo", en: CHEVALLIER, J., *Diccionario de símbolos*, Herder, Barcelona, 1995, 984-986.

“Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: ‘Quiten esto de aquí. No hagan de la casa de mi Padre una casa de mercado’. Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: El celo por tu casa me devorará.

“Los judíos entonces replicaron diciéndole: ‘¿Qué signo nos muestras para obrar así?’ Jesús les respondió: ‘Destruyan este santuario y en tres días lo levantaré’. Los judíos le contestaron: ‘Cuarenta y seis años se ha tardado en construir este santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?’ Pero él hablaba del santuario de su cuerpo. Cuando fue levantado, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús” (2,13-23).

Un signo profético en contexto pascual

Cuando en el evangelio se habla de novedad, inmediatamente hay que pensar en la “pascua”. Todo el cuarto evangelio tiene connotaciones litúrgico-pascuales, pero por momentos la densidad de esta característica se hace más evidente. Se afirma explícitamente que “se acercaba la Pascua” (2,13). También en 6,4; 11,55; 13,1 se hace referencia a esa misma fiesta. Dado que la

Pascua era la fiesta más importante de los judíos⁶¹, 'algo nuevo' debía ocurrir en esas circunstancias. En este caso, algo inédito y nunca visto, y que por este mismo motivo debía generar inevitables resistencias: como todo cambio...

En efecto, Jesús no la va con minucias. Cuando *“encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos”* (v.14), sin perder tiempo, *“echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes”* (v.16). El mensaje era muy claro: *“No hagan de la casa de mi Padre una casa de mercado”* (v.16)⁶². Evidentemente, la mayoría de los presentes darían por descontado de que se trataba de un gesto profético, y no de un mero arrebato de violencia irracional. La pregunta era entonces la siguiente: ¿qué quería significar Jesús tirando por tierra e impidiendo que estuvieran allí presentes las cosas necesarias para cumplir con el importantísimo precepto religioso anual de todo un pueblo? Es la pregunta que también nosotros podríamos habernos hecho si se nos conmueve lo más sagrado y seguro que tenemos: ¿Por qué a nosotros? ¿Por qué a mí? Pero además podríamos habernos preguntado: ¿por qué Jesús habla de la “casa de mi Padre”? Para muchos de los presentes, esto tendría sin duda características blasfemas...

⁶¹ Junto con la de las Chozas, pero en este caso no era obligatoria la peregrinación anual a Jerusalén. También es cierto que para los judíos de la diáspora o para quienes eran muy pobres, se podía cumplir con el precepto de la peregrinación pascual a Jerusalén haciéndolo al menos una vez en la vida.

El nuevo templo

Son justamente los judíos allí presentes quienes le piden explicaciones a Jesús: “¿*Qué signo nos muestras para obrar así?*” (v.19). Porque lo hecho merecía la peor de las descalificaciones. Los animales eran necesarios para los sacrificios, y los cambistas para comprar los animales con monedas que no tuvieran inscrita la efigie del César. Sin embargo también es cierto que en el Antiguo Testamento aparecen gestos realizados por los profetas que en primera instancia podían parecer también incomprensibles, y que sin embargo, acababan siendo sumamente elocuentes (cf. *Ez* 12,1ss; *Jer* 27,1ss).

La verdad es que el evangelio juega además con una ironía, ya que habiendo sido escrito después de la destrucción de Jerusalén (y del mismo segundo templo), llevada a cabo por las legiones romanas a causa de la resistencia judía, Jesús propone “reconstruirlo” después que ellos “lo hubieren destruido”. Sin embargo, a partir de esta ironía, “*el hablaba del santuario de su cuerpo*” (v.21). Se trata, en efecto, de una nueva pascua. La misma queda vinculada, como podía preverse, al número tres: “*En tres días*” (cf. *Ex* 19,11; 24,16). En las religiones, este número tiende a expresar lo que es fundamental y absoluto, y por eso remite normalmente al misterio divino. En el evangelio de Juan se hace referencia a una triple negación de Pedro (cf. 18,17.25.27) y a un triple resarcimiento posterior (cf. 21,15.16.17); se consignan tres peticiones de crucifixión por parte de los Sumos Sacerdotes (cf. 19,6.15-16); y tres apariciones del resucitado (a María Magdalena, a

⁶² Cf. RIVAS, L., o.c., 153-156; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 275-276; SCHNACKENBURG, R., o.c., (I) 396-408.

los discípulos sin Tomás, y a los discípulos con Tomás, cf. 20,1-29). También existen tres referencias directas a la inminente celebración de la pascua: en 2,13 (en relación al Templo); 6,4 (en relación al Pan) y 12,1 (en relación a la Unción regia).

Sin embargo, el texto afirma que sólo cuando *“fue levantado de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabra que había dicho Jesús”* (v.22). Como lo afirma insistentemente Lucas, el evento pascual da pleno sentido e integración tanto a las Escrituras como a las palabras de Jesús.

Corolario pastoral

Como lo irá comprendiendo de a poco la Iglesia naciente, la nueva pascua ya no necesitaba de animales, porque el Sumo Sacerdote de la nueva y definitiva alianza se había convertido en víctima propiciatoria, reemplazando los antiguos sacrificios (absolutamente ineficaces para remover la culpa), para ingresar y hacer ingresar al nuevo pueblo en un santuario no construido por manos humanas sino por Dios (cf. *Heb 5,1-10; 8,1-7*). La nueva Jerusalén ya no necesitaba santuario *“porque el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero, es su Santuario”* (*Ap 21,23*). En definitiva, esta nueva Jerusalén acabará manifestándose como *“la casa de mi Padre”...*

Me parece que también a lo largo de nuestra vida, hay acontecimientos que hacen temblar las convicciones y puntos de apoyo más sólidos que hasta entonces habíamos construido. Cimientos y pilares que hasta el momento nos parecían

inconmovibles, y que sin embargo acabaron temblando o, incluso, desmoronándose de un modo incomprensible. Lo cierto es que nada humano (ni lo más espiritual que 'humanamente' a veces construimos) acaba siendo tan sólido como para no tener necesidad de volver a ser reconstruido "desde lo alto". Y cuando es reconstruido desde lo alto, la construcción es definitivamente mucho más sólida y esplendorosa.

V. El llamado a nacer de lo alto: *el nuevo nacimiento*

A lo largo de la vida vamos forjando una cosmovisión y nos vamos haciendo un lugar en el mundo, con un cierto reconocimiento social. Generalmente, este espacio social fue conseguido con esfuerzo: para obtenerlo, tuvimos que rendir una gran cantidad y variedad de ‘exámenes’. Este era en las culturas antiguas, en el fondo, el sentido simbólico de los rituales de iniciación, que habilitaban al neófito para adquirir la plenitud de derechos, propia de los adultos, en la vida de un determinado pueblo⁶³.

Pero como este espacio social es conquistado con sacrificio, y tiende a conferirnos una determinada imagen de nosotros mismos ante los demás, tendemos a mantenerlo y defenderlo ‘con uñas y dientes’. Esto puede llegar a esclavizarnos del propio rol socialmente adquirido y reconocido, y dificultar posteriores transformaciones personales. Nos costaría mucho cambiar esos parámetros básicos de vinculación y status social, y reestructurar nuestra vida desde una perspectiva diferente. Por eso es muy meritorio lo de Nicodemo, a quien también le costó abrirse al “nuevo nacimiento” que Jesús le proponía...⁶⁴

⁶³ Cf. WIDENGREN, G., o.c., 195-220.

⁶⁴ Retomo aquí lo que expusimos en RAMOS, G. – BILÓ, D., *Claves para iluminar la noche de nuestro tiempo*, Guadalupe, Buenos Aires 2005, 25-37. Para profundizar el comentario exegético, cf. RIVAS, L., o.c., 157-160; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 276-278; SCHNACKENBURG, R., o.c., (I) 415-429.

“Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste a Jesús de noche y le dijo: ‘Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tú realizas si Dios no está con él’. Jesús le respondió: ‘En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo, no puede ver el Reino de Dios’.

“Le dice Nicodemo: ‘¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?’ Respondió Jesús: ‘En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tienes que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu’.

“Respondió Nicodemo: ‘¿Cómo puede ser eso?’ Jesús le respondió: ‘Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas? En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero ustedes no aceptan nuestro testimonio. Si al decirles cosas de la tierra, no creen, ¿cómo van a creer si les digo cosas del cielo?’ (3,1-12).

“Tienes que nacer de nuevo”

Dice el texto que Nicodemo era un *“magistrado judío”* (v.1), y por lo que más adelante conocemos de él, miembro del Sanedrín, es decir, el cuerpo legislativo y de referencia nacional más

importante de Israel. Dice el evangelio que *“fue de noche”* a ver a Jesús: tal vez, justamente, por no arriesgar su imagen social. Sin embargo, si *“fue”*, es porque algo le inquietaba. Es lo que deja traslucir cuando dirigiéndose a Jesús le dice: *“Rabbi, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tú realizas si Dios no está con él”* (v.2). Se trata, pues, de un hombre honesto y bien dispuesto; que reconoce en Jesús a un Maestro, es decir, a un colega. Que además, expresa tener (en la ‘jerga’ joánica) una fe incipiente (cf. 4,31; 6,25; 9,2), y que busca abrirse desde su propia formación y lugar social a los signos que percibe de Jesús.

Comprendiendo esta disposición inicial, Jesús le dice de entrada: *“el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios”* (v.3); afirmación que volverá a ser subrayada cuando el Señor le vuelva a decir: *“El que no nazca [=gennézē] de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios”* (v.5). Nicodemo, con una vida ya planteada, un reconocimiento social y prestigio notorios, ya anciano, *“tiene que nacer de nuevo”*. O mejor dicho, *“de lo alto”* [=ánozēn].

“¿Cómo puede ser esto?”

Volvamos sobre la objeción de Nicodemo. No resulta nada fácil volver a nacer *“siendo ya viejo”* (v.4). La dificultad se entabla porque el anciano fariseo pensaba que tenía que volver al seno de su madre. Por eso insiste: *“¿Cómo puede ser esto?”* (v.9). Pero el malentendido, provocado adrede por Jesús, dará pie para que le explique de qué se trata esto de *“nacer de lo alto”*. Su incapacidad para entender muestra a las claras de que en realidad se está

tratando de un nuevo orden de cosas, inédito en la vida de Nicodemo. De que tendrá que comenzar un nuevo aprendizaje, diferente del que lo condujo a ser un respetable miembro del Sanedrín.

“Hablamos de lo que sabemos”

Por eso, ahora el plural mayestático pasa para el lado de Jesús, mientras que Nicodemo es nombrado en singular, como acontecía con los discípulos. Tendrá que volver a aprender, y dejar de lado sus aires de maestro. No deja de ser interesante la ironía de Jesús con respecto al “no entender” de Nicodemo: *“Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas?”* (v.10); como así también con respecto a los conocimientos limitados de los “maestros de Israel”: *“En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero ustedes no aceptan nuestro testimonio”* (v.11).

En efecto, la doble afirmación *“en verdad”*, pone de relieve que se trata de una sentencia importante de Jesús, y que por algún motivo Él quiere subrayar de un modo particular. Y el motivo de esta notable aseveración se puede comprender a continuación: lo que los fariseos y el Sanedrín conocen, en realidad no es más que carne, es decir, experiencia realizada desde los limitados horizontes de lo humano. Y *“lo nacido [=gegenneménon] de la carne, es carne”*, mientras que *“lo nacido del Espíritu, es espíritu”* (v.6). Como el tiempo verbal utilizado es el perfecto, lo que se quiere indicar es que lo que ha nacido carne seguirá siendo carne, y lo que ha nacido del Espíritu seguirá siendo espíritu.

El Prólogo del evangelio, que el lector ya conoce, viene a explicitar esta solemne afirmación. Sólo puede participarse de lo nacido en el Espíritu si Jesús, que es la Palabra que estaba junto a Dios y era Dios (cf. *Jn* 1,1), confiere la capacidad de hacerse hijos de Dios a los que creen. Para eso es que Ella *“puso su Morada entre nosotros”* (1,14): para que los que crean en el Hijo tengan *“vida eterna”* (cf. 3,15.16.36; 5,24; 6,47.54; 1 *Jn* 5,13). Por este mismo motivo, los creyentes *“no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre sino que nacieron de Dios”* (1,13).

Volviendo al pasaje de Nicodemo, constatamos que la situación es mucho más delicada si advertimos, además, que siendo estudiosos de la ley, los fariseos no habían sabido reconocer lo que en realidad ya estaba presente en el mundo porque había sido revelado en el Antiguo Testamento: *“Si al decirles cosas de la tierra, no creen, ¿cómo van a creer si les digo cosas del cielo?”* (v.12). Porque, en efecto, numerosos pasajes habían hablado de la efusión del Espíritu en los tiempos finales (cf. *Is* 32,15; 44,3; *Ez* 36,26-27; *Jl* 3,1).

No podemos dejar de advertir que, en realidad, Nicodemo parece aceptar la propuesta de nacer de lo alto que le hace Jesús. De hecho aparecerá más tarde ‘dando la cara’ por su Maestro ante el Sanedrín (7,50-52), y también haciéndose cargo del cuerpo en el huerto donde está el sepulcro nuevo (19,39-42): es decir, queda en la antesala de la fe. Podríamos preguntarnos si también nosotros, cuando hemos tenido intuiciones importantes en la vida, o si cuando hemos sentido llamados ulteriores a una más plena conversión a los criterios del Reino de Dios, hemos estado abiertos como Nicodemo para secundarlos. Porque constatamos que a veces puede con nosotros más la inercia de la carne que la novedad del Espíritu...

VI. La fuente de agua viva: *el agua*

Seguramente nada más cotizado en zonas desérticas que el agua. Y por eso mismo un pozo, a la par que puede convertirse en ámbito de encuentro, constituye un tesoro de incalculable valor. Ni qué decir lo que podría llegar a ser una fuente de agua viva, es decir, un manantial: en ámbitos inhóspitos, posiblemente pudiera llegar a parecer más un espejismo que una realidad. Por otra parte, si no existe nada más vinculado a la vida que el agua, nada la amenaza tanto como su ausencia. Tener sed y no poder saciarla puede llegar a convertirse en uno de los peores tormentos.

En torno al pozo, imagen universal de las cosas más esenciales y necesarias, Jesús enhebrará una de las más hermosas catequesis del Nuevo Testamento⁶⁵.

“[Jesús] llega a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dice: ‘Dame de beber’. Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice la mujer samaritana: ‘¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?’ (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le respondió: ‘Si conocieras el don de

Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva’.

“Le dice la mujer: ‘Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?’ Jesús le respondió: ‘Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna’.

“Le dice la mujer: ‘Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla’. Él le dice: ‘Vete, llama a tu marido y vuelve acá’. Respondió la mujer: No tengo marido’. Jesús le dice: ‘Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad’. Le dice la mujer: ‘Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y ustedes dicen que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar’. Jesús le dice: ‘Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es Espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad’.

⁶⁵ Para el símbolo del "agua", ver la voz correspondiente en: CHEVALLIER, J., o.c., 52-60. Para ampliar el comentario exegético, cf. RIVAS, L., o.c., 173-186; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 279-282; SCHNACKENBURG, R., o.c., (I) 496-527.

“Le dice la mujer: ‘Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo desvelará todo’. Jesús le dice: ‘Yo soy, el que está hablando contigo’ [...]. La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: ‘Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?’ Salieron de la ciudad e iban hacia Él [...]. Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por las palabras de la mujer que atestiguaba: ‘Me ha dicho todo lo que he hecho’ ” (4,5-26.28-30.39).

En torno al pozo

Nada más reconfortante en un lugar (semi)desértico, después de haber andado bastante, que sentarse tranquilo a descansar: sobre todo si se había estado a pleno sol. Dice el texto que *“Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo”,* y que *“era alrededor de la hora sexta”* (4,6). Es decir, que a pleno mediodía, Jesús toma una actitud análoga a la que en otro tiempo adoptó Moisés cuando, huyendo de Egipto, se sentó al lado de un pozo en Madián (cf. *Ex 2,15*): podríamos aventurar que estamos ahora en presencia de un nuevo Moisés, también Él en territorio extranjero.

En cuanto al uso que el evangelista hace de las imágenes, éstas parecerían generarnos sed y agobio incluso a los que leemos el relato: cansancio, camino, mediodía, pozo de agua. Pero aquí se añade un nuevo ingrediente: por lo que sabemos del modo en que el pasaje continúa, Jesús parecía no tener con qué sacar el agua... Esta será una buena excusa para entrar en un fecundo diálogo evangelizador.

“Dame de beber”

“*Llegó una mujer de Samaría*”. Jesús le dice: “*Dame de beber*” (v.7). La mujer queda asombrada: “*¿Cómo?*” (v.9). La sorpresa se comprende mejor si entendemos que los samaritanos no se hablaban con los judíos, por considerarse recíprocamente enemigos entre sí (cf. *Lc 9,51-53*). Históricamente, el conflicto se había generado a la vuelta del destierro (cf. *Esd 4,6ss*), cuando los judíos comenzaron a considerar impuros a los samaritanos que habían permanecido en Palestina, por haberse mezclado con otros pueblos paganos de la región (cf. *2 Re 17,24-41*). Y viceversa, los samaritanos veían con malos ojos que los desterrados volvieran ahora nuevamente con pretensiones sobre el territorio que habían abandonado (aunque esto último hubiese sido forzosamente), y por eso los despreciaban.

Pero además, la sorpresa de la mujer es aún mayor por ser ella justamente eso: una mujer. Era costumbre de la época evitar la conversación con una mujer en los espacios públicos. Sobre todo tratándose de un rabí o maestro. A esto habría que añadir que el riesgo de impureza estaba en los mismos objetos que pertenecían a los extranjeros. En la presente situación convergen, por tanto, tres motivos para que Jesús se torne legalmente ‘impuro’ de acuerdo a las tradiciones farisaicas: dialogar con un extranjero, que además era mujer, y pedirle de beber de su cántaro. Esta mujer, además, por algún motivo no había venido con las demás mujeres a buscar el agua en un horario más conveniente y de menos bochorno; con lo que podemos deducir que tal vez hasta entre ellas, por alguna razón, fuese mal vista o segregada.

Sin embargo, o precisamente gracias a todo esto, Jesús “debía” pasar por Samaría y entrar en diálogo con esta mujer extranjera en particular: “*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva [=ydoor zōn]*” (v.10). Aquí la sorpresa de la mujer es aún mayor: “*¿De dónde tienes esa agua viva?*” (v.11). Ella no ve por ningún lado un manantial, y eso que conoce bien el lugar. Por eso añade inmediatamente: “*¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob?*” (v.12). Con una pizca de ironía, expresión incluso de algún arraigado malestar o insatisfacción interior, se daba cuenta que solo alguien mayor que los patriarcas podía realizar un signo así.

Jesús, profundizando el talante de la conversación, le respondió: “*Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna*” (v.15). Al establecer un paralelismo entre el agua y la vida eterna, Jesús supera la referencia material al agua y entra en la semántica del símbolo. El agua viva hace referencia al Espíritu (cf. *Jn 7,38-39*).

De este modo, la cuestión queda planteada: la mujer hablaba del agua natural, y Jesús arremete con una expresión religiosa que remite al don escatológico de Dios. Posiblemente, a este punto de la conversación, la mujer todavía no entendiese plenamente de qué estaba hablando Jesús, aunque sí podría hacerlo el lector del evangelio. No obstante, el agua en el desierto tenía muchas reminiscencias véterotestamentarias que ella sí podía ahora captar, ya que claramente remitía a los signos y prodigios realizados por Yahveh, durante la marcha de su pueblo por el desierto, hacia la tierra de promisión (sobretudo, Ex 17,1-7), en donde junto con el

“pan”, les había dado de beber de la “roca” agua viva (cf. 1 Cor 10,4).

Los verdaderos adoradores

La mujer no parecía estar de momento del todo convencida. Por el contrario, permanece todavía un poco escéptica. Sin embargo continúa con la conversación. Se diría a sí misma: en el supuesto caso de que este judío fuera un profeta podría contestarme cuál es el lugar correcto para adorar a Dios (ya que para los samaritanos era Garizim [cf. Dt 27,4-8] y para los judíos Jerusalén).

En su respuesta, Jesús va más allá de los lugares físicos, y se detiene más bien en las actitudes que deben cultivar los verdaderos adoradores: *“Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre [...]. Llega la hora [...] en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad”* (vv.22-23). Se trata de un modo más profundo de adoración, que trasciende lo ritual y lo geográfico. Se trata de vivir en Espíritu y Verdad, que son expresiones que en el evangelio se conectan íntimamente con lo que es propio del Hijo de Dios (por ejemplo, 16,12-14). Posiblemente también a nosotros nos suceda a veces que estemos preocupados por los lugares y modos de oración, más que por las actitudes de fondo que deberíamos cultivar...

Tal vez sea el Mesías...

Sin embargo, cuando Jesús le hizo ver a la mujer que de los cinco maridos que había tenido, ninguno era realmente el suyo, ella se sintió comprendida: notemos que por tres veces subraya el relato que no tenía marido (vv.16.17.18). Además de la interpretación literal de la situación, podríamos aventurar otras dos explicaciones. Por una parte, el número cinco hace referencia al Pentateuco, que eran las únicas Escrituras que los samaritanos reconocían como tales: escindidos de los judíos, ahora ya no tenían otras Escrituras (es decir, no tenían marido, era un pueblo sin “esposo”). Por otro lado, la referencia a los cinco maridos podría tomarse como una sutil alusión a los dioses de los cinco pueblos establecidos en Samaría por el rey asirio Salmanasar (cf. 2 Re 17,24ss), durante la ocupación en 721 a.C.

Sea como fuere, a partir de esta nueva intervención de Jesús, la conversación entra en un nuevo nivel de profundidad, y supera decididamente lo simplemente anecdótico: hace un viraje hacia las cuestiones esenciales. La mujer le dice: *“Sé que va a venir el Mesías”*, y Jesús le responderá: *“Yo soy, el que está hablando contigo”* (v.26). El “Yo soy” tiene connotaciones divinas que le eran propias a Yahveh (cf. 8,24.28; 13,19; Ex 3,14; Is 43,25; 52,6). Por eso, la mujer *“dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: ‘Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?’* (vv.28-29).

Es decir, que con el cántaro dejó todas sus preocupaciones (importantes por cierto, pero ahora secundarias), para consagrarse a una búsqueda tal vez mucho más importante, incluso, que la de la misma agua: porque si en verdad se tratase del Mesías esto sería

con creces un hallazgo absolutamente inédito y superior. De hecho, mirando retrospectivamente, la mujer fue evolucionando y cambiando notoriamente, a lo largo de la conversación, el modo de dirigirse a Jesús: judío (como expresión despectiva, v.9), señor (como sinónimo de persona, v.15), profeta (sintiéndose interpelada, v.19), Mesías / Cristo (con actitud expectante, vv.25.29), Salvador del Mundo (de acuerdo a los mismos samaritanos, en tono creyente, v.42). Percibimos que, como elocuente representante de los pueblos paganos, esta mujer pareció -al menos incipientemente- “ver y creer”, y convertirse a su vez en motivo de credibilidad para los de su pueblo. En efecto, el texto continúa diciendo que *“muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer”* (v.39).

De este modo, así como Nicodemo era un signo para los judíos que se abrían al evangelio (aunque más no sea, yendo de noche), la samaritana se convierte en referente emblemático de los pueblos paganos que se abren a la fe (y lo hacen a pleno día). En ambos casos había exigencias: para convertirse en verdadero discípulo, Nicodemo tenía que nacer de lo alto; mientras que la mujer samaritana, para convertirse en verdadera adoradora, debía quedarse por fin con el marido verdadero. Es decir, con la fe auténtica, que viene de los judíos y llega a su plenitud en Cristo, y no con sustitutos idólatricos.

Para reflexionar:

- ✓ Con estas apreciaciones de fondo, podríamos preguntarnos también nosotros: *¿de qué cosas tenemos sed profunda? ¿Qué es lo que verdaderamente anhelamos?* Recordemos el

versículo del salmo que dice: *“Como la cierva sedienta busca corrientes de agua, así mi alma tiene sed de ti Dios mío”* (41,2).

- ✓ *¿Qué paso tengo que dar para convertirme en un/a adorador/a en Espíritu y Verdad?*

VII. El hijo del funcionario real: *la fe*

A lo largo de la vida, casi inevitablemente, nos vamos encontrando con experiencias límite. Estas advienen cuando todo nuestro empeño humano parece resultar insuficiente para resolver algo que nos tiene preocupados o nos hace tocar fondo, sin que a fin de cuentas podamos superarlo o resolverlo por cuenta propia. Los evangelios nos presentan a menudo algunas de estas situaciones límite que dan lugar a escenas dramáticas: la mujer que padecía hemorragias de sangre y lo había gastado todo en médicos sin haber obtenido ningún resultado (cf. *Lc* 8,43-48), la hija única de Jairo que irremediablemente se moría (cf. *Lc* 8,40-42.49-56) o la de la mujer cananea que insistía con una fe asombrosa (cf. *Mt* 15,21-28), etc. Parecería que justamente fueran esas circunstancias límite las más propicias para que pueda revelarse la acción de Dios. Pero para eso, como permanentemente lo reclama el mismo Jesús, hace falta que sus interlocutores tengan fe...

“Jesús volvió a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún. Cuando se enteró de que Jesús había venido de Judea a Galilea, fue a él y le rogaba que bajase a curar a su hijo, porque estaba a punto de morir. Entonces Jesús le dijo: ‘Si no ven signos y prodigios, no creen’. Le dice el funcionario: ‘Señor, baja antes de que se muera mi hijo’. Jesús le dice: ‘Vete, que tu hijo vive’. Creyó el hombre en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino. Cuando bajaba,

le salieron al encuentro sus siervos, y le dijeron que su hijo vivía. Él les preguntó entonces la hora en que se había sentido mejor. Ellos le dijeron: 'Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre'. El padre comprobó que era la misma hora en que le había dicho Jesús: 'Tu hijo vive', y creyó él y toda su familia. Tal fue, de nuevo, el segundo signo que hizo Jesús cuando volvió de Judea a Galilea" (4,46-54).

“Fue a Él y le rogaba que bajase a curar a su hijo”

El presente cuadro nos presenta a *“un funcionario real, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún”* (v.46)⁶⁶. El relato tiene significativas similitudes y paralelismos con las narraciones de *Mt* 8,5-13 y *Lc* 7,1-10, si bien en estos casos se trata de un siervo del centurión. Podemos suponer que, gracias a su cargo en la administración romana, a este funcionario no le faltaba dinero ni poder; si bien constatamos que ante la enfermedad de su hijo todo esto parecía no servirle de mucho. Es más, si se dice *“cuyo hijo”* es porque posiblemente fuese el único (¿cómo la hija de Jairo [cf. *Lc* 8,42]?). Esto le confería a la escena un mayor dramatismo.

En esas circunstancias, ante la proximidad de lo humanamente inevitable, el funcionario fue a ver a Jesús *“y le rogaba que bajase [=katabē] a curar a su hijo, porque estaba a punto de morir”* (v.47). El texto muestra la insistencia del padre: *“Baja antes que se muera mi hijo”* (v.49). Pero además pone de relieve la humildad de este hombre, que pese a poder intentar imponerse con mayor petulancia a causa de su rango, no obstante *“rogaba”*. Probablemente este

⁶⁶ Cf. RIVAS, L., o.c., 186-190; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 282-283; SCHNACKENBURG, R., o.c., (I) 528-563.

funcionario no supiese de Jesús mucho más de lo que probablemente puedan conocer tantas personas cuando, en su desesperación, buscan al gurú de moda, al que le atribuyen poderes terapéuticos extraordinarios, para que, en una de esas, le solucione el problema de alguna situación aparentemente irremediable. Quién sabe si también nuestro modo de recurrir a Jesús, en ocasiones, no tenga estas mismas características: deberíamos revisar si en realidad, como decimos ‘en criollo’, no nos acerquemos a Él ‘cuando las papas queman’...

“Vete, que tu hijo vive”

Jesús le dijo: *“Vete, que tu hijo vive”*. Es interesante hacer notar dos cosas: que, por un lado, se utiliza la palabra *zóē*, que hace referencia a la vida propia de Dios (cf. *Jn* 1,3), y no a la mera vida humana [=psijé]; y, por otro lado, el hecho de que Jesús aparentemente no haya realizado ningún gesto. En efecto, todo curandero normalmente ‘hace algo’, pero en este caso ‘reenvió’ al padre sin otra certeza que la de su palabra. Y si bien el hombre podría haberse sentido defraudado ante esta respuesta, por parecerle mucho más evasiva que resolutiva, hizo sin embargo lo que Jesús le dijo (cf. *Jn* 2,5).

Notemos que, a causa de la fuerza de convencimiento que visiblemente en este caso tiene la palabra de Jesús, posiblemente el evangelista quiera parangonar su autoridad, en la presente escena, con la fuerza creadora de la misma palabra de Dios en *Gen* 1, donde también Yahveh ‘dice’ y se ‘hace’, sin que intervenga directamente con sus manos. De este modo, las palabras de Jesús nos remiten al sentido más profundo del acto de fe, que es siempre

(según san Agustín) un *cum assensu cogitare* (=un asentimiento meditativo) a la palabra que Dios nos dirige; o más claramente, una “certeza oscura” (según Juan de la Cruz) que emerge en nosotros de su ‘decir’ autoritativo. Apoyados en esta observación, podemos contemplar imaginativamente la actitud interior del funcionario: posiblemente su primera impresión haya sido la de una cierta confusión y duda interior; pero tal vez con posterioridad haya pensado que podía ser cierto lo que el Señor le estaba diciendo; para finalmente ‘creer’...

“Creó el hombre en la palabra de Jesús”

En efecto, el relato dice que el hombre “*creyó [=epísteusen] en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino*” (v.50). Es decir, que ese día de viaje que separaba aquel lugar (en Caná) del de su casa (en Cafarnaún), estuvieron seguramente animados por la esperanza de ver curado a su hijo. Recordemos que también en *Jn 1,39* transcurre una jornada entre el “*vengan y vean*” y el acto de fe; y que allí decíamos que aquella era una elocuente imagen del conjunto de la vida. Por eso, concluida la jornada, la profunda esperanza acrisolada por el funcionario a lo largo de su viaje, se verá colmada de gozo; cuando al llegar, “*le [salgan] a su encuentro sus siervos, y le [digan] que su hijo vivía*” (v.51). De este modo, la elocuencia del signo lo conducirá a creer, ahora mucho más en serio, y también a “*toda su familia*” (v.53).

No deja de ser interesante hacer notar la triple referencia a la “hora”: “*Preguntó la hora [...]. Ayer a la hora séptima [...]. Era la misma hora en que le había dicho Jesús: ‘Tu hijo vive’*” (vv.52-53). Como en el primer signo realizado en Caná, también en este otro,

que además es el segundo en el libro de los signos, parece ir irrumpiendo la “hora”. Y esto gracias a la fe insistente de los correspondientes interlocutores de Jesús: la madre (2,5) y el funcionario real (4,49). Percibimos de este modo que, la hora de la glorificación (cf. 17,1), que todavía en realidad “no había llegado” (cf. 2,4), en cierto modo ‘ya’ se va haciendo presente en el momento en que Jesús encuentra confianza en quienes a Él se acercan con actitud creyente.

Como al funcionario real, posiblemente también a nosotros nos haya ocurrido alguna vez haber preferido tener un mayor número de certezas en nuestras manos. O incluso, a diferencia de él, que no nos haya bastado simplemente con las promesas evangélicas, que piden “buscar el Reino y su justicia” sabiendo que lo demás vendrá “por añadidura” (cf. *Mt* 6,33). Para el cuarto evangelio, en cambio, el que cree ya “tiene vida eterna” (cf. 3,15.16.36; 5,24; 6,47.54), mientras que el que “resiste al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él” (3,36). La apertura sincera por la fe a los signos que Jesús realiza, generan vida y anticipan la “hora”; mientras que la actitud escéptica deja a las personas más bien sumidas en el desamparo y las tinieblas (cf.9,39-40). Por eso, para Juan, la fe es sobre todo adhesión al Hijo de Dios, que es la Palabra del Padre, en quien estaba la Vida, ya que ella misma es Dios (cf. 1,1).

VIII. En torno a la piscina de Betesda: *el sábado*

A lo largo del ministerio público de Jesús, un hueso duro de roer lo constituyeron los escribas y fariseos (por ejemplo, 7,40ss; 8,13ss). Sobre todo estos últimos, que demasiado atados a la interpretación legalista de la Torah, se quedaban muchas veces en la 'letra' más que en el 'espíritu' de la Ley.

Un tema concreto en el que estos judíos entraron en conflicto con Jesús fue, sin lugar a duda, el del sábado. El legalismo farisaico había conducido a una interpretación casi mágica del descanso sabático: cualquier cosa que se realizara en ese día podía caer bajo la ley de lo que la fenomenología religiosa denomina tabú y anatema. Porque en realidad todos los pueblos antiguos manifiestan haber tenido prescripciones de carácter religioso que debían ser observadas a rajatabla, y que de no hacerse, podían llegar a generar una especie de 'nuevo caos primordial'⁶⁷.

En el caso de Israel, el sábado había sido prescrito para que toda la creación, comenzando por el mismo hombre, imitara al Creador que, después de ordenar el mundo a partir de ese caos primordial, al séptimo día descansó. De esta manera, se pretendía que las personas valoraran su dignidad creatural, a imagen y semejanza de Dios (cf. *Ex* 20,8-11). Pero una observancia demasiado estricta y legalista del descanso sabático podía llevar justamente a resultados contrarios: más que fomentar el bien y dignidad de la persona, podían conducirla a una indefinida postración con características 'caóticas'. Es decir, más que jugar a

⁶⁷ Cf. WIDENGREN, G., *o.c.*, 17-40.

favor del hombre, terminaría obrando en su contra. Si Jesús realiza signos en sábado es para mostrar, justamente, que anhela la plenitud de la creación para el hombre. Es decir, que ésta y éste entren en el “descanso de Dios” (Hb 4,3).

“Después de esto, hubo una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén una piscina Probática que se llama en hebreo Betzatá, que tiene cinco pórticos. En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando la agitación del agua. Porque el ángel del señor se lavaba de tiempo en tiempo en la piscina y agitaba el agua; y el primero que se metía después de la agitación del agua, recobraba la salud de cualquier mal que tuviera. Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, viéndole tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dice: ‘¿Quieres recobrar la salud?’ Le respondió el enfermo: ‘Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy, otro baja antes que yo’. Jesús le dice: ‘Levántate, toma tu camilla y anda’. Y al instante el hombre recobró la salud, tomó su camilla y se puso a andar.

“Pero era sábado aquel día. Por eso los judíos decían al que había sido curado. ‘Es sábado y no te está permitido llevar la camilla’. El les respondió: ‘El que me ha devuelto la salud me ha dicho: Toma tu camilla y anda’. Ellos le preguntaron: ‘¿Quién es el hombre que te ha dicho: Tómalala y anda?’ Pero el curado no sabía quién era, pues Jesús había desaparecido porque había mucha gente en aquel lugar. Más tarde Jesús lo encuentra en el Templo, y le dice: ‘Mira, has recobrado la salud; no peques más, para que no te suceda algo peor’. El

hombre se fue a decir a los judíos que era Jesús el que le había devuelto la salud. Por eso los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado. Pero Jesús les replicó: 'Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo'. Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios" (5,1-18).

Una espera que se hacía interminable

El pasaje⁶⁸ comienza diciendo que hubo en Jerusalén “*una fiesta de los judíos*” (v.1), que bien podría ser la de las Tiendas. La misma recordaba el tiempo de peregrinación del pueblo hebreo por el desierto (1 Re 8,2; 2 Cr 7,8; Ne 8,14; Ez 45,25); es decir, un tiempo de transición y promesas. En este contexto, se hace referencia a una piscina (v.2), y a que “*había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo*” (v.5) esperando que el agua se agitara y él pudiera entrar primero para -según la creencia- sanarse.

Todo esto podría traernos reminiscencias pascales; ya sea en referencia a las aguas turbulentas del mar Rojo durante la expulsión / huida del pueblo hebreo de Egipto, o también a los cuarenta años transcurridos en el desierto con el deseo vehemente de entrar en la tierra prometida atravesando las aguas del Jordán. Los treinta y ocho años de espera ponen también de manifiesto la incapacidad que tenían los rituales de purificación judíos para sanar verdaderamente al hombre. En contrapartida, la tradición de que un ángel entrara a bañarse parecía un poco extraña e improbable, y el

⁶⁸ Cf. RIVAS, L., o.c., 191-196; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 283; SCHNACKENBURG, R., o.c., (II) 128-134.

mismo Jesús (y con él el evangelista) parecerá no darle demasiada importancia, ni hacerse eco de la misma. Por el contrario, el Señor se acercará al enfermo y le dirá: “¿*Quieres recobrar la salud?*” (v.6).

La pregunta parece obvia, pero apunta a suscitar una actitud protagónica, y no meramente pasiva, por parte del interesado. Además, no es de despreciar la conexión etimológica que en muchas lenguas se establece entre “salud” y “salvación” (por ejemplo, *salus* en latín). Con lo que la pregunta hasta podría formularse del siguiente modo: “¿*Quieres obtener la salvación?*”. O también, recuperando el pasaje de Nicodemo: “¿*Quieres nacer de lo alto?*”.

La respuesta del enfermo daba por sentado una única manera de verse curado: “*Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy otro baja antes que yo*” (v.7). Se produce así el clásico equívoco joánico. Jesús está hablando en un nivel superior al del enfermo. Sin embargo, tampoco queda excluida la interpretación natural y estricta de la propuesta de Jesús. Por el contrario, la salud corporal se convertirá en expresión simbólica de una salvación y vida más profundas.

El signo de la liberación

En efecto, Jesús le dice: “*Levántate, toma tu camilla y anda*” (v.8). Se utiliza la palabra *egēire*, que también significa: “surge, resucita”. La expresión nos remite a lo que acontecerá con Lázaro, cuando también Jesús lo llame y lo haga salir del sepulcro (cf. 11,43). Procurando una interpretación del simbolismo de esa afirmación, podríamos decir que lo que Jesús le pide al enfermo, en

el hoy de su vida (=presente), es que tome la camilla para hacerse cargo de su historia (=pasado), y que, una vez sanado, reemprenda el camino de la vida con sentido de gratitud y esperanza (=futuro). El enfermo se convertiría entonces en todo un símbolo del antiguo Israel, que también yacía postrado, incapaz de resurgir por sí mismo y a la espera de la vida verdadera: sólo un verdadero encuentro con Jesús (=presente) podría hacerle reemprender el camino de la vida con esperanza (=futuro), haciéndose cargo de su propia historia (=pasado).

Lo cierto es que, más allá de esta última interpretación, para el que estaba enfermo, comienza a partir de su encuentro con Jesús una vida nueva, libre de las ataduras y limitaciones del pasado, y llena de ilusiones para su porvenir.

Reacciones encontradas

Sin embargo, como acontece ante todos los signos que realiza Jesús en el cuarto evangelio, se termina generando una discusión. La principal objeción de los judíos hacia el parálítico curado era que *“es sábado y no te está permitido llevar la camilla”* (v.10). Hay que advertir que en realidad, para el hombre que había estado postrado, *“llevar la camilla”* era signo de liberación y no de esclavitud: era más un signo de alabanza y gratitud que de opresión. Pero los judíos, atados a una interpretación legalista de la ley, estaban más preocupados por saber quién le había dicho de llevar la camilla en día sábado que por constatar la acción inocultable de Dios: *“¿Quién es el hombre que te ha dicho: Tómala y anda?”*.

El evangelista hace notar con insistencia la dureza de corazón de muchos de los presentes, cuando afirma que *“los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado”* (v.16). Cuando Él se excusa diciendo que su Padre trabaja en sábado (es decir, da plenitud y paz a lo creado, y no delega el gobierno del mundo ni lo interrumpe), las actitudes de hostilidad se harán aún mayores: desde entonces *“trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios”* (v.18). De hecho, como lo sabemos los lectores del cuarto evangelio, Jesús acabará muriendo, en última instancia, por blasfemo...

Tratando de llevar el pasaje a nuestra vida, creo que también como creyentes podemos rastrear en nuestra historia personal ese encuentro fundante con Jesús en el que Él intervino liberándonos de nuestras parálisis. Esto seguramente se convirtió en un incentivo para caminar con mayor seguridad, convicción y gratitud por el camino de la vida. Podríamos hacer memoria, una vez más, de este evento trascendente en nuestra existencia, y llevarlo a la oración. En contrapartida, y como le sucedió a los fariseos, tampoco para nosotros es fácil a veces el discernimiento. Muchas veces tomamos como cosa de los hombres lo que es de Dios, o viceversa. Atarnos a la materialidad de las prácticas o la literalidad de las interpretaciones, saliéndonos del espíritu con que fueron dichas, o no contextualizándolas oportunamente en el tiempo en que surgieron, puede llevarnos a ciertos excesos fundamentalistas...

IX. La multiplicación de los panes: *el pan*

Si existe un signo representativo del encuentro, al menos en el contexto occidental, es el del pan. El pan no solamente expresa el modo más elemental de alimentarnos que tenemos las personas, sino que también habla de mesa familiar, compartir solidario, nutrirse de lo fundamental. Por un lado, el pan supone trabajo, esfuerzo y sacrificio por conseguirlo o prepararlo; y por otro, convoca, posibilita la fiesta, anima el camino, forja esperanza: porque el pan, en su sencillez y humildad, es también 'don'. Por todo esto es que permite entrar en comunión con la trascendencia⁶⁹, y que Jesús se sintió reflejado y expresado en él.

“Después de esto, se fue Jesús a la otra ribera del mar de Galilea, el de Tiberíades, y mucha gente le seguía porque veían los signos que realizaba en los enfermos. Subió Jesús al monte y se sentó allí en compañía de sus discípulos. Estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos.

“Al levantar Jesús los ojos y ver que venía hacia él mucha gente, dice a Felipe: ‘¿Dónde nos procuraremos panes para que coman éstos?’ Se lo decía para probarle, porque él sabía lo que iba a hacer. Felipe le contestó: ‘Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco’. Le dice uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: ‘Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es eso para tantos?’ Dijo Jesús: ‘Hagan que

⁶⁹ Cf. WIDENGREN, G., o.c., 278-293.

se recueste la gente'. Había en el lugar mucha hierba. Se recostaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes y, después de dar gracias, los repartió entre los que estaban recostados y lo mismo los peces, todo lo que quisieron. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: 'Recojan los trozos sobrantes para que nada se pierda'. Los recogieron, pues, y llenaron doce canastas con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. Al ver la gente el signo que había realizado, decía: 'Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo'. Sabiendo Jesús que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte ÉI solo" (6,1-15).

Decidirse a cruzar el lago

Una vez más, el relato⁷⁰ está enmarcado en un contexto pascual: *"Estaba próxima la Pascua"* (v.4). Esto queda puesto de manifiesto, además, en las reiteradas referencias al mar (por ejemplo, *"Se fue Jesús a la otra ribera del mar"* [v.1]⁷¹): estas travesías marítimas procuran simbolizar una especie de nuevo éxodo (cruce del mar Rojo) e ingreso (cruce del Jordán) en tierra de promisión. Jesús se insinúa, además, como un nuevo Moisés subiendo al monte (v.3); si bien a diferencia de lo acontecido en el monte Tabor, aquí lo hace en compañía de sus discípulos⁷² y con

⁷⁰ Cf. RIVAS, L., o.c., 207-239; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c. 286-291; SCHNACKENBURG, R., o.c., (II) 32-47.

⁷¹ Rivas hace notar que en los primeros veinticinco versículos se hacen en total siete referencias al "mar": vv.1.16.17.18.19.22.25. Como ya sabemos, el siete expresa plenitud o perfección.

⁷² A los que se hace referencia también siete veces: 3 8 12 16 22 24.60.

un trasfondo más apacible. La combinación de todos estos modos de vinculación comparativamente superiores a los véterotestamentarios procuran mostrar la excelencia del signo que Jesús realizará y explicará.

En efecto, con esta introducción, el evangelista está ambientando la escena para mostrar que el maná del desierto habría sido tan solo una prefiguración del verdadero pan de vida que el Padre está dando a los que atrae al Hijo. El discurso posterior al signo que ahora comentaremos dará cuenta explícita de ello: *“Yo soy el pan de vida. Sus padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre”* (Jn 6,48-51)⁷³.

El gesto del pan...

El diálogo con Jesús comienza por una aparente dificultad: *“¿Dónde nos procuraremos panes para que coman estos?”* (v.5). La pregunta nos recuerda la queja de Moisés en el desierto, que clamaba a Yahveh preguntando de dónde sacaría carne / peces para tanta gente (cf. *Num* 11,13.22). En la situación presente, el problema es puesto en evidencia por el mismo Felipe, cuando dice: *“Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco”* (v.7). El denario era el jornal diario, lo que demuestra, además de la dificultad práctica de encontrar pan, lo oneroso del cometido. Sin embargo, según transcurre el relato, vamos viendo que no todo está perdido...

⁷³ Curiosamente, la palabra “pan” será utilizada veintiuna veces (3 x 7) en el capítulo 6.

En efecto, Andrés encuentra un muchacho generoso, dispuesto a compartir lo que tiene: “*Cinco panes de cebada y dos peces*”. Sin embargo, es cierto y evidente, “*¿qué es eso para tantos?*” (v.9). Si tomamos el número cinco de los panes como una referencia al Pentateuco, podríamos pensar que lo que el evangelista está poniendo en boca de Andrés es la convicción de la insuficiencia de las Escrituras véterotestamentarias para alimentar al nuevo pueblo de Dios; es decir, a la multitud que se acerca a Jesús (cf. v.5). Está, además, el detalle de los panes de cebada, que nos recuerdan el signo realizado por el profeta Eliseo (cf. 2 Re 4,42-22), quien sin embargo había alimentado ‘solamente’ a cien hombres.

Hay algunas otras observaciones que conviene realizar. Por ejemplo, a diferencia de lo ocurrido en Egipto o en el desierto, parece que la gente aquí puede comer tranquila (cf. Ex 12,11) y, además, todo lo que quiera (cf. Ex 16,16). Por eso Jesús manda que “*se recueste*”. “recostarse” era más propio de banquetes que de comidas frugales. Pero además, el recostarse nos recuerda muy concretamente la pascua hebrea. Otro detalle: en contrapartida con lo que ocurría en el desierto, “*había en el lugar mucha hierba*” (v.10). Esto responde más a la imagen de la tierra prometida que a la del viaje que la posibilita (cf. Núm 13,25ss).

Notemos, asimismo, que se trata de un alimento perfecto (ya que cinco más dos suman siete), y no de una repetición de aquél que los padres comieron en el desierto y murieron (cf. v.49). Es más, mientras que en la experiencia véterotestamentaria no se podía guardar el maná para el día siguiente porque se pudría (cf. Ex 16,20), ni comer carne en exceso porque se moría (cf. Núm 11,33), ahora los miembros del nuevo pueblo pueden llevar adelante un banquete sin sobresaltos y satisfacerse a gusto. Sin embargo, como

en el primer éxodo, también ahora había mucha gente (cf.v.5). Podría decirse que se hace referencia a un nuevo pueblo que recuerda el antiguo, ya que se habla de “unos cinco mil” (v.10) hombres. Es decir, cinco veces mil: el número que recuerda el Pentateuco por una multitud inabarcable. De este modo, los beneficios veterotestamentarios son ahora extensibles a todos los hombres.

Para distribuir el verdadero maná, Jesús “*tomó*” los panes, “*dio gracias, los repartió*”, y lo mismo hizo con “*los peces, todo lo que quisieron*” (v.11). La expresión “dar gracias” es traducción del término griego *eujaristésa*, de donde proviene *eucaristía*. Los verbos empleados nos recuerdan, por otra parte, los concernientes a la institución eucarística en Pablo y en los evangelios sinópticos (cf. 1 Co 11,24; Mc 14,22; Mt 26,26ss; Lc 22,15ss). Por último, Jesús da instrucción de que “*recojan los trozos sobrantes para que nada se pierda*” (v.12). Si se trata de un alimento para la vida del mundo, tiene que llegar a todos y nadie debe quedar privado de él por descuido. El número de doce canastas constituye una referencia explícita al grupo de los Doce, que tendrán la responsabilidad de hacer llegar los trozos sobrantes a todos los que en el futuro crean. Porque en efecto, se trata de un banquete abierto (cf. Mt 22,1-14), al que todos están convocados. Esto mismo le conferirá connotaciones escatológicas (cf. Ap 19,6.9).

... y el pan vivo bajado del cielo

La multitud que estaba presente interpretó el signo con mirada miope. Si bien es cierto que “*éste es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo*” (v.14), el alcance de esta afirmación era en

realidad restringida: pensarían en la figura de la que Yahveh habla a Moisés en *Dt 18,15.18*, o tal vez, en un rey que venía para restaurar la monarquía davídica. Por eso, “*sabiendo Jesús que intentaban venir a tomarlo por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte Éi solo*” (v.15). Es decir, volvió al monte como un nuevo Moisés, para evitar que se repitiera la historia de una realeza extraviada que finalmente no había conducido a Israel por verdes praderas (cf. *Sal 23,2*), sino que apacentándose a sí misma, había llevado al pueblo a las tierras extrañas del destierro (y no a la tierra prometida) (cf. *Ez 34,1-6*). Pero además, porque como ante Pilato, Jesús insistirá en que “*mi reino no es de este mundo*” (*Jn 18,36*).

El pasaje en su conjunto es una gran invitación a la “autotranscendencia teocéntrica”⁷⁴: es decir, una exhortación a ir más allá de los impulsos y expectativas naturales para abrirse a lo inédito de Dios y de los valores de su reino. Es un estímulo para pasar de los símbolos naturales, en sí mismos ambiguos y posiblemente regresivos, como lo es el ‘pan’ en cuanto expresión de los anhelos inmediatos y primarios del hombre; a los símbolos espirituales, netamente progresivos, como lo es el ‘pan’ en cuanto “pan de vida” y ‘don’ de lo alto para el creyente.

Posiblemente también nosotros, como la gente del tiempo de Jesús, tenemos nuestras expectativas demasiado humanas en ámbitos concretos de la vida. Y es desde el imperioso anhelo de que puedan llevarse a cabo, que a veces pretendemos proyectar lo que el Señor debería hacer para ‘darnos una mano’ y mostrarnos su cariño. Sin embargo, la fe nos invita a buscar un alimento siempre mayor, siempre más pleno y perfecto. Para valorarlo, es preciso que aprendamos a postergar muchas gratificaciones inmediatas que,

siendo lícitas, en ocasiones pueden terminar bloqueando el desarrollo de nuestras posibilidades más profundas y originales como hijas e hijos de Dios. Porque *“no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (Mt 4,4).

⁷⁴ Idea recurrente en la teoría interdisciplinar de RULLA, L., *Antropología de la vocación*

X. El ciego de nacimiento: *la luz*

Parecería que a los seres humanos nada nos aporta más información y libertad de movimiento que la vista. La ceguera ocular limita enormemente nuestros márgenes de maniobra, restringe nuestro mundo, e incluso puede aislarnos de la vida social. Más aún, la ceguera de nacimiento impide descubrir gran parte de nuestro entorno. Lo mismo sucede con la oscuridad. De ahí que nada más temido por el hombre primitivo que la noche⁷⁵. La ausencia de luz expone a toda clase de peligros: enemigos, animales, percances, temores interiores, etc. En contrapartida, la luz trae serenidad, expande la vida, permite comprender mejor la realidad circundante.

En el contexto gnóstico del Asia Menor⁷⁶, Jesús es presentado como “luz del mundo”: gracias a él, el mundo y la persona humana cobran su verdadera dimensión, y el hombre encuentra su paz y resplandor personal.

“[Jesús] vio al pasar a un hombre ciego de nacimiento [...]. Escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: ‘Vete, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado). El fue, se lavó y volvió ya viendo. Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo, decían: ‘¿No es éste el que se sentaba para mendigar?’ Unos decían: ‘Es él’. ‘No, decían otros, sino que es uno que se le

⁷⁵ Cf. RAMOS, G. – BILÓ, D., o.c., 17-34.39-42.

⁷⁶ Cf. WIDENGREN, G., o.c., 443-476.

parece'. Pero él decía: 'Soy yo'. Le dijeron entonces: '¿Cómo, pues, se te han abierto los ojos?' Él respondió: 'Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó los ojos y me dijo: 'Vete a Siloé y lávate'. Yo fui, me lavé y vi'. Ellos le dijeron: '¿Dónde está ése?' El respondió: 'No lo sé'.

"Lo llevan a los fariseos al que antes era ciego. Era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos a su vez le preguntaron cómo había recobrado la vista [...]. Algunos fariseos decían: 'Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado'. Otros decían: 'Pero, ¿cómo puede un pecador realizar semejantes signos?' Y había disensión entre ellos [...]. No creyeron los judíos que aquel hombre hubiera sido ciego, hasta que llamaron a los padres del que había recobrado la vista y le preguntaron: '¿Es éste el hijo de ustedes, el que dicen que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?' Sus padres respondieron: 'Nosotros sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego. Pero, cómo ve ahora, no lo sabemos; ni quién le ha abierto los ojos, eso nosotros no lo sabemos. Pregúntenle; edad tiene; puede hablar de sí mismo' [...].

"Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: 'Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador [...]. ¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?'. El replicó: 'Se los he dicho ya, y no me han escuchado. ¿Por qué quieren oírlo otra vez? ¿Es que quieren también ustedes hacerse discípulos suyos? [...]. Eso es lo extraño: que ustedes no sepan de dónde es y que me haya abierto a mí los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ése

le escucha [...]. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada'. Ellos le respondieron: 'Has nacido todo entero en pecado ¿y nos das lecciones a nosotros? Y le echaron fuera.

“Jesús se enteró de que le habían echado fuera y, encontrándose con él, le dijo: ‘¿Tú crees en el Hijo del hombre?’ Él respondió: ‘¿Y quién es, Señor, para que crea en él?’ Jesús le dijo: ‘Le has visto; el que está hablando contigo, ése es’. Él entonces dijo: ‘Creo, Señor’. Y se postró ante él. Y dijo Jesús: ‘Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos’ ” (Jn 9,1-39).

El ciego que recobra la vista...

El relato⁷⁷ afirma que el hombre había nacido [=genes] ciego (v.2). Es decir, todavía no había sido “engendrado de lo alto” (cf. *Jn* 3,4), y por lo tanto, participa del mundo de las tinieblas (cf. *Jn* 1,5). En contrapartida, Jesús afirma: “*Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo*” (9,5; cf. 1,9; 8,12). Esta sentencia parece clave al momento de tener que hacer una interpretación del sentido profundo del signo.

En efecto, dicho esto Jesús hace barro con su propia saliva. A la misma se le atribuían poderes curativos. Pero el gesto nos trae también reminiscencias creacionales (cf. *Gen* 2,7): Jesús estaría a punto de “recrear” al hombre ciego. Después de ponerle barro en los ojos le dice: “*Vete, lávate en la piscina de Siloé. El fue, se lavó y volvió ya viendo*” (v.7). Por lo dicho, el gesto parece de por sí

elocuente, sobre todo si se considera la visión de los ciegos como un signo de los tiempos mesiánicos (cf. *Is* 29,18; 32,3; 35,5; 42,6). Por otra parte, el modo en que es narrado, parecería insinuar connotaciones bautismales (el bautismo era denominado *photismós* [=iluminación], *lavacrum* [=lavado]). Esta interpretación queda confirmada en 9,15, donde el mismo ciego curado testimonia: “*Me lavé y ahora veo*”.

No obstante, el signo será causa de discusión con los fariseos que se resistirán culpablemente a aceptar las evidencias del caso. También la Sagrada Escritura hablaba de la ceguera como resistencia a la acción de Yahveh (cf. *Is* 6,9-10; 42,18-20; 43,8; 56,10). En este caso, la resistencia se apoyaba en el hecho de que estuviera prohibido en sábado hacer barro...

... y los fariseos que no acaban de ver

En efecto, los fariseos comenzarán por preguntar al ciego curado: “*¿Cómo se te han abierto los ojos?*” (v.10). Además muchos de ellos insistirán en que Jesús “*no viene de Dios porque no guarda el sábado*”. Sin embargo, otros argumentaban: “*¿Cómo puede un pecador realizar semejantes signos? Y había disensión entre ellos*” (v.16). Vemos que la división se produce porque, de interpretarse lo acontecido desde la ley tomada al pie de la letra, habría una flagrante contradicción en los resultados obtenidos. La misma podría formularse con el siguiente silogismo: Dios nunca obra a través de un pecador; el que transgrede el sábado es un pecador; por lo tanto, Dios no puede actuar por medio de Jesús que

⁷⁷ Cf. RIVAS, L., o.c., 287-296; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 296-299; SCHNACKENBURG, R., o.c., (II) 300-344.

quebrantó el precepto sabático. Pero la evidencia muestra todo lo contrario. El actual “falsacionismo” (o “refutacionismo”) de K. Popper diría, a partir de los hechos, que hay una premisa que, tomada al pie de la letra, deja de ser válida. Sin embargo, los fariseos se resisten a la evidencia, y el lector del evangelio percibe a las claras este empecinamiento.

La resistencia se manifiesta con mayor elocuencia con el testimonio de los padres del enfermo: *“Nosotros sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego. Pero cómo ve ahora, no lo sabemos”* (vv.20-21). Es decir, se limitan a exponer y hablar aquello de lo que verdaderamente tienen experiencia y saben: a diferencia de los fariseos, no fabulan explicaciones ni aventuran interpretaciones hipotéticas. Pero además no lo hacen por temor a los judíos (cf. 7,13; 9,22; 19,38; 20,19)...

La resistencia al signo de Jesús por parte de los fariseos queda también de manifiesto en la reiterada insistencia con que se dirigen inquisidoramente al ciego curado. Tanto que nos daría la impresión de que él mismo estaría perdiendo la paciencia a causa de la dureza de corazón de quienes lo acosan: *“Se los he dicho ya, y no me han escuchado [...]. ¿Es que quieren también ustedes hacerse discípulos suyos?”* (v.27). La ironía final es evidente: si ellos no aceptan el signo es porque están ciegos, y entonces, para recobrar la vista, deben convertirse en discípulos de aquel que es la luz del mundo. Por lo tanto, ya no están en condiciones de ser maestros en Israel...

Posiblemente la escena nos arranque una cierta sonrisa, pero la realidad es que, a veces, a todos un poco nos cuesta aceptar las evidencias de Dios. Muchas veces buscamos dar explicaciones complejas a las cosas más simples, por no aceptar con sencillez

que el Señor efectivamente actúa en la historia humana y es capaz de realizar signos inéditos donde menos se los espera. Me refiero en concreto a dos situaciones bastante comunes. 1) Por un lado, y tomando literalmente el relato, no creo que los signos de Dios (lo que llamamos milagros) sean en realidad algo tan poco común en la vida de los creyentes y reservado sólo para situaciones extraordinarias: estos signos son más frecuentes de lo que a veces pensamos, y de esto, tal vez nosotros mismos tengamos algún testimonio personal para ofrecer. 2) Por otro lado, y pese a interpretaciones eclesiológicas a veces un poco estrechas, existen muchos signos de luminosidad y santidad real fuera de los confines visibles de la Iglesia católica, y en la misma sociedad civil, que no siempre valorizamos suficientemente. También esto parece una constatación tan empírica como la del ciego curado...

La expulsión de la sinagoga y la fe

Más allá de estas observaciones, lo más importante es el sentido profundo del signo, es decir, el acceso a la fe. Por eso, cuando a partir de lo dicho por el hombre sanado, los fariseos lo llenen de improperios y lo expulsen de la sinagoga (temor que evidentemente asaltaría a todo el que quisiese confesar abiertamente a Jesús [cf. 12,42]⁷⁸), y lo hagan con una afirmación que muestra que ‘de momento’ no están dispuestos a convertirse en discípulos (*“Has nacido todo entero en pecado, ¿y nos das lecciones a nosotros? Y le echaron fuera”* [v.34]), aquél pasará a

⁷⁸ Estos pasajes manifiestan, en realidad, un problema posterior al de la época de Jesús, y es el conflicto entre judíos y cristianos que se irá agudizando a partir del decreto de Jamnia, en el año 70, mediante el cual efectivamente los cristianos van a ser separados (y separarse) definitivamente de los círculos judíos.

estar en condiciones de hacer su propio acto de fe y de incorporarse a la comunidad (joánica).

El relato prosigue como si Jesús hubiera estado esperando que suceda esto -la expulsión de la sinagoga- para recién entonces presentársele como el Hijo del hombre: “¿Tú crees en el Hijo del hombre?” (v.35). Curiosamente no dice “Hijo de Dios”, lo que hubiera sido más lógico. Sin embargo, la figura del Hijo del hombre también tenía connotaciones celestiales (cf. *Dn* 7,13; *Ap* 1,7; 14,14). El ciego sanado respondió: “Creo, Señor” (v.38); es decir, accede a la luz y visión verdaderas por la fe en Jesús.

El corolario del relato es explicitado por el mismo Jesús: “*Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos*” (v.39). Una afirmación un tanto paradójica, que ya había sido prevista por Isaías⁷⁹, y que pone de relieve un nuevo orden de cosas. El ciego que humildemente repite dos veces “no sé” (vv.12 y 25) y pregunta acerca de Jesús “¿quién es?” (v.36), acaba viendo. Pero los fariseos que dicen dos veces “nosotros sabemos” (vv.24 y 29), y se niegan a recibir lecciones (v.34), terminarán “no viendo”. Esta aparente contradicción está presente, a su modo, también en los evangelios sinópticos, cuando se afirma, por ejemplo, que “*el que quiera salvar su vida la perderá, pero que el que la pierda por mí y por el evangelio la salvará*” (*Mc* 8,35); o también cuando se pone en boca de María: “*Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos*” (*Lc* 1,52-53).

Esto nos hace pensar que, en realidad, la lógica evangélica no es tan clara y evidente para nosotros como algunas veces nos parece o nos gustaría que fuese. Sin embargo, tampoco es tan

⁷⁹ Para que vean: *Is* 42,7.18; 29,18; 35,3; para que no vean: *Is* 6,10.

oscura como en otras circunstancias podría llegar a representárenos. Por eso es importante que, “asintiendo meditativamente” como es lo propio de la fe, vayamos tratando de ejercitarnos en la ‘consideración rumiante y cordial’ de lo que el Señor sí nos va manifestando (cf. *Lc 2,19*), evitando que una culpable resistencia interior nos enceguezca ante los elocuentes signos del Espíritu.

XI. La resurrección de Lázaro: *la vida*

El presente relato nos vuelve a poner de cara a la situación límite de la muerte. Pero aquí quisiera destacar otros símbolos de la experiencia humana, que no son sino su contrapartida: la resurrección y la vida. Naturalmente reaccionamos frente a todo lo que se parezca a la muerte porque llevamos interiormente inscrito un llamado a la vida y a la plenitud. Sin embargo, la muerte parece salirnos al encuentro en muchas formas de limitaciones con las que nos vamos topando a lo largo de nuestra existencia: hasta que viene a buscarnos ‘en persona’... Por eso todos los pueblos se empeñaron en dar un significado trascendente a este momento tan particular y crucial del itinerario humano; e incluso de establecer algún tipo de vinculación con el más allá, en donde creían que los ancestros de algún modo pervivían⁸⁰.

“Había un enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: ‘Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo’ [...]. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro [...].

“Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro [...]. Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa. Dijo Marta a Jesús: ‘Señor, si hubieras

⁸⁰ Cf. WIDENGREN, G., o.c., 363-392.

estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá'. Le dice Jesús: 'Tu hermano resucitará [...]. Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? Le dice ella: 'Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo'.

"Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: 'El Maestro está ahí y te llama'. Ella, en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente, y se fue hacia él. Jesús todavía no había llegado al pueblo; sino que seguía en el lugar donde Marta lo había encontrado [...]. Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo: 'Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto'. Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: '¿Dónde lo han puesto?' le responden: 'Señor, ven y lo verás'. Jesús derramó lágrimas. Los judíos entonces decían: 'Miren cómo le quería' [...]. Entonces Jesús se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía puesta encima una piedra. Dice Jesús: 'Quiten la piedra' [...]. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: 'Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que Tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que Tú me has enviado'. Dicho esto, gritó con fuerte voz: '¡Lázaro, sal afuera!'. Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: 'Desátenlo y déjenle andar' " (11,1-44).

“Aquél a quien tú amas está enfermo”

Si bien en varios pasajes evangélicos se habla o expresa el amor de Jesús, las reiteradas afirmaciones del presente relato⁸¹, como así también los gestos concretos que lo acompañan, parecen tornarse más elocuentes. Se dice explícitamente que “*Jesús amaba [=egápa] a Marta, a su hermana y a Lázaro*” (v.5). Por eso, pese a que “*los judíos querían apedrearte*”, decide volver allí (v.8) “*para despertarle*” (v.11). Esta última expresión tiene un sentido interesante en las religiones, ya que supone una iluminación que devuelva la vida a una existencia verdadera, de la que la persona se había alejado u olvidado, y que por eso la mantenía postrada en una situación que se equiparaba a la muerte⁸². Por la importancia de este “despertar” es que Jesús dice: “*vayamos allí*” (v.15), pese al riesgo que esto suponía. También posteriormente, los presentes en casa de Lázaro, al verlo llorar, dirán: “*Miren cómo lo quería*” (v.36).

En la teología clásica, poco se habló de los sentimientos de Jesús. Tal vez el romanticismo los puso más de manifiesto, y la devoción al Sagrado Corazón permitió una canalización afectiva del amor *de* y *hacia* Jesús. Lo cierto es que en el presente capítulo, el evangelista está preocupado por resaltar (con gestos, palabras y actitudes) el amor tanto efectivo como afectivo del Hijo de Dios por los suyos.

⁸¹ Cf. RIVAS, L., o.c., 317-331; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 302-305; SCHNACKENBURG, R., o.c., (II) 391-447.

⁸² Cf. ELIADE, M., o.c., 142-146.

“Basta con que tengas fe”

“Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa” (v.20). Y le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto [=apézamen] mi hermano. Pero aún ahora yo sé que cuanto pides a Dios, Dios te lo concederá” (vv.21-22). El verbo empleado da a entender una muerte con connotaciones incluso morales: “perderse”, o acabar siendo “hijo de la perdición”, lo que en el evangelio es propio del que no cree (cf. 17,12).

Marta se expresa saliendo rápidamente al encuentro de Jesús, y lo hace mediante la elocuencia de la palabra; incluso con un cierto tono de reproche confiado. Por eso Jesús le respondió también con palabras, ‘en su mismo lenguaje’: *“Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?” (v.26). Procediendo así, Jesús suscita en la hermana de Lázaro el acto creyente, dando de este modo lugar a una profesión de fe, análoga a la de Pedro (“Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros sabemos que tú eres el Santo de Dios” [6,68-69]), pero que en este caso estará puesta en boca de Marta: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo” (v.27; cf. Mc 8,29; Mt 16,16).*

Me parece que es bueno en las situaciones límites que nos toca ir viviendo, lograr expresarnos ‘abiertamente’ ante el Señor: como lo hizo Marta. Incluso aunque en el modo de hacerlo nos salga también algún ‘legítimo’ reproche. Si procedemos así, también Jesús, de algún modo, nos hará entender qué quiere de nosotros, y cómo en realidad lo que busca es conducirnos a la vida. Aunque de momento esto no lo veamos y tengamos que ‘creerlo’.

“El Maestro está ahí y te llama”

En contrapartida, María sólo entrará en escena cuando Marta la venga a buscar. Dice el texto que sólo cuando le dijo que el Maestro la llamaba, *“se levantó rápidamente, y se fue hacia él”* (vv.28-29). Y cuando llegó hasta donde Él estaba, *“cayó a sus pies y le dijo: ‘Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto’ ”* (v.32). Hay un matiz con respecto a la actitud tomada por su hermana. María se expresa en primer lugar “cayendo a sus pies”, es decir, con un gesto. Pero además, lo hace llorando, lo que a su vez conmueve a Jesús: *“Viéndole llorar Jesús [...], se conmovió interiormente, se turbó y dijo: ‘¿Dónde lo han puesto?’ Le responden: Señor, ven y lo verás’. Jesús derramó lágrimas”* (vv.32-35).

Podríamos reflexionar brevemente sobre esto. Mientras que a Marta Jesús le responde invitándola a renovar su fe haciendo una profesión explícita de adhesión confiada (es decir, que como en el caso de Pedro, sintoniza con ella a través del acto de fe), con María lo hace más cordialmente a través de gestos (como acontecerá análogamente con el denominado discípulo amado). En este caso, “llorando”, “conmoviéndose” y “derramando lágrimas”: Jesús manifiesta una plena empatía emocional con María. Pero además, podemos observar que María tarda en “salir” y el discípulo amado se demora en “entrar” (cf. 20,5); mientras que Marta “sale” rápidamente y Pedro “entra” ni bien llega (cf. 20,6). Sin embargo, comparativamente, parecería existir una vinculación más profunda entre Jesús y María o el discípulo amado (cf. 11,36; 13,25), que entre Jesús y Marta o Pedro (cf. 13,24).

También Lucas (cf. 10,38-42) hablaba de un talante más activo por parte de Marta (=palabra y acción) y más contemplativo por parte de María (=silencio y gestos). De hecho, esta última será la misma que vierta el perfume de nardos puros en Betania, y resulte aprobada por el Señor (cf. *Jn* 12,7), tal como el mismo evangelista se ocupará de destacarlo al comienzo del relato que estamos considerando: María *“era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos”* (*Jn* 11,2). Sin embargo, y dentro del simbolismo que caracteriza al cuarto evangelio, habría que decir que ambas actitudes constituyen dos modos diferentes de entrar en comunión con Jesús (por más que el autor se incline con preferencia por el segundo). Estas actitudes tienen, a su vez, su parangón en análogas y complementarias vertientes que hacen a la comunión eclesial: hoy le diríamos, respectivamente, “misión” y “misterio”.

“Lázaro, sal fuera”

El relato continúa diciendo que el cadáver ya estaba en *“el cuarto día”* (v.39). Según los hebreos, era el tiempo en que comenzaba el proceso de descomposición (por eso Jesús resucitará al tercero). El “mal olor” de Lázaro en el sepulcro (v.39) contrasta con el “olor a perfume” que se expandirá en la casa de Betania (cf. 12,3). Sin embargo, ambas escenas están unidas por las experiencias de muerte-vida: el muerto Lázaro será revivificado y estará a la mesa; y el vivo Jesús, estando a la mesa, recibirá la unción regia en vista a su muerte. En concreto, cuándo Jesús pregunte por el lugar donde pusieron a Lázaro, le dirán *“ven y lo verás”* (v.34). Era la misma respuesta que, en contrapartida, había

dado el Señor a los primeros discípulos: *“vengan y lo verán”* (1,39). Podríamos aventurar la siguiente interpretación: mientras que Jesús moraba en el seno del Padre (cf. 1,18) y los discípulos estaban llamados a hacer una ‘fascinante’ experiencia de ello, Lázaro lo hará en un sepulcro (cf. 11,38) y Jesús deberá tomar contacto (en la lógica del intercambio) con esta otra experiencia ‘kenótica’, solidarizarse empáticamente con la misma. Posiblemente todo esto haya conmovido, momentos antes, tanto a María como a Jesús, de quien recién ahora se afirma explícitamente que *“derramó lágrimas”*.

Ahondando lo dicho, para que Lázaro (que según algunos sería el discípulo amado) pueda morar en el seno de Jesús (que a su vez es la imagen del Padre, en cuyo seno habita el Señor) (cf.13,25), Jesús tendrá que morar (al menos transitoriamente) en un sepulcro (cf. 19,42). No obstante, el lector del cuarto evangelio no tendrá que apenarse, sino más bien recordar que *“esta enfermedad no es de muerte”*, sino que *“es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado en ella”* (11,4). La escena de la revivificación viene precedida por una oración de Jesús en la que explícitamente llama a Dios: *“¡Padre!”* (11,41). Es el modo habitual con el que el cuarto evangelio introduce la manera que tiene Jesús de dirigirse a Dios en la oración (cf. 12,27-28; 17,1.5.11.21.24.25). Pero esto pone de manifiesto, además, lo que en muchos discursos el Señor trata de manifestar: su original vinculación filial con Dios (por ejemplo, 5,19,47; 14,1-31).

Al llamado de Jesús: *“Lázaro, sal afuera”* (v.43), el revivificado salió *“atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario”* (v.44). Resalta la referencia a la fuerte voz de Jesús (cf. 11,43), que parecería tener carácter escatológico (cf. *Jn* 5,25.28-29; *Ap* 1,10; 8,13). La vuelta a la vida de Lázaro anticipa la resurrección

del mismo Jesús (o la de cada uno de nosotros). Esto lo pone de manifiesto el detalle del sudario y las vendas (cf. 11,44), que son distinguidos por el evangelista de un modo análogo a como lo hará con los de Jesús (cf. 20,7). Pero además, en el estar atado, percibimos una alusión al signo de esclavitud que a partir de este momento ya no regirá más el destino de Lázaro. Él ahora nace a una vida nueva, a la existencia auténtica, sin ataduras. El precio lo pagará el mismo Jesús, que poco después de decirles: *“Desátelo y déjenlo andar”* (ib.), deberá ser *“prendido y atado”* (18,12).

Como viene ocurriendo en otros relatos, *“muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él”* (v.45); es decir, acceden a la fe mediante el signo. En contraposición, el evangelista hace notar que también otros, *“desde este día, decidieron darle muerte”* (v.53); fundados en una sentencia del Sumo Sacerdote Caifás que terminará siendo profética: *“Conviene que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación”* (v.50). Esta será también la suerte del discípulo Lázaro, a quien *“los Sumos Sacerdotes decidieron dar también muerte”* (12,10). Posiblemente el evangelista nos quiera mostrar como empieza a cumplirse en este discípulo lo sentenciado por Jesús en el discurso incluido después del lavatorio de pies: *“el siervo no es más que su señor”,* y *“si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes”* (15,29).

Resumiendo el desenlace, observamos que el relato está construido para mostrar que Jesús dará la vida por su amigo Lázaro; que ofrecerá la propia en rescate por la suya. En Lázaro podemos vernos representados cada uno de nosotros. Si asumimos la hipótesis de que en la mente del evangelista Lázaro es el discípulo amado (“aquel a quien amas”), y el que tiene una

vinculación de mayor intimidad con Jesús; y si además aceptamos que el discípulo amado es cualquier creyente (comenzando por los miembros de la comunidad joánica) que se acerque al Señor con las debidas disposiciones, crea en Él, y dé testimonio de Jesús en el momento de la prueba; podemos inferir que si tenemos una fe consistente, el Señor habrá dado su vida también por cada uno de nosotros, para que tengamos Vida en Él.

XII. La unción en Betania: *el perfume*

El perfume hace a lo gratuito e innecesario, igual que la invitación a una comida. En este sentido expresa alegría expansiva y júbilo generoso. Por eso se ungía a los reyes con perfume (“a mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos”), para resaltar el esplendor de su persona⁸³. En este mismo sentido, es que la esposa del *Cantar de los Cantares* conserva los perfumes para su esposo (cf. *Ct* 7,14). Pero el perfume recuerda también los ritos funerarios, con que procuraba reducirse el hedor de la putrefacción (cf. *Mc* 16,1)⁸⁴. En este sentido, su utilización podría estar señalando la inminencia del fin... Por eso, en Betania, una vez más, nos encontramos con lo paradójico del simbolismo joánico.

“Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dieron allí una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume. Dice Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo había de entregar: ‘¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?’ Pero no decía esto porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella. Jesús dijo: ‘Déjala, que lo

⁸³ Cf. WIDENGREN, G., o.c., 346ss.

guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre tendrán con ustedes; pero a mí no siempre me tendrán’.

“Gran número de judíos supieron que Jesús estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos judíos se les iban y creían en Jesús” (Jn 12,1-11)⁸⁵.

Un derroche aparentemente innecesario

No deja de ser interesante el contexto de la invitación: *“Seis días antes de la Pascua”* (12,1). Sólo que ésta sería una pascua muy particular: la nueva y definitiva. En esta comida, *“Marta servía [=diakóne]* y *Lázaro era uno de los que estaban a la mesa”* (v.2). Nuevamente aparece Marta con un rol activo de servicio, y Lázaro como elocuente testigo del amor de Jesús. Pero aquí acontece lo inesperado. *“Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro [=pistikēs], muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume”* (v.3). Lo imprevisto del gesto y el costo del mismo, hace que Judas exclame: *“¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?”* (v.5). A su modo de ver, el derroche había sido aparentemente innecesario: trescientos denarios equivalían a trescientos jornales; era casi un año de trabajo.

⁸⁴ Id., 376ss.

⁸⁵ Cf. RIVAS, L., o.c., 333-339; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 306-307; SCHNACKENBURG, R., o.c., 452-460.

Queda claro que Judas no termina de percibir el alcance de este gesto realizado por María, a quien ya conocemos del episodio anterior, con este perfume precioso: curiosamente la palabra *pistikēs* tiene la misma etimología que *pístis*, que significa 'fe'. Lo que María acaba de hacer mediante su característico lenguaje simbólico es un acto creyente de reconocimiento y adoración. Posiblemente en el relato haya una solapada alusión crítica a quienes en la comunidad joánica hubieran preferido insistir más en la caridad evangelizadora que en las expresiones y celebrativas. Es decir, gastar más en atención a los pobres y menos en el culto. También en tiempos del posconcilio se tendió a poner este acento de servicio a los pobres, en la vida pastoral de la Iglesia, en detrimento de la importancia conferida a los gestos litúrgicos y la nobleza del culto.

Sin embargo, pienso que -con María y con Jesús- sería bueno recordar que las celebraciones bien cuidadas terminan beneficiando a todos (incluidos los pobres) de un modo más profundo y permanente. Sin evidentemente contraponerlos, los hechos dan cuenta de que cuando decae el nivel celebrativo, también tiende a desvanecerse la auténtica caridad. Por otra parte, el evangelista se muestra muy duro con respecto a las verdaderas motivaciones del comentario de Judas: "*Pobres siempre tendrán con ustedes*", dice Jesús, ¡para abrirles la mano y ocuparte del indigente! (cf. *Dt* 15,11).

La elocuencia de los gestos

Pese a las objeciones de Judas, Jesús tiene finalmente una actitud de aprobación: "*Déjala, que lo guarde para el día de mi*

sepultura” (v.7). Sin embargo, la afirmación no resulta del todo clara, ya que no era éste el tipo de perfume con que se ungía a los muertos. Tal vez podamos interpretar esta intervención de Jesús en un plano simbólico, ya que la muerte de Jesús es en realidad coincidente con su glorificación (como Ungido de Dios). De todos modos, con esta respuesta, el desenlace queda planteado. La ambigüedad del gesto mismo lo expresa. Por un lado, la casa llena del olor del perfume que es signo de amor, adoración y glorificación; por otro, se hace referencia a la muerte inminente, al evocarse el signo de la entrega (=el dinero) y el nombre del traidor (=Judas Iscariote). La inminencia de la “hora” (cf. 12,27.32-33; 13,1) se respira en el ambiente.

En nuestro tiempo, en el que el lenguaje racional cae en descrédito y parece ya no responder al modo de expresión de nuestra época, los gestos sentidos pueden aportar un decir tal vez más elocuente. Por eso hay que cuidarlos, aunque parezcan un derroche innecesario. Los gestos entran más fácilmente en la dinámica del don que la profundidad de las palabras. Y el ‘don’ siempre supone algo de ‘exceso’ y derroche.

Para reflexionar:

- ✓ Podríamos preguntarnos: *¿De qué modos concretos expreso mi amor gratuito y desbordante hacia el Señor y hacia quienes viven a mi lado?*

XIII. El lavatorio de los pies: *el servicio*

Una de las cosas que más nos cuesta a las personas es ponernos en actitud de servicio. Principalmente, porque en una lógica meramente humana, quien sirve se declara inferior al que es servido, y fomenta lo que P. Bourdieu denominaría un *habitus* funcionalmente dependiente; atentando, por lo tanto, contra los fundamentos más elementales de una sana autoestima y reconocimiento social.

Estas observaciones se aplican de un modo muy concreto a lo que en tiempos de Jesús suponía lavar los pies. Era un trabajo tan humillante que sólo a los esclavos extranjeros podía pedírsele: nunca a un judío vendido como tal en Israel. Tampoco podía exigírsele este gesto a un discípulo, que en todo lo demás, durante su tiempo de aprendizaje, debía sostener y servir a su maestro como un siervo lo hacía con su señor: salvo -y es interesante notar esto- que lo hiciese por afecto, como también podía ocurrir en el caso de la esposa con su marido, o con el hijo hacia su padre. Sin embargo, Jesús, llegando el final de su ministerio público, quiso recapitular su misión con este signo tan particular: el Señor y Maestro se puso a lavar los pies de sus discípulos...

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de

entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un recipiente y se puso a lavar los pies de sus discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido.

“Llega a Simón Pedro; éste le dice: ‘Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?’ Jesús le respondió: ‘Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde’. Le dice Pedro: ‘No me lavarás los pies jamás’. Jesús le respondió: ‘Si no te lavo, no tienes parte conmigo’. Le dice Simón Pedro: ‘Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza’. Jesús le dice: ‘El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos’. Sabía quién le iba a entregar, y por eso dijo: ‘No están limpios todos’.

“Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: ‘¿Comprenden lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman ‘el Maestro’ y ‘el Señor’, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes” (13,1-15).

“Comenzó a lavarles los pies”

El texto⁸⁶ comienza con mucha solemnidad, y ni por asombro nos da pie para imaginar que justo en ese momento culminante Jesús asumiría la actitud de servicio que tomó: *“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* (v.1). La expresión contrasta fuertemente con la decisión de Judas, que ya tenía “puesto en el corazón” el deseo de entregar al Señor. La expresión denota una decisión ya plenamente asumida e irrevocable (cf. 1 Sam 29,10; Jb 22,22; Lc 21,14). Sin embargo, como ya lo hacía notar el evangelio de Lucas (cf. 22,3), más que de Judas, se trata del diablo, que es el verdadero homicida (cf. Jn 8,44).

Es entonces que Jesús *“se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego, echa agua en un recipiente y se puso a lavar los pies de los discípulos, y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido”* (vv.4-5). En la lógica concatenación del relato, lavar los pies se convierte en símbolo de un amor *“hasta el extremo”*. Es decir, un amor que no mide en su abajamiento con tal de enaltecer y dignificar. Porque, en efecto, solo a personajes encumbrados, cuando se quería manifestar por algún motivo mucho aprecio, o resaltar la dignidad del huésped, se recurría a este gesto. Por otra parte, es fácil de percibir que, en lugares donde el agua escaseaba y los caminos generalmente se hacían largos y fatigantes, se apreciara mucho el lavatorio de pies: es como si hoy ofreciéramos al que viene de viaje

⁸⁶ Cf. RIVAS, L., o.c., 359-373; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 311-313; SCHNACKENBURG, R., o.c., (III) 29-75.

la posibilidad de darse una ducha. Ya en el Antiguo Testamento, Abraham, modelo de hospitalidad en la teofanía de Mambré, había ofrecido a sus tres misteriosos visitantes agua para lavarse los pies (cf. *Gen 18,4*). La originalidad del gesto de Jesús es que Él mismo se pone a hacerlo.

- ✓ Podríamos preguntarnos también nosotros: *¿Cuáles son hoy esos pequeños grandes gestos con que podemos aliviar y dignificar a quienes viven a nuestro lado, o también a quienes entran en contacto con nosotros?*

“Si no te lavo no tendrás parte conmigo”

Sin embargo, Jesús encuentra un discípulo que pone lógicas objeciones, con las que también nosotros podríamos sentirnos identificados. En efecto, Pedro le dice al Maestro: *“Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?”* (v.8). Y más aún: *“No me lavarás los pies jamás”* (ib.). La resistencia del discípulo parece razonable y contundente: no puede aceptar una humillación de esa clase por parte de su Señor, a quien él ama. Pero aquí es donde interviene Jesús, también en dos momentos: *“Lo comprenderás más tarde”* [...]. *Si no te lavo, no tienes parte conmigo”* (v.8). En realidad, mucho de lo dicho y hecho por Jesús será comprendido sólo “más tarde” por los discípulos. Pero además, Jesús le da al gesto de “lavar” un sentido de participación mucho más profundo: se trata de una purificación pascual de los discípulos, llena de reminiscencias bautismales, y que sólo será factible con la humillación del Hijo de Dios. El gesto, entonces, no consiste en una mera limpieza externa

de los pies, sino en un servicio profundo de purificación, que solo puede surgir del agua del nuevo Templo (cf. *Ez 47,1ss*), que es el mismo Cristo (cf. *Jn 2,21*), capaz de hacer partícipes a los discípulos de su vida.

Por último, y con estas premisas, dejarse lavar los pies supone también en el destinatario de este servicio una actitud de profunda humildad. Porque quien se deja servir reconoce su propia indigencia, y la necesidad de los otros para su propio desarrollo humano y espiritual. En términos más absolutos, sólo puede emprender una tarea generosa de servicio el que ha entendido previamente que la vida es ante todo don. De este modo, en el servicio recibido se puede hacer experiencia del amor de Dios, para luego tener a su vez la capacidad de brindarlo creativamente a los demás. En este sentido, es importante que también nosotros reconozcamos y agradezcamos las situaciones en las que otras personas nos han prestado diferentes servicios, como expresión de amor, y que verdaderamente nos han terminado dignificando.

“Si yo que soy Señor y Maestro”

Como siempre, los relatos joánicos tienen una especie de corolario: *“Si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes”* (v.15). El gesto de Jesús tiene también un carácter ejemplar: se trata de que todos sus discípulos lo repitan, sirviéndose unos a otros, y expresando de este modo su amor. En efecto, si el Señor actúa con la humildad de un siervo, y el Maestro va más allá de lo que estaba prescrito para un discípulo, y lo hace libremente y

por amor, aquellos que en realidad son servidores y discípulos tienen sobrados motivos para seguir el ejemplo. Es lo que nos dice la primera carta de Juan: *“En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos”* (1 Jn 3,16).

El gesto se convierte entonces en una explícita exhortación a servirse, lavarse y purificarse mutuamente. Por eso también podría interpretarse en un sentido más acotado y explícito, en continuidad con las palabras del resucitado: *“Los pecados serán perdonados a quienes ustedes se los perdonen, y serán retenidos a quienes ustedes se los retengan”* (Jn 20,23). Así, del mismo modo que el Señor purificó y dio vida a sus discípulos, también estos estarán llamados a conferirla al mundo. La vida del cristiano debe caracterizarse por el servicio, como expresión de un amor hasta el extremo. Este amor incondicional es el de tantas madres que se desviven por sus hijos, el de tantos esposos que a diario entregan su vida por su cónyuge, el de tantos profesionales que se abocan generosamente a su actividad procurando el bien público, el de tantas personas anónimas que realizan actividades de voluntariado y servicio en variados ámbitos. En fin, el servicio como expresión de “amor hasta el extremo”, es el que debe caracterizar la vida de los hijos de Dios (1 Jn 4,7-16).

XIV. La pasión y muerte: *las tinieblas*

Hay un largo discurso de Jesús que fue interpolado entre el relato del lavatorio de los pies y el comienzo de la pasión (y que corresponde a los capítulos 15-17)⁸⁷. El mismo sirve, en cierto modo, como preludio de lo que vendrá. En el mismo, por momentos, se respira un clima de intranquilidad, temor y oscuridad: “*En verdad, en verdad les digo que uno de ustedes me entregará*” (13,21); “*Si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes*” (15,20); “*Dentro de poco ya no me verán*” (16,16); “*Ha llegado la hora*” (17,1)...

El evangelista maneja muy bien estos símbolos: la oscuridad de la noche (13,30); el pertenecer, estar o venir con (18,3,25); los ámbitos, como el permanecer afuera (18,16); las apreciaciones climáticas, como hacer frío y tener que calentarse (18,25); las actitudes, como la entrega (19,16). Sin embargo, y a diferencia de los evangelios sinópticos, el cuarto evangelio destaca constantemente la soberanía del Señor. Incluso en los momentos más angustiantes, subraya el “*Yo soy*” (propio de la santidad y trascendencia de Yahveh, como en *Is* 6,3) y la convicción en Jesús de tener que cumplir una misión encomendada por el Padre (cf. *Jn* 14,28; 16,5; 17,3). Sus últimas palabras en la cruz serán, en efecto: “*Todo está cumplido*” (19,30).

Como particularidad, el autor del cuarto evangelio combina con mucha habilidad los signos véterotestamentarios de la pascua antigua con la muerte de Jesús: a diferencia de lo que acontece en

los evangelios sinópticos, en Juan la muerte del Señor se produce en vísperas de la pascua judía (cf. 19,14); la referencia a la realeza de Jesús se transforma en motivo indiscutido de su condena (cf. 19,19); la túnica sin costura del Sumo Sacerdote lo manifiesta a Él como el único y definitivo (19,23); el no quiebre de los huesos del Cordero nos recuerda una vez más que Él es el verdadero Cordero que quita el pecado del mundo (19,33; cf. Ex 12,46), etc. Es decir, que si todo el evangelio muestra cómo los signos prefigurados en las páginas del Antiguo Testamento se cumplen plenamente en Jesús, el relato de la pasión parece concatenarlos y concentrarlos de un modo supremo. Esto nos invita también a nosotros a unificar nuestra percepción simbólica de la existencia desde un centro teologal que es la misma pascua del Señor, para lograr entender cómo es que sólo desde allí se anudan los significados más profundos de lo que nos va tocando vivir.

El prendimiento

“Jesús pasó con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que entraron él y sus discípulos. Pero también Judas, el que le entregaba, conocía el sitio [...]. Llega allí con la cohorte y los guardias enviados por los sumos sacerdotes y fariseos, con linternas, antorchas y armas. Jesús, que sabía todo lo que le iba a suceder, se adelanta y les pregunta: ‘¿A quién buscan?’ Le contestaron: ‘A Jesús el Nazareno’. Respondió Jesús: Ya les he dicho que yo

⁸⁷ Cf. RIVAS, L., o.c., 455-515; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 323-328; SCHNACKENBURG, R., o.c., (III) 268-369.

soy; así que si me buscan a mí, dejen marchar a éstos' (18,1-9).

El relato se inicia diciendo que *"había un huerto [=kēpos]"* (18,1). La expresión vuelve a aparecer en el momento en que Jesús es colocado en el sepulcro, en vísperas de su resurrección (19,41). Esto ambienta el relato de la pasión en una especie de Edén, o huerto primordial (cf. *Gen 2,8*)⁸⁸. Es decir, incluso la pasión está impregnada de una unción o glorificación anticipada que remite al orden creacional: el actual caos de la pasión preludia la nueva creación, como acontecía en la mitología de los pueblos arcaicos, en donde la catástrofe no anunciaba principalmente un final absoluto, sino más bien la completa renovación del cosmos⁸⁹.

Pero además, el lector del cuarto evangelio ya sabe que el prendimiento de Jesús está subordinado al triunfo y manifestación real del Hijo de Dios sobre el mundo y la muerte. Nada más que a modo de ejemplo, cuando los judíos con los soldados van en busca de Jesús, éste les pregunta: *"¿A quién buscan?"* (v.4). Y cuando le dicen: *"A Jesús el nazareno"*, Él les responde: *"Yo soy"* (*ib.*), haciéndolos caer en tierra, como si se tratase de una hierofanía (cf. *Gen 17,3; Jos 5,14; Ez 1,28; Dn 8,17-18; 10,9*). La afirmación *"Yo soy"* se repetirá con algunas variantes dos veces más (cf. vv.6 y 8). Podría interpretarse que Jesús es el tres veces santo (cf. *Is 6,3*). Y si esto es así, vivirá para siempre.

⁸⁸ Sobre el simbolismo del huerto / jardín ver la voz "Paraíso" en: CHEVALLIER, J., o.c., 800-802.

⁸⁹ Cf. ELIADE, M., o.c., 61-70.

Las negaciones

“Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el atrio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedaba fuera, junto a la puerta. Entonces salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo pasar a Pedro. La muchacha portera dice a Pedro: ‘¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?’ Dice él: ‘No lo soy’. Los siervos y los guardias tenían unas brasas encendidas porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos calentándose [...].

“Estaba allí Simón Pedro calentándose y le dijeron: ‘¿No eres tú también de sus discípulos?’ Él lo negó diciendo: ‘No lo soy’. Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dice: ‘¿No te vi en el huerto con Él?’ Pedro volvió a negar, y al instante cantó un gallo” (18,15-18.25-27).

No deja de ser sugerente la afirmación de que, comenzado el juicio, *“Pedro se quedaba afuera”* (v.16). En cierto modo, también estaba “fuera” cuando, no comprendiendo las intenciones de su Maestro en el momento del prendimiento, intentaba defenderlo “a lo humano”: *“Vuelve la espada a la vaina. La copa que me ha dado el Padre, ¿no la voy a beber?”* (v.11). Cuando a muy poco le pregunten a este mismo discípulo si es de los de Jesús, dirá: *“No lo soy”* (v.17). Y por el contrario, se hará notar que cuando *“los siervos y los guardias tenían una brasas encendidas porque hacía frío, y se calentaban; también Pedro estaba con ellos calentándose”* (v.18).

Es en ese momento en que *“estaba con ellos calentándose”* que le dicen: *“¿No eres tú también de sus discípulos? No lo soy”* (v.25). O nuevamente: *“¿No te vi yo en el huerto con él? Pedro volvió a negar, y al instante cantó un gallo”* (vv.26-27).

De este modo, el evangelio subraya de un modo intencional la presencia de un mundo simbólico que aleja a Pedro de Jesús: está afuera, donde hace frío y es preciso calentarse; no está con Jesús sino con el grupo de servidores del Sumo Sacerdote; no es de los discípulos de Jesús ni está con él en el huerto. En plena pasión, Pedro está en la antípoda de lo que debería ser un verdadero discípulo. No obstante, podríamos aventurar que sus negaciones son una elocuente expresión del desconcierto que en realidad viven todos los discípulos, y de lo que él simplemente se convierte en portavoz. En realidad la “distancia” que se establecía entre ellos y su Maestro era apabullante: por más que lo hubieran querido, no terminaban de poder estar con él (salvo el discípulo amado que había “entrado”).

Creo que también en nuestras vidas podemos pasar por momentos de profundo desconcierto, que nos pueden hacer percibir a Jesús como si fuera un gran desconocido...

Juicio y condena

“Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: ‘¿Eres tú el rey de los judíos?’ Respondió Jesús: ‘¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?’ Pilato respondió: ‘¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?’

Respondió Jesús: 'Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí'. Entonces Pilato le dijo: '¿Luego tú eres rey?' Respondió Jesús: 'Sí, como dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz' ” (18,33-37).

En los cuadros referentes al juicio y condena se han deslizado algunas ironías. Por ejemplo, se dice que los Sumos Sacerdotes “*no entraron al pretorio para no contaminarse y poder así comer la Pascua*”, y que “*salió entonces Pilato*” (vv.28-29). Es decir, el mismo Pilato, representante de las fuerzas de ocupación, parece tener mejor disponibilidad hacia el Rey de los judíos que los mismos líderes de Israel. Pero además, estos se concentran en la pureza de prácticas rituales y no ven que están matando al Hijo de Dios. La pregunta para el lector es obvia: ¿cuál de las dos actitudes “contamina” más en vísperas de la celebración pascual, entrar al Pretorio o entregar al Hijo de Dios?

El diálogo que Jesús sostiene con Pilato sirve para intentar aclarar en qué sentido Él es rey. De hecho ese tipo de títulos y tratamientos Jesús parece haberlos querido evitar a rajatabla a lo largo de todo su ministerio público: no quería convertirse en cómplice de las restringidas expectativas mesiánicas del nacionalismo hebreo. Por eso Jesús, cuando Pilato le pregunte: “*¿Eres tú el rey de los judíos?*” (v.33), inquirirá si eso lo dice por su cuenta o si es que se lo han dicho. Si bien en ambos casos las interpretaciones podían ser restringidas, en el caso de que Pilato lo pensase por sí mismo no habría dudas de que la pretensión regia

que atribuiría a Jesús sería una de connotaciones meramente políticas.

En este contexto, Jesús, falto aparentemente del más elemental sentido común, si bien aclarando que su reino “*no es de este mundo*”, responde contundentemente: “*Sí, como dices, soy rey*” (v.37). Esto dará pie para que los Sumos Sacerdotes pidan maliciosamente su crucifixión, insistiendo en esto tres veces: “*¡Crucificalo, crucificalo!*” (19,6); “*¡Crucificalo!*” (v.15); porque (¡otra nueva ironía!): “*no tenemos más rey que el César*” (v.15). De este modo se desencadena el final. El relato refiere la crucifixión del Señor (19,17-22); el reparto de sus vestidos (en el que se incluye el sorteo de la túnica sin costura, símbolo de su sumo sacerdocio) (vv.23-25); el cuadro en donde aparece Jesús con su madre y el discípulo amado (vv.25-27); la muerte de Jesús para que todo se cumpla (vv.28-30); y la lanzada (vv.31-37), para que brote sangre y agua (símbolos eucarístico y bautismal respectivamente). Finalmente, en vísperas de la pascua, José de Arimatea y Nicodemo “*tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con aromas*” (v.40). Ya en el huerto (que nos recuerda el paraíso de la nueva creación [cf. 1,1]), los aromas de la unción (que como en Betania nos hablan del rey-esposo [cf. 12,3], y la referencia al sepulcro nuevo (que nos remite a la revivificación de Lázaro [v.41; cf. 11,38ss]), preludian, como un acontecimiento ya inminente, la resurrección de Jesús.

Posiblemente, en los momentos más oscuros de nuestras vidas, nos cueste percibir la luminosidad subyacente a lo que padecemos. Sin embargo, la pasión según san Juan nos invita a mirar con optimismo los momentos más trágicos de nuestra existencia, con la convicción de que el Señor ha triunfado sobre el

poder del pecado y de la muerte. En el misterioso plan providencial de Dios, todo tiene un sentido último de gloria y esplendor...

XV. El resplandor de la resurrección: la glorificación

Los relatos de la resurrección aparecen enmarcados por un contexto de resplandor⁹⁰. Procuran mostrar que los eventos de la pasión quedaban como incluidos dentro de lo que el mismo Jesús denominó la “hora” de su “glorificación” (cf. 17,1.4-5); es decir, su vuelta al Padre (cf. 15,28). Por eso lo que más se destaca en los mismos es la misión consoladora y pacificadora de Jesús; donde los símbolos del blanco y de la luz contrastan con los tonos de las oscuras tinieblas, que merodeaban en las páginas precedentes por la falta de fe.

La aparición a María Magdalena...

“El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro [...]. Mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Ellos le dicen: ‘Mujer, ¿por qué lloras?’ Ella les respondió: ‘Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto’. Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: ‘Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?’ Ella, pensando que era el encargado del huerto,

le dice: ‘Señor, si Tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré’. Jesús le dice: ‘María’. Ella se vuelve y le dice en hebreo: ‘Rabbuní -que quiere decir: ‘Maestro’-. Le dice Jesús: ‘Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre. Pero vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y Padre de ustedes, a mi Dios y Dios de ustedes’. Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: ‘He visto al Señor’ y que había dicho estas palabras” (20,1.11-18).

En efecto, María Magdalena (cf. *Mc* 16,1; *Mt* 28,1; *Lc* 8,2) va al sepulcro “*el primer día de la semana*”, cuando “*todavía estaba oscuro [=skotías]*” (20,1). Está oscuro porque ella aún no ha hecho experiencia de fe (el primero que la hará será del discípulo amado, en el cuadro que comentaré a continuación). Además, la oscuridad nos remite a *Gen* 1,2, al caos primordial, al momento en que todavía no había sido pronunciada ninguna palabra, antes de que fuera creada la luz. El llanto de María, por su parte, nos recuerda la escena de Lázaro y el sepulcro (cf. 11,33ss), donde también muchos de los presentes y Jesús mismo están llorando.

En este caso, María va al sepulcro porque la guía el amor hacia Jesús y el deber de cumplir con los ritos funerarios. Pero inesperadamente, se encuentra allí con “*dos ángeles de blanco*” (v.13): ellos son indicios de la nueva creación que ya ha despuntado. Le preguntan a María: “*Mujer, ¿por qué lloras?*” (v.13). Es la misma pregunta que poco después le hará el mismo Jesús: “*Mujer, ¿por qué lloras?*” (v.15). Notemos que María Magdalena es llamada “*mujer*”, como la madre de Jesús (cf. 2,4; 19,26), la

⁹⁰ Cf. RIVAS, L., o.c., 517-539; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 328-330; SCHNACKENBURG, R., o.c., (III) 370-420.

samaritana (cf. 4,21), y la mujer adúltera (si bien en este último caso se trata de un texto interpolado con posterioridad en el evangelio de Juan, cf. 8,10). La expresión “mujer” remite a *Ap* 12,1 y *Gen* 3,15, y personifica al pueblo de Dios, o incluso a la misma humanidad en camino de justificación, en marcha hacia la luz.

La referencia al número dos podría tener que ver con la capacidad de dar testimonio (“aclarar las cosas”), y por eso eran dos también los discípulos de Emaús. Pero la referencia a los dos ángeles también nos remite a los dos jóvenes de Marcos: el primero desnudo en el contexto de la pasión (14,52), y el segundo sentado y vestido de blanco (16,5). El blanco podría estarnos recordando la transfiguración del Señor (cf. *Mc* 9,3), a modo de símbolo de triunfo y resurrección. Pero además, la pregunta busca consolar: más aún, como en el caso de los discípulos de Emaús, una vez expresado el motivo de la angustia, aparece la posibilidad de iluminar la vida con el evento de la resurrección. Es lo que procuran hacer los ángeles, y de un modo más personalizado el mismo Jesús: “*María [...]. Rabbuni*” (v.16). Es decir que, irónicamente, habiendo confundido a Jesús con el encargado del huerto (en sentido literal), termina reconociendo al verdadero “*encargado del huerto*” (v.15) (o paraíso, en sentido alegórico)...

Con este descubrimiento, la referencia genérica a la “mujer” cobra rostro y nombre preciso: “María”. Es el único nombre femenino que pronuncia Jesús en el cuarto evangelio. En ella, que de hecho desempeñó un rol protagónico en el período apostólico, podría estarse representando a la comunidad joánica que se abre a la fe ya de un modo explícito (a diferencia de los que se vinculan a ella de un modo más velado, como Nicodemo o José de Arimatea). Y así como Natanael hizo su profesión de fe cuando se vio

“conocido” por Jesús (cf. *Jn* 1,47-49), del mismo modo María Magdalena lo reconoce como el Maestro con mayúsculas cuando se siente llamada por su propio nombre. De un modo análogo ocurrirá con Pedro, en el diálogo que mantendrá con Jesús resucitado, en donde será llamado por tres veces “*Simón de Juan*” (21,15-17). En este caso se tratará del único vocativo masculino puesto en boca de Jesús⁹¹, y provocará en Pedro una decisiva conversión al Señor.

Podríamos decir que también en nuestro caso, en la medida en que nuestro itinerario de discípulos nos personaliza en nuestra condición de originales e irrepetibles hijos/as de Dios, vamos descubriendo más acabadamente al Señor resucitado. O también inversamente, la experiencia del resucitado va personalizando cada vez más nuestra vida. Porque la fe no se opone a lo que de originalmente humano hay en cada uno de nosotros, sino que más bien lo consolida y eleva.

... y a los discípulos

“Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio los lienzos en el suelo; pero no entró. Llega también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve los lienzos en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a los lienzos, sino plegado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al

⁹¹ A no ser el de Felipe, dicho de pasada en 14,9, pero que como ya dijimos no forma parte de la redacción original (o más antigua) del cuarto evangelio.

sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos” (20,3-9).

También los discípulos varones hacen experiencia de la resurrección: el discípulo amado en primer lugar (v.8), y en la redacción final del cuarto evangelio, antes incluso que María Magdalena. Juan pone nuevamente en relación a Pedro con el discípulo amado. Dice que corren juntos, *“Pedro y el otro discípulo”* (v.3), pero que éste último llega primero. Sin embargo, como reconociendo una cierta autoridad y primacía del primero, no entra. Ahora bien, cuando lo hace, el texto afirma que *“vio y creyó”* (v.8). Como en la pesca milagrosa del capítulo 21, el discípulo amado percibe las cosas antes que Pedro. En este caso le basta con ver los lienzos y el sudario para acceder a la fe.

Sin embargo, es cierto que uno podría decir que el sepulcro vacío, de por sí, no es un argumento contundente de credibilidad: por más que el evangelista se esmere en describir cómo encontraron los discípulos el sepulcro, y cómo estaban dispuestos el sudario y las vendas, es consciente de son necesarias las apariciones del resucitado para suscitar la fe. Por eso Jesús se tendrá que aparecer expresamente a los discípulos...

“Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: ‘La paz con ustedes’ ” (v.19).

Nuevamente, se trata del primer día de la semana, el día de la nueva creación, después del descanso sabático. Se habla de “puertas cerradas” y “miedo a los judíos”. Todo da a entender que era el momento menos propicio para que Jesús se presentara y diese a conocer, ya que la actitud de sus discípulos era más bien defensiva. Sin embargo, Él se les aparece. El texto quiere destacar la novedad de esta aparición, que para nada era esperada por sus acobardados discípulos. El saludo del resucitado es entonces de paz: *“La paz con ustedes”*. La expresión se repetirá por tres veces (vv. 20, 21 y 26). El término *shalóm*, expresión hebrea subyacente a la palabra “paz”, denota no solo tranquilidad y ausencia de guerra, sino también ‘pleno sentido’. De este modo, el resucitado trae ‘pleno sentido’ a la vida de los discípulos que para ese momento estaban todavía bastante desconcertados. El evangelista quiere poner de manifiesto que la verdadera *shalóm* solo puede ofrecerla a los suyos Cristo resucitado.

Sin embargo, el relato hace notar la ausencia de Tomás en ese momento; como así también su resistencia a creer en el testimonio del resto, cuando a su regreso le insisten: *“Hemos visto al Señor”* (v.24). Daría la impresión de que Tomás, que hasta hacía un tiempo había manifestado estar dispuesto a morir con Jesús en Galilea (cf.11,16), quisiera tener ahora mayores garantías sobre la veracidad de lo que sus hermanos le testimonian...

“Señor mío y Dios mío”

“Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: ‘La paz con ustedes’. Luego dice a

Tomás: ‘Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente’. Tomás le contestó: ‘Señor mío y Dios mío’. Le dice Jesús: ‘Porque me has visto has creído. Dichos los que no han visto y han creído’ ” (20,26-28).

En efecto, transcurridos ocho días, Jesús se le aparecerá también a Tomás, y entonces también él creerá: “*Señor mío y Dios mío*” (v.28). En esta expresión se visualiza la dificultad que experimentaron quienes no habían visto o conocido personalmente al Señor, después de la primera generación de discípulos. Pero el relato parecería haber sido colocado para confirmarnos también a nosotros en la fe, que análogamente a Tomás, debemos fiarnos del testimonio de una tradición bimilenaria de cristianos para acceder a la objetividad de la misma. Porque tampoco a nosotros se nos apareció personalmente el Señor, sino que la fe nos fue transmitida de forma mediada. Y entonces es puesta en boca de Jesús una exhortación que sigue siendo válida para nosotros: “*No seas incrédulo sino creyente [=mé á pistos anla pistós]. Dichosos los que no han visto y han creído*” (v.29).

Para reflexionar:

- ✓ Podríamos preguntarnos si nos esforzamos por conocer y profundizar seriamente los fundamentos de nuestra fe; sobre todo cuando vemos que una amplia gama de novelas con pretensión de historicidad buscan dar explicaciones fantasiosas sobre los orígenes cristianos, o sobre aspectos

fundamentales que hacen a nuestras convicciones de creyentes, ignorando o tergiversando el contenido de los documentos históricos verdaderamente existentes...

XVI. La escena junto al lago: *el seguimiento*

Este relato fue añadido posteriormente al evangelio, y parece recuperar algunos de los temas más significativos del mismo⁹². A lo largo de anteriores meditaciones ya he venido haciendo referencia a algunos de los aspectos que entretienen este último cuadro del cuarto evangelio: por eso aprovecharé esta ocasión para recapitular algunos de los principales hilos que atraviesan las páginas precedentes. Posiblemente esta misma intención haya motivado la redacción posterior de este epílogo, por parte de algún discípulo de la comunidad joánica (cf. 21,24).

La escena nos recuerda el episodio de la pesca milagrosa de Lc 5,1-11: también allí la cantidad de pescado obtenido después de una noche de fracaso es un signo más que evidente de la presencia de Dios (cf. v.8). En nuestro caso, los símbolos parecen concentrarse y yuxtaponerse: la pesca, la barca, la comida, los discípulos con Simón Pedro a la cabeza, el diálogo y la triple profesión de amor, el seguimiento...

“Es el Señor”

“Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: ‘Voy a pescar’. Le contestan ellos: ‘También nosotros vamos contigo’. Fueron y

subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada. Cuando amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Les dice Jesús: ‘¿Muchachos, ¿no tienen nada que comer?’ Le contestaron: ‘No’. Él les dijo: ‘Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán’. La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: ‘Es el Señor’. Cuando Simón Pedro oyó ‘es el Señor’ se puso el vestido -pues estaba desnudo- y se lanzó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces; pues no distaban mucho de tierra, sino unos doscientos codos. Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Les dice Jesús: ‘Traigan algunos de los peces que acaban de pescar’. Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres” (21,1-11).

Tenemos una vez más a Pedro y al discípulo amado, cada uno con su misión eclesial. Liderando el grupo, dice el primero: “Voy a pescar”. Y como no podía ser de otro modo, el resto responde: “También nosotros vamos contigo” (21,3). Sin embargo, cuando después del diálogo con “el hombre de la orilla” realizan una pesca impensable, es “el discípulo a quien Jesús amaba” (cf. 20,8; 13,23) quien “dice a Pedro: ‘Es el Señor’ ” (v.7). Y sólo entonces él se dio cuenta del alcance simbólico de esa pesca...

Hay algunos detalles complementarios que no dejan de ser interesantes. En la comida al borde del lago, los discípulos reciben

⁹² Cf. RIVAS, L., o.c., 541-554; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 330-332; SCHNACKENBURG, R., o.c., (III) 421-480.

de Jesús tanto el pan como el pez (v.13). Esto nos recuerda el episodio de la multiplicación de los panes, donde también el signo se constituye a partir de panes y peces que (a diferencia de los sinópticos) distribuye el mismo Jesús (cf. 6,9). Además, la cantidad de discípulos era de siete: es decir, la comunidad perfecta (o escatológica). Y los que son mencionados por el nombre son de lo más representativo del evangelio: Simón Pedro (con quien Jesús dialogará en particular), los hijos de Zebedeo (que en los sinópticos participan de los episodios tanto de la transfiguración como de Getsemaní), Natanael (el escéptico que acabó creyendo), Tomás (el que no creyó hasta que vio) y el discípulo amado (el que vio y creyó inmediatamente).

No deja de ser también sugerente el hecho de que haya sido el mismo Simón Pedro el que *“subió y sacó la red a tierra”* (v.4). Es él quien se hace cargo de los ciento cincuenta y tres peces (un número de base 17⁹³, en el que, además, 10 + 7 expresa multitud y perfección). Es decir, que Pedro, una vez *“vuelto”* (cf. *Lc 22,32*), aparece como el que está a cargo de la multitud de discípulos que creerán en Jesús, para llevarlos a la plenitud de la fe (cf. *Hch 2,14ss; 3,11ss; 4,8ss*).

Intentemos ahora una aplicación pastoral de la escena. En la actualidad nosotros reconocemos en la persona del Papa al legítimo sucesor de Pedro. El Papa no tiene todos los carismas, como tampoco Pedro los tuvo; pero como él, es capaz de discernir lo que el Espíritu va diciendo a tantos *“discípulos amados”* presentes en la Iglesia. También hoy el Papa es el responsable último de la pesca y de confirmar a los hermanos en la fe. También él es el referente último de los discípulos al momento de emprender actividades, y

⁹³ Es decir, $1 + 2 + \dots + 17 = 153$.

por eso los cristianos secundamos sus iniciativas como lo hicieron los que estaban con Pedro cuando él decidió ir a pescar.

“Simón, ¿me amas más que estos?”

“Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: ‘Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?’. Le dice él: ‘Sí, Señor, tu sabes que te quiero’. Le dice Jesús: ‘Apacienta mis corderos’. Vuelve a decirle por segunda vez: ‘Simón de Juan, ¿me amas?’ Le dice él: ‘Sí, Señor, tú sabes que te quiero’. Le dice Jesús: ‘Apacienta mis ovejas’. Le dice por tercera vez: ‘Simón de Juan, ¿me quieres?’ Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: ‘¿Me quieres?’ y le dijo: ‘Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero’. Le dice Jesús: ‘Apacienta mis ovejas’ (21,15-17).

Percibimos que el relato toma un carácter más íntimo en el diálogo entre Pedro y Jesús. Éste le pregunta por tres veces⁹⁴ a su discípulo: “*Simón de Juan, ¿me amas más que estos?*” (vv.15. 16. 17; la tercera vez dice “*quieres*”; mientras que el “*más que estos*” aparece solo la primera vez). Con la referencia a la triple pregunta, instantáneamente nos viene a la memoria el recuerdo de la triple negación. En este caso Jesús intenta que Pedro ‘reactive’ su amor, y obtenga un ‘digno resarcimiento’. Por eso se dirige a él llamándolo por el nombre: Simón de Juan.

La traducción de la expresión podría ser tanto “más que estos” como “más que a estos”. En ambos casos, lo que se pide a Pedro

es que dirija su capacidad de amar principalmente hacia Jesús. Sólo entonces estará en condiciones de ocuparse de las ovejas o corderos. Si recordamos que al inicio del evangelio, Juan Bautista presentaba a Jesús como Cordero de Dios, podríamos inferir que lo que se pide a Pedro en lenguaje literalmente pastoral es que cuide con amor de Jesús presente en los discípulos.

“Tú sígueme”

“Pedro se vuelve y ve, siguiéndoles detrás, al discípulo a quien Jesús amaba, que además durante la cena se había recostado en su pecho y le había dicho: ‘Señor, ¿quién es el que te va a entregar?’ Al verlo, Pedro dice a Jesús: ‘Señor, y éste, ¿qué?’ Jesús le respondió: ‘Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme’ (21,20-22).

Volviendo una vez más a la vinculación de Pedro con el discípulo amado, Jesús le dice al primero: *“Sígueme”* (v.19). El llamado en imperativo es más propio de los evangelios sinópticos: sin embargo había aparecido ya una vez en relación a Felipe en 1,43. Sabiendo de la libertad con que el Señor invita a ir y ver (cf. 1,39), o incluso con que permite que sus discípulos se replanteen las opciones (*“¿También ustedes quieren irse?”* [6,67]), tendríamos que mantener la convicción de que Pedro ya ha hecho una experiencia acabada (y en cierto modo irreversible) de fe. De hecho él mismo dirá en la situación recientemente citada: *“Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna”* (v.68). Esto mismo

⁹⁴ Una vez más el número tres, que remite a las cuestiones fundamentales y decisivas.

es lo que tal vez induzca a Jesús a decirle contundentemente: *“Cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras”* (21,18). Sin embargo, ahora Pedro parece preocupado por la suerte del otro discípulo: Jesús le da a entender que esto no debe importarle a él; y que el hecho de que deba hacerse cargo de los corderos / ovejas no significa que deba entrometerse en todo. Por eso justamente le insiste: *“Tu sígueme”* (v.22). Como si le dijera ‘en criollo’: “Pedro, ocupáte de lo tuyo...”.

Me surgen dos reflexiones finales a partir del texto. 1) Por un lado, una aplicación eclesiológica que invitaría a mantener siempre un equilibrio entre carismas-santidad-itinerarios personales y normas-autoridad-bien común en la vida del pueblo de Dios. O también, entre Iglesia universal e iglesias particulares, en las cuales habría que respetar el espacio necesario para un camino inculturado de fe. 2) Por otro lado, una aplicación espiritual, que se apoya en la constatación de que a todos nos puede suceder que por momentos estemos más preocupados de la santificación y seguimiento que de Jesús hacen los demás que del propio itinerario hacia Dios...

Para reflexionar:

- ✓ Podríamos preguntarnos: *¿Estoy dispuesto a realizar en mi vida la voluntad del Padre como lo hizo Jesús a lo largo de la suya? ¿Lo voy concretando?*

Conclusión

Finalizo haciendo notar que el cuarto evangelio se presenta como una gran invitación litúrgica a entrar en la vida de Dios por medio de la fe pascual en el Hijo de Dios. Todos los signos [=sêmeia] que en él se refieren apuntan a que creamos, y creyendo tengamos vida (cf. 20,30); a que pasemos de las tinieblas a la luz. Podríamos decir con el Prólogo al evangelio, que la misma Palabra hecha carne ha puesto su *“morada entre nosotros”* para que contemplemos *“la gloria que recibe del Padre como Unigénito”* (1,14) y accedamos a la vida que está en Ella (1,3) por la fe (1,12). Porque como lo recuerda frecuentemente el Jesús joánico, el que cree ya tiene vida eterna, pero el que no cree ya está condenado: *“Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”* (3,16).

Los modos de aproximación al misterio son muchos y variados, pero todos los símbolos acaban yuxtaponiéndose. Podría decirse que el evangelio según san Juan tiene por finalidad la de consolidar un movimiento anagógico hacia la Vida, en aquél que se aproxima al Hijo de Dios, el enviado del Padre. Este movimiento tendrá que finalmente plasmarse en el empeño por cumplir la voluntad del Padre, como lo hizo el Hijo (cf. 5,30), haciendo de esto nuestro alimento como creyentes (cf. 4,34).

Al concluir el capítulo 20 se afirma que *“Jesús realizó en presencia de los discípulos muchos signos que no están escritos en este libro”*, y que los que fueron escritos, están *“para que crean que*

Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre” (21,30). Por este eminente carácter simbólico y anagógico, el cuarto evangelio se presenta como sumamente apto para dialogar con las actuales búsquedas de Dios, en el contexto de un nuevo resurgimiento mundial de lo religioso. En particular, para hacerlo con esa sensibilidad e interés que la cultura global y postmoderna parece ir dirigiendo hacia el ámbito de lo simbólico (especialmente en occidente). Porque, en efecto, los símbolos representados en el evangelio de Juan tienen connotaciones humano-espirituales en gran parte universales, y parecen accesibles a toda persona de buena voluntad que tenga un mínimo de sensibilidad estético-religiosa. Por eso, también hoy estos signos del Señor son ofrecidos a todos los hombres y mujeres, para que *“creyendo tengan vida en su nombre”*.

ICONO RECAPITULADOR

María, discípula misionera

Tanto la Sagrada Escritura como la *Lumen Gentium* (capítulo VIII) o la encíclica *Redemptoris Mater* (=RMA) presentan a la “mujer-madre” asociada a Jesucristo y a la Iglesia: “Es precisamente el icono de la Virgen, de María, la que ayuda a crecer a la Iglesia”⁹⁵. Con este marco de referencia, nos adentraremos a la figura creyente y eclesial de María como discípula misionera (*Documento de Aparecida*, 266-272), nutrida particularmente con textos de *Lc* y *Jn*, y a modo de recapitulación.

Intentaremos esta aproximación siguiendo las sugerencias que san Ignacio de Loyola da para la meditación contemplativa: *ver* a las personas (*EE* 106); *oír* lo que hablan (*EE* 107); *mirar* lo que hacen (*EE* 108); *reflexionar*, de modo orante, *para sacar provecho* (*EE* 106-109).

El silencio de María

Este era el título de un conocido libro de I. Larrañaga. Expresa el talante contemplativo que tuvo la vida de la humilde hija de Sión. Pocas palabras nos refieren *de* y *sobre* María los libros bíblicos. De ahí que tengamos que detenernos ‘delicadamente’ sobre cada una

⁹⁵ FRANCISCO, “Conferencia de prensa durante el regreso de Río de Janeiro a Roma” (28/07/2013). Por otra parte, el icono mariano puede guiarnos al momento de “trabajar más hasta elaborar una teología profunda de la mujer” (“Entrevista de A. Spadaro, 19-29/08/2013).

de ellas para llegar al corazón creyente y maternal (ver LG 60-61) de “la hija predilecta del Padre” (LG 53), quien por su “obediencia de fe” se convirtió en mediadora universal (ver LG 62).

“*María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*” (Lc 2,19). “*Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*” (2,51). El silencio de María no es solamente la ausencia de una actitud locuaz. Es un silencio meditativo y contemplativo para ‘rumiar’ cuidadosamente “*todas estas cosas*” en su corazón. En griego, *rémata* significa ‘cosas’, ‘palabras’, ‘eventos’, ‘acontecimientos’: es el equivalente al hebreo *dabar*. El silencio de María es el que le permite ubicarse con toda su existencia desde una perspectiva teologal, desentrañando la riqueza de lo que sucede para que no se le pase desapercibida la historia sagrada, el tiempo salvífico o *kairós* que constituye cada pequeño y aparentemente insignificante hecho de la vida cotidiana.

Por supuesto que en la vida de María hay una experiencia fundante, que es la que le permite, como a nosotros, hacer luego una lectura creyente de lo de cada día. De hecho, la primera vez que se afirma que María “*guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*” (Lc 2,19), se lo hace en relación a lo que los pastores decían haber escuchado: “*Hoy les ha nacido un Salvador*”. La experiencia de la maternidad divina es el centro hermenéutico de la vida de María, tanto para ella como para nosotros: “*Al llegar a la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer*” (Gál 4,4).

Esta experiencia de ser madre del Altísimo es la que le permite seguir descubriendo en lo de todos los días la presencia del Dios-con-nosotros. Por eso la segunda vez que se afirma que “*su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*” (2,51),

se lo hace en relación a su vida cotidiana en Nazaret, donde “*Jesús crecía en edad, estatura, sabiduría y gracia*”. Así podríamos decir que lo que María conservaba y rumiaba estaba vinculado fundamentalmente al misterio del Hijo de Dios: en relación a él meditará contemplativamente lo importante de la fe y de los hombres.

Mujer de escucha

En el marco de una fundamental actitud contemplativa, María escucha algunas palabras que la Sagrada Escritura nos transmite.

1) “*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo [...]. Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo*” (Lc 1,28.31). Estas son las palabras más significativas que María escuchó y acogió en su corazón. Son palabras que transmiten entusiasmo: “*¡Alégrate!*” Con la palabra *jaíre* se saludaban las buenas noticias: era un saludo de paz, optimismo y gozo. “*Llena de gracia*” (*kejaristomene*). María es preparada desde su concepción (inmaculada) para ser Madre de Dios; el Espíritu de Dios la inunda de su presencia; en ella se realiza anticipadamente el ideal de la humanidad nueva. “*Vas a concebir en el seno [...]. Le pondrás por nombre Jesús (Ieshúa)*”. María es la Madre de Dios (*Theotokos*), esposa del Altísimo. En ella se realiza ‘admirablemente’ el misterio de la Encarnación, y así se convierte en ‘arca de la nueva alianza’. De ella nos nace el Salvador, motivo de ‘alegría para todo el pueblo’. En María llega a su cumplimiento la promesa mesiánica, a través de ella se manifiesta *la plenitud de los tiempos*” (RMa 8).

Con estas palabras se profundiza en la Virgen-Madre la experiencia del don de Dios en su vida y en la vida de su pueblo. Desde esta experiencia cumbre de sentirse agraciada en el Hijo es que se irá gestando el cántico de alabanza que hoy la Iglesia canta diariamente en la Liturgia de Vísperas.

2) “*Feliz la que ha creído, que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor*” (Lc 1,45). Isabel descubre en María a aquélla que es feliz por haber creído; por haberse fiado de lo que le fue dicho de parte del Señor. Con Isabel, la Iglesia reconoce en María el ejemplo más preclaro de la fe; de aquella que realizó con fidelidad su “peregrinación de la fe”, incluso llegada la “hora” (ver LG 58; RMa 17).

“En la anunciación María se ha *abandonado en Dios* completamente, manifestando ‘la obediencia de la fe’ a aquel que le hablaba a través de su mensajero y prestando ‘el homenaje del entendimiento y de la voluntad’ (DV 5). Ha respondido, por tanto, con todo su ‘yo’ humano, femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con ‘la gracia de Dios que previene y socorre’, y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que ‘perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones’ (*ib.*)” (RMa 13b).

Es esa actitud de autotranscendencia teocéntrica, que se expresa en un abandono total en las manos de Dios, la condición última que posibilita vivir en el verdadero gozo: en el ‘sí’ generoso de cada creyente la Iglesia sigue haciéndose eco del gozo de María.

3) *“Y a ti misma, una espada de dolor te atravesará el alma” (Lc 2,35). “¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (2,49).* María no sólo escuchará en su vida palabras agradables. Tendrá que escuchar también palabras duras, difíciles de entender. Particularmente las que provengan de su propio Hijo. En todo caso, las palabras de Simeón en el Templo serán tan sólo un anticipo del misterio de la cruz que acompañará su peregrinación creyente. Y esto porque la vida de Jesús se abre al servicio de Dios. Nadie lo posee ni por nadie puede ser poseído. Ir aprendiendo estas cosas fue difícil para María, que de momento ‘no entendía’. Ella deberá ir asumiendo que su felicidad no tendrá que estar prioritariamente en el haber llevado en su seno a Jesús y haberlo amamantado, como lo proclamaba una mujer de la zona (ver Lc 11,27), sino en escuchar sus palabras y ponerlas en práctica, permaneciendo también en la ‘casa del Padre’. Esta nueva experiencia la vinculará de una manera más significativa y decisiva a su Hijo en la nueva familia de los hijos de Dios (*“¿Quiénes son mi madre y mis hermanos...?”* [ver Lc 8,20-21]).

4) *“Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn 19,26).* Al pie de la cruz, María comparte corredentoramente la ‘noche de la fe’ junto a su Hijo. Desde el inmenso dolor de la Madre que contempla a su Hijo sin *“apariencia ni presencia”*, sin *“aspecto que pudiésemos estimar, despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro” (Is 53,2-3)*, María acoge las últimas palabras que Jesús le dirige y que la Biblia nos transmite: *“Mujer, ahí tienes a tu hijo”*.

En ese desprendimiento que María hace del Hijo por la fe, asume simultánea y libremente la vocación de ser madre de cada

discípulo amado que permanezca de pie junto a la cruz. Madre de todo creyente y de cada representante del género humano que pasa por la 'hora del dolor'. Como se lo dirá María misma a Juan Diego en Guadalupe: "Escucha, ponlo en tu corazón, ¿no estoy aquí, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?".

En esta actitud materna, María es icono de la Iglesia Madre, sacramento de la íntima comunión entre Dios y los hombres, llamada a acoger a *hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación* para que descubran su dignidad y vocación a ser hijos en el Hijo, particularmente participando de su Pascua. Esta vocación eclesial la realiza privilegiadamente cada mujer, que por la propia experiencia o apertura a la maternidad, como María, queda vinculada a cada hombre "real", "concreto", "histórico" (ver *RH 13*). En los 'dolores de parto' de la 'madre' -que es la mujer cuando da a luz, María al pie de la cruz, la Iglesia cuando es perseguida, o cada uno de nosotros en las tribulaciones de su vida- 'ella' descubre el llamado a realizarse en el "don sincero de sí misma a los demás", 'haciéndose cargo' del hermano que sufre y del pobre.

Creyente que toma la palabra

María no es solamente la mujer del silencio y la escucha: también 'toma la palabra'. Y lo hace para preguntar por la fe a la que asiente, para asentir a la fe por la que pregunta, y para alabar agradecida y testimonialmente al Señor.

1) “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (Lc 1,34). “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?” (2,48). María pregunta por la fe que no comprende. No se trata de la actitud escéptica del anciano Zacarías (“¿En qué lo conoceré?” [Lc 1,18]) que pide un signo para dar el paso de la fe; sino la de la joven María que creyendo busca entender lo que cree. La pregunta de María es la de la nueva Iglesia, y no la del antiguo Israel. Esta misma pregunta es la que hace a su Hijo en el Templo (“¿Por qué nos has hecho esto?”), donde aceptando su conducta inquiere por el sentido de lo que hace Jesús. En ambos casos, se trata de la palabra puesta al servicio de un acto de fe más pleno y totalizante.

2) “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). En segundo lugar, la palabra de María expresa la dimensión autoimplicativa de la fe. Por la palabra, María consigna totalmente el propio ser a Dios, y se entrega a su misterioso proyecto incondicionalmente “sin reserva, sin retorno, sin volver atrás, por amor más que por cualquier otro motivo” (Miguel Garicoïts).

“Este *fiat* de María -‘hágase en mí’- ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino. Se da una plena consonancia con las palabras del Hijo que, según la *Carta a los hebreos*, al venir al mundo dice al Padre: ‘Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad’ (Hb 10,5-7) [...]. María ha pronunciado este *fiat por medio de la fe*. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y ‘se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo’ (LG 56)” (RMa 13c).

En María queda de manifiesto cómo la persona humana sólo se encuentra con lo mejor de sí misma en la entrega irrevocable de sí a Dios y por amor a Él.

3) *“Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava”* (Lc 1,47-48). María toma la palabra también para alabar a Dios, para relatar los acontecimientos salvíficos en su historia personal y colectiva, para proclamar su fe y expresar su confianza incondicional en el Dios fiel y misericordioso de la Alianza. El gozo de la alabanza es el resultado de constatar que en la vida de la ‘humilde esclava’ todo es don del ‘Dios-Salvador’.

“Las palabras usadas por María en el umbral de la casa de Isabel constituyen *una inspirada profesión de su fe*, en la que *la respuesta a la palabra de la revelación* se expresa con la elevación espiritual y poética de todo su ser hacia Dios. En estas sublimes palabras, que son al mismo tiempo muy sencillas y totalmente inspiradas por los textos sagrados del pueblo de Israel, se vislumbra la experiencia personal de María, el éxtasis de su corazón” (RMa 36a).

4) *“No tienen vino [..]. Hagan lo que Él les diga”* (Jn 2,3.5). Por último, María toma la palabra para solidarizarse con quienes están amenazados de perder la alegría, y los invita a confiar en su Hijo y a hacer lo que Él les diga. La palabra de María conduce a quien se siente pobre, frágil y limitado al seno de Dios. La palabra de María, acompañada por su testimonio personal, invita a cada hombre y mujer al seguimiento de su Hijo, a poner lo mejor de sí para que la vida se vaya transfigurando cada vez más en una existencia ‘mejor que la del principio’.

“María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. *Se pone ‘en medio’, o sea, hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre,* consciente de que como tal puede -más bien ‘tiene el derecho de’- hacer presente al hijo las necesidades de los hombres [...]. *‘Hagan lo que él les diga’.* La madre de Cristo se presenta ante los hombres como *portavoz de la voluntad del Hijo*, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías” (RMa 21).

Las actitudes de la Madre

Decía que la palabra de María es autoimplicativa. Su *“aquí está la servidora del Señor”* se expresará en la disponibilidad para compartir el servicio y el gozo de la fe; en su fortaleza para permanecer de pie y firme en la prueba; y en el sentido comunitario con que animará a la naciente Iglesia.

1) *“Se levantó María y fue con prontitud”* (Lc 1,39). María hace unos 100 km para ir a visitar a su prima. Se había enterado de que ella, ya anciana, estaba en los últimos tramos del embarazo. Y además tenía una alegría para compartir con Isabel: demasiado grande y misteriosa para una joven de quince años, demasiado buena e importante para no compartirse con otra mujer de más experiencia. La ‘prontitud’ de María sólo se entiende desde ambas urgencias: la necesidad de su prima anciana y el inmenso gozo que no podía dejar de comunicar. No dice el texto bíblico con quién fue María. Lo cierto es que era raro que una mujer joven hiciese semejante viaje, aunque sea en una caravana, sin nadie que la acompañase, y más aún estando comprometida.

2) *“Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte”* (Lc 8,20). La segunda actitud de María es la de buscar a Jesús. Lo buscó en el templo cuando Él tenía doce años; y lo buscó de grande, durante su ministerio público. La vida de María fue una permanente búsqueda existencial de su Hijo, un continuo ‘avanzar en la fe’.

3) *“Estaba su madre junto a la cruz”* (Jn 19,25). María, que busca durante toda su vida al Hijo, lo termina encontrando al pie de la cruz. Allí ‘está’ con Él, y participa más que cualquier otra creatura del misterio de la Redención: porque normalmente la vida se redime en el sufrimiento si contamos con la presencia y cercanía de alguien que nos ama. María presente y cercana al Hijo se convierte en Madre presente y cercana a los hijos: al Corazón de Jesús que habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin (*“Hasta la muerte y muerte en cruz”* [Fp 2,8]), se asoció corredentoramente el Corazón de María. De este modo, ella se convirtió en ‘medianera de todas las gracias’.

“Por medio de esta fe María está unida perfectamente a Cristo en su despojamiento [...]. A los pies de la cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento. Es ésta tal vez la más profunda kénosis de la fe en la historia de la humanidad. Por medio de la fe la madre participa en la muerte del hijo, en su muerte redentora” (RMa 18c).

4) *“Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús”* (Hch 2,14). Por último, después de la resurrección, María persevera en oración con la comunidad, a la espera de

Pentecostés. Se convierte así en Madre de la Iglesia naciente: del mismo modo que ella, animada por el Espíritu, agradecía y proclamaba su fe, también ahora la Iglesia tendrá esa misión. Y María será su modelo y ‘paradigma’.

“La Iglesia, edificada por Cristo sobre los apóstoles, se hace plenamente consciente de estas grandes obras de Dios *el día de Pentecostés*, cuando los reunidos en el cenáculo *‘quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse’* (Hch 2,4). Desde aquel momento *inicia* también aquel camino de fe, *la peregrinación de la Iglesia* a través de la historia de los hombres y de los pueblos. Se sabe que al comienzo de este camino está presente María, que vemos en medio de los apóstoles en el cenáculo *‘implorando con sus ruegos el don del Espíritu’* (LG 59)” (RMa 26a).

María en nuestra vida

“La Inmaculada, éste es nuestro ideal. Acercarnos a ella, hacernos semejantes a ella, permitir que ella tome posesión de nuestro corazón y de todo nuestro ser, que ella viva y actúe en nosotros y por medio nuestro, que pertenezcamos a ella sin restricción alguna: éste es nuestro ideal” (S. Maximiliano Kolbe).

“*Apareció en el cielo una mujer vestida de sol*” (Ap 12,1). La imagen del Apocalipsis es preferentemente eclesiológica: la mujer vestida de sol es la Iglesia que ha triunfado en las persecuciones; tiene doce estrellas como diadema que hacen referencia implícita al grupo de los Doce, expresión del ‘nuevo Israel’. Pero esta mujer también está por dar a luz a sus hijos y sufre dolores de parto: las persecuciones del mundo y sobre todo el Dragón quieren

devorarlos. No obstante, el Dragón, la Serpiente antigua, no prevalecerá.

Esta imagen de la mujer también puede aplicarse análogamente a María (ver *RMa* 11), y así en referencia al anuncio escatológico del tiempo de una nueva humanidad María se convierte en su anticipo y en su expresión más plena: asunta al cielo en cuerpo y alma, “en ella la Iglesia ya llegó a la perfección” (*LG* 65). Este anuncio escatológico ya se hallaba prefigurado en el protoevangelio del libro del Génesis: “*Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su talón*” (3,15). María es así “signo de esperanza cierta y consuelo para el pueblo de Dios peregrinante” (*LG* 68). De esto da testimonio la fe de nuestro pueblo latinoamericano:

“En nuestros pueblos, el Evangelio ha sido anunciado, presentando a la Virgen María como su realización más alta. Desde los orígenes -en su aparición y advocación de Guadalupe-, María constituyó el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo con quienes ella nos invita a entrar en comunión. María fue también la voz que impulsó a la unión entre los hombres y los pueblos. Como el de Guadalupe, los otros santuarios marianos del continente son signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana” (*DP* 282).

Para reflexionar:

- ✓ Podríamos preguntarnos: *¿Tengo una mirada de fe sobre lo que me toca vivir? ¿Trato de desentrañar desde esa mirada el misterioso proyecto de Dios oculto en la cotidianidad de la vida?*

- ✓ Tomar conciencia del don de Dios en nuestra vida es condición indispensable para vivir en actitud agradecida de alabanza, para aceptar las leyes del desprendimiento, y para asumir la vocación de acoger al hermano menesteroso. *¿Cuál es hoy mi acción de gracias existencial? ¿Qué motivos tengo para alabar a Dios? ¿En qué desprendimiento concreto el Señor me invita a crecer? ¿De qué persona 'concreta, real, histórica' me invita a hacerme cargo?*
- ✓ María compartió su fe, se mantuvo disponible, buscó al Señor durante toda la vida y lo halló al pie de la cruz, convirtiéndose así en icono de la Iglesia naciente. *¿Qué estoy haciendo hoy de 'significativo', no humanamente hablando, sino a la luz de la fe, en relación a los hermanos, a Jesús y a la Iglesia?*
- ✓ Por último: *¿Qué lugar ocupa María en mi vida? ¿Qué significación existencial tiene en mi profesión de fe?*

Índice general

Mística y misericordia hoy	1
ICONO INICIAL. “Los miserables” (Tom Hooper)	3
PRIMERA PARTE: El Evangelio de la misericordia	11
I. “Para anunciar a los pobres la Buena Nueva” (4,18)	13
II. “Feliz la que ha creído” (1,45)	23
III. “Preparen el camino del Señor” (3,4)	31
IV. “Tus pecados quedan perdonados” (7,48)	39
V. “Este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida” (15,32)	49
VI. “Hoy les ha nacido un salvador” (2,11)	59
VII. “Desde ahora serás pescador de hombres” (5,11)	69
VIII. “Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres” (8,1-2)	79
IX. “Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz” (8,48)	89
X. “¿Quién es mi prójimo?” (10,29)	97
XI. “Había una gran muchedumbre del pueblo” (6,17)	107
XII. “Había un hombre rico [...] y uno pobre” (16,19-20)	115
XIII. “El Hijo del hombre es señor del sábado” (6,5)	123
XIV. “Si eres Hijo de Dios...” (4,3)	131
XV. “Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya” (22,42)	141
XVI. “Se cumplirá todo lo que los profetas escribieron” (18,31)	149
XVII. “¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así	

en su gloria?” (24,26)	157
Apéndice: <i>Lucas en un itinerario ignaciano</i>	167
SEGUNDA PARTE: El itinerario místico del creyente	187
I. La identidad del Bautista: <i>el testimonio</i>	189
II. Los primeros discípulos: <i>el encuentro</i>	195
III. Las bodas de Caná: <i>la hora</i>	203
IV. La purificación del santuario: <i>el nuevo templo</i>	211
V. El llamado a nacer de lo alto: <i>el nuevo nacimiento</i>	217
VI. La fuente de agua viva: <i>el agua</i>	223
VII. El hijo del funcionario real: <i>la fe</i>	233
VIII. En torno a la piscina de Betesda: <i>el sábado</i>	239
IX. La multiplicación de los panes: <i>el pan</i>	245
X. El ciego de nacimiento: <i>la luz</i>	253
XI. La resurrección de Lázaro: <i>la vida</i>	261
XII. La unción en Betania: <i>el perfume</i>	271
XIII. El lavatorio de los pies: <i>el servicio</i>	275
XIV. La pasión y muerte: <i>las tinieblas</i>	281
XV. El resplandor de la resurrección: <i>la glorificación</i>	289
XVI. La escena junto al lago: <i>el seguimiento</i>	297
Conclusión	303
ICONO RECAPITULADOR. María, discípula misionera	305
Índice general	319